

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Programa de Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos

**Raza y poder en América del Sur: Peronismo (1946-1955) y
Pérezjimenismo (1948-1958) como modelos de desarrollo**

Saúl Hernández Rosales

Quito, 2017



CLAUSULA DE CESIÓN DE DERECHO DE PUBLICACIÓN DE TESIS.

Yo, Saúl Hernández Rosales autor de la tesis intitulada: *Raza y Poder en América del Sur: Peronismo (1946-1955) y Pérezjimenismo (1948-1958) como modelos de desarrollo*, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de doctor en Estudios culturales latinoamericanos en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet. 2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad. 3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

31 de marzo del 2017

A handwritten signature in blue ink is written over a horizontal dashed line. The signature is stylized and appears to be the initials 'SH'.

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Doctorado de Estudios Culturales Latinoamericanos

TESIS:

Raza y Poder en América del Sur: Peronismo (1946-1955) y Pérezjimenismo (1948-1958) como modelos de *desarrollo*.

Autor: Saúl Hernández Rosales

Directora: Rita Segato

Quito, marzo de 2017

RESUMEN

Esta tesis fundamentalmente representa una ontología del presente. Es una revisión de dos proyectos políticos que ocasionaron una ruptura entre un mundo previo y un mundo posterior. Un gobierno, el de Juan Domingo Perón (1946-1955) que representa el inicio del populismo en Argentina y el otro, el del General Marcos Pérez Jiménez (1948-1958) fundador de la tesis militarismo desarrollista en Venezuela. La idea vigorosa que condiciona el horizonte de mi investigación, es tratar de narrar algo que es infame en nuestras sociedades latinoamericanas. Es devela, una ausencia discursiva que habla en los cuerpos no blancos de nuestros pueblos del Sur, pero que es silenciada en los relatos oficiales. Durante todas estas páginas, intento demostrar que el paradigma del desarrollo está plenamente constituido por el racismo estructural que forjó nuestro sistema mundo moderno colonial.

El proyecto de investigación, se pregunta por los mecanismos mediante los cuales las transformaciones que se generan a nivel geopolítico en la postguerra, inciden en las subjetividades de los cuerpos que habitamos esta parte del planeta. Planteando directamente que el *telos* histórico (desarrollo) surgido contra el fascismo y el nazismo, contrariamente a lo que se cree, reproduce íntegramente el holocausto colonial. El paradigma del desarrollo, continuará recrudesciendo la deshumanización de los cuerpos no blancos para justificar la acumulación originaria, el despojo de sus territorios y el desecho de sus cuerpos, asegurando de esta forma la continuidad del privilegio que otorga la *blanquitud*.

La tesis servirá para aportar una crítica más al desarrollo, situando la *raza* como eje. Tratando de construir una gramática que organice los enunciados institucionales tendientes a ocultar el lado oscuro del desarrollo, que vincule crecimiento económico con dependencia, industrialización con explotación, urbanización con destierro, tecnificación con epistemicidio, sociedad de consumo con blanqueamiento. Mostrando así los límites de los proyectos políticos que buscan en el estado desarrollista su nuevo camino en la historia.

Por último, el proyecto esbozará el tránsito entre el eurocentrismo y el norteamericanocentrismo. Desplazamiento éste que pasa desapercibido y que sin embargo marca una nueva era en la historia de América Latina. Un desafío como éste implica un activismo político indispensable que está vertido en estas páginas, en las que hay un esfuerzo de investigación pero también el posicionamiento de un cuerpo *racializado*.

A Frantz Fanon que me hizo vincular el cuerpo con la palabra escrita

A Rita Segato por autorizar en mí el surgimiento de una voz propia

A mis padres por no hacerme sentir culpable por mis ausencias, frutos de mi pasión
latinoamericana

A mis abuelos ausentes, Lourdes, Manuel, Aleja que habitan en la memoria de mi cuerpo.

Agradecimientos

Nadie investiga solo. A pesar de que el proceso de escritura de una tesis de estas proporciones me haya condenado al encierro, a pesares y alegrías, a cavilaciones de las que uno mismo en ocasiones ni se percata, la vida nunca se paraliza y los afectos tampoco. Quiero agradecer a todos aquellos que supieron entender ese momento y que me acompañaron. Aunque hoy ya no se encuentren conmigo, gracias.

Debo agradecer a Catherine Walsh por haberme permitido formar parte de este proyecto por el que ella ha luchado tanto. Sin su militancia, muchos de nosotros estuviéramos luchando solos en el naufragio de una academia aséptica, ortodoxa, desarraigada y sin ningún tipo de compromiso con los procesos de transformación social que ahora más que nunca son indispensables.

A mis padres por el apoyo emocional, material, económico y espiritual que fue imprescindible para realizar mi trabajo de campo en Caracas. Duros momentos ha vivido y sigue viviendo nuestro país. Por su confianza y su amor, gracias.

A mi tutora Rita Segato por permitirme pensar en conversación, por abrirme las puertas de su casa, de sus amigos, de sus afectos, en fin, por hacerme un hogar en una ciudad tan difícil como Buenos Aires.

A aquellos pequeños héroes anónimos, a los que no necesitan de loas, de multitudes arrojadas, de fanfarrias ni aduladores para hacer de esta vida vivible día a día. A ellos. A quienes acudo para llenarme de optimismo en los momentos en los que descreo de la academia, a los que evitan que éste sea un oficio de tinieblas. A nuestros ríos profundos. Gracias.

CONTENIDO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO UNO: Antecedentes e introducción: Peronismo y Pérezjimenismo	30
a) Positivismo como dispositivo	37
b) Fuerzas Armadas y modernización	64
c) <i>Justicialismo y Nuevo Ideal Nacional</i> como ideología	85
CAPÍTULO DOS: <i>La tectónica de la estatalidad.</i> Militarismo tecnocrático y populismo	100
a) <i>La tectónica de la estatalidad</i> y el pacto Estado-capital	102
b) Blanquitud y dependencia	126
c) Hacia una arqueología de lo popular	143
d) Militarismo tecnocrático	148
CAPÍTULO TRES: Desarrollo y racismo.	155
a) Hacia una genealogía de la <i>blanquitud</i> en Venezuela y Argentina.	157
b) Pérezjimenismo, raza y representación.	174
c) Peronismo, raza y representación.	213
d) Raza y sociedad de consumo.	231

CAPÍTULO CUATRO: Estados Unidos y la norteamericanización de América del Sur	254
a) Estados Unidos, Argentina y Venezuela.	255
b) La modernidad (<i>norte</i>) americana y el <i>American way of life</i>.	265
CONCLUSIONES	268
BIBLIOGRAFÍA	272

INTRODUCCIÓN

Hacia una *etnografía del poder*

Siempre es difícil introducir un conjunto de preguntas que fueron tomando caminos propios. Hilvanar la memoria, para llegar al punto inicial, probablemente sea un despropósito, pero en sí mismo, ese intento ya se convierte en una forma de aproximarse al conocimiento. Al día de hoy, fueron dos razones las que me llevaron a preguntarme por la *raza* y el poder en nuestro continente. La primera, es mi propio cuerpo. En el que siempre había vivido discriminación racial sin saberlo. Es solo al momento de salir de mi país, que pude narrar, lo que en Venezuela era una incómoda intuición. La segunda es, sin lugar a dudas, la contingencia histórica que me tocó vivir. Con ella me refiero al apogeo de proyectos *antineoliberales* y *progresistas* y a su actual ocaso. Con respecto a la primera razón, debo confesar que mientras vivía en Venezuela, siempre me consideré mestizo, y es solo cuando viajo a España a cursar estudios, que mi cuerpo comienza a ser desplazado a un rol desconocido: al rol derrotado, al de ex esclavo, el de ex súbdito, el de sudaca. A pesar de ello, no pude leer bien la marca racial, debido a que compañeros rubios latinoamericanos y compañeras afrodescendientes, eran ubicados en el mismo lugar. Para mí, esa frontera construida entre Europa y nosotros, hasta ese momento, era una frontera colonial e incluso xenófoba, nunca racial. Es sólo cuando voy a hacer la maestría en Francia, que mi cuerpo ocupa otro lugar en la historia que no era compartido ni por rubios ni por afrolatinoamericanos. Era magrebí. Yo, venezolano de Caracas, expulsado simplemente por mi significativo anatómico hacia una historia ajena, reconvertido en ex colono francés, y viviendo el asedio constante de miradas ajenas inspiradas en el temor o el desprecio. Allí comprendo la radicalidad de la *raza* y las *formaciones nacionales de alteridad* (Segato 2007) al cruzar una frontera (la de los pirineos) ya ocupaba un lugar diferente en la historia. El ojo histórico francés con una primera lectura me condenaba a un rol en su historia colonial que sigue totalmente vigente. A partir de ese momento, el tema racial atraviesa cada una de mis reflexiones. El otro tema que evoca esta investigación, es el del poder. Allí como menciona Stuart Hall estoy determinado por el “momento político” (Walsh 2015). Tendría que agregar que cuando asume la presidencia Hugo Chávez en Venezuela yo tenía 12 años. Durante mi vida universitaria, se rescataron intensos cuestionamientos que generaciones previas parecían haber cerrado. En la opinión pública se comenzó a debatir sobre la vía venezolana al socialismo, resurgió la idea del hombre nuevo, se revivieron las tesis de integración latinoamericana. A lo largo del continente teníamos presidentes guerrilleros, varias presidentas mujeres, un presidente indígena, es decir, los cuerpos derrotados, expulsados de la

esfera pública, ingresaban a ella. Ese momento telúrico me hizo preguntarme sobre los alcances y las limitaciones de esas transformaciones por la vía de la toma del poder.

La pregunta fundamental con la que comencé este proyecto hace unos años, hacía referencia a ¿cómo el dispositivo civilizatorio que se implementa a partir de la postguerra (desarrollo) reproducía, o no, la división racial del trabajo? En otras palabras, si el desarrollo era o no, un proyecto racista. Para dilucidarlo, elegí un lugar de arqueología. Un locus en el cual comenzar mi búsqueda. Pensé en el Estado como matriz de la colonialidad, pero no me quería perder de los aparatos ideológicos de este Estado. Entonces, para salomónicamente emparentar a Quijano con Althusser, elegí el Poder como lugar de estudio. Si el Poder, según Gramsci, es el lugar que habita el bloque histórico dominante y que garantiza el dominio de una clase sobre otra. Una mirada desde el Sur, obligaría a pensar ese lugar, de forma racializada. Si es el lugar del dominio de una clase sobre otra, es el lugar del privilegio racial. Podríamos pensar entonces, la idea de un bloque *etnohistórico* dominante, es decir: el Poder, sería el lugar en el que se asienta, lo que Bolívar Echeverría denominó, la blanquitud. Si en nuestro Sur, existe una línea de color que divide a la sociedad entre blanca y no blanca y entre la zona del ser y del no ser, a modo de Fanon. Se estaría constituyendo el lugar del Poder, como el lugar de la blanca; pero no solo en el sentido epidérmico del término (aunque también), sino como ethos. Como forma de estar, habitar y pensar el Poder. Esta relación entre raza y poder, no se teje a partir de la postguerra, proviene de la larga historia de colonialismo y colonialidad que vivimos en América Latina. Yo decidí esa época, porque se construye un dispositivo que encubre esta realidad racista, mostrándose como neutro/técnico/científico y definiendo el sentido común desarrollista que vivimos actualmente.

Cuando Walter Dignolo habla de modernidad/colonialidad, está presentando una primera esfera. Una grilla de lectura. Esta fórmula aparentemente totalizante, es inestable, se puede infiltrar, permeabilizar y erosionar. La analítica de la colonialidad, sería una forma de explicar una estructura de larga historia. La blanquitud, sería la corporalidad de esta colonialidad (su lado visible). Para ser más concreto, si ese Estado, (al que yo denomino Poder para no referirme solo a los poderes públicos sino a un marco más amplio) es habitado por epistemes no blancas, el dispositivo desarrollista reaccionaría, ecualizándolo a su nomenclatura y monocultura blanca. Eso al menos es, en todo caso, es el infeliz resultado que otorgó mi proyecto de investigación.

Ahora bien, esto no quiere decir que fuera del Estado la blanquitud haya arrasado con las demás formas de vida. En lo absoluto. El fracaso de este dispositivo colonial blanco, es evidente a nuestros ojos. Se debe a la resistencia y reexistencia de 500 años de prácticas decoloniales realmente existentes y por ende, a las prácticas no blancas, a las prácticas populares en las fronteras del Estado.

¿Por qué blanquitud para explicar el vínculo entre raza y poder y no solo colonialidad?

Porque quise incidir en la corriente a partir de mi coyuntura vital, de mi momento histórico. Voy al peronismo y al pérezjimenismo, desde el siglo XXI, con las herramientas actuales, con los conflictos actuales, a ver cuándo comenzó todo esto, o como se preguntaba Zavalita, aquel personaje creado por Vargas Llosa en *Conversación en la Catedral*: ¿En qué momento se jodió el Perú? En mí caso, en qué momento el dispositivo del desarrollo inhibió la posibilidad de erosionar la blanquitud. Y es que frente a la permanente inseguridad que genera cualquier intento por teorizar la realidad histórica, las insoslayables evidencias actuales, de la relación entre blanquitud y poder, legitimaban el desafío teórico/político que asumí. Cito dos ejemplos familiares de vínculo entre blanquitud y poder: Por un lado, la traición de la revolución ciudadana al proyecto de Estado plurinacional (a favor del Estado monocultural blanco) y el hecho de que en Bolivia, en los últimos años de crecimiento económico (pilar fundamental del dispositivo de desarrollo) aumentó la desafiliación étnica: En el 2001, 62% de los bolivianos se consideraban indígenas. En el 2012, solo 43%. Esta evidencia actual, me dio seguridad para seguir la tesis de Echeverría en detrimento de la innegable pulsión esencialista de su prosa. Y es que cualquier propuesta analítica, sea esta la analítica de la colonialidad o la analítica de la blanquitud, tiene un momento en el que deja de temblar para ser escrita, momento en el que el reduccionismo y el esencialismo son siempre peligrosos. La blanquitud es más que el color, es el aura que emana la episteme que habita los gobiernos, los medios de comunicación y las universidades. El actual régimen visual de los gobiernos latinoamericanos materializa radicalmente el vínculo entre raza y poder, los Macri, los Temer, los Trump y los Lasso. Esto se vuelve más complejo en el momento en que corporalidades no blancas como las de Obama o Evo, terminan cooptadas, ecualizadas y travestidas, no por la blancura de piel, cosméticamente (a lo Michael Jackson), sino por la maquinaria del dispositivo de desarrollo. Es la gramática hermética e inexpugnable del dispositivo del desarrollo la que sostiene la blanquitud: explotación de recursos, crecimiento económico, industrialización, planificación, tecnificación, profesionalización etc.) Ni Suma Qamaña, ni Muntu, ni Buen vivir, ni Ayllu, ni

comunalidad. Esos discursos no blancos, son inefables, insostenibles, impronunciados desde el lugar del poder.

Por esa razón decido irme a los años 50, en la búsqueda de los momentos fundacionales que me permitan explicar lo que estamos viviendo actualmente. El Kichnerismo hijo reconocido y abnegado del peronismo y el Chavismo, sucesor cada vez más claro del militarismo perezjimenista. Es una investigación políticamente comprometida, es decir, lo que busco en esa etapa es ver las profundas limitaciones de aquellos procesos y sus ecos actuales. Quisiera aclarar (antes de herir susceptibilidades) que no considero que Chávez y Pérez Jiménez sean lo mismo. El primero era un demócrata, el segundo no, pero la pulsión militarista que se ocultaba detrás del aparente pacto democrático/cívico-militar que ofrecía la Revolución Bolivariana terminó derivando en militarismo. No quiero decir que el militarismo se haya fundado con Pérez Jiménez, de hecho, el militarismo es hijo pródigo del positivismo latinoamericano, pero en este momento histórico, se entretajan un proyecto económico (desarrollo) con una forma de concebir el poder (militarista/populista) que creo que tiene su réplica en los momentos actuales.

Ahora bien, más allá del momento actual, lo que el peronismo y el perezjimenismo comparten entre ellos, es una época. Es la etapa en la que se impone en América Latina el desarrollo industrial. Este nuevo proyecto civilizatorio implica la transformación radical de las formas de vida de nuestros pueblos para adaptarlas a la industrialización del país y a nuestra anhelada inserción competitiva en la economía mundial. En base a esta prioridad, plantearé una etnografía del poder¹ para leer *el dispositivo del desarrollo* y su recepción en dos países de América del Sur. Esta narrativa fungirá como *dispositivo de poder* (Foucault 1975) en esta etapa histórica. A partir de 1945 los estados latinoamericanos buscarán administrar la sociedad a partir de una prioridad innegociable: imponer al país las condiciones materiales para hacerlo funcional a los intereses del capital en el nuevo orden mundial de la postguerra. En un primer momento, la etnografía aparecería como una *arqueología* de los discursos institucionales de los dos proyectos políticos. Sin embargo, en momentos posteriores intentaré identificar el vínculo entre *blanquitud* y poder mediante la descripción de sus representaciones visuales. Es etnográfico porque no estoy estudiando únicamente el peronismo y el perezjimenismo desde la teoría política. Es decir, comparando actores, agentes o grupos de poder. Tampoco estoy

¹ Esta propuesta no continúa el mismo sendero que la *antropología del poder* esbozada por el teórico mexicano José Luis Escalona Victoria, en su célebre texto sobre la Política en el Chiapas rural contemporáneo. La investigación del antropólogo mexicano parte de un estudio localizado en una comunidad. Yo planteo dos estudios comparativos de dos proyectos políticos que buscan construir una nueva hegemonía.

estudiando solamente la matriz económica que describe la teoría de la dependencia, analizando los distintos tipos de políticas económicas, vinculando y comparando cifras de crecimiento del producto interno bruto (PIB), inversión social y balanza de pago. Mucho menos, me dedico exclusivamente al estudio de las corporalidades y las visualidades de la época, para describir la *colonialidad del ver* que se ejerce a través de la imposición de un régimen visual racista y patriarcal (Barriendos 2011). Estoy planteando una etnografía que me permita unir esos itinerarios. No me interesaría aislar cada momento histórico diagramando por separado un mundo político, un mundo económico y un mundo simbólico. Mucho menos, desearía teorizar fragmentariamente desde la economía, la ciencia política y la antropología. Siendo 1945 un parteaguas en la región (y a nivel mundial), mi idea es vislumbrar cómo, a partir de ese momento, el dispositivo *del desarrollo se instala* en los discursos de Perón y Pérez Jiménez para describir de qué manera ese conjunto de ideas configuran una nueva hegemonía del desarrollo como proyecto civilizatorio, como *telos* histórico que todavía continúa vigente. Ahora bien, no es solo una transformación ideológica. En esta época vivimos en todo el continente transformaciones materiales, simbólicas, políticas, económicas, demográficas, que no tienen precedentes (Matos Mar 1968, Faletto y Cardoso 1974). Tampoco me gustaría plantear una etnografía institucional (Escobar 1998) porque fragilizaría la relación entre cultura y poder que me interesa presentar. A diferencia del texto de Arturo Escobar, el epicentro de mi tesis no es el desarrollo, sino la relación entre *blanquitud* y poder en el contexto del desarrollo (no al contrario). Si durante la tesis, la etnografía del poder planteada presenta una realidad compartimentada entre: La esfera institucional-ideológica (discursos de Perón, Pérez Jiménez y ministros) La esfera económica y la esfera de las representaciones, sean estas visuales, simbólicas o discursivas, es por limitaciones escriturales. La propuesta es, que tanto lo simbólico, lo institucional como lo económico forman parte de un mismo entramado colonial. Ese proyecto hegemónico es realmente la instauración de una nueva cultura política, económica, con nuevos mecanismos de dominación y de instrumentalización del racismo y el patriarcado. A la hegemonía, la entenderé mediante la lectura que hace Raymond Williams del concepto de Antonio Gramsci:

La hegemonía no es solamente el nivel superior articulado de la “ideología” ni tampoco sus formas de control consideradas habitualmente como “manipulación” o “adoctrinamiento”. La hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas, en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores-fundamentales y constitutivos- que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente. Por lo tanto, es un sentido de la realidad para la mayoría de las gentes de la sociedad, un sentido de lo absoluto debido a la realidad experimentada más

allá de la cual la movilización de la mayoría de los miembros de la sociedad- en la mayor parte de las áreas de sus vidas- se torna sumamente difícil. Es decir que, en el sentido más firme, es una “cultura”, pero una cultura que debe ser considerada asimismo como la vivida dominación y subordinación de clases particulares. (Williams 1988 ,131-132)

La cita de Williams deja saldada la falsa dicotomía estructura/superestructura. El dispositivo del desarrollo no será para mí el *reflejo* de las condiciones materiales, o una ideología, al contener en sí mismo, prácticas, será una “cultura”. Por motivos analíticos estudiaré el discurso por separado de índices económicos y de las representaciones, pero en realidad, forman parte de la nueva hegemonía que se estaba instaurando. El Norte Global, logrará homogeneizar las prioridades de los Estados como nunca antes. De hecho, ni la izquierda, ni la derecha, pondrán en tela de juicio este nuevo dispositivo, más allá de quién será el actor fundamental de ese proyecto (¿Estado o mercado?) y si la prioridad de los gobiernos serán los derechos civiles (alternabilidad en el poder, propiedad privada, libertad de expresión) o los derechos sociales (educación, salud, justicia social). La etnografía del poder será pues, una etnografía de lo hegemónico en Argentina y Venezuela durante esta época. Asumiendo la postguerra como el momento fundante de este giro hacia el desarrollo y convirtiéndose en otra fase de la modernidad/colonialidad (Quijano 2014) será un momento de transición hacia esa hegemonía definitiva. Por esa razón, lo llamo etnografía del poder y no etnografía de lo hegemónico, porque esta época será solo el inicio de la construcción de esta nueva hegemonía del proyecto de conquista y expoliación del Sur, al que llamarán: desarrollo.

La etnografía del poder es una forma más de acercarse a *la matriz colonial*, de hecho, se enmarca en la perspectiva de la colonialidad, solo que intenta situarla geográfica y temporalmente, por esa razón no es una analítica de la colonialidad, sino que toma el desarrollo como una pregunta cultural y al peronismo y pérezjimenismo como dos proyectos políticos que buscan la hegemonía en sus respectivos países. De esta forma, la etnografía estaría *más situada temporal y geográficamente* que la analítica de la colonialidad. Con respecto a *la matriz colonial*, Patricio Noboa la describe de la forma siguiente:

La Matriz Colonial es el resultado de la articulación de los siguientes elementos: a) la “europeización” de la subjetividad en tanto construcción y justificación de un modelo referencial de ser humano predominantemente masculino, racialmente blanco y religiosamente cristiano; b) el dominio de la naturaleza y el capitalismo en cuanto modelo universal de producción-distribución y consumo basado en la explotación abusiva de la naturaleza; c) el ejercicio del poder teniendo al Estado-nación como estructura naturalizada de organización social por excelencia, autosustentada en la legalidad de su constitución jurídico-normativa; y d) el eurocentrismo que tiene como referencia el uso instrumental de la razón occidental y su concepto de ciencia como único modo de explicación-comprensión de la vida. (Noboa 2011, 30)

La *Matriz Colonial* para el momento *desarrollista*, *instala* prioridades en el Estado, configurando una nueva racionalidad que priorizaría la necesidad del crecimiento económico, modernización de la infraestructura, tecnificación de la producción, urbanización del paisaje, etc. La europeización que declara Noboa pasará a una norteamericanización de la subjetividad. El sujeto histórico del modelo, seguirá siendo blanco, masculino y cristiano, pero además de todo esto, también será consumista. El dominio de la naturaleza, el Estado como el operador de la matriz y la razón occidental siguen funcionando de la misma forma. Hay algo que si será un clivaje con respecto a la colonialidad (previa la postguerra) que no solo tiene que ver con la presencia hegemónica de Estados Unidos (en detrimento de la Europa imperial), sino más precisamente con la renta de la tecnología y la *ilusión* del desarrollo. Nunca antes se había construido una receta universal para que las sociedades llegaran al mismo estadio. Habían siempre vertientes eurocéntricas y diversos tipos de modernización (anglófila, germanófila, francófila, etc.). A partir de 1945, las agencias de Naciones Unidas y los técnicos norteamericanos, forjaran un dispositivo mediante la cual, todas y cada una de las sociedades, tendrían el mismo método para llegar al ansiado desarrollo. Se homogenizarían los atavismos. Al imponer los mismos objetivos, se imponen los mismos déficits: analfabetismo, pobreza, culturas disfuncionales al capital (Escobar 1998). El endeudamiento, la entrega de la soberanía de los recursos y los proyectos monumentales para los cuales los países periféricos no tenían las condiciones materiales (represas, autopistas, infraestructura para el consumo, etc.) serán justificados dentro de este dispositivo, para construir esa nueva y ansiada hegemonía de este modelo. Las élites nacionales se harán eco de estos nuevos paradigmas y configurarán la relación centro-periferia, con la ilusión de que algún día, ella será superada. La etnografía del poder intentará develar eso. Los modos de recepción de este modelo y cómo se expresa en dos proyectos aparentemente antagónicos, como el populismo argentino y el militarismo venezolano.

La etnografía del poder, presentaría pues una hermenéutica del discurso de algunos agentes de los gobiernos peronistas y pérezjiménistas, fundamentalmente el propio Perón y Pérez Jiménez, pero también el ideólogo venezolano Laureano Vallenilla Planchart, entre otros. Aquí se usarán fuentes primarias (los textos escritos por Juan Domingo Perón y Eva Perón) pero también fuentes *secundarias*, como algunos libros de entrevistas sobre estos líderes y

textos que analizan la construcción ideológica de ambos proyectos. Las fuentes secundarias son prioritarias en algunos capítulos porque representan la tradición de pensamiento crítico a la que me suscribo. Mi compromiso político, me hace reconocer a estos autores que trabajaron arduamente antes que yo en la construcción de un corpus crítico complejísimo sobre peronismo y pérezjimenismo, y a esa tradición me suscribo. Posteriormente, incluiré un análisis de las representaciones de la raza en ambos proyectos, y agregaré un estudio sobre las visualidades y corporalidades en los periódicos de la época, donde únicamente usaré fuentes primarias. Por último, incluiré una descripción del contexto histórico, más derivado hacia la economía política, donde analizaremos los vínculos comerciales con los Estados Unidos y con el resto de la región. El dispositivo del desarrollo enunciará por un lado la necesidad de tecnificar la sociedad, urbanizarla e higienizarla y por otro, tendrá como tema central la creación de una sociedad de consumo para absorber el indispensable crecimiento económico. A su vez problematizará la existencia de los pueblos indígenas en nuestras sociedades (homogenizándolo como indio) e *ignorar*á la presencia del afrodescendiente. La ideología del desarrollo sería una estructura en la cual, estos distintos elementos serían constituyentes y constituidos por los otros. Es decir, no hay crecimiento económico sin la eliminación o asimilación de los pueblos indígenas. Como no hay tecnificación o sociedad de consumo sin *invisibilización/exclusión* del componente afrodescendiente, sea a través de su ausencia en la historia oficial, deshumanización o a través de la eliminación mediante *blanqueamiento*. El dispositivo del desarrollo surge desde el Estado como matriz administradora de la *colonialidad* (Quijano 2014) Por esa razón, los discursos institucionales serán de trascendental importancia para vincular lo que inicialmente se ha desvinculado. Es decir, el desarrollo se plantea como un proyecto fundamentalmente económico y técnico, por ende *neutro*. Aparentemente, nada tendría que ver ni con la cultura, ni con las formas de vida y mucho menos con el racismo o el patriarcado. La etnografía del poder intenta desvelar los hilos que unen a la lógica económica con el racismo. Así mismo, vislumbrar la instrumentalización del mismo, en beneficio de la explotación y el capital. Esto nos hará plantear una *arqueología* de las representaciones a nivel discursivo ligada a una pesquisa en el plano de las políticas públicas y la gestión del capital. Mi interés fundamental es mostrar cómo se llevaran a cabo a partir de estos discursos, un conjunto de políticas estatales que favorecerán al pacto Estado-capital enunciado por Rita Segato, que busca la desaparición física o simbólica de los sujetos racializados y sus territorios.

Habría que aclarar que el *desarrollo* será una fase más del proyecto moderno colonial, por lo tanto mi crítica se circunscribe a la heterogénea corriente

modernidad/colonialidad/decolonialidad que integran autores como Enrique Dussel, Aníbal Quijano, Rita Segato, Arturo Escobar, Walter Dignolo, Catherine Walsh, Nelson Maldonado Torres, Karina Bidaseca, Edgardo Lander entre otros. Siendo el *desarrollo* una nueva fase de la *colonialidad* (Quijano 2014) este proyecto se convierte en una actualización para el siglo XX de lo que el *progreso* fue para el XIX. La *división racial del trabajo* construida como prisma de lectura de las relaciones de producción en América Latina por Aníbal Quijano (2014) fue de vital importancia para comenzar mis indagaciones, sirviéndome este constructo para entender la raza como una forma instrumentalización de la diferencia y administración de la explotación en el Sur Global. También fundamental, será la amplísima obra de mi tutora Rita Segato, pero sobre todo dos textos: la *Nación y sus otros* (2007) y *las estructuras elementales de la violencia* (2010). El primer libro me ayudó a entender cómo cada matriz nacional genera sus propias formaciones de alteridad y el segundo me dio la posibilidad de analizar los conceptos de *status* y *prestigio*. Estas categorías me permitirán vincular el poder con la blancura. Además la antropóloga desarrolla algo que será indispensable para referirme al peronismo posteriormente, la diferencia entre lo popular y la esfera pública (Segato 2010). La *gramática del poder* que estoy planteando se circunscribirá de forma irreductible y exclusiva a la esfera pública. Para rastrear lo popular propondré una *arqueología fanoniana*, debido a que lo popular es irrepresentable e irreductible, es imposible pensarlo como una institución y tampoco como una gramática. Tomé la decisión de levantar un archivo como el que propone Fanon en *Piel negra, máscaras blancas* (1952).

Con respecto a lo anterior, quisiera decir que la propuesta que atraviesa todo este trabajo es que en América Latina lo *popular* es lo *no blanco*. Sin embargo, como la *raza* es inenarrable, me vi obligado a construir mi propio archivo para poder sostener esta afirmación. Allí retomo lo que el historiador Alejandro De Oto llama el archivo colonial/decolonial (2011) y que yo prefiero llamar, el *archivo racial*. Este archivo tiene como modelo la obra de Fanon antes mencionada, donde es indispensable un ejercicio de imaginación teórica decolonial para rastrear las ausencias en lugares donde la academia ortodoxa y eurocéntrica no iría. En el caso de Fanon, el martiniqués no solo recurre a manuales canónicos de psiquiatría, sino que acude también a las novelas sobre las mujeres martiniquesas, a la publicidad sobre chocolates, a la filosofía europea, a los testimonios de la gente en la calle y a sus anécdotas propias. El archivo oficial, que usan los historiadores, oculta la *raza*, la obtura. De la misma forma, lo popular necesita de una heterodoxia metodológica para poder rastrearlo. Una arbitrariedad políticamente necesaria. De esta manera, mientras que planteo la etnografía del poder, para

hacer una antropología de la esfera pública. Planteo simultáneamente una *arqueología fanoniana* y no foucaultiana sobre lo popular. Para de esa manera, poder rastrear por ejemplo la construcción del *negro* en Argentina durante el peronismo.

Otro de los grandes aportes de Rita Segato para mi tesis, fue la posibilidad de comprender cómo los cuerpos racializados y feminizados son el texto de la colonialidad, donde se expresa la violencia del sistema. Representa el lugar en el que se inscribe el sistema civilizatorio racista y patriarcal. Con respecto al desarrollo, la obra de Arturo Escobar sobre la *Invencción del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo* (1998) me dio las herramientas para entender el desarrollo como dispositivo y para leer la supeditación de los proyectos políticos nacionales al proyecto geopolítico del Norte Global. Este esquema de análisis me obligó a tener presente todo el tiempo la relación forzada de los proyectos nacionales con el sistema económico internacional. Esta perspectiva, permite evidenciar cómo hasta nuestros días, el auge y ocaso de los proyectos progresistas está vinculado con el mercado global de materias primas. Nuestra dependencia radica en el hecho de que comenzamos a organizar nuestros mundos del Sur y sus expectativas de transformación, entorno a lo que demanda el Norte Global y a los precios de las materias primas. Un autor que no es de la corriente decolonial pero que fue trascendental para la comprensión de este momento histórico es Bolívar Echeverría. El filósofo ecuatoriano en su obra *Modernidad y blanquitud* (2010) permite entender dos aspectos de primerísimo orden para estudiar el racismo América Latina: primero, la *no blanca* no es solo una cuestión de epidermis, o dicho de otra forma, tener menos melanina no garantiza ser *blanco*, como ocurre en Argentina. Bolívar Echeverría nos lega la epifánica categoría de *blanquitud* para nombrar el conjunto de hábitos, costumbres, lógicas, ademanes, *corporalidades*, que constituyen la *blancura*. Con lo cual, ser de tez blanca es solo una condición de posibilidad para ostentar *la blanquitud* pero no la garantiza. Se puede ser *no blanco*, teniendo el cabello rubio y los ojos azules. Lo que está imposibilitado por la *colonialidad* es que eso ocurra a la inversa. *La blanquitud* es pues, el cuerpo y la materialización de la hegemonía. *Blanquitud* y hegemonía son sinónimos. La *blancura* representa el color de la hegemonía. Vivimos en un mundo blanco, donde la mayoría somos no blancos. Así como vivimos en un mundo dominado por el pensamiento burgués, cuando la mayoría somos no burgueses. El segundo elemento, es la minuciosa explicación sobre el momento en el que emerge el desarrollo. La diferencia de esta etapa con las anteriores de la colonial modernidad, es que Europa había sucumbido a la barbarie nazifascista y los Estados Unidos se erigen como potencia mundial, por ende, el *desarrollo* será un proyecto imperial-

global *norteamericanizador*. Dicho esto, la modernidad que se pretenderá instaurar desde el Río Bravo hasta la Patagonia será la *modernidad (norte) americana*. Esto agregaría una especificidad a partir de la postguerra, que no existía en los momentos anteriores de colonización, conquista y *colonialidad*. Estados Unidos, nos dice Echeverría, será construido mediante el traslado del *ethos realista* (de la modernidad gestada en el noroeste de Europa) a las condiciones privilegiadas geopolíticas, geográficas y climáticas del norte de América. Esa combinación accidental, engendrará la hiperproductividad y el hiperconsumismo que caracterizan a este país y su forma de vida gobernada por la desmesurada artificialidad de la naturaleza. Lo que Rita Segato describirá como el *mundo de las cosas* (Segato 2016).

No puedo dejar de reiterar el impacto que generó la coyuntura política que vivió la región a partir de 1999 en mis indagaciones y el conjunto de inquietudes que quedaron abiertas con respecto a las posibilidades de transformación social y a las limitaciones que genera la idea jacobina de la toma del Estado como única vía para el cambio. Casi 60 años después del advenimiento del peronismo en Argentina, Néstor y Cristina Kirchner impulsaron un proyecto de transformación social que tenía como fundamento el rol protagónico del Estado y como ideología el *justicialismo* (concebida por Perón). Como en aquel momento de postguerra, mientras la coyuntura económica fue favorable, el modelo sojero generó mayor bonanza, incluso social y acceso al consumo a los sectores más vulnerables de la sociedad, pero al caer el precio de la Soja como consecuencia de la desaceleración de la economía China e India, el Estado se vio mermado en su capacidad de acción para seguir llevando a cabo las políticas sociales que les garantizaban el apoyo de la mayoría, perdiendo las elecciones al cabo de 3 periodos consecutivos. En Venezuela, luego de la asunción del comandante Hugo Chávez, la apuesta fue mucho más radical, tratando de reactualizar el socialismo del siglo XX mediante una estatización total del aparato productivo venezolano. Con la caída de los precios del petróleo debido al *descubrimiento* del *fracking* (fractura hidráulica para extraer petróleo del subsuelo) y la entrada al mercado de los barriles iraníes, los ingentes ingresos petroleros mermaron y con ellos el bienestar de la población. Al mismo tiempo que en Argentina, las elecciones parlamentarias fueron ganadas por la oposición política del país que ahora controla el parlamento nacional, lo que representa el comienzo del fin del proyecto de transformación social pensando desde el Estado. Además, el chavismo reeditó muchos de las fórmulas del militarismo perezjimenista de los años 50. Una fuerte impronta antipartidos, aunado a la inclusión de los militares en la burocracia civil, derivó en un verticalismo autoritario, tanto en los ministerios como en el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). Por último, la

nociva dependencia al personalismo de Hugo Chávez y su fallecimiento afectaron el vínculo de las grandes mayorías con la revolución bolivariana. Es por esta razón que para mí estudiar el perezjimenismo y el peronismo, es una forma de hacer una *ontología del presente* (Foucault 1994).

Al intentar realizar el vínculo entre *raza* y economía en el marco de dos proyectos políticos suramericanos, me veo obligado a ir directamente al nervio de un proyecto civilizatorio. Durante los años 50 se gestará entonces el vínculo entre cuerpo y técnica y eso se verá reflejado en todos los discursos estudiados. Había una necesidad primorosa por industrializar el país. Para este propósito se necesitaba sujetos dispuestos a proletarizarse y ser funcionales al capital. Sujetos que privilegiaran la producción de la vida a la reproducción de la misma, voluntaria o involuntariamente. En el caso venezolano que estaba en un estadio más incipiente de industrialización, los sujetos que se encontraban en nuestro país no tenían la *técnica* que demandaba el sistema industrializador, urbanizado, tecnificado y profesionalizado que se quería implantar en nuestros mundos. Por esa razón habrá una práctica blanqueadora muy clara, planificada desde el Estado, elaborada mediante un programa de inmigración europea con el objetivo de propiciar el desarrollo del país. Evidentemente, un país mayoritariamente *no blanco*, *no tenía* la técnica para lograr este objetivo. El proceso argentino es más opaco en este sentido, ya que el proyecto peronista no se plantea la inmigración europea como necesaria para el desarrollo, lo que me hizo pensar en dos posibilidades. O el peronismo era un proyecto que intentaba construir un modelo de *desarrollo no blanco*, o la tarea ya había sido realizada desde finales del siglo XIX y Perón tiene ya los conglomerados de europeos *necesarios* para lograr el objetivo. Ahora bien, al hacer una hermenéutica de la etnografía del poder, encontraremos que tanto Pérez Jiménez como Perón, consideraban que el indio debería incluirse en el mundo industrial y adquirir la técnica blanca. Quisiera hacer una advertencia previa: durante la tesis usaré desarrollo y desarrollo industrial como sinónimos, debido a que en las fuentes primarias argentinas no encontré nunca la palabra desarrollo sin el adjetivo industrial, mientras que en Venezuela solo le llamarían desarrollo a secas. Por otra parte la bibliografía consultada conlleva a equívocos con el término *desarrollismo*, ya que Perón es incluido en ocasiones y en otras tantas excluido. De hecho, la bibliografía argentina ubicará al *desarrollismo* recién con Arturo Frondizi en 1958 y las alusiones a Pérez Jiménez y al proceso venezolano serán muchas veces erráticas. Por esta razón y siguiendo Arturo Escobar, usaré la categoría desarrollo la mayoría de las veces a modo de consenso y desarrollo industrial en algunos momentos en los que las fuentes lo indiquen. Así como ya describí mi propuesta

metodológica (etnografía del poder y arqueología fanoniana) debo confesar que comparar dos países de la región es todo un desafío epistémico. Por un lado, las preguntas que se hacen en cada país, el itinerario de autores, las coordenadas bibliográficas, los debates internos y las formas de acercarse a los procesos, son distintas. También las referencias recíprocas. Lo que se dice de Perón en la bibliografía venezolana y lo que se dice de Pérez Jiménez en la bibliografía argentina tiende a ser por momentos totalmente antagónico. Por último y no por ello menos importante, pasar meses en el extranjero, rodeado de archivos y atiborrado de preguntas requiere de un esfuerzo extra, sobre todo porque el peronismo es un proceso aún abierto en argentina, donde existe lo que yo me atrevería a denominar como una *escolástica peronista*, en la que cada quién construye su narrativa sobre Perón. Solo la disciplina y la pertinencia política de la investigación, me permitieron lograr finalizar este trabajo.

Como en otras etapas de la modernidad, el Estado ejercerá una violencia institucional que tendrá como objetivo imponerle el mundo *blanco* a nuestros muchos mundos *no blancos* del Sur. Para ambos países será una etapa en la que ocurrirán cambios radicales en la conformación de las demografías nacionales. Se impone primero un paisaje urbano, que genera otra experiencia del tiempo, del espacio y que demandará un tipo de técnicas, afectos e inteligencias urbanas e industriales tejidas por otros pueblos con otras historias distintas a las nuestras. La dictadura venezolana, no solo impondrá un paisaje urbano transformando Caracas hasta nuestros días, sino que además cercenará cualquier forma de participación política, prohibiendo partidos políticos, persiguiendo y torturando. Esta será una diferencia no menor con el peronismo que fue electo por la voluntad popular y procurará que el *pueblo* sea el *sujeto histórico* en la construcción de este modelo. Este proyecto creará en Argentina un fuerte antagonismo pueblo/oligarquía. La oligarquía como en todos los países latinoamericanos es el reservorio de la *blanquitud* y será ésta la que construirá la narrativa racista más virulenta hacia el pueblo. De allí surge la noción de *cabecita negra* o de *negro*, como marca para subalternizar y fijar en la historia a la heterogeneidad *no blanca* que ahora amenazaba su estatus. En ese sentido, encontraremos el ejercicio de una violencia narrativa que emerge desde las clases económicas privilegiadas a las que se oponía Perón, con lo que el peronismo se convierte en un refugio de autoidentificación, resistencia política y simbólica. El peronismo se transformó en un generador de sentido que permitió unificar la heterogeneidad del pueblo y diversidad de los *mundos no blancos* entorno a una identidad política en respuesta a la oligarquía. Esa será mi hipótesis, Perón no narra la raza, la *no blancura* que narra el peronismo, es una reacción a la radicalidad del racismo antiperonista. La única categoría que se usa desde el poder es

descamisado, que es una derivación de los *sans culotte* de la revolución francesa y no una marca racializada.

En el primer capítulo, *antecedentes e introducción al peronismo y al pérezjimenismo*, abordaré tres fuentes comunes de las que beben ambos procesos y que son fundamentales para entender el vínculo entre *raza* y poder. Hablaré extensamente del positivismo, ya que éste se convierte en el primer vínculo saber-poder en la región, dándole un carácter *pseudocientífico* al racismo. Otra coincidencia, es que los intelectuales positivistas venezolanos y argentinos ejercerán cargos públicos y tendrán capacidad de gestión de capital y de acción política. No dejaré sin mencionar los intercambios entre intelectuales de un país y otro, de ellos se emanará un imaginario que luego recuperarán aquellos intelectuales que se vinculen con la idea del desarrollo. El legado que el desarrollo hereda del positivismo no es menor: la necesidad de *orden* para el *progreso*, la indispensable homogenización de la diversidad, la *raza* como atavismo o déficit a superar y la inmigración blanca. Allí compararé a dos de los intelectuales positivistas más importantes de sus países y que además tuvieron un diálogo entre ellos.

La segunda fuente es el militarismo. Ambos países estaban siendo gobernados por militares en este momento. Aunque Perón ganaba elecciones y Pérez Jiménez no, ambos fueron formados en las primeras generaciones de militares profesionales. Estos militares tenían en su formación una ideología que va a estar presente en el proyecto pérezjimenista y peronista. El nacionalismo, la soberanía sobre los recursos, la necesidad de autoabastecerse alimentariamente para no ser bloqueados durante la guerra, la construcción de vías de comunicación, la importancia de la ciencia y la técnica y la noción de protección de la geografía, le daban un repertorio cognitivo y técnico que los partidos tradicionales no poseían. Es inconcebible el proyecto peronista y el pérezjimenista si no se estudia el rol de las Fuerzas Armadas en la *modernización* y en el reemplazo de los partidos tradicionales. Por último, esbozaré los principios fundamentales de la *Doctrina Justicialista* que guiará al peronismo y del *Nuevo Ideal Nacional* que orientará ideológicamente al pérezjimenismo. Allí corroboraré la impronta positivista y militarista de ambas propuestas.

En el segundo capítulo, la *tectónica de la estatalidad. Militarismo tecnocrático y populismo*. Planteo una grilla de lectura para ver el Estado latinoamericano sin pretensiones de establecer leyes naturales, solo con el objetivo de tratar de construir una metáfora que nos ayude a entender las limitaciones y las potencialidades de la vía jacobina al poder. Es decir, de depositar toda la potencia social en la toma del Estado y a partir de allí transformar las formas

de vida. La *tectónica de la estatalidad* pues, estaría constituida por 4 placas que rigen nuestros Estados y que pueden ser desplazadas cuando se ocasionan movimientos telúricos (como lo han sido el cardenismo, peronismo, chavismo, sandinismo, etc.) pero que luego vuelven eventualmente a su lugar. Esas cuatro placas caracterizarían al Estado como cautivo de los mercados internacionales, patriarcal, y blanqueador.

Posteriormente, describiré la interacción del militarismo tecnocrático de Pérez Jiménez y el populismo peronista, con estas limitaciones de la *tectónica* anteriormente planteada. A pesar de presentarlos de formas separada, este ejercicio comparativo no es de ninguna manera una segmentación, todo el tiempo intentaré hacer referencia a ambos, aunque eso genere ciertos desbalances y desequilibrios frutos de la honestidad intelectual. Hay procesos en Venezuela que me interpelaban más que en Argentina y viceversa. Ellos tendrán mayor peso reflexivo, como lo veremos a continuación. No quise hacer de ninguna manera una mimesis del esquema comparativo, para forzar la realidad a él, todo lo contrario, dejé que el archivo hablara.

En el tercer capítulo, *desarrollo y blanquitud*, propongo una genealogía de la blanquitud en Venezuela y Argentina, para demostrar que la aparición del *tropos negro* o la exacerbación del racismo, es consecuencia de proyectos políticos que desafían la *blanquitud*. Allí intento hacer un pequeño recuento histórico a través del propio siglo XX en el que proyectos políticos previos al peronismo y el pérezjimenismo amenazaron el pacto Estado-capital tradicional y conservador. Tal es el caso del gobierno de Hipólito Yrigoyen en Argentina, el de Cipriano Castro y el de Acción Democrática en Venezuela. Todos ellos tildados de retrógrados, bárbaros o sencillamente de gobiernos de *negros*. Luego, propondré estudiar las formas de *racialización* que surgieron durante el peronismo y el pérezjimenismo y los lugares desde donde ésta se enunciaba.

La conquista norteamericana tendrá una particularidad que no tuvieron las anteriores: la sociedad de consumo. Esta se convierte en una gran máquina de cooptación de sensibilidades y de imposición de una subjetividad blanqueadora, construida a partir de la adquisición de objetos importados de la *modernidad (norte) americana*. Allí trataré de vincular raza y género bajo esta invasión de signos y discursos que trae como consecuencia la llegada de la sociedad de consumo

En el cuarto capítulo, *Estados Unidos y la norteamericanización de América del Sur*, analizo las relaciones de Venezuela y Argentina con los Estados Unidos, develando la dependencia a nivel económica, científico-técnica y comercial que se comienza a gestar en la

postguerra con respecto a los Estados Unidos. Para mí fue radicalmente evidente al elaborar esta tesis que, a partir de 1945, lo que nosotros denunciábamos como eurocentrismo, pasa a ser un *norteamericanocentrismo*. Es un tránsito que se asume con trivialidad pero no lo es, mi esfuerzo entonces radica en mostrar a través de la lectura de Bolívar Echeverría, la imposición de *una modernidad (norte) americana* con atributos y características distintas a la(s) modernidad(s) europea(s).

El objetivo fundamental de la tesis es preguntarme acerca del color del poder. ¿Tiene o no tiene un color el poder? En consecuencia, ¿la hegemonía es blanca o puede ser no blanca? ¿En los momentos contrahegemónicos y de proyectos populares, se ha construido una hegemonía no blanca? ¿Hay un modelo de desarrollo no blanqueador? ¿Cómo ha reaccionado la blanquitud? ¿Aquellos cuerpos racializados que ingresen a la esfera pública, deben abandonar sus saberes, formas de vida, sus epistemes, sus corporalidades? Estos y otros cuestionamientos irán siendo deshilvanados a lo largo de las páginas por venir. Con respecto al desarrollo, éste es simplemente un momento histórico que elegí para problematizarlo, como quien elige una fotografía. Podría haberme ubicado en la década neoliberal o a principios del siglo XX. Esto no quiere decir que sea arbitraria mi elección. No es azarosa, pero tampoco es la columna vertebral de mi trabajo, es solo una escena histórica. Por eso el título es raza y poder y no raza y desarrollo.

Tres autores son imprescindibles en la elaboración teórica de mi proyecto. Rita Segato, me da una caja de herramientas para analizar el vínculo entre cuerpo y proyectos políticos en la región. Abre la posibilidad para pensar lo que el neoliberalismo ha ocasionado con los cuerpos femeninos/feminizados, cuando se pregunta por ejemplo acerca del ¿cómo la iniciativa Mérida en México durante el gobierno de Felipe Calderón exacerbó la violencia sobre la mujer y originó un conjunto de métodos de tortura jamás visto en ese país? (Segato 2016) Esas reflexiones, fueron de mucha utilidad para entender el peronismo y el pérezjimenismo y su vínculo con la raza. La caja de herramientas que otorga el género y los estudios sobre el género, tiene mucho que abonar a los estudios sobre racismo. Al fin y al cabo, tanto el género como la raza, son dos formas de biologizar/naturalizar la diferencia para justificar la explotación, eliminación, dominación y subordinación de esas corporalidades. El segundo autor es Bolívar Echeverría, que a lo largo de su obra me permitió pensar la blancura como algo más que un signo anatómico, a pesar de que este el *cuerpo blanco* sea condicionante pero no determinante para acceder a la blanquitud (Echeverría 2010). Entender la blanquitud como sistema hegemónico, como bloque etnohistórico dominante, fue fundamental para poder plantear una

posibilidad de lectura etnográfica del poder y la raza juntos. El último autor es Frantz Fanon, que aunque no aparece citado en este proyecto como los dos autores anteriores, adopté su modelo metodológico, epistémico y político a seguir. De alguna forma, este texto surge como un homenaje a *Piel negras, máscaras blancas* (1952) y mucha de las fórmulas teóricas están inspiradas en el autor martiniqués.

Glosario:

Para finalizar la introducción, elaboraré un glosario que espero que funcione como bitácora de viaje y no como diccionario especializado. Son conceptos abiertos, en diálogo y tensión permanente con compañeros y lectores, a lo largo de la escritura y espero que así sean a lo largo de la lectura.

Arqueología fanoniana: A diferencia de la arqueología de Michel Foucault, el archivo que estoy tratando de levantar es un archivo racial. Es un archivo que narre lo que está ausente. Un archivo heterodoxo y holístico, que reúne fuentes primarias, secundarias, material visual, historia de vida y anécdotas. Es fanoniana porque como lo dije antes, está inspirada en la obra de Frantz Fanon, que no jerarquiza entre fuentes primarias, secundarias, saberes populares e historia de vida. Puede usar tanto una novela, como un tratado de psiquiatría o algún refrán producto del sentido del humor y del sentido común de Martinica.

Blancura: Se refiere al *soma* definido como blanco por la colonialidad. El signo racial asociado a Europa y Norteamérica; y por añadidura, la referencia material de la modernidad. El color indispensable para la modernización y el desarrollo. Con blancura siempre me referiré a la parte anatómica, a la cantidad de melanina, a lo que materialmente fue construido como blanco.

Blanquitud (Echeverría 2010): El colonialismo es a la colonialidad, lo que la blancura es a la blanquitud. Aunque la esclavitud y el sistema de servidumbre fuese abolida bien entrado el siglo XIX en la mayoría de las repúblicas criollas y mediante ello el sistema de castas, la estructura racista sigue vigente. Si la blancura era el color del poder durante la colonia, la blanquitud es el color del sistema hegemónico (el conjunto de signos visibles, no solo epidérmicos) que se instauró con las repúblicas posteriormente. Si la blancura se refiere a la epidermis, la blanquitud se refiere a la forma de vida simbólica que fueron gestando en esos cuerpos (ademanos, posturas, corporalidades) pero también formas de gestión de afectos, racionalidad y vínculos con el poder. El peligro de esta categoría es que represente la totalidad de la vida. Por esa razón hablo de hegemonía y no de sistema civilizatorio. La blanquitud es el

color del poder, del sistema hegemónico, pero lo ostentan solo aquellos que poseen la blancura, los demás son cuerpos deficitarios a esa blanquitud (subalternizados o exterminados). Esa condición es lo que permite perpetuar la colonialidad y el racismo.

Blanquitud honoraria: Una de las principales premisas de esta tesis, es que el Estado es blanco y su dinámica institucional blanquea y coopta al que pasa a formar parte de él. En el caso de Juan Domingo Perón y Pérez Jiménez que representan la no blancura, acceden a la blanquitud a través de la institución militar, tanto en la corporalidad (uniforme, posturas, etc.) como a nivel profesional (formación técnica y científica -ambas eurocéntricas-). Las Fuerzas Armadas al ser una institución del Estado vierte la blanquitud sobre los que en ella se forman. Pero esta es honoraria, momentánea, otorgada por el rango o el cargo que ocupan. Poder y blanquitud son inextricables e indisolubles en el marco de la colonialidad.

Desarrollo: Es un dispositivo que surge en los años 50 y se vuelve hegemónica en las décadas posteriores. Hará referencia fundamentalmente, al conjunto de métodos que posibilitan las condiciones materiales, para que se impongan un nuevo proyecto civilizatorio en cada nación: crecimiento económico, urbanización del paisaje, higienización, tecnificación de la producción, profesionalización de sus ciudadanos, diversificación e industrialización de su economía (Escobar 2014). Además, la impostergable creación de un mercado de consumidores que absorba la oferta del aparataje industrial del Norte Global, configurando así, la relación centro-periferia que esbozó la teoría de la dependencia. El desarrollo se impondrá como el nuevo telos de las clases políticas del mundo entero y el fin último de izquierda y de derecha. En América, Latina, el desarrollo tiene un lado oscuro que el dispositivo encubre: las consecuencias de la urbanización es la gentrificación, la del crecimiento económico es la precarización y el éxodo rural, así como los efectos de la profesionalización y tecnificación derivan en el epistemicidio, la aniquilación del ecosistema y los saberes ancestrales, además del despojo territorial. No podría dejar de plantear que el desarrollo configura una racionalidad estatal que monumentaliza todos los proyectos, a partir del interés nacional. Este es definido por la clase dominante, no por la nación entera. Exacerba el pensamiento totalizador, monolítico y homogeneizador que caracteriza a la modernidad y atenta contra la democracia, la pluralidad y la diversidad. Ya el positivismo se había planteado un programa parecido, pero el Estado venezolano y argentino no gozaba de los medios técnicos y militares para imponerlos como durante la postguerra. A partir de los 50, éste concepto de desarrollo sufrirá varios cambios, que intentarán enmendar lo que quedó excluido en esta etapa inaugural, por ejemplo: desarrollo rural, desarrollo sustentable, desarrollo humano. Estas adjetivaciones demuestran

que el desarrollo durante los años 50 era urbano, no sustentable y deshumanizador. (Ninguna de las adjetivaciones colocadas en estos años, lo resolvieron)

Esfera pública (Segato 2010): Son el conjunto de instituciones que regulan la vida de los sujetos en la sociedad. El Estado y sus instituciones gubernamentales, los gobiernos locales, los colegios, las universidades, las Fuerzas Armadas, los medios de comunicación. Es el lugar material del que emana la hegemonía, el lugar donde reside el poder. Esa esfera es blanca y patriarcal, como veremos extensamente más adelante.

Mundo blanco: Usaré este constructo para remplazar la categoría blanquitud en muchas ocasiones a lo largo del texto. Hace referencia al mundo gobernado por la razón instrumental, que reproduce la vida a partir de la producción de riqueza, la acumulación del capital y explotación del ser humano y la naturaleza. Representa la hegemonía del mundo heteronormativo, machista, racista y burgués. Es decir, es el mundo hegemónico que se impuso a nuestros muchos mundos no blancos, a través de la conquista, el colonialismo y la colonialidad

Mundos no blancos: La usaré refiriéndome a los muchos mundos que pueblan nuestro Sur. Los pueblos esclavizados, genocidados y racializados para justificar la dominación, explotación, despojo y exterminio. Allí se gestó un acervo disfuncional al capital, una modernidad barroca (Echeverría 2010), y se generaron vínculos contrahegemónicos y alternativos. Son los mundos que emergen de las corporalidades y comunidades que llevan a cabo las prácticas decoloniales realmente existentes. Prácticas de las que no hablaré en mi tesis, pero que surgen cada vez que uno revisa un archivo para registrar los flagelos de la colonialidad. Esos ethe no blancos son el reservorio de las suficiencias íntimas (Arboleda 2011). Los mundos no blancos son aquellos representados por los pueblos garífunas de Centroamérica, mapuches del cono Sur, afroesmeraldeños de Ecuador, pemones en Venezuela y tantos otros que fundaron la decolonización desde hace 5 siglos.

Mundo de las cosas (Segato 2016): Haré referencia al mundo que se implementa a partir de los 50, con la sobreproducción del aparato industrial norteamericano y la explosión demográfica del *babyboom*. Ese mundo que colma de autopistas, autos y electrodomésticos al mundo de la vida. No es que todos puedan adquirir esos productos, pero se implanta el deseo por obtener cosas y objetos, por artificializar el paisaje, y como buena hegemonía, gobierna la sensibilidad sin que el gobernado participe. Se cosifica al cuerpo, a la mujer, a la naturaleza, a la vida. Se priorizar el tener, por el Ser.

Pacto Estado-capital (Segato 2016): Durante la guerra fría se asumía que estaban luchando la lógica del capital contra la lógica estatal. La pugna oriente y occidente se resumía a Estado contra mercado, es decir, socialismo contra capitalismo. Finalmente se creía que el neoliberalismo era la ausencia del Estado y que íbamos hacia la disolución de éste. El pacto Estado-capital revela que tales dicotomías no son veraces. Para que el mercado imponga su lógica, necesita de un Estado que le cree las condiciones, que aniquile los espacios de soberanía territorial, de autonomía, de defensa de la naturaleza. Igualmente, para que los Estados lleven a cabo programas de justicia e inclusión social, necesitan ceder fuero y soberanía, a cambio de recursos para subsidiar sus programas. La clase política y la clase económica (nacional o extranjera) no son antagónicas, establecen una simbiosis indispensable para el funcionamiento del sistema. Por esa razón se trata de un pacto entre élites. Hay momentos históricos donde este pacto se evidencia, sale a la luz pública, como cuando desde un proyecto político se logra erigir una nueva clase económica (el PRI en México) o viceversa, cuando desde la clase económica se llevan a cabo proyectos políticos (el PRO de Macri en Argentina). Sin embargo, la mayoría de las veces es un pacto tácito, que no necesariamente tiene que ser con las élites nacionales, puede ser un pacto con las transnacionales norteamericanas o los empresarios rusos para la explotación minera. Ahora bien, esa alianza indispensable para la supervivencia de uno y otro, solo es posible gracias a *la blanquitud*. Es ese mundo blanco/blanqueado que genera la complicidad entre el Estado y el capital. El deseo de blancura es el que seduce a la clase política criolla para que instaure el pacto con la burguesía foránea o extranjera. La ansiedad por homologarse. El pacto Estado-capital no está solo determinado por la racionalidad económica o el pragmatismo político, está involucrado el deseo por ser blanco, que impone la blanquitud.

Régimen visual (Barriendos 2011): Con este concepto no intentaré hablar como otros autores, de la imposición de un régimen escópico, ni mucho menos de una pedagogía de la mirada. El uso que le daré a lo largo del texto, tiene más que ver con un régimen de asociación y de representación impuesto por la colonialidad. Una relación paisaje-sujeto-historia, que se reitera visualmente (publicidad, cine y televisión) iterando un reflejo condicionado racista y patriarcal. Este concepto apareció sin yo haber leído previamente su uso cuando en un café de Caracas sentado con una actriz afrovenezolana de padres haitianos, se vincularon dos experiencias consecutivas. Primero, ella era objeto de miradas vigilantes que la auscultaban. Era un café en la trinidad, zona de clase media alta que los cuerpos racializados no frecuentan, con lo que esa relación cuerpo-paisaje, perturbaba al que miraba. Algo distorsionaba a aquellos que velaban nuestra presencia que tenían que mirar una y otra vez para asegurarse de que sí,

había una mujer negra en ese café del este caraqueño. En primera instancia, asegurarse de que era cierto que ese cuerpo estaba allí y luego, comenzar un ejercicio de vigilancia para ese cuerpo sospechoso. Posteriormente, la chica me dice que estaba cansada de hacer papeles de esclava y doméstica en el cine venezolano. Que quería jugar otro rol. Claro, su cuerpo no ocupaba otro rol en la historia. Si la película era histórica, esclava, si la película era contemporánea, doméstica. Todo eso ocurría en una pantalla, que reproducía una y otra vez esa relación raza-género-trabajo. A ese espacio visual de ejercicio de la colonialidad racista y patriarcal, lo llamo durante la tesis régimen visual.

Técnica: Es el conjunto de saberes útiles a la industria y al desarrollo. Un saber-hacer funcional al capitalismo en su versión del siglo XX, pero a su vez una disposición al capital y al trabajo. Técnica-cuerpo es una relación indisoluble en la época estudiada.

CAPÍTULO UNO

Antecedentes e introducción al Justicialismo y al Pérezjimenismo

Introducción

El justicialismo y el pérezjimenismo son dos proyectos políticos que inauguran la historia de América Latina a partir de la postguerra. El justicialismo, fue liderado por Juan Domingo Perón. Mi propuesta de análisis solo abarca su primer gobierno que va desde 1946 hasta 1955, sin embargo, Perón fue 3 veces presidente de Argentina. Inclusive, el justicialismo ha sido tan importante para la historia argentina, que muchas corrientes historiográficas sitúan al peronismo a partir de una aparente fecha fundacional en la vida política de ese país: El 17 de octubre de 1945. Ese día de octubre, acontecieron un conjunto de eventos que trajeron como consecuencia la candidatura en 1946 de un Coronel, que para ese entonces era Secretario del Trabajo. El régimen militar que gobernaba Argentina, decidió apresarse a su propio Secretario de Trabajo y Previsión Social (Perón) y ponerlo a disposición de los tribunales. Lo que era una manifestación (como tantas otras) pautada para el día 18 de octubre, a favor de la libertad del Coronel Perón, se convirtió en una toma apoteósica de la Plaza de Mayo y sus adyacencias. Cuerpos que nunca había habitado ese espacio, ocuparon el centro de Buenos Aires y las principales ciudades del país. El régimen militar frente a estas manifestaciones públicas se vio forzado a liberar al Coronel y además le cedió el balcón de la Casa Rosada para que hablara. Por esta razón, es una fecha fundacional para algunos. Allí comenzaría la historia política de la Argentina contemporánea. Otros, sitúan el inicio del peronismo cuando asume la Dirección de trabajo y Previsión Social (aún no con rango de Secretaría) en 1943. Habría que recordar que Perón forma parte de todo un movimiento militarista con reverberación en la región y que instauró en la Argentina una dictadura de 1943 hasta 1946. La junta militar de la que forma parte Juan Domingo Perón, derroca en 1943 al gobierno de Ramón S. Castillo mediante un levantamiento armado. Ramón S. Castillo había sido el último presidente de la llamada comúnmente década infame en Argentina. En la que se acusaba a los gobiernos de turno de cometer fraudes electorales, beneficiar solo a la oligarquía y de cederles el país a los ingleses. Además, se rumoraba en los cuarteles que Argentina tomaría partido por los aliados en la guerra. En las Fuerzas Armadas Argentinas había sectores filonazi y filofacistas muy poderosos que preferían la neutralidad, antes que apoyar al imperio británico y a Estados Unidos. Corrupción, fraude electoral, entrega de concesiones mineras y ferrocarrileras a empresas inglesas, abandono de la política exterior de la neutralidad y el enriquecimiento de la oligarquía en detrimento de las grandes mayorías fueron los causantes del golpe.

De 1939 a 1941 Juan Domingo Perón vive en Europa y asiste al pleno apogeo y surgimiento del fascismo y el nazismo. Al igual que Pérez Jiménez, no será ni defensor de Mussolini ni detractor del mismo. Sentía sí, una inmensa admiración por las políticas sociales y por la forma de organización sindical corporativa que tenía el régimen italiano pero un profundo repudio por su antisemitismo. De la misma manera, admiraba el orden y el poderío industrial de Italia y Alemania; en América Latina, fue admirador de las políticas de nacionalización de los recursos de Lázaro Cárdenas (Perón 2006). Como explicaré más adelante, el orden, la nacionalización de los recursos y el corporativismo sindical serán los pilares fundamentales del pensamiento de Juan Domingo Perón y se verterán sobre el justicialismo. Es por esta razón, y reconociendo la importancia de los trabajadores en su proyecto político que decide hacerse cargo en 1943 de la Dirección de Trabajo y Previsión. Sin ser aún presidente de la República, convence al Jefe de la Junta Militar, el general Edelmiro Julián Farrell, para aprobar el estatuto del Peón, que le garantizaría los mismos derechos al campesino que al obrero industrial, además fija el régimen de vacaciones y jubilación de los obreros industriales y crea los Tribunales de Justicia Nacional del Trabajo, que se encargarían de defender a los trabajadores por primera vez en la historia de ese país. Si consideramos que raza y clase colapsan en nuestra región, cualquier reivindicación a los trabajadores, se convierte en una problemática racial, sobre todo en el campo del norte Argentino, por ende, Perón estaba socavando las bases de la blanquitud, del sistema que habían impuesto los protagonistas de la “década infame”. Además, tenía un liderazgo político importante, en lugar de un simple burócrata, era articulista de Prensa y participaba en actos con los trabajadores. Fue construyendo la imagen de defensor de los más vulnerables durante esos años en la Dirección de Trabajo y Previsión que luego se elevaría a la condición de Secretaría, un órgano adscrito directamente a la jefatura del Poder Ejecutivo.

Perón fue, posterior a su detención, Ministro de la Defensa y Vicepresidente. En ese momento tuvo grandes diferencias con el Embajador de Estados Unidos, Spruille Braden, llegando a usar en su campaña el eslogan “o Braden o Perón”, En 1946 gana la presidencia de la República y comienza un gobierno que trastocará la historia de Argentina para siempre. Nacionaliza el petróleo, aunque luego vuelva a la política de concesiones, le otorga el voto a la mujer, nacionaliza el sistema de ferrocarriles expropiando al Impero Británico, dispuso la gratuidad de la Educación Universitaria, triplicó el número de colegios y llevó a cabo un conjunto de medidas que redistribuyeron la renta que el Estado recibía por sus exportaciones

de cereal y carne. Estableció relaciones diplomáticas con la URSS, y reforzó las relaciones con América Latina.

Perón como líder inauguró un modelo retórico y político que creó poderosos vínculos con las clases más vulnerables. Hizo de las políticas laborales, sociales y del carisma su capital político. En 1955 luego, de enfrentarse férreamente con los Estados Unidos, con la Iglesia Católica y la oligarquía de su propio país, recibe un golpe de Estado en 1955, renuncia y sale del país hasta 1973.

El *Nuevo Ideal Nacional* es la doctrina que rige al pérezjimenismo en Venezuela. Marcos Pérez Jiménez dirigió una dictadura militar desde 1950 hasta 1958, sin embargo, fue miembro de la junta militar previa, que duró desde 1948 hasta 1950, y que se disolvió por la muerte del Jefe de la Junta, Carlos Delgado Chalbaud. Como con Perón, conviven en la historiografía venezolana varias cronologías, pero yo tomaré la que va de 1948 a 1958 de la antropóloga Ocarina Castillo (1990) ampliamente citada en este texto. Es cierto que Pérez Jiménez se erige como presidente constitucional desde 1953 hasta 1958, pero de 1950 a 1953 es el presidente de facto, a pesar, de que el congreso nombra a German Suárez Flamerich y previamente (1948 a 1950) Pérez Jiménez ejerció el cargo de Ministro de la Defensa, lo que en una dictadura equivale a lo más alto del Poder Ejecutivo. Por esa razón, decidí estudiar la década entera.

Marcos Pérez Jiménez llega a la política de la mano del golpe de Estado de 1945, realizado al también militar Isaías Medina Angarita. La causa fundamental del golpe, es la negativa de Medina Angarita y sus ministros a realizar elecciones universales, directas y secretas. Acción Democrática, de la mano de Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos, aspiraba a llegar al poder a través de una alianza de clases, pero eso era posible solo mediante el voto universal, directo y secreto. El candidato del régimen de Angarita para las elecciones de 1945 había pactado con Acción Democrática llamar a elecciones en 1949, logrando una transición consensuada, pero por un evento sobrevenido, el presidente electo Diógenes Escalante, el día de la toma de posesión, sufre un ataque de demencia y es inhabilitado para el cargo. Las nuevas candidaturas no convencían a Acción Democrática, y decidió conspirar con un grupo de altos oficiales para derrocar al gobierno de Medina e instaurar el llamado *trienio adeco* (1945-1948). Dentro de ese grupo de oficiales estaba Marcos Pérez Jiménez que había estado en cursos de especialización superior en la base de Chorrillos en Perú, de 1939 a 1943. Allí no solo recibió una formación técnica, sino que construyó buena parte de su base ideológica. No en vano, del

Perú y de esa escuela salieron los dictadores Manuel Odría y Velasco Alvarado, entre otros. Al participar en el golpe de 1945, lo nombran Jefe del Estado Mayor del Ejército, desde ese cargo conspiraría para derrocar a Rómulo Gallegos. Hasta ese momento, el recorrido de Pérez Jiménez y Perón se parecen. No forman parte de la clase dominante, ni de la élite. Pasan un tiempo en el exterior de formación. Perón en Europa y Pérez Jiménez en Perú. Posteriormente, forman parte de dos logias conspirativas, en cargos menores. El Grupo de Oficiales Unidos (GOU) en el caso de Perón y la Unión Patriótica Militar (UPM) en el caso de Pérez Jiménez. Solo que el golpe en Argentina se da en el año 1943 y el golpe en Venezuela ocurre en 1945. Además en 1946 llegaría por elecciones, como dije previamente, mientras que Pérez Jiménez llega por otro golpe militar en 1948. Ese año con el derrocamiento de Gallegos, Pérez Jiménez ocupa varios cargos relevantes, entre ellos el de Ministro de la Defensa. Para 1950, es asesinado el presidente de la Junta de gobierno Carlos Delgado Chalbaud. A partir de allí, Pérez Jiménez es el verdadero líder de la dictadura, aunque por momentos no asuma el cargo constitucionalmente. La dictadura suspenderá las garantías políticas, convoca a elecciones sin reconocerlas (porque las perderá siempre), tortura, persigue la disidencia, desaparece, cercena la libertad de prensa, prohíbe partidos políticos (aunque convivió con URD y COPEI muchos años prohibió al Partido Comunista y a Acción Democrática). Suspendió la organización sindical y obrera, pero la cámara de comercio y empresarios estaba supeditada al ejercicio de su autoridad, con lo que no se puede asegurar que oprimía a los trabajadores y favorecía a los empresarios. Creció el sector importador nacional y se adoptaron algunas medidas proteccionistas en algunos rubros que mencionaré más adelante.

Al dictador se le conoce como el constructor de Caracas y del centro del país, algunas de sus obras son: la autopista Caracas-La Guaira, Caracas-Valencia, Francisco Fajardo; Teleférico de Mérida y Caracas, Universidad Central de Venezuela, construyó varias plantas siderúrgicas y varias urbanizaciones obreras y populares (Paraíso, 23 de enero, entre otras) además de una red hotelera a lo largo del país.

A lo interno, tuvo maravillosas relaciones con la iglesia que se degeneraron a partir de varios discursos antidictadura de algunos sacerdotes. Con Estados Unidos también tuvo buenas relaciones hasta 1956, cuando el imperialismo optó por otra política hacia América Latina, y en consecuencia se decantó por Rómulo Betancourt. El dictador no le tenía ningún tipo de aprecio al pueblo, a diferencia de Perón. No solo ignoraba su voluntad electoral, sino que además priorizó desde los primeros años de su gobierno la inmigración europea, para blanquear la sociedad y que fuese más propensa al desarrollo. En 1958 es derrocado y se va al exilio.

Estos proyectos se llevan a cabo en una etapa, en la que el dispositivo del desarrollo, se va tornando hegemónico en el mundo entero. En América Latina, desde la Conferencia Panamericana de 1939 (Escobar 1998) el desarrollo industrial se convierte en una prioridad para la región. Ahora bien ¿cómo estos dos proyectos políticos se diferencian? ¿Cómo es la recepción de este nuevo proyecto? ¿El militarismo pérezjimenista y el populismo peronista son antagónicos? ¿Qué lugar ocupa la raza? son algunas de las preguntas que comenzaré a formularme durante los antecedentes de estos dos proyectos y la descripción de los principios básicos de ambas ideologías.

Para entender la *Doctrina Justicialista* y el *Nuevo Ideal Nacional* hay que ir a las fuentes históricas que las alimentaron. Por esa razón, describiré en primera instancia el positivismo, presentándolo como *dispositivo* inaugural de la relación saber-poder en América Latina. Mediante él, un conjunto de intelectuales que ocupaban cargos públicos construirán una narrativa en la que un conjunto de elementos aparentemente disímiles como industrialización, inmigración blanca e higiene, quedan integrados. Eso ocurre con el desarrollo y seguirá así hasta nuestros días, en el que discursos aparentemente económicos, urbanos y políticos, están sedimentados por el racismo. La *raza* será uno de las principales problematizaciones del positivismo latinoamericano.

No podría dejar de pasar por alto al militarismo, como la otra gran fuente de ambos proyectos. A pesar de que uno sea una dictadura y el otro una democracia, asistimos durante la postguerra a un desplazamiento de las viejas élites oligárquicas y tradicionales reemplazadas por las fuerzas armadas modernizadas y profesionalizadas. La idea de *desarrollo industrial* está integrada en la formación bélica, científica y técnica, de los militares. En los manuales de guerra. El hecho de que un país pudiera autoabastecerse alimentariamente, tuviese ferrocarriles y pudiera garantizar la soberanía energética, era fundamental para la victoria. Además, un proyecto que encarna tanta violencia como el *desarrollo* no puede sino ser impuesto por la fuerza y la represión de los militares latinoamericanos. En ese sentido, las relaciones con los Estados Unidos serán determinantes. No solo la complicidad de Washington en los golpes de Estado, también la imposición de una situación de dependencia económica y comercial importante.

Positivismo y militarismo ya estuvieron vinculados antes de los años 50. Leopoldo Lugones y Laureano Vallenilla Lanz (argentino y venezolano respectivamente) ya habían asumido que el orden era necesario para la modernización industrializadora y solo podía

garantizarlo el liderazgo de un caudillo y la represión militar. El dispositivo del desarrollo contempla la violencia sobre la naturaleza, sobre el paisaje y sobre la forma de vida. Por esa razón, no podríamos entender ese dispositivo y su recepción en Argentina y Venezuela, sin repensar el positivismo y el militarismo.

Por esa razón, intentaré encontrar los puntos en común entre los dos programas ideológicos, entendiendo que ambos eran antioligárquicos, propendían al nacionalismo y al pragmatismo. Los dos modelos, al intentar imponer otra hegemonía, amenazarían la *blanquitud* venezolana y argentina. Sin embargo, el desarrollo es un proyecto *blanqueador* como todas y cada una de las etapas de modernización que se vive en nuestro Sur. Por ende hay contradicciones axiomáticas, visibles. Ninguno de los dos procesos serán monolíticos, por el contrario, estarán llenos de conflictos. Con el peronismo esto aflorará con mayor fuerza, debido a que el sujeto histórico del proceso será el pueblo y lo *popular*. Un proyecto blanqueador (el desarrollo) con un sujeto histórico no blanco.

La época estudiada, será difícil de clasificar, porque se ubica en la transición entre un sistema político heredado del mundo agroexportador y el nuevo sistema político modernizado/urbano que producirá el mundo industrializado. Es decir, pasamos de ser gobernados por militares que obtenían sus charreteras y ascensos en la batalla, a militares que ganaban sus ascensos por méritos técnicos y profesionales. Nos trasladamos, de una oligarquía agroexportadora que se alternaba el poder, a militares que eran electos por el pueblo democráticamente como el caso de Perón, o que aspiraban a ser electos, como el caso de Pérez Jiménez. De esta forma, habrá una *blanquitud* del viejo régimen (de tintes conservadores y nepotistas) y una nueva *blanquitud* modernizadora (de una emergente clase económica urbana e industrializada). Es por esta razón, que la propuesta antioligárquica no se traduce en una propuesta inmediatamente no blanca. Por el contrario, es la sustitución por otro nuevo tipo de *blanquitud*: La *blanquitud* desarrollista. Esto que pareciera una paradoja, no lo es. Si asumimos que la estructura estatal, por su forma de organización y su herencia colonial, posee un *ADN* blanco, cada giro modernizador mutará el estatus de *blanquitud*, no lo eliminará. En Argentina, la década infame (1930) que comienza con José Feliz Uriburu y culmina con Ramón S. Castillo, representará al sector conservador de ese país: suspenderá elecciones, otorgará mayor poder a la iglesia, favorecerá al agro y a la dependencia económica con Inglaterra. En Venezuela, antes de trienio adeco (1945-1948), gobiernan los militares gomecistas en contubernio con la frágil burguesía nacional y favoreciendo las relaciones con los Estados Unidos. Una nueva *blanquitud* erosionará ese orden, tendrá una tendencia (no definitiva) al conflicto con los Estados Unidos

e Inglaterra, tensiones claras con la Iglesia y propenderá a la nacionalización de los recursos naturales. Además, dará acceso a cuerpos no blancos a la esfera pública. Al menos, eso tendrá en común el gobierno de Acción Democrática y el Justicialista. Por el contrario, el gobierno de Pérez Jiménez vendría siendo una versión militarista en contra de esta tendencia. A pesar del carácter antioligárquico de Pérez Jiménez, debido al modelo tecnocrático/militarista de su gobierno, éste ignorará la voluntad popular. Una blanquitud desarrollista, urbana, modernizadora y americanizada será la que se impondrá a partir de los años 50 en contraposición a la blanquitud oligárquica latifundista, agroexportadora y rural.

De esta forma, la blanquitud operaría como un *ethos del poder*. Una forma de ser, estar, vivir y habitar la esfera pública. Las Fuerzas Armadas profesionalizadas, difundirán la gramática del poder que se constituye a partir del dispositivo del desarrollo. A través de la arqueología que realizaré sobre esta gramática, podremos observar que tanto Perón como Pérez Jiménez aspiran a modernizar, industrializar, tecnificar y profesionalizar sus países. Ambos aspiraban a modernizar, es decir, a blanquearlo. La diferencia, es que el modelo peronista no ve la raza como atávica, porque no la narra. Mientras que el pérezjimenista sí.

Positivismo en América del Sur: la raza como *problema*.

El positivismo en América Latina está vinculado inextricablemente a los procesos de modernización industrializadora de finales del XIX y principios del XX. Esta corriente tendrá como objeto de estudio la *sociedad* a la que analizará a través del método de la filosofía positiva, con el fin último de crear las condiciones nacionales para que la sociedad se industrialice y progrese. Tendrá dos objetivos fundantes: el primero, disciplinar los grupos humanos diversos y heterogéneos para “construir” una sociedad homogénea y el segundo, la instauración de prácticas que permitan su *evolución histórica*. La ontologización de la sociedad se convierte en una de sus principales funciones. En otras palabras, el positivismo inventa la sociedad. Si bien muchos autores ubican la economía política como la ciencia capaz de gestionar el poder del soberano, en América Latina luego de décadas de guerras civiles fratricidas y fronteras, será el positivismo el que fungirá como *ciencia legítima* para crear las condiciones de *orden y progreso*.

Propondré que el *locus de enunciación positivista* se ubica en una *hybris del punto cero* (Castro Gómez 2010b) en el que la racionalidad eurocentrada, se pondrá al servicio de un proyecto nacional industrializador. La legitimidad de esta *ciencia* la van a poseer lo que Rita Segato (2007) denomina como *agentes literarios administrativos* que serán los destinados a

nombrar y señalar los *atavismos* de nuestras sociedades y definir el rumbo a seguir hacia el modo de vida industrializado. Así mismo propondré, mirar al positivismo como el *dispositivo* más prístino de la relación saber/poder de la que habla Michel Foucault, ya que en ella se sintetizan las relaciones de dominación de clase/raza/sexo/género que determinan el nuevo orden social. Es desde el locus de enunciación de un José Igenieros o un Vallenilla Lanz, que se construye el nuevo proyecto nacional. Intentaré explorar las diferencias, rupturas y coincidencias entre el positivismo argentino y venezolano y sus procesos de *racialización*, a través de la obra de estas dos figuras fundantes. Asumo el positivismo como un *dispositivo* porque se convierte en el sitio de articulación y de síntesis de esta etapa del proyecto civilizatorio moderno/colonial que es previa al desarrollo aunque incluya como prioridades la: urbanización, industrialización, alfabetización, medicalización y burocratización de la sociedad, como señalaré más adelante. Tanto el peronismo como el perezjimenismo beberán de estas fuentes. El positivismo será el primer dispositivo que vinculo *raza* y poder y por esa razón no podemos elaborar ninguna tesis, pasándolo por alto.

El positivismo como *dispositivo*:

Tomaremos a Auguste Comte como fundador del positivismo, aceptando las contribuciones previas de Saint Simon y tantos otros. Quisiera comenzar resaltando la crítica profunda que le hace Comte a la Teología y la Metafísica, arguyendo que ninguna de estas filosofías tendientes a la especulación, podrían construir la nueva ciencia. La necesidad de una nueva ciencia en este caso la *filosofía positiva* surge (a la inversa de América Latina) como consecuencia de la emergencia de un nuevo modelo de sociedad: la sociedad industrial. En nuestro continente, será la *filosofía positiva* la que se impondrá como *episteme alienada* para fabricar la sociedad industrial. Esta nueva filosofía, ocasionará un quiebre en la filosofía europea que había reflexionado sobre el poder. Debido a que la preocupación se centrará, no en el buen uso del poder por parte del gobernante, sino en la organización de la sociedad para la industrialización: higienización, urbanización, alfabetización, burocratización, entre otros, serán las preocupaciones fundamentales de la *filosofía positiva* y no las grandes disertaciones sobre la “moral” y la “espiritualidad”. En palabras de Comte:

No sólo esta activa tendencia cotidiana al mejoramiento práctico de la condición humana es por necesidad poco compatible con las preocupaciones religiosas, siempre relativas, sobre todo en el monoteísmo, a un destino del todo diferente, sino que, además, tal actividad es propia para suscitar finalmente una oposición universal, tan radical como espontánea, a toda filosofía teológica. De un lado, en efecto, la vida industrial es, en el fondo, directamente contraria a todo optimismo providencial, puesto que supone necesariamente que el orden natural es lo bastante imperfecto para exigir sin cesar la intervención humana, mientras que la teología no admite

lógicamente otro medio de modificarlo que solicitar un apoyo sobrenatural(...)Así, la misma correlación fundamental que hace a la vida industrial tan favorable al ascendente filosófico del espíritu positivo, le imprime, en otro aspecto, una tendencia antiteológica, más o menos pronunciada, pero pronto o tarde inevitable, por grandes que hayan podido ser los continuos esfuerzos de la sabiduría sacerdotal para contener o templar el carácter antiindustrial de la filosofía de los comienzos, con la cual sólo la vida guerrera era suficientemente conciliable. (Comte 2000, 47-48)

La idea de “intervención humana” será fundamental posteriormente en la constitución del positivismo latinoamericano y su énfasis en la elaboración de *prácticas blanqueadoras*. Con esto quiero decir, que al interior del positivismo ya se encuentra la idea de organización y control de los grupos humanos a partir de la intervención del Estado para construir la “vida industrial” y propender al “mejoramiento práctico de la condición humana”. Veremos esfuerzos enormes por cuantificar la realidad y la urgencia permanente de homogeneizar la experiencia del tiempo y el espacio con el fin de hacerla funcional y útil a la industrialización. Será la primera corriente de pensamiento que planteará homogeneizar las aspiraciones de cada sujeto para adaptarlas al capital. Respecto a este tema, Comte aclararía que el término “positivo” tendría dar cuenta “fundamentalmente” de:

Este término fundamentalmente indica el contraste de lo *útil* y lo *inútil*: entonces recuerda, en filosofía, el destino necesario de todas nuestras sanas especulaciones para mejoramiento continuo de nuestra verdadera condición, individual y colectiva, en lugar de la vana satisfacción de una estéril curiosidad (...) este sentido recuerda la tendencia constante del verdadero espíritu filosófico a obtener en todo el grado de precisión compatible con la naturaleza de los fenómenos y conforme con la exigencia de nuestras verdaderas necesidades; mientras que la antigua manera de filosofar conducía necesariamente a opiniones vagas, ya que no llevaba consigo una indispensable disciplina más que por una constricción permanente, apoyada en una autoridad sobrenatural. (Comte 2000, 57-58)

Esta reflexión es fundamental para entender que el positivismo busca el “mejoramiento continuo de nuestra verdadera condición, individual y colectiva” vinculada directamente a la vida industrial. Como lo busca la narrativa desarrollista. Este conocimiento “comprometido” con las “verdaderas necesidades” en el Sur Global, forzará esas necesidades a través de *prácticas* racistas y de una gubernamentalidad colonizadora, colocando los cuerpos al servicio del capital. Por esa razón no podríamos hablar de desarrollo, sin antes tomar en consideración al positivismo como antecedente. Al mismo tiempo, la idea de *orden*, es indispensable para cualquier proceso de *modernización* o *progreso* al que aspire cualquier sociedad.

Para la nueva filosofía, el orden constituye siempre la condición fundamental del progreso; y, recíprocamente, el progreso se convierte en el fin necesario del orden: como en la mecánica animal, el equilibrio y el progreso son mutuamente indispensables, como fundamento o destino. (Comte 2000, 75)

Orden y progreso, no son solo dos caras de la misma moneda, sino también los imperativos *paradójicos* de todo el pensamiento positivista latinoamericano. Estos intelectuales frente a una sociedad radicalmente más heterogénea que la europea, se plantea forzar violentamente la homogeneidad. No es objetivo de mi análisis hacer una crítica al eurocentrismo y evidente racismo de Auguste Comte, así como su obcecada aspiración de crear *leyes* sociales como las *leyes* de la astronomía o de la física. Por el contrario, me centraré en el tránsito de sus ideas en América Latina y sobre todo en un giro epistemológico trascendental: el positivismo no piensa un proyecto universal, sino *nacional* desde una *epistemología ajena*. Tiene pretensiones universales, en tanto se convierte en una grilla de análisis para todas las sociedades del mundo y establece caminos y condiciones de posibilidad, pero el positivismo se piensa como ciencia gubernamental, para la toma de decisiones y esto es un *vuelco* político que no es menor, porque será la *ciencia del gobierno* en nuestra región. Auguste Comte siempre hace referencia a Francia diferenciándola de Europa y cuando analicemos a los positivistas latinoamericanos como Vallenilla Lanz, José Ingenieros, siempre hablarán desde y para Venezuela o Argentina. Es por esta razón que el positivismo se convierte en el gran precursor de las ciencias sociales como instrumentos de control/gestión de grupos humanos dentro de fronteras nacionales.

Hago énfasis en esto, porque solo vinculando el positivismo a un proyecto nacionalista/capitalista podremos entender cómo articula en sí mismo el monopolio del saber y del poder, convirtiéndose en lo que Michel Foucault denomina dispositivo. Antes habría que añadir que a pesar de que Foucault vincula el nacimiento de la *biopolítica* al tránsito entre la “sabiduría personal del soberano” y una “ciencia de gobierno” llamada *economía política*, yo insistiré que no es sino hasta el surgimiento del *positivismo* que la administración de la vida se radicaliza. En el caso latinoamericano a finales del XIX y principios del XX. Esto para aclarar lo que expresa Castro Gómez:

Ya no compete a la sabiduría personal del soberano, sino a una “ciencia del gobierno” manejada por expertos que le indican cómo producir la mayor riqueza posible, cómo proveer a los gobernados con recursos suficientes, cómo evitar que su fuerza de trabajo se vea disminuida por epidemias y enfermedades, etc. La nueva ciencia de gobierno deberá ser capaz, entonces, de conocer la naturaleza misma de aquello que se gobierna: sus procesos internos, sus leyes. Se gobierna ya no conforme a normas transcendentales, sino conforme a una racionalidad inmanente. La racionalidad a través de la cual se ejerce el gobierno es “de este” mundo (...) Foucault mostrará que la emergencia de problemas tales como la salud, la higiene, la natalidad y la movilidad de la población generaron desafíos nuevos a las prácticas de gobierno, que solamente encontraron resolución a través de un régimen de verdad específico: *la economía política*. Fueron, pues, los economistas (mercantilistas, fisiócratas, liberales) quienes definieron las reglas de producción de discursos verdaderos concernientes al gobierno de la población entre los siglos XVII y XIX. (Castro Gómez 2010a, 48)

El positivismo de Comte es heredero de los mercantilistas, fisiócratas y liberales, pero a diferencia de la *economía política* no va a proveer a “un soberano” de las tecnologías y prácticas que le permitan producir mayor riqueza o impedir enfermedades, va a proveer al proyecto nacional y al Estado moderno liberal industrializado de esta “nueva ciencia”. Por eso mi énfasis en el *giro comteano* hacia el Estado nacional industrializado. El positivismo por ende será antiteológico y antimonárquico, y propenderá todo el tiempo hacia la posibilidad de construir un estado moderno liberal. Me parece trascendental ubicar al positivismo en América Latina como un *dispositivo* en tanto y en cuanto, él mismo genera *prácticas* discursivas, racializadoras, urbanísticas, higiénicas, educativas, etc. No es solo una *episteme* o un discurso sobre el buen o el mal uso del poder. No es solo una ideología que explique el rol del ser humano en la historia. El positivismo derivará en prácticas, como lo hace el desarrollo.

Los comentarios anteriores de Comte, fueron citados para mostrar lo indispensable que resulta para la “filosofía positiva” trabajar lo “útil”, la “intervención” en la sociedad, y esto convierte al positivismo, no en una *episteme* con incidencia colateral en la vida cotidiana, sino en la gran ciencia de la gestión del poder, del orden y de la organización de las sociedades nacionales. Coincidiendo con el argumento de Foucault que nos explica Castro Gómez:

Ya en el capítulo anterior dijimos que lo característico de una práctica es su carácter *relacional*, es decir, que las prácticas nunca están solas sino siempre en relación con otras prácticas, formando un sistema de reglas, un conjunto dotado de racionalidad. Pero ¿cómo emerge y funciona este entramado racional de prácticas? Para explicar esto Foucault introduce el concepto de *dispositivo*. En su uso cotidiano, la palabra dispositivo hace referencia a la implementación de un sistema o aparato que tiene una función práctica y un propósito específico. La alarma eléctrica, por ejemplo es un dispositivo compuesto de diversos elementos (sensores, cables, controles, códigos, etc.), que se instala con el objetivo de detectar la presencia de personas indeseadas en un lugar específico. Los dispositivos son, entonces, emplazamientos que ponen en relación diferentes elementos, pero que son algo más que la simple sumatoria de sus elementos. Es decir, se definen por la función que cumple la relación en su conjunto y no por la particularidad de los elementos relacionados. (Castro Gómez 2010a, 64)

El positivismo en América del Sur es claramente un *dispositivo* y me interesa hacer énfasis allí porque generalmente se le otorga importancia como génesis de las ciencias sociales o como los primeros estudios cuantitativos, estadísticos y epidemiológicos de nuestra región. Cuando en realidad, *es* la síntesis de múltiples campos de acción muy heterogéneos entre sí. Es, pues, un *dispositivo* porque decidirá sobre urbanismo, leyes migratorias, sistema educativo, etc. También habría que añadir que el locus de enunciación de quienes ejercen estas prácticas discursivas, no solo surge del espectro académico, sino también del burocrático en el que se toman decisiones sobre políticas públicas y prácticas de normalización. Son ministros, diplomáticos, secretarios de Estado, jefes de instituciones sanitarias, etc. El positivismo en

América Latina no es solo una nueva forma de ver la realidad social y construirla, es también un *dispositivo* saber/poder, que tendrá como epicentro, el “problema de la raza” como lo explica Leopoldo Zea:

Los sudamericanos hablarán de la necesidad de un cambio de sangre, de la necesidad de eliminar la sangre de razas que en América se han mostrado incapaces para el progreso. Transfusión de sangre y lavado de cerebro. La inmigración por un lado, la educación positivista por el otro. Alcides Arguedas (1879-1946) se dolerá del espesor de la raza indígena que impide a Bolivia, a esta parte de América, incorporarse a la civilización. Otros positivistas tratarán, mediante la educación, apoyada en el positivismo, de transformar la índole de pueblos que parecían nacidos para perder. (Zea 1980, 15)

El desafío que se plantean los positivistas latinoamericanos es en todos los ámbitos. Es un nuevo estado del proyecto civilizatorio, por eso funge como *dispositivo*. En el caso venezolano y argentino, que fueron las guerras más duraderas del continente, se plantean la unificación del país y todo el territorio nacional, la industrialización, y sobre todo el *orden*. El positivismo intentará entonces gobernar todos los ámbitos de la vida de las sociedades nacionales, como continúa diciendo Zea:

Comte ha mostrado ya cómo puede rebasar el conflicto y la anarquía para el logro de una sociedad en la que la humanidad encuentre plena satisfacción. Será en este sentido que se enfoquen también, las Lecciones de Política Positiva del chileno Lastarria que, al fin, se ha encontrado con Augusto Comte. El viejo orden colonial y la anarquía a que su destrucción dio origen, deberán ahora cristalizar en un nuevo orden, el de la sociedad en que soñaran tantos latinoamericanos. (Zea 1980, 28)

El “conflicto” y la “anarquía” eran los grandes enemigos del principal propósito que tenía el positivismo: el progreso. Pero no solo la guerra era vista como una escuela atávica para imponer el proyecto, también la *raza* indígena o negra. Es por esta razón, que si bien el positivismo como *dispositivo* buscaba engranarse al estado-moderno liberal, algunos autores ponían reparos y planteaban desde la filosofía positiva que América del Sur no estaba en la edad para guiar su propio proceso modernizador de forma democrática y con instituciones independientes. Es decir, que las sociedades latinoamericanas no propenden al orden ni al progreso y las transformaciones no se podrían dar inercialmente. Siendo la guerra y la *raza*, las causas de esta *condición deficitaria* había que actuar sobre ella para modificarla: “el cesarismo del que más tarde hablará Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936). Sobre la nada no se puede construir nada. La razón ha de actuar sobre la realidad. La realidad que ha sido heredada, pero haciendo de ella otra cosa, lo que señale la razón. (Zea 1980, 15)”

Allí me interesaría agregar otros de los aportes que Santiago Castro Gómez hace desde Michel Foucault, para analizar el tema de la *razón* que describe Leopoldo Zea. No es solo la *racionalidad* pura, como le ocuparía a Kant o a Weber, en realidad se trata de todo un

imaginario eurocéntrico, racista y patriarcal que fundamenta al positivismo latinoamericano, antecesor del *dispositivo desarrollista*. Al positivismo, no quisiera plantearlo como un paradigma de las ciencias sociales y humanas sino como un *dispositivo* enmarcado dentro de la matriz de la *colonialidad del poder* expresada por Aníbal Quijano (2014). No es la “razón” que ilumina a Vallenilla Lanz para plantear el “despotismo ilustrado” o el “cesarismo democrático” como acciones aisladas, excepcionales y contingentes, son las prácticas *racionales*:

Al hablar, por tanto, de la racionalidad del dispositivo debemos entender que se trata de una racionalidad eminentemente práctica. Los dispositivos aparecen en un momento dado de la historia para “responder a una urgencia”, como puede ser, por ejemplo, “la reabsorción de una masa de población flotante que a una sociedad con una economía de tipo esencialmente mercantilista le resultaba embarazosa” (Foucault, 1991e: 129). Esto quiere decir que los dispositivos se inscriben en relaciones de poder y juegan allí como operadores prácticos orientados a la readecuación de ciertas relaciones de fuerza con el fin de “rellanar espacios vacíos”. El encarcelamiento, para tomar otro ejemplo, no pertenece al proyecto de reforma de la penalidad del siglo XVIII, sino que aparece para llenar el “espacio vacío” que dejó el surgimiento de una delincuencia muy diferente a las conocidas por las sociedades europeas del siglo XVIII. Los robos y atentados contra la propiedad fueron comportamientos “impensados” por la reforma penal, espacios vacíos que debían ser “rellenados” por una serie de medidas de control que desembocaron finalmente en la emergencia de un dispositivo muy diferente al jurídico-legal de soberanía: el panoptismo (ibid.:130) (Castro Gómez 2010, 65)

El positivismo aparece entonces para construir una *filosofía útil* en la resolución de estos conflictos. Por ende, las problematizaciones irán todo el tiempo vinculada a soluciones prácticas que permitan alcanzar los objetivos. En consecuencia, la racionalidad estará determinada por las estrategias que permitan lograr esos objetivos y no por la práctica en sí misma, cierta praxis de gobierno debería estar vinculada al razonamiento, como pasa con el *desarrollo*. En el caso de Vallenilla Lanz, el orden para el progreso, estaría determinado por un “gendarme necesario” que funge como protector y guía del pueblo dirigiéndolos a estadios ulteriores de modernización. Por esta razón, el positivismo como *dispositivo* tiene un vínculo insoslayable con la “realidad” nacional y el proyecto comprometido con transformar necesariamente las formas de vida para garantizar la organización de la sociedad:

Más bien, de lo que se trata es de examinar el modo en que asuntos tales como la salud, la higiene, la longevidad, la natalidad y la raza quedan integrados a un conjunto gubernamentalmente más amplio, que es donde se juega precisamente la racionalidad política, entendida como “gobierno del Estado”. Con otras palabras: la identificación entre *bios* y *política*, donde esta última era entendida como la guerra continuada por otros medios, es abandonada en nombre de una consideración más general de la política como gobierno(...) La “regulación de las poblaciones” se convierte así en un mecanismo que busca “hacer vivir” a unos pero “haciendo morir” a otros. (Castro Gómez 2010a, 62)

La bipolítica vista así, es otra de las herramientas fundamentales del positivismo, en la que la eugenesia y el genocidio son sus expresiones más radicales, a eso se refiere Castro

Gómez cuando habla de “hacer morir” a otros. Esterilización forzada, inmigración europea, instrumentalización de la explotación, etc. Allí quisiera hacer una crítica al concepto de *necropolítica* de Achille Mbembe (2012), muy en boga en los últimos años asumiendo que me parece redundante. La historia ha demostrado que ya la biopolítica incluye la muerte y por ende necropolítica sería una saturación categorial.

El positivismo se convierte en un dispositivo porque no solo construye un saber legítimo, científico, modernizador y racional sino porque a su vez genera *prácticas* en todos los espacios de la vida: arquitectura, medicina, biología, derecho, etc. Otra de las razones fundamentales, por la que el positivismo se convierte en un dispositivo es que el locus de enunciación, le pertenece a una élite literario-administrativa, que no solo hace ciencia, sino que toma también decisiones y dictaminan políticas públicas. La élite literario-administrativa es una categoría que le lega el historiador argentino David Viñas a Rita Segato. Ella la usa fundamentalmente para describir a la generación del 1880 caracterizada por el racismo y el ocultamiento de la afrodescendencia. Nos dice Segato:

No es de asombrarse que estos autores- y los otros que, como ellos, construyeron el discurso “literario-administrativo de la Argentina”- tendiesen a ocultar la presencia negra, y contribuyesen a producir distorsiones demográficas en sus crónicas de época y en la representación del país que, a través de sus escritos y de su función política siempre vinculada al poder, tornaron oficial y hegemónica. Usé justamente el término “literario-administrativo”, tomándolo prestado de David Viñas (Viñas, 1982: 149), para denominar ese tipo de discurso que fue una característica de la sociedad argentina en el siglo XIX, y en buena parte del XX, de amplia coincidencia entre clase intelectual con la clase política. (Segato 2007, 254)

Esta élite literario-administrativa se extiende en toda la región. La generación positivista venezolana, también realizó “crónica de épocas” y mediante sus escritos construyeron un imaginario sobre el venezolano “hegemónico” que oficializaron gracias a su vínculo directo con el poder. Lo que no menciona ni Viñas ni Michel Foucault es que esas narrativas las construyeron hombres, blancos, letrados, heterosexuales, y eso es algo que ignora Foucault en su propuesta sobre la *racionalidad en las prácticas* de gobierno, construyendo una especie de *punto cero* que a nuestro modo de ver fragiliza su propuesta analítica. Esa misma observación la realiza Santiago Castro Gómez:

En los cursos *Seguridad, territorio, población (1977-1978)* y *Nacimiento de la biopolítica (1978-1979)* Foucault se ocupará de investigar el liberalismo como un conjunto de prácticas que favorece el mantenimiento de unas relaciones asimétricas de poder político y económico. Unas relaciones, insistimos, *consentidas* por aquellos sobre quienes se ejercen las tecnologías de gobierno. Habrá que decir, sin embargo, que una cosa es el consentimiento y otra muy distinta es la decisión. Las metas y objetivos del gobierno no son algo *decidido* por nadie en particular, sino que obedecen a una racionalidad que permite que unos dirijan la conducta de otros. Quiénes son esos unos y esos otros es algo totalmente irrelevante para la analítica del

poder. Foucault no se interesa por saber cuál es la “identidad” racial, laboral, nacional, sexual, etc.) De gobernantes y gobernados, sino que su análisis se dirige hacia la racionalidad de las prácticas de gobierno, lo cual incluye un análisis de las técnicas específicas que son utilizadas para “sujetar” la conducta o para “des-sujetarla”. (Castro Gómez 2010a, 39-40)

Lo que nos interesa resaltar aquí, es que el positivismo como *dispositivo*, es producto de una *racionalidad* blanca, heterosexual y letrada, que construirá no solamente enunciados sino prácticas de intervención social, organización y control, desde este locus de enunciación pretendidamente neutro. Allí quisiéramos recuperar el trabajo de Castro Gómez sobre *la hybris del Punto Cero*, en el que se sitúa a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Es decir, si antes los “varones ilustrados” construían la cosmópolis”, ahora mismo los “varones positivistas” construirán el país industrializado. Ya no es el interés del imperio francés, español o inglés lo que está en juego, sino el “interés nacional”. Este quiebre no es poca cosa, porque podríamos estar avizorando al positivismo como uno de los primeros *dispositivos* totales de la *colonialidad del poder* (Quijano, 2014) en América del sur, debido a la influencia que tiene en todos los ámbitos esta *filosofía positiva* que intenta regular la vida cotidiana, la administración de recursos, la inmigración, el control de la razas y corporalidades sexodiversas, etc. Es por esta razón que no puedo escribir sobre el *dispositivo desarrollista* sin antes hablar del positivismo que genera los primeros diagnósticos y la narrativa criolla que construye los fundamentos de la nación argentina y venezolana que seguirán vigentes hasta la época estudiada.

Esta *hybris* del punto cero, ubica a los Vallenilla Lanz, César Zumeta en Venezuela y a los Carlos Bunge, José Ingenieros, Ramos Mejía y demás en Argentina, como demiurgos del proyecto nacional. Ellos intentarán buscar un referente que se convierta en el *sujeto histórico* de la nación. Todo lo exterior a este modelo, deberá ser execrado, es por esa razón que nos parece útil retomar el trabajo de Castro Gómez pero reorientándolo en un contexto venezolano o argentino de administración nacional:

Comenzar todo de nuevo significa tener el poder de nombrar por primera vez el mundo; de trazar fronteras para establecer cuáles conocimientos son legítimos y cuáles son ilegítimos, definiendo además cuáles comportamientos son normales y cuáles patológicos. Por ello, el punto cero es el del comienzo epistemológico absoluto, pero también el del control económico y social sobre el mundo. Ubicarse en el punto cero equivale a tener el poder de instituir, de representar, de construir una visión sobre el mundo social y natural reconocida como legítima y avalada por el Estado. Se trata de una representación en la que los “varones ilustrados” se definen a sí mismos como observadores neutrales e imparciales de la realidad. La construcción de *Cosmópolis* no solo se convierte en una utopía para los reformadores sociales durante todo el siglo XVIII, sino también en una obsesión para los imperios europeos que en ese momento se disputaban el control del mundo. (Castro Gómez 2010b, 25)

El hecho de que la perspectiva sea nacional, no es menor, es decir, el *racismo epistemológico* (Grosfoguel 2011) sigue siendo la plataforma de enunciación de los positivistas latinoamericanos, pero las problematizaciones nacionales serán distintas, porque se evaluará única y exclusivamente el interés del país. Como veremos más adelante, el problema indígena no será el mismo en Venezuela que en Argentina que en Bolivia o Perú. Lo que sí es común a los dos procesos (aunque con matices), es la aspiración al blanqueamiento y la obsesión por la homogenización de la sociedad para lograr el orden que nos lleve al ansiado progreso. Castro Gómez citando a Walter Mignolo y a Dussel, nos da pistas sobre esto:

Mignolo refuerza de este modo el argumento de Dussel: la subjetividad de la Modernidad primera no tiene nada que ver con la emergencia de la burguesía, sino que está relacionada con el dispositivo de blancura. Es la identidad fundada en *la distinción étnica frente al otro*, aquello que caracteriza la primera geocultura del sistema-mundo moderno/colonial. Una distinción que no sólo planteaba la superioridad de unos hombres sobre otros, sino también la superioridad de unas formas de conocimiento sobre otras. Por esta razón, el discurso ilustrado de la élite criolla, con su énfasis en la objetividad del conocimiento, no entra en contradicción sino que refuerza el dispositivo de blancura. (Castro Gómez 2010b, 58).

El discurso de la élite criolla que estudia Castro Gómez se diferencia de la narrativa del positivismo, debido a que el proyecto no es solo independizarse o construir un Estado Nación, es la búsqueda del progreso, entendido como vías de comunicación, ferrocarriles, proletarización de la economía, industrialización y optimización de la extracción de recursos. Habría que decir que los que los agentes administrativos literarios que construyeron este discurso, buscaban “un liberalismo social, pero un autoritarismo cultural” (Segato 1991), construir una identidad nacional para el progreso que significaba erigir un estado liberal y democrático pero con la única matriz étnica de todas las que pueblan nuestros mundos del Sur: la blanca europea (la blanquitud). Voy a plantear como antecedentes del *dispositivo desarrollista*, la obra Vallenilla Lanz y José Ingenieros junto con la generación de 1880, para de esta forma comenzar a contrastar la narrativa venezolana con la argentina. Esto no quiere decir que Pérez Jiménez o Perón hayan construido su proyecto en base a estos autores anteriores, pero el positivismo, así como el militarismo son uno de los tantos sedimentos de la narrativa del desarrollo industrial. Con respecto a ambos autores habría que añadir que el racismo biológico está más presente en José Ingenieros que en Laureano Vallenilla Lanz. El positivismo argentino en líneas generales siguió más la línea de Spencer y de Cesare Lombroso que del primer Comte, por el contrario, Vallenilla era muy crítico con el esencialismo racial y fustigaba las tesis del conde de Gobineau, así como era profundamente crítico con el positivismo argentino, que lo precedía y del que era asiduo lector. A pesar de aclarar esta diferencia, ni Laureano Vallenilla Lanz ni el positivismo venezolano en general, se presentaban

como defensores de los afrodescendientes y de los indígenas, por el contrario, el racismo era atroz.

El postulado de orden y progreso, problematizaría cualquier diferencia por atentar contra la sociedad. La heterogeneidad, pluriversidad y alteridad, no se reconocerían, por ser conceptos que originan el caos y la guerra. De esa forma, el “hacer vivir” foucaultiano se convertirá en “hacer morir” para otros. La eugenesia de esta manera, sería el termómetro del racismo a principios del siglo XX en América Latina y viene a remplazar las prácticas de genocidio que se dieron a finales del XIX de forma más radical en el Cono Sur. No estamos mencionado en este momento el caso de la mujer que ni siquiera eran *problematizadas* por el positivismo. El gran consenso se dio frente a la raza y allí había un gran acuerdo modernizador en las élites criollas latinoamericanas de lo que era científicamente necesario como nos explica Roig:

Que los indios y los negros eran “razas inferiores” no era cuestión discutible. Y así, la psicología de los pueblos fue utilizada con frecuencia, lamentablemente, como un instrumento arbitrario de manipulación del sentir de ciertos sectores sociales contra otros en una actitud manifiestamente antidemocrática, lo que en algunos positivistas llegó a límites absurdos. (Roig 2005, 675)

La eugenesia como práctica racista y blanqueadora:

No quisiera detenerme en el genocidio como práctica de exterminio, porque me estoy situando a finales del siglo XIX y a principios del XX, donde encontramos fuertes y profundas discrepancias en torno a esta vil práctica de los anteriores gobiernos. Sin embargo si me gustaría puntualizar algo que dice el filósofo argentino Arturo Roig, con los límites “absurdos” que yo llamaría sórdidos o escabrosos con el que cerramos el siglo XIX: “En la década de los 80 del siglo XIX, época de esplendor de las oligarquías en cuyo seno germinó el positivismo, se produjo el genocidio de la población mapuche en la Patagonia argentina y el genocidio de la población yaqui en el Estado mexicano de Sonora”. (Roig 2005, 676).

En toda América latina, el genocidio a los pueblos indígenas recrudesció con la República, siendo quizás Argentina el ejemplo más dramático. Sin embargo para los fines de este capítulo que tiene como epicentro el positivismo, el genocidio no es precisamente una práctica que surja con el dispositivo positivista. Lo que nos interesa aquí resaltar como revestimiento del genocidio es: El epistemicidio y etnicidio que representa la eugenesia, que sí forma parte estructurante del dispositivo positivista. En mi investigación, pude encontrar una lista detallada de conferencias sobre eugenesia auspiciadas por clubes de la naciente sociología. Lo más sorprendente es que algunas se llevaron a cabo en América Latina, en la que

participaban representantes de gran cantidad de países de la región. Incluso algunas de estas conferencias acompañaban a las conferencias panamericanas, como veremos más adelante. El desarrollo industrial también fue temática de las últimas conferencias panamericanas y al igual que la raza no era solo un problema discutido a lo interno de cada país si no que se veía como un conflicto regional. Por eso es para nosotros tan importante la eugenesia como indicador y como práctica articulada al dispositivo positivista: “La eugenesia sintetiza, en la posibilidad de tomar medidas prácticas y elaborar políticas sociales, toda la carga teórica del positivismo, del evolucionismo de Spencer y Haeckel y de algunos aspectos del siempre mal comprendido Darwin; en definitiva, del llamado *darwinismo social*.” (Álvarez Peláez 2005, 780).

Como menciona Raquel Álvarez Peláez, la eugenesia es la “síntesis” del positivismo en cualquiera de sus vertientes (darwinista, spenceriana, lambrosiana) y por ende se convierte en la nueva forma de genocidio, indispensable para el orden y el progreso que necesita la sociedad industrial. En Inglaterra que todavía administraba colonias, comenzó el movimiento eugenésico y en la primera guerra mundial pasó a los Estados Unidos. La eugenesia se convirtió en tema central no solo de médicos o estudiosos de la biología, también intelectuales, sociólogos y políticos asistieron a estas conferencias, muchas bajo la dirección de Leonard Darwin (hijo de Charles Darwin) quien convocó el primer Congreso Internacional de Eugenesia en 1912. En América Latina uno de los más importantes impulsores de los congresos de Eugenesia fue “Domingo F. Ramos, médico y político cubano” (Álvarez Peláez 2007, 783). América Latina también fue central en estos encuentros, según la misma autora:

El análisis de las Conferencias Panamericanas de Eugenesia nos indica que prácticamente todas las naciones, sus políticos, profesionales e intelectuales estaban al tanto de las ideas y proyectos que se manejaban en esos años y participaban de muchos de los deseos manifestados con respecto a la población de los países más potentes: la necesidad de mejorar la calidad de la misma y de proceder a su control y homogenización, que en algunos casos podía llegar a la búsqueda del blanqueamiento de la raza. (Álvarez Peláez 2005, 785)

Para el caso que nos atañe, Venezuela y Argentina participaron en esas Conferencias Panamericanas. La eugenesia como todos sabemos aspiraba al famoso concepto de “mejorar” la *raza* o la “sangre”, por ende las prácticas son nefastas y llevan a la medicalización de la otredad. La resolución pasa por *prácticas* tan lamentables como la esterilización forzada hasta la inmigración de europeos, todas ellas promovidas por los gobiernos regionales en congresos oficiales. Respecto a los dos países seleccionados, Argentina tuvo un papel protagónico. Por un lado con la Conferencia de Eugenesia y Homicultura que se celebra en Buenos Aires en 1934 que fue inaugurada por el presidente de la República Argentina de aquel entonces, Agustín P Justo, en la que asistieron “todas las naciones latinoamericanas más los Estados

Unidos de Norteamérica” (Álvarez Peláez 2005, 795). No es de extrañarse que Argentina haya tenido tal preponderancia en aquellas conferencias ya que desde Sarmiento y Alberdi se justificó filosóficamente uno de los mayores genocidios del siglo XIX:

En Argentina fue Víctor Delfino, esencialmente publicista, quien tuvo los primeros contactos con el movimiento internacional eugenésico y quien intentó hacia 1918 la institucionalización de la eugenesia. La preocupación Argentina por el problema de la población, de su cantidad y calidad, era muy rica y temprana: desde Sarmiento y Alberdi hasta Ingenieros, Carlos Octavio Bunge o Bernaldo de Quirós, reputado eugenista (Álvarez Peláez 2005, 783)

En la eugenesia se articulan raza y poder, que al fin y al cabo es lo que concentra el dispositivo positivista. La eugenesia engendra un genocidio cultural, epistémico y estético vinculado inextricablemente a la lógica de acumulación del capital y la *necesaria* industrialización que prometía insertarnos en el mercado mundial de las naciones. El proyecto nacional entonces, incluía la negación de la propia sociedad como ya hemos dicho anteriormente y la necesidad de remplazar ese *déficit* heredado por las *razas atávicas* (afrodescendientes e indígenas). Sin embargo, para hacer honor a la realidad histórica, había entre los positivistas latinoamericanos discrepancias y diferencias, que probablemente tengan que ver con las matrices culturales y de alteridad que gestaron la nación. En mi opinión, el contacto con el Caribe, hizo de Venezuela un país más vinculado desde siempre con la afrodescendencia. Además, nuestra cruenta guerra de independencia y la posterior guerra civil fue la más larga del continente, ambas trastocaron la *estructura racial* de régimen colonial. A pesar de ello la eugenesia, sea por etnocidio, *epistemicidio* o genocidio, siempre estuvo presente. En palabras de Álvarez Peláez:

La importancia o el interés de la eugenesia se centraba en que ofrecía medidas prácticas que debían reflejarse en la legislación, en la medicina y en la sanidad pública e incluso privada. Había que regular, por un lado, la población ya existente; por otra, la inmigración, la necesaria población que se deseaba atraer para colonizar la tierra y “mejorar la sangre” o mantenerla, pero que en cualquier caso, para que cumpliera su función había que seleccionar bajo la cobertura de la ciencia. No se podría traer razas cuya mezcla fuera perniciosa. Había que seleccionar razas que mejoraran la existente o que, por lo menos, no la empeoraran, como sucedía con los negros. (Álvarez Peláez 2005, 785)

Yo no quisiera descontextualizar toda la construcción del *dispositivo* positivista. Estamos hablando de dos generaciones en Argentina y Venezuela que están sumergidas en procesos de transformación material importante. La generación de 1880 en Argentina que tenía a José Ingenieros, Carlos Bunge entre otros, que acompañaron *narrativamente* al proceso más profundo de industrialización que comenzaría a vivir el continente, y en Venezuela, Laureano Vallenilla Lanz, César Zumeta y muchos otros que harían apología de la dictadura gomecista (1908-1936) y verían brotar el primer pozo petrolero en la historia del país en 1914. Uno como

agroexportador de cereales y carne y el otro comenzaba a erigirse como exportador de petróleo. Esto luego determinaría la matriz productiva de ambos países hasta nuestros días. En lo que quisiera insistir es que el proceso de industrialización está inextricablemente vinculado al racismo y al *dispositivo* positivista. Son dos pilares de la modernización que surgen genéticamente unidos en América Latina. No se puede separar el crecimiento económico que viven estos dos países y su proceso de industrialización con los modos de racialización y la aspiración de blanqueamiento. Esto continuaría hasta la etapa estudiada. Ciencia, técnica, industrialización, urbanismo, biopolítica y finalmente orden y progreso, forman parte de múltiples y heterogéneos procesos interdependientes que constituyen en nuevo proyecto nacional en los países del Sur. En palabras de Roig:

Eliminando el componente utópico Comte, se mantuvo como eje de sus preocupaciones tanto el desarrollo de la industria como la superación de la contradicción mencionada. Ahora bien, ¿eran las naciones latinoamericanas países industrializados y con un avance científico adecuados al progreso industrial? ¿Se justifica hablar de positivos dado que esas condiciones no estaban dadas cuando se comenzó a hablar abiertamente de la nueva filosofía? La pregunta debemos responderla teniendo en cuenta el programa de modernización que impulsó tanto a adoptar la nueva doctrina como a crear las condiciones materiales necesarias. Pues bien, conforme todo lo que venimos diciendo, el positivismo comenzó en la casi totalidad de nuestras naciones en la década de los 70 del siglo XIX y entró ya en una faz de declinación en las primeras del siglo XX. Interesantemente, esas mismas fechas marcan el inicio y la culminación del tendido de la red de ferrocarriles. En México, en 1875 había 580 kms. De vías férreas y en 1910 se había llegado a los 24.500 km. En Argentina, en 1876 había 2.516 km. Y en 1910 se alcanzó a los 27.994 km. ¿Cuál era el símbolo del progreso en esos años? Pues la locomotora, y en ella se vio, además, engañosamente el símbolo de la industrialización (...) De ese modo quedaron justificados los más gigantescos sistemas de extracción de materias primas en beneficio de los países industriales y se consolidó una situación de dependencia en relación con la cual tenemos que evaluar justamente nuestros positivos y sus políticas, así como sus disidencias (Roig 2005, 673-674).

Positivismo Argentino en la figura de José Ingenieros

José Ingenieros nació en Italia en 1877 pero a corta edad llegó a Buenos Aires, allí realizó estudios de bachillerato en el prestigioso Colegio Nacional Buenos Aires y luego estudió medicina en la Universidad de Buenos Aires. Fue miembro de la Cátedra Nacional de Neurología que pertenecía a la Policía de la Capital y que dirigía otro miembro conocido de la generación del 80, José María Ramos Mejía. Entre los años 1902 y 1913 fue Director del Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires. Fundó la Sociedad de Psicología de Argentina y también fue Presidente de la Sociedad Médica Argentina. Incursionó en política, donde simpatizó con el socialismo. Todo esto acontecía mientras escribió una extensa obra que no tendremos tiempo de mencionar pero que incluye desde la medicina, la psicología, la psiquiatría, la sociología y la política exterior argentina, siendo antiimperialista

y considerando como indispensable la integración latinoamericana (Ingenieros 1980, Gabriele 2011).

Este preámbulo es fundamental para comprender que no estamos hablando de hombres construyendo conocimiento en un cenáculo o en una torre de marfil. Todo lo que escribía Ingenieros irradiaba la academia pero también instituciones de control social tan importantes como la policía y la sanidad. Por eso insistía anteriormente en la importancia del positivismo como dispositivo y en el locus de enunciación de estos autores que eran burócratas y a la vez académicos, encarnando en sí mismos el binomio saber/poder. No eran solo discursos y enunciados como saber *legítimo*, eran prácticas de encierro, de medicalización de la alteridad y de políticas migratorias, que definían gente como Ingenieros y Vallenilla Lanz, dentro del espectro denominado anteriormente agentes o élites literario-administrativas.

Lo otro que quisiera resaltar en esta pequeña reseña de la vida de Ingenieros, es que la racionalidad de izquierda e incluso socialista, no entra en contradicción con la racionalidad racista y patriarcal. Tampoco es anticapitalista, ya que Ingenieros concebía al socialismo como una fase superior del capitalismo, por lo que era primero indispensable la industrialización del país. Será una constante en América Latina que los médicos comiencen a reflexionar la realidad social y que sean unos *sociólogos* honorarios a finales del siglo XIX y principios del XX. Precisamente el *dispositivo* positivista genera todas las condiciones para la *patologización* de la conducta y la *biologización* de la sociedad, concibiéndola en ocasiones como un cuerpo enfermo a sanar, y en el que extirpar, desintoxicar y esterilizar, fueron modos de pensar *prácticas* contra la diferencia. Como había descrito anteriormente, el contexto argentino es bastante particular dentro de la región. No sólo por el peculiar proceso de industrialización que estaban viviendo el país, sino por el inmenso contingente de inmigrantes europeos que llegaron en la década de los 80, como explica Alejandra Gabrielle:

Las condiciones económicas y sociales que configuraron la coyuntura en la que tuvo lugar el desarrollo de ideas “positivistas” en la Argentina estuvieron caracterizadas por fuertes cambios que se estaban produciendo en distintas dimensiones de la estructura social, pero que confluían en una percepción que se manifestaba en un cierto malestar y temor por el pasado reciente y por el futuro incierto... Los temores con relación al futuro se fundaban en la explosión demográfica producto de la sostenida incorporación de masas inmigratorias que provocaron un cambio radical en la densidad poblacional de los principales centros urbanos del país, además del movimiento que se daba al interior del territorio nacional de masas de habitantes que se trasladaban de las regiones periféricas a los centros que concentraban las posibilidades de desarrollo. Las masas de inmigrantes habían sido convocadas desde la década del 80 con la pretensión, en algunos casos, de ingresar elementos “civilizatorios”, y en otros, de incorporar mano de obra para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Esa fue la concepción del gobierno de Julio A. Roca, quien fomentó el ingreso de inmigrantes considerándolo un elemento fundamental para el progreso de la nación, siempre que permanecieran excluidos de

los derechos políticos. Pero esta situación no pudo controlarse por mucho tiempo, como puede observarse en la historia de las luchas por los derechos de los trabajadores llevadas adelante por el movimiento obrero durante los últimos años del siglo XIX, pero sobre todo durante la primera década del XX (...) Una de las direcciones que tomó el proyecto que intentó organizar el espacio social que se veía desbordado fue la aplicación del pensamiento positivista en el saber criminológico y del derecho penal. La influencia teórica con mayor presencia en la Argentina fue la escuela positivista italiana, a través de los escritos de sus principales representantes: el antropólogo César Lombroso, el sociólogo Enrique Ferri y el jurista Rafael Garófalo. (Gabriele 2011, 84-85)

Psiquiatría, criminología y derecho fueron las matrices desde las que Ingenieros y la gran mayoría de los que formaron parte de la generación del 80 construyeron su pensamiento. Se buscaba orden en todas las esferas de la vida humana, orden en la psique, regulación de la conducta social y control jurídico, estas son las raíces científicas metodológicas y disciplinares del *dispositivo* positivista. La higienización y medicalización de la cultura serán pues una especie de código ideológico en el que se inscribe el proyecto de modernización y de *progreso*. Esa obcecada obsesión por eliminar la diferencia, nombrándola como *pathos* o insalubre, será el motor del pensamiento de Ingenieros:

Fueron entonces las prácticas psiquiátricas, criminológicas y del derecho penal las que sirvieron a la implantación y difusión de las ideas positivistas hacia otros sectores de la sociedad, pero sin perder de vista que tales prácticas se dieron en el marco de un claro proyecto político dirigido a la formación del Estado y de la nación durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX en los países latinoamericanos. Este proyecto de modernización de la nación necesitaba homogeneizar las estructuras sociales a partir del establecimiento de criterios que permitieran integrar a quienes representaran la actividad productiva que oriente a la nación en las vías del progreso; y segregar todo elemento patógeno, ya sea locura, crimen, violencia o parasitismo. Para que esto fuera posible se necesitaba de un mecanismo de clasificación y disciplinamiento del mundo social para la normalización del mismo. (Gabriele 2011, 86)

Aparte de la psiquiatría, la criminología y el derecho, la educación será el motor fundamental de los positivistas. Así como había que extirpar lo *insano* del cuerpo social, este cuerpo debía ser modelado hacia una sociedad de trabajadores. El modo de vida industrial que es el único que garantizaba el *progreso* según los positivistas, debía ser alcanzado a través de la formación de hombres (heterosexuales) que fuesen funcionales al sistema. Allí surge el utilitarismo que caracteriza a todo el positivismo desde Auguste Comte en adelante y que se va a ver expresado en Ingenieros cuando reflexiona sobre la educación: “Educar al hombre significa ponerlo en condiciones de ser útil a la sociedad, adquiriendo hábitos de trabajo inteligente aplicables a la producción económica, científica, estética o moral” (Ingenieros 1980, 163).

Ingenieros tenía la idea de que la sociedad se dividía en hombres inferiores, mediocres e idealistas y que los últimos estaban llamados a liderar el destino de los primeros. Por ende la

modernización, el progreso, la revolución socialista, no la llevarían a cabo las masas, sino una élite dirigente culta y letrada que no se adhiera a ningún dogma. Esta *vocación de minoría* (Segato 1991) que caracterizaría a toda la generación del 1880 iría a perfilar a una especie de *sujeto modelo* que todos tendrían que replicar. El positivismo, a través de su aparato educativo ayudaría a perfilar a este hombre *modelo* ya preexistente, representado precisamente por esta élite. Estos agentes políticos-administrativos construirían las directrices del nuevo sistema educativo y perfilarían sus programas. Esta blanquitud, representada en los hombres/blancos/heterosexuales/ positivistas, concibe como amenaza a la alteridad a la que pretender eliminar, asimilándola o aniquilándola:

En esta etapa del pensamiento de José Ingenieros estamos frente a un procedimiento de exclusión en el campo sociopolítico. Está dejando fuera de la vida política a las masas urbanas (inmigrantes, clase trabajadora emergente). La multitud aparece como objeto enajenante que debe ser segregado porque pone en peligro la existencia e integridad del universo social. (Gabriele 2011, 87).

En sintonía con esto, Ingenieros también era portador de un racismo estructural que eno era exclusividad de él sino de toda su generación. Para la época, la población afrodescendiente era minoritaria, aunque haya suspicacias con las cifras. En 1887 la población negra y mulata era “menos del 2%” en la provincia de Buenos Aires (Segato 2007, 251). Por esta razón uno no encuentra la virulencia racista de un Alcides Arguedas en Bolivia con los indígenas, o de un Domingo Ramos en Cuba contra lo afrodescendiente. Sin embargo, el racismo tiene varias vertientes y aunque el genocidio, expulsión y exterminio de poblaciones indígenas y afrodescendientes se había llevado a cabo en el siglo XIX muchas prácticas culturales y vitales deberían ser visibles. La *huella* (Glissant 2006) afrodescendiente, debía haber quedado en un país en el que para 1810 nada más en la provincia de Buenos Aires de “la población era negra o mulata representaba el 30%” (Segato 2007, 251).

Sin embargo, esa *huella* fue obviada alevosamente, porque aunque el signo racial no esté presente, si lo está su memoria, su espiritualidad, sus rituales, sus comidas, su ciencia, sus bailes, y cualquier expresión de un vínculo con la ancestralidad, allí es donde precisamente opera el racismo de Ingenieros de la manera más poderosa:

Mientras la mentalidad social no se purgue de residuos ancestrales no pueden arraigar en ella las ideas nuevas que son su negación. Los ciclos de la historia son para los pueblos como los cambios de estación para los árboles; conviene podar las ramas secas para que rompa la gemación con más pujanza. (Ingenieros 1980, 173)

Hay que entender a la vez que el progreso se inserta en el paradigma de la modernidad que tiene como motor fundamental la innovación y el cambio. Sobre todo para Ingenieros que

insistía constantemente en los hombres idealistas que pueden construir el porvenir y que rompen con los dogmas y tradiciones. Para instaurar la blanquitud, los hábitos y la huella de los pueblos afrodescendientes e indígenas deberían ser superados o negados, como la modernidad superó la Edad Media. Por esa razón Ingenieros insiste:

Mire con ojo amigo a las viejas estirpes que le ofrecieron de sus ubres las savias iniciales; pero no olvide que si es provechoso heredar algunas fuerzas vitales aun capaces de obrar, nada hay más funesto que apuntalar derrumbamientos de culturas decrepitas y repensar supersticiones de agonizantes abuelos. (Ingenieros 1980, 176)

En el discurso de Ingenieros, ese elitismo contra el *hombre mediocre*, esconde un desprecio enorme al gran espectro de la cultura y sabiduría popular, en el que están vertidas evidentemente todas las manifestaciones culturales de la *no blanca*. Allí radica el racismo más recalcitrante de su propuesta. En el desprecio a las mayorías que aparentemente no están racializadas, pero que seguramente en sus costumbres encontraríamos la huella que intenta ser borrada por el racismo de estos agentes literario-administrativos:

Lejos de los escritos criminológicos y psiquiátricos, se dedica ahora al tratamiento de temas filosóficos, pero manteniendo constante la caracterización del papel rector de las minorías constituidas por sujetos portadores del ideal predispuestos a emanciparse del rebaño mediocre. La existencia de la mediocridad responde a un fenómeno natural, el progreso es el resultado de la dialéctica entre el impulso del idealista y la resistencia al cambio de los mediocres. Pero cuando los mediocres desbordan su función estabilizadora y expanden sus valores, dan origen a la “mediocracia”. (Gabriele 2011, 88)

Esas minorías a finales del siglo XIX, evidentemente representaban a un locus de enunciación muy particular (hombre/blanco/heterosexual/letrado) e intentaban instaurar una blanquitud hegemónica. En Argentina, la constitución de 1853 acabó con el régimen esclavista, pero muchos propietarios de esclavizados para evitar el desfaldo, los vendieron con antelación al sur de Brasil en el que la esclavitud estaba vigente. En la época de Julio Roca, se lleva a cabo el genocidio contra los pueblos indígenas denominado *conquista del desierto*. Anteriormente, Argentina había usado como “carne de cañón” a los esclavizados afroargentinos en La Guerra del Paraguay y seguidamente, una terrible epidemia de viruela y tuberculosis, se presentaría como las causas que esgrime la historia oficial para la desaparición de los vestigios afro o indígenas en la Argentina (Segato 2007). Sin embargo, eso no explicaría, por ejemplo, la *borradura* de las mujeres afrodescendiente que no participaron en la guerra.

Es por esta razón que la eliminación de la huella queda sin respuesta, salvo que ésta haya sido una operación ideológica impulsada por la generación de 1880 para blanquear la narrativa histórica. Uno de los testimonios más reveladores que conseguí para develar el

racismo de esta generación (1880) es el expresado por Carlos Bunge, escritor, jurista y miembro protagónico de estos *agentes*:

A decir de Oscar Terán, su papel en este proceso llevaría a un autor positivista como Carlos Octavio Bunge a “bendecir implacablemente y sin rubor el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis por los efectos benéficos que habrían acarreado al diezmar a la población indígena y africana en la provincia de Buenos Aires” (Terán, 1987: 41). La frase textual de Bunge, educador de gran influencia en la formación de la filosofía pedagógica argentina, publicada en 1903, es: “(...) El alcoholismo, la viruela y la tuberculosis-bendito sean-diezmaron a la población indígena y africana de la provincia capital, depurando sus elementos étnicos, europeizándolos (...)” (en Terán, op, cit: 148). Este autor afirma, también sin dudar, que “todo mestizo físico (...) es un mestizo moral” y nos habla del “afeminado mulato músico” o del “político mestizo de indio, de cutis lampiño y gelatinoso vientre de eunuco” (ibídem: 39-40) (Segato 2007, 254)

En esta primera indagación a José Ingenieros no encontramos mención a la eugenesia, pero por lo explicado anteriormente, estoy seguro que una investigación más minuciosa, muy probablemente nos mostraría en su obra la promoción de estas prácticas. El mestizaje es visto como problemático, porque transmite precisamente el *déficit* de las culturas no blancas. Un tema interesante para estudiar sería las posibles prohibiciones en ciertos países de la inmigración asiática por considerarla al igual que la afrodescendiente e indígena, perniciosa para el progreso.

Por último, me gustaría rescatar la frase de Bunge, cuando habla del “afeminado mulato músico” o del “vientre eunuco” del indio. Allí estamos entrando en una operación de subalternización, que arrastra dos problemáticas. La primera es la *emasculación* del indio, y del mulato, que en este caso es un blanco que se “oscurece” mezclándose con el negro que por ende lo afemina. La segunda es el profundo desprecio a la mujer. No es tema de esta tesis hablar de racialización como *emasculación*, pero es interesante que Bunge pulule tan visceralmente su defensa al patriarcado y la blanquitud simultáneamente. El imaginario y el sentido común están secuestrado por la mitología de la blanquitud Argentina. Ese mito, que el mismo Vallenilla Lanz criticará en uno de sus textos interpelando a José Ingenieros de forma expresa. Por último, me gustaría añadir, la reflexión de Rita Segato por esa ausencia de la *huella* como una forma de genocidio de la espiritualidad, memoria y ancestralidad de un pueblo:

Todo lo expuesto me lleva a proponer que la desaparición del negro en la Argentina fue ideológica, cultural y literalmente construida, antes que propiamente demográfica. En la imagen depurada y homogénea de la Nación que estos agentes literario-administrativos crearon y reprodujeron con impecable eficacia (fundamentalmente a través de la escuela, pero también por medio de la Salud Pública y el Servicio Militar Obligatorio), el negro fue borrado previamente en imagen desde el punto de vista ideológico, en la medida en que su presencia fue primero excluida de la representación oficial que la Nación se dio a sí misma, para luego estarlo materialmente. (Segato 2007, 255)

Positivismo venezolano en la figura de Laureano Vallenilla Lanz:

Laureano Vallenilla Lanz, nace en 1870 en Barcelona (Venezuela), luego inicia estudios en la Universidad Central de Venezuela en Caracas. Ejerce como periodista, trabaja como secretario personal de Nicomedes Zuloaga que fue Presidente de la Cámara de Diputados y luego Ministro de Relaciones Exteriores. En 1904 bajo el gobierno de Cipriano Castro es designado Cónsul de Venezuela en Ámsterdam, durante su estancia en Europa viaja constantemente a París y asiste de oyente a cursos en la Sorbona y en el Collège de France, allí se familiariza con el pensamiento europeo y los grandes autores del momento como Ernest Renan, Gustave Le Bon, Hippolyte Taine, entre otros. En 1908 ejerce de Cónsul de Venezuela en Santander, España y por sus publicaciones y participación en tertulias con Pío Baroja, Miguel de Unamuno y Benito Pérez Galdós ingresa como individuo de número a la Real Academia Española de la Historia.

A su regreso a Caracas, publica su tesis sobre el *gendarme necesario y cesarismo democrático* como apología a la dictadura de Juan Vicente Gómez que se acababa de instaurar a su regreso a Venezuela. El dictador le otorga la dirección del periódico oficial del gobierno. Fue senador, diputado y Embajador en Francia y en Suiza, entre otros muchos cargos públicos que ocupó (Vallenilla Lanz 1991).

Esta pequeña reseña biográfica es para vislumbrar que el personaje al que hago referencia, también era un agente literario administrativo. Podía pasar por sociólogo, historiador, periodista, jurista, etc. Su obra es muy extensa y tiene aspectos fundantes en el positivismo latinoamericano. Muchas teorías acerca de las causas del caudillismo en América Latina y la *evolución* de las sociedades en nuestro continente, emergen de lecturas y relecturas de su obra. Sin embargo, para efectos esta reflexión, solo quisiera dedicarme a los procesos de racialización, dentro de su pensamiento positivista, para contraponerlo al positivismo argentino. Además, habría que decir que fue el padre de Laureano Vallenilla Planchart, ideólogo junto con Pérez Jiménez del Nuevo Ideal Nacional.

En un texto que él llama *Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana* de 1930, va a dedicarle un capítulo entero al tema de la *raza* en el país. Como he venido insistiendo desde el inicio, ellos hablan desde una *hybris del punto cero* que hace de los autores hijo de su tiempo y espacio. Recordemos que José Ingenieros en 1918 está publicando su obra *Evolución de las ideas argentinas*. No es un dato menor, que no escriban únicamente: *Evolución de las ideas en las sociedades* o *Ensayo sobre la formación de la nacionalidad*, a secas. Esto no quiere

decir que no sea el mismo *punto cero, neutral, objetivo*, cartesiano, pero vislumbra una política escritural que se debe a que estos intelectuales están vinculados directamente con un proyecto nacional de gestión del poder estatal. En el caso de Vallenilla que es de una generación posterior a la de Ingenieros, veremos un estudio mucho más acucioso de la raza que es incluso desesencializador. En un lugar de esta obra antes citada dice: “Decimos siempre *razas* por la facilidad de la clasificación” (Vallenilla Lanz 1991, 326). Y esta postura se debe seguramente a nuestra matriz histórica-cultural caribeña. En Venezuela según nos cuenta en mismo Vallenilla: “Por el cruzamiento con los blancos y con los indios existían para fines del siglo XVIII, un número de gentes de color libres, que representaba el 51 % de la población total de la Capitanía General” (Vallenilla Lanz 1991, 322).

Esto fija unas bases socioculturales diferenciadas que repercutirán en la formación del país y por ende en las concepciones de *raza* con la que trabajará Vallenilla. Él le endilgaba una importancia trascendental a las condiciones climatológicas y de la topografía. Vallenilla creía en radicales estructuras geoculturales, de hecho, endilgaba a la figura del llanero y del gaucho por ejemplo, las razones de la independencia (su manejo del caballo, su autonomía, su nomadismo etc.). También estaba completamente convencido de que la herencia indígena nos había legado una jerarquización casi arquetípicamente autoritaria del poder, como mostraré más adelante. Como buen positivista, para Vallenilla Lanz era fundamental la historia, y así como creía en la herencia de las *razas* y las condiciones geográficas, también veía en la guerra la causa de los grandes virajes históricos y del alumbramiento de nuestras naciones:

Obsérvese por el momento el hecho histórico de que la guerra de independencia no asumió los mismos caracteres que en colonias como Chile, donde la población era completamente homogénea y no existía por consiguiente, la lucha de castas. Por esta razón se conservó en ella la aristocracia colonial, que sin grandes alteraciones, reemplazó en la dirección del país a las autoridades españolas. En Venezuela, por ejemplo, la clase aristocrática desapareció por completo, destruida por la guerra y dispersa por la emigración. (Vallenilla Lanz 1991, 313)

Con la misma determinación que Ingenieros, era un gran latinoamericanista y por esa razón a lo largo de todo su trabajo comparaba los procesos venezolanos con lo de los demás países de la región. Siendo la guerra de independencia venezolana la más fratricida y duradera de Latinoamérica, el legado fue la mengua de la economía y de los mismos propietarios. Es por eso que efectivamente, Venezuela no conservó una aristocracia poderosa, por el contrario fue desapareciendo. Es importante a su vez hacer el nexo ineludible entre aristocracia y blanquitud, debido a que al languidecer la aristocracia, estamos perdiendo lo *más puro* del sustento europeizante y de las formas de vida que deberían constituirse en sentido común, como blanquitud hegemónica. Siendo hijo de su tiempo era seguidor del evolucionismo social y por

esa razón creía en varios grados de civilización. En ese sentido, el indio en Venezuela no tenía nada que aportarle al nuevo proyecto nacional industrializador:

En primer término hay que tomar en cuenta que la raza indígena pobladora de la América no podía considerarse como una sola comunidad étnica. Sin discutir sus orígenes que es asunto de etnólogos, es el hecho de que para la conquista española, la población indígena se hallaba en diversos grados de civilización: desde la sociedad perfectamente constituida, hasta la horda primitiva, desde el hombre de las cavernas: “el lobo inquieto, hambriento y errabundo”. Entre los Imperios de los Incas y los aztecas y las tribus errantes de los llanos de Venezuela, podía observarse toda la escala de la evolución humana. (Vallenilla Lanz 1991, 311)

El indígena visto de esta forma, es inhibidor del proceso civilizatorio y *deficitario* con respecto al proyecto del progreso. Vallenilla diferencia entre las grandes civilizaciones Incas y Aztecas y la “horda primitiva” que representa lo más bajo de la escala de la “evolución humana” que serían los indígenas venezolanos. A pesar de eso ubica todavía un estrato inferior al “hombre de las cavernas” venezolano:

En Venezuela no existió jamás aquel indio de las altiplanicies bolivianas que con fuertes rasgos pinta Arguedas: “Su carácter tiene la dureza y la aridez del yermo. Es duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado. Le falta voluntad, persistencia de ánimo y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se diferencia. De ahí su odio al blanco.”

“Receloso y desconfiado, feroz por atavismo, cruel, parco, miserable, rapiñesco, de nada llega a apasionarse de veras. Todo lo que personalmente no le ataña lo mira con la pasividad sumisa del bruto, y vive sin entusiasmos, sin anhelos, en quietismo netamente animal. Cuando se siente muy abrumado o se atacan sus mezquinos intereses, entonces protesta. Se irrita y lucha con extraordinaria energía” (Vallenilla Lanz 1930, 319)

Allí se refiere al positivista boliviano Alcides Arguedas (1879-1946) que trabajó durante años su profundo desprecio al indígena. Lo paradigmático de esta cita es que Vallenilla no asume una posición tan virulenta en contra del indígena como Arguedas, sino que intenta explicar que el problema no es que el indígena venezolano sea “egoísta” “miserable” o “rapiñesco”, es el problema del poder y de la organización tribal lo que le preocupa al venezolano. Nos habla de la “disgregación” y del “localismo de la tribu” que atenta de forma evidente contra el *orden* indispensable para el *progreso* heredados “de todas las ideas importadas de Europa, gracias a la lengua castellana, que permitió a toda nuestra América bautizar con nombres de significación civilizada, los bárbaros instintos que heredamos de nuestros aborígenes” (Vallenilla Lanz 1991, 320). Otra de las sorpresas de Vallenilla en su análisis, es que sitúa al afrodescendiente en una jerarquía superior al indígena venezolano. Cuando habla del componente africano, dice que incluso “algunos de aquellos pueblos se hallaban en materia de organización política, un poco más avanzados que las tribus indígenas de Venezuela” (Vallenilla Lanz 1991, 323). Esos hábitos, localistas, anárquicos, que

justificarían su posterior tesis del “gendarme necesario”, se encontrarían en nuestros pueblos indígenas:

¿Dónde sino en la tribu, podemos ir a buscar las tendencias de disgregación y antagonismo que han constituido uno de los motores más poderosos de nuestra evolución histórica? Esa persistente inclinación a subordinarse a un jefe, con prescindencia a todas las teorías democráticas y constitucionalistas proclamadas y sancionadas por los ideólogos desde hace cien años: ese patriarcalismo creciente que no es en definitiva sino la absorción de la vida pública y privada por una sola voluntad”, ¿dónde encontrar sus gérmenes sino en la organización de la tribu, y cómo explicarlo sino por un lógico movimiento de retorno hacia los hábitos aborígenes impuestos por el medio así como la preponderancia de elementos surgidos en las masas populares por cien años de continuas revueltas?”(...) hay que hacer notar que ha sido en las regiones donde las razas indígenas prevalecieron en el mestizaje y el elemento africano entró en menor cantidad en el cruzamiento, donde se ha destacado con mayor fuerza el caciquismo con todos los atributos de autocracia y de sumisión absoluta por parte de su grupo, a lo cual contribuiría nuestro estado permanente de revueltas. (Vallenilla Lanz 1991, 320-321)

Como podemos ver, Vallenilla le atribuye el caudillismo a una especie de huella indígena en la cultura que no respeta las institucionalidad moderna y mucho menos el espacio nacional. Será un problema entre no blancura y poder. Es decir, que un país con menos carga cultural aborígen es más propenso a la consecución del progreso. Aunque nuestros indígenas no sean como los del “altiplano boliviano” son primitivos, tribales e inhiben la evolución y la posibilidad de llevar a cabo nuestras constituciones y “teorías democráticas” porque no conciben la delimitación entre público y privado. En fin, es la ausencia de blanquitud y el exceso de indianidad que hay en nosotros lo que nos hace un país de caudillos. Hasta ahí es la misma lógica que en el positivismo argentino, sin embargo, con la negritud hay una variación ya mencionada anteriormente. Podríamos denunciar hasta cierto encantamiento mezquino por la alteridad afrovenezolana:

Motivo de un largo estudio, ajeno al objetivo primordial de este trabajo, sería hallar en nuestra vida política y social los rastros que hayan dejado estos elementos africanos, cuya sangre entró en tan gran cantidad en la composición étnica de nuestro pueblo, sobre todo en las regiones bajas y costaneras; pero no podemos menos que señalar como legado indiscutible, la fortaleza física que desafía y vence las inclemencias del trópico, el espíritu de revuelta, la ferocidad en la guerra, la ligereza, el capricho, la imprevisión, la volubilidad, la inteligencia a la vez viva y limitada, que se observa en ciertos individuos y aun en ciertas poblaciones en que el elemento africano fue numeroso, con las naturales emanadas del medio social y económico, y de los cruzamientos sucesivos con la raza blanca. (Vallenilla Lanz 1991, 324)

Lo que es importante resaltar aquí es que todos los atributos y las *grandes* virtudes con las que Vallenilla halaga la herencia africana, no están relacionadas ni con el orden ni con el progreso, a pesar de que los ubique un escalón más cerca de la cúspide civilizatoria blanca que la herencia indígena. “Fortaleza física”, “espíritu de revuelta”, “ferocidad en la guerra” no son atributos para construir la nación industrializada y con instituciones liberales a la que el autor aspira. Cuando habla de inteligencia, la concibe como paradójica: “a la vez viva y limitada”.

Durante todo el texto Vallenilla utiliza las crónicas de los viajeros y especialmente de Humbolt y hace un esfuerzo enorme en hacerlos coincidir como, lúdicos (asociándolos con infantilidad y poca madurez), entregados al placer y la “livianidad en la conducta” que les “dulcifica la amargura” (Vallenilla Lanz 1991, 324). De ninguna forma se observa el desprecio de un Carlos Bunge, un Ramos Mejía en Argentina o de Alcides Arguedas en Bolivia, pero sigue concibiéndolo como inhibidores del progreso. No solo al negro como raza, sino a su influencia en el mestizaje, ya que Vallenilla a diferencia de Ingenieros, no ignora la huella afrodescendiente:

Ya se ha observado en América que en algunos mulatos la inteligencia se desarrolla rápidamente y a veces con una gran brillantez hasta cierta edad. En ese lapso asimilan intelectualmente de manera prodigiosa y hasta llegan a producir obras de pura imaginación muy apreciables, sobre todo en el género poético y por lo regular su prosa es exuberante y empanachada. Pero estas facultades no desarrollan más allá de los treinta años, lo cual pudiera atribuirse a que en ellos prevalecen los caracteres psicológicos del negro, a lo que se agrega, por razón de la misma herencia, una enorme pereza por todo lo que reclame un esfuerzo intelectual continuado. Pero como la herencia psicológica no está sometida a leyes exactas, en una gran mayoría como se ha observado en Brasil, prevalecen los caracteres de la raza blanca, y entonces se producen tipos de una efectiva superioridad en todos los ramos del saber humano, y de ningún modo inferiores a los europeos. (Vallenilla Lanz 1930, 324)

La holgazanería es siempre una característica que le endilgan a los cuerpos racializados. Esta cualidad en específico demuestra lo descarado de la ideología racista, este alegato es falso, los encargados del cultivo de café, cacao, maíz, papa y de toda la producción colonial eran los cuerpos racializados, no los blancos criollos (verdaderos holgazanes). Los procesos de racialización en el *dispositivo* positivista latinoamericano, están determinados por la aversión a todo lo que sea heterogéneo y diverso, es allí donde pretenden homogeneizar, tomando como referente al hombre blanco y tratando de amputar (en una operación procustiana) toda herencia o huella indígena o africana. Sin embargo, Vallenilla problematiza aún más este modelo, y acusa a José Ingenieros de no mirar la heterogeneidad presente a lo interno de Europa:

Para reconocer después los rápidos y efectivos progreso realizados por el Brasil y la Argentina, que otros atribuyen exclusivamente a la inmigración europea; y proclamar como lo hace el Doctor Ingenieros, la superioridad de la raza blanca, cayendo también en el error de considerar como pertenecientes a una misma raza a todos los pueblos de Europa, que en forma aluvional están poblando las desiertas regiones del Río de la Plata. Desde el mulato meridional de Italia y de España, hasta el escandinavo y el croata: elementos étnicos y culturales a quienes es arbitrio arropar en una sola clasificación, porque existe mayor diferencia entre un calabrés o un siciliano, y un polaco originario de Polonia o Ucrania, que entre mismo italiano meridional y cualquier mestizo hispanoamericano. Las afinidades entre estos dos tipos han producido el fenómeno observado por los propios argentinos, y del cual es un ejemplo el mismo Ingenieros, de la adaptación completa y la fusión rápida, del italiano con el criollo. (Vallenilla Lanz 1930, 327)

Para mí, ésta será la gran diferencia entre el positivismo argentino y venezolano. Por un lado, el reconocimiento (subalternizado) de las herencias africanas e indígenas en nuestra cultura, al contrario de la *borradura ideológica* producida en Argentina. También habría que decir, que los negros y los indígenas en Venezuela, no fueron exterminados masivamente durante el XIX como en Argentina. Habría que reconocer también, que existen años de diferencia entre los venezolanos y los argentinos y el tránsito de ideas, da ciertas ventajas a la generación venezolana que incluso leyó a la generación argentina. A su vez, me parecería injusto asumir, que solamente el tiempo despojó a los venezolanos de esta idea espectral de la existencia de una Europa blanca civilizada y homogénea. También la postura aguda de los venezolanos y seguramente el tránsito europeo de Vallenilla, le permitió mayor lucidez. Por último, Vallenilla exhorta inclusive a no hablar de raza sino de sociedad, pueblo o nación; para poder comprender nuestra formación étnica tan heterogénea como la de los europeos, solo que ellos lograron un proyecto de homogenización en el que nosotros no estamos todavía ni a las puertas (Vallenilla Lanz 1991, 333).

Laureano Vallenilla Lanz termina aseverando que no existe algo como una entidad fija, o estática llamada raza y que, por ende, solo tenemos que estudiar los múltiples y variados componentes y herencias que todos los individuos llevamos con nosotros, aunque siempre priorice los elementos heredados de la *raza blanca* como los elementos potenciadores de la civilización:

Por fortuna para la Humanidad, la experiencia y la historia destruyen por completo la teoría de Gobineau. La frase célebre del libertador refiriéndose a los pueblos hispanoamericanos: “No sabemos a qué raza humana pertenecemos” es perfectamente aplicable a la humanidad entera y está dentro de un concepto absolutamente científico. (Vallenilla Lanz 1991, 326)

Una de las diferencias fundamentales, quizás no mencionadas en este análisis es que el positivismo latinoamericano se distingue radicalmente del positivismo europeo porque lo que a ellos les permitió *mirarse* a sí mismos, a nosotros nos sentenció a mirarnos con prismas ajenos. De esa forma, bajo esa mirada tutelada, bajo la mirada del otro que nos *otrifica*, instauramos el positivismo. Siempre con la pretensión de poder llegar a ese estadio, como si una angustia epistémica nos abordara como naciones que es la misma angustia epistémica que sienten los intelectuales del Sur por ser escuchados en el Norte global. El desarrollo y estos proyectos aquí descritos, son herederos de la mirada positivista. No he comentado aún algo fundamental y es que el positivismo niega la posibilidad del arbitrio de los partidos políticos. Es decir, al estar nuestros pueblos en un estadio previo, aún no podríamos acceder a las virtudes del sistema republicano y de su democracia liberal. Los partidos políticos serán también

atávicos para realización del programa desarrollista, por tender a defender intereses particulares, gremiales o de clase, mientras que Pérez Jiménez y Perón, como ya hemos visto *buscarían el bien nacional*. De distinta formas y con distintos procedimientos, los dos vituperan al sistema de partidos, pero una diferencia no menor, es que Pérez Jiménez ni siquiera participa de él, al menos al principio. En ese sentido, Ocarina Castillo dice lo siguiente para el caso venezolano, pero es transferible para la experiencia argentina:

En consecuencia, de acuerdo con esta posición los partidos no deberían existir. Ya que impugnan a través de su actividad, la autoridad única que representa la garantía de estabilidad y orden. El reconocimiento de los individuos que podrían materializar la finalización de la anarquía e iniciar el rumbo hacia esa nueva etapa, se expresa a través de la apología, el culto hacia quienes se llega a considerar el salvador (el benefactor), en la medida en que encarna las virtudes necesarias en ese momento de desarrollo de la Sociedad. (Castillo 1990, 82)

En Argentina, Perón era indispensable, de la misma manera se asumía Pérez Jiménez en Venezuela. No era su partido, no era tampoco un liderazgo colectivo, eran ellos, como benefactores. Aquí decidí hablar de positivismo como una de las fuentes ideológicas tanto del peronismo como del pérezjimenismo, ni mucho menos aspiro a reducir lo heterogéneo y diverso de estos proyectos políticos a la grilla positivista, pero en cuanto a la idea del líder benefactor, o del caudillo democrático, no cambia mucho durante estos años. Uno de los máximos exponentes de esta idea, ampliamente citado en este texto, Laureano Vallenilla Lanz, elabora el concepto de *gendarme necesario* en el marco de un *cesarismo democrático* (Vallenilla Lanz 1991) que es sin lugar a dudas uno de los antecedentes más importantes del proyecto del desarrollo industrial. Allí veremos ya, la justificación del líder fuerte, la heterogeneidad como déficit, la diversidad cultural como atavismo, la raza como problema, la acumulación de riqueza como proyecto estatal (lo que sería luego el crecimiento económico) y la conquista del paisaje por el pavimento y la máquina, es decir, la urbanización. Dejaré que hable entonces Vallenilla citado por Ocarina Castillo:

Sostengo el actual régimen de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que le conviene a nuestra evolución normal: porque es el que imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando al país para llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas esas democracias incipientes, con enormes desiertos y poblaciones escasas y heterogéneas que carecen todavía de hábitos, de ideas y de aptitudes, para cumplir los avanzados principios estampados en nuestras Constituciones escritas: inmigración europea y norteamericana (gente blanca) y oro para explotar nuestra riqueza y hacer efectiva la unidad nacional por el desarrollo del comercio, de las industrias y de las vías de comunicación². (Castillo 1990, 84)

² Vallenilla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático*. p 213.

La idea de la inmigración *blanca* es fundamental en el proyecto venezolano y no tan trascendental en el argentino para este momento, ya que ese país llevaba casi medio siglo recibiendo grandes contingentes de inmigrantes europeos. Eso crea profundas dificultades para ver cómo opera el *blanqueamiento* y cuál es el lugar de la *blancura* en esa sociedad. Sin embargo, durante la pesquisa encontré una asociación inextricable entre la importancia del líder y del orden, eso sí es coincidencia en ambos casos. Europa y Norteamérica se convierten en dos modelos a seguir, ni Perón ni Pérez Jiménez ocultan su admiración por esos proyectos, sin embargo, los dos asumen que las condiciones nacionales no permiten en este momento aspirar a un modelo de partidos y que habría que pensar un camino *propio*. Esa condición nacional, ese estadio contingente de nuestra realidad es sin lugar a dudas la herencia más fuerte del positivismo. El asumir que existe una realidad *positiva* con la que hay que trabajar. Por eso es importante diferenciar ese sentido de lo *propio* como enajenador de la realidad y no como muchas veces se piensa.

El positivismo es un antecedente del desarrollo, porque es la primera vez que una ideología se convierte en dispositivo. Es decir, un conjunto de ideas que generan directamente prácticas gubernamentales. No es solo un sistema de ideas que *explican* la realidad como, por ejemplo, el marxismo o el liberalismo, con los que se puede teorizar acerca del rol del sujeto, la sociedad, la historia y el mercado, al contrario, son intelectuales generando directamente políticas públicas, biopolítica, urbanismo, etc. Lo que lo diferencia al dispositivo del desarrollo, del positivismo, es que éste no deriva de un proyecto imperial, forma parte central de la colonialidad y del eurocentrismo pero no es un proyecto universal. El dispositivo del desarrollo en América Latina es fundamentalmente un proyecto surgido en las entrañas del imperialismo norteamericano, que se ampara en la legitimidad que le da haber vencido al fascismo y al nazismo, para crear un conjunto de organizaciones globales: ONU, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial del Comercio, todas y cada una son sucursales narrativas/ideológicas de los Estados Unidos. El dispositivo positivista, al contrario, no está tutelado por organismos internacionales, aunque luego sean funcionales al Norte Global.

Por otro lado, como demuestran las páginas anteriores, el positivismo problematiza la raza y se convierte en el promotor de la blanquitud. Laureano Vallenila Lanz por ejemplo, coloca al indio y al afrodescendiente como atávicos para integrarse a la democracia liberal burguesa. Lógicamente, un pueblo de mayoría no blanca, como Venezuela, no estaría apto para ese sistema. El color del poder según los positivistas, debe ser el la blanquitud, por eso me extendiendo en explicarlo, y lo planteo como antecedente del desarrollo. Por otra parte, el

positivismo sitúa la raza como un problema. Las diferencias son consecuencia de las matrices culturales de cada uno. Argentina llevó a cabo el peor genocidio del siglo XIX en la región y además impuso un *blanqueamiento simbólico* (Solomianski 2003) no solo exterminó materialmente poblaciones enteras, sino que borró cualquier indicio de simbólico, o huella ancestral del corpus cultural de su argentinidad. En Venezuela eso es imposible de hacer, por la presencia insoslayable de esos pueblos no blancos, por ende, la tarea es ubicarles un rol en la historia, fuera o al margen del espacio público, para garantizar el vínculo blancura y poder.

Tanto el Nuevo Ideal Nacional como el Justicialismo, son dos formas de recepción del desarrollo, por ende, albergan en su seno al positivismo. La ambición de Perón y Pérez Jiménez por el orden, la preocupación por lo nacional, la aversión al sistema de partidos, el racismo de Pérez Jiménez y la obliteración de lo afrodescendiente en el discurso de Perón así lo comprueba. Ahora bien, además de esa influencia positivista en ambos modelos, también tienen en común la formación militar de sus líderes. Es cierto que el vínculo entre Fuerzas Armadas y Estado Nación, no es una innovación de América Latina, ya Michel Foucault había explicado el vínculo entre la guerra y la política.

No hay que olvidar que la “política” fue concebida como la continuación si no exactamente, directamente de la guerra, al menos del modelo militar como medio fundamental para prevenir las disputas sociales. La política, como técnica de la paz y del orden interior, ha buscado llevar a cabo el dispositivo del ejército perfecto, la masa disciplinada, la tropa dócil y útil, de los campamentos de soldados al campo, a la mano de obra y al ejercicio. En los grandes Estados del siglo XVIII, el ejército garantizaba la paz civil sin duda porque era una fuerza real, una espada todo el tiempo amenazante, pero también, porque era una técnica y un saber que pueden proyectar su esquema sobre el cuerpo social. Si hay una concatenación política- guerra que pasa por la estrategia, hay una concatenación ejército-política que pasa por la táctica. Esta estrategia permite comprender la guerra como una manera de llevar a cabo la política entre los Estados y es la táctica que permite comprender al ejército como un pilar para mantener la ausencia de guerra en la sociedad civil (Foucault 1975, 197-198)³

Fuerzas Armadas y modernización

A partir de la cita previa de Foucault, podríamos decir que existe una episteme militar (“técnica” y “saber”). Esa episteme militar vincula a Perón con Pérez Jiménez, porque es la que se forja a lo interno de las academias. Para la época en la que salen ambos, el desarrollo industrial era una prioridad para todos los militares. Aunado a ello, ambos militares, se forman dentro del relato épico del ejército de Bolívar y San Martín, lo que les insufla de una especie

³ Traducción propia.

de “destino manifiesto”. Aunado a ello, hay una militarización creciente del planeta a partir de la guerra fría y la lucha anticomunista, donde la industria armamentística crece hasta más no poder. Allí citaré extensamente a Castillo:

Así mismo después de la Segunda Guerra Mundial el militarismo se reforzó en su ideología mesiánica y anticomunista, expresando la conjunción de un proyecto estratégico industrial, con la necesidad de salvar al mundo occidental del peligro comunista. De la consideración de la industria como clave del poder militar y de la grandeza nacional, surgió la convicción de que los militares debían asumir un papel directo promoviendo y operando empresas industriales...todo ello en el contexto de lo que ya hemos señalado como Destino Manifiesto de los ejércitos latinoamericanos, que se perciben como providencialmente designados para rescatar estos países del caos y enrumbarlos por las vías del desarrollo, basados en la superioridad de las armas y en la convicción de concentrar la voluntad nacional. (Castillo 1990, 87-88)

La conmoción que creó la segunda guerra, incorporó al centro del discurso de las Fuerzas Armadas la imperiosa necesidad del desarrollo industrial para generar: autoabastecimiento, autarquía, vías de comunicación para tener control efectivo del territorio, procurando al mismo tiempo independencia económica y política para la toma autónoma de decisiones. En los manuales de geopolítica incluso se hablaba de lo importante que era producir su propio alimento y vestido para no vulnerar la población y hacerla presa posible de un embargo (Castillo 1990). Es por esa razón, que cuando se acusa de liberal a Pérez Jiménez se cae en imprecisiones, porque la formación militar de la época es por antonomasia proteccionista y estadocéntrica. La pobreza también estará en la agenda permanentemente, además de las razones geopolíticas que la colocan en el epicentro del discurso hegemónico a través de Naciones Unidas. Pudiéramos incluir otras razones subjetivas, que llevaban Pérez Jiménez y Perón a priorizar la justicia social, ya que ambos de orígenes humildes utilizaron la institución castrense como mecanismo de ascenso social.

Según Ocarina Castillo, el peronismo tuvo influencia en la gestión venezolana y es a partir de este trabajo que yo comienzo a pensar esa reverberación militarista que recorre el continente a través de la idea del desarrollo industrial. Aunque durante mi investigación, salvo algún comentario simpático de Pérez Jiménez frente a Perón, al que reconoce su inmenso liderazgo en la entrevista que le hace Agustín Blanco Muñoz (1983), ampliamente citada aquí- no encontré referencias a ningún vínculo directo. Sin embargo, nuestra autora considera que el peronismo inaugura una atmósfera de época que probablemente habrá tenido algún eco en el país caribeño:

De la Doctrina Justicialista en términos de su influencia sobre el caso venezolano son particularmente relevantes lo que se refieren al proyecto económico orientado al desarrollo y la

grandeza nacional, a través de lo que se denominó la Justicia Social y la Independencia Económica, la actitud nacionalista y la tercera posición en las relaciones internacionales. La independencia económica implicaba finalizar con la dominación extranjera que operaba en importantes sectores de la economía, como eran los servicios públicos, el transporte y las relaciones comerciales internacionales. (Castillo 1990, 97)

Estos objetivos parecían plausibles para la época, pero como bien la historia nos demostró, las condiciones materiales no permitirían que esto fuese posible, todo lo contrario, una inserción óptima en el mercado internacional permitiría logros internos en materia de vitalidad, salud, educación y ampliación de la industrialización, pero condicionarían la economía a la dependencia, que es la *hipoteca del desarrollo*. Los años 50, crean la ilusión de que mientras mejor nos insertemos mejor serán nuestras posibilidades. Esta coyuntura se convirtió en *pedagogía* y marca de época, y la narrativa que hemos tenido sobre ella, ha sido muy dañina. Con Europa y Japón en escombros, con los países africanos luchando por su independencia, América Latina brindaba la estabilidad en ese momento para competir desde una posición privilegiada como surtidor de materias primas, siempre que se estuviera de aliado con los Estados Unidos. Este momento no volverá jamás hasta principios del siglo XXI cuando el abrumador crecimiento de China y la India colocará a América Latina y sus materias primas en ventaja frente a otros países del globo. Digamos pues que los principios justicialistas formaban parte de una atmósfera de época y por ende tienen resonancias en distintos tiempos y momentos en toda América Latina. La autora anteriormente citada incluso lo llevaría más allá, porque compararía al nasserismo con el peronismo y el pérezjimenismo, con lo cual, ésta atmósfera de época, se trasladaría al Sur Global.

Recordemos que el Coronel Nasser en Egipto llevó a cabo un proyecto que tenía a las Fuerzas Armadas egipcias como sujeto histórico y líder del proyecto de cambio, en el que modernización, nacionalización de empresas, bancos e incluso del canal de Suez fueron objetivos primordiales. Los años 50 se convierten entonces en un momento de occidentalización del mundo a partir del programa del desarrollo, sea este en su corte nacional y popular del desarrollo industrial o en su vertiente más liberal como se conocerá con el desarrollismo posterior. Sin embargo, los dos comparten el afán por generar riqueza a través de la industrialización, para superar la pobreza. La industrialización es la fórmula, el gran conflicto girará en torno a si debe realizarla el Estado, como guía, o si debe hacerlo un pacto entre empresariado local y foráneo. Para el momento que estudiamos es sin lugar a dudas el Estado el que tutelaré la industrialización. Este momento está descrito por Arturo Escobar:

Uno de los muchos cambios que ocurrió a comienzos de la segunda posguerra fue el “descubrimiento” de la pobreza masiva en Asia, África y América Latina. Relativamente

insignificante y en apariencia lógica, el hallazgo habría de proporcionar el ancla para una importante reestructuración de la cultura y la economía política globales. El discurso bélico se desplazó al campo social y hacia un nuevo territorio geográfico: el Tercer Mundo. Atrás quedó la lucha contra el fascismo. En la rápida globalización de la dominación mundial por Estados Unidos, la “guerra a la pobreza” en el Tercer Mundo comenzó a ocupar un lugar destacado. Para justificar la nueva guerra se esgrimieron hechos elocuentes. (Escobar 1999, 48)

No solo se *desplazó*, sino que se asumió desde los que ostentaban el poder político. Ahora bien, de ninguna manera la idea aquí es relativizar la pobreza y las condiciones de desigualdad material. El problema fundamental es pensar que esa pobreza tiene una única redención que pasa por la industrialización del país. Además, la homogeneización de la pobreza también entrapa los proyectos nacionalistas, porque asume el modelo urbano-industrial de vida y a partir de ahí genera todo un conjunto de prácticas para nombrar, diagnosticar y *problematizar* esos conflictos. Esto ocurre en momento histórico (quiero ser tajante en ello) en el que el mundo cambia radicalmente. Durante los años cincuenta, se creará este dispositivo que continúa aún vigente, porque vivió un abrupto proceso de institucionalización (Agencias de Naciones Unidas, OMC, FMI, BM). Esta homogeneización de la pobreza tiene su punto culminante en 1948 cuando el Banco Mundial decide tomar el salario de los países industrializados como modelo y de esa forma determinar que un país pobre es aquel que ingrese menos de 100 per cápita al mes (Masullo 2010) de esa forma todo el tercer mundo queda bajo el umbral de la pobreza y la industrialización sería pues su salvación. Imagino yo que algunos países amanecieron pobres en 1948 sin saber que lo eran y algunas zonas de esos países también. En América Latina este proceso de estandarización comenzó tempranamente. Se ha escrito poco al respecto, porque se parte de la genealogía de Arturo Escobar que coloca como punto de fractura 1949 con el famoso discurso frente al Congreso norteamericano del presidente de los Estados Unidos Harry Truman:

Más de la mitad de la población del mundo vive en condiciones cercanas a la miseria. Su alimentación es inadecuada, es víctima de la enfermedad. Su vida económica es primitiva y está estancada. Su pobreza constituye un obstáculo y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la capacidad para aliviar el sufrimiento de estas gentes... Creo que deberíamos poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor... Lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático... Producir más es la clave para la paz y la prosperidad. Y la clave para producir más es una aplicación mayor y más vigorosa del conocimiento técnico y científico moderno (Truman, 1964). (Escobar 1998, 19)

Este párrafo ha sido citado hasta el cansancio por algunos estudiosos porque es muy revelador. No solo Truman define otros tipos de economías como “primitivas”, sino que además considera que la “pobreza” que ellas engendran son una “amenaza” para la humanidad

y le endilga al conocimiento “técnico y científico” el papel de conductor de este proyecto. Con esto parecería que el programa desarrollista, no es solo la búsqueda del bienestar de la mayoría de la población sino una guerra contra la *pobreza*, aunque esa pobreza, sean “vidas económicas” o formas de vida diferentes llamadas primitivas por el presidente norteamericano. Ahora bien, pese a que ha quedado instaurado este punto de partida a nivel global, el mismo Escobar reconoce que en América Latina el proyecto comenzó antes y como en otros momentos de la historia de occidente, nos convertimos en pioneros del ingerencismo norteamericano, por cercanía geoestratégica y geopolítica hemos sido ese infeliz *patio trasero* durante dos siglos.

En el otoño de 1939, la Conferencia Interamericana de Cancilleres, celebrada en Panamá, proclamó la neutralidad de las repúblicas americanas. Sin embargo, en Washington se reconocía que, para que la unidad continental perdurara, se requerirían medidas económicas especiales de parte de Estados Unidos, para ayudar a las naciones latinoamericanas a enfrentar el período de inestabilidad que seguiría a la pérdida de los mercados por causa de la guerra. El primer paso para ello fue la creación de la Comisión Interamericana para el Desarrollo, establecida en enero de 1940 para orientar la producción latinoamericana hacia el mercado estadounidense. La ayuda financiera a Latinoamérica durante el período, aunque relativamente modesta, fue significativa. Sus dos fuentes principales, el Export-Import Bank y la Corporación Financiera de Reconstrucción, financiaron programas para la producción y adquisición de materiales estratégicos. Las actividades incluían a menudo asistencia técnica a gran escala y movilización de recursos de capital hacia América Latina. El carácter de estas relaciones también contribuyó a fijar la atención en la necesidad de ayudar a las economías latinoamericanas en forma más sistemática (Escobar 1999, 66)

De esta forma queda pactado el camino hacia la construcción de estados *cautivos* del mercado internacional y de élites políticas presas de la angustia cortoplacista por el crecimiento económico y la inserción en esos mercados. Esto va a condicionar el éxito o el fracaso de las políticas públicas, a partir de estos momentos se sella el pacto casi inmodificable hasta nuestros tiempos de la dependencia entre los procesos internos y procesos externos.

Mientras esto se está instaurando en el mundo entero, en Nuestramérica un conjunto de militares nacionalistas organiza cofradías para asumir el poder contra las oligarquías tradicionales. Una de las variables estructurales que acontecen en todo el continente, es la emergencia de esta institución, diferente al sistema de partidos, con una narrativa propia: las Fuerzas Armadas. Es cierto que el siglo XIX fue el siglo de los caudillos, y que la historiografía tiende a no ser clara con respecto a la descripción de ese tipo de liderazgo uniformado que controló al Estado durante muchos momentos ese siglo. Por esa razón, aquí quiero hacer la salvedad de que me refiero única y exclusivamente a las Fuerzas Armadas modernizadas, es decir, una Institución al servicio del Estado con componentes y jerarquías, defensoras del desarrollo industrial. Allí radicará un *imaginario* que intenté rastrear con la etnografía del poder planteada y que coincidirá con el colapso de los partidos tradicionales o con la falta de

experiencia en el manejo del poder de los emergentes. En el caso de América Latina, ningún partido político tenía la dimensión de las Fuerzas Armadas como para disputarle la *legitimidad* en la construcción de este nuevo proyecto histórico. Los militares estaban constituidos en todo el país, con lo que tenían redes organizadas a lo largo y ancho de absolutamente todo el territorio nacional. No encontraremos ningún partido político que tenga esta misma capacidad en la postguerra, por más tradicional y amplio que sea.

Los militares poseían una jerarquización férrea, en la que desde muy temprano se les inculcaba el ejercicio de la autoridad/subordinación y el funcionamiento del discurso para construir legitimidad en el liderazgo. Para el momento en que los partidos tendían a agruparse por clases sociales en mayor o menor medida (antes de 1945 no existían, salvo el PRI en México, AD en Venezuela y el APRA en Perú, mayores partidos populares efectivamente policlasistas) las Fuerzas Armadas era una institución con ingreso de todas las clases sociales, sobre todo en Argentina y Venezuela, a pesar de que algunos componentes más elitistas que otros (aviación o armada), en general se caracterizaron por tener presencia de todas las clases. Además de esto, el positivismo latinoamericano sobre todo en Venezuela, Argentina y México, construyó un relato sobre la necesidad del orden y el destino manifiesto que tenían las Fuerzas Armadas. Es muy conocido el vínculo entre Juan Vicente Gómez y los positivistas venezolanos o de Porfirio Díaz y los positivistas mexicanos. En Argentina uno de los representantes de este discurso fue Leopoldo Lugones:

Lugones no se contentó con declaraciones de carácter tan general. Desde su famoso y controvertido discurso de Ayacucho (“la hora de la espada”, diciembre de 1924) desarrolló, con parecidas bases, su doctrina acerca de la nueva aristocracia militar. Este llamado al soldado era una propuesta de solución para cuestiones políticas muy concretas. La espada, forjadora de la independencia. “Hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, faltamente derivada porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo...”⁴ (Buchrucker 1999, 65)

Lugones no solo hablaba de lo indispensable de que los militares formaran gobierno para instaurar el orden, sino que además creía que eran herederos del ejército independentistas, con lo cual también les constituye una épica. Los militares eran para él, el acervo nacional de virtudes y de nobleza:

En todo esto se mezclaban ideas románticas y tecnocráticas: “...debido a su preparación científica y administrativa, su espíritu de sacrificio, su vida ordenada, su punto de honor y su disciplina, la oficialidad moderna forma de suyo el mejor cuerpo gubernativo que puede concebirse. (Buchrucker 1999, 66)⁵

⁴ L. Lugones. 1949. *Antología...157.*

⁵ L. Lugones. [1930]1962. *La Grande Argentina...* 211

Se adelantaba un momento en el que la guerra parecía efectivamente una realidad casi indetenible, un tiempo en el que por ende los militares se convertirían en sujetos indispensables para el país, y en el que su formación vendría a convertirse en prioridades. Es cierto que la particularidad de la formación científica y administrativa en las academias militares eran para aquel momento una realidad innegable. A través de los cursos geopolítica que eran básicos en su formación tenían claro que el vínculo entre recursos naturales y soberanía. Además, asumían como lógica imperante que solo un país industrializado podría proteger sus recursos y explotarlos. Por último, la *ratio técnica* y la fe en la máquina estaban totalmente asumido desde el imaginario militar, con lo que aunado a las otras razones se convierten en el *locus* de enunciación privilegiado de esta etapa de la modernización *desarrollista*. Por este motivo, no es casual que para la época del desarrollo industrial (posteriormente *desarrollismo*) que comienza en 1945 y termina en los 60, coinciden en América Latina: Juan Domingo Perón en Argentina, Jacobo Árbenz en Guatemala, Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, Fulgencio Batista en Cuba, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, Carlos Ibáñez del Campo en Chile y Manuel Odría en Perú.

Lo anterior nos ayuda a vislumbrar que solo una institución con ese imaginario, podía asumir el desgarramiento y la violencia que implicaba aplicar el programa de desarrollo en el Sur. Con desgarramiento, me refiero a la imposición de un paisaje urbano, a la violencia del éxodo rural y el desarraigo, producto de la puesta en marcha de este proyecto. Sin embargo, la estructuración al interior de las fuerzas armadas para el momento estudiado es diferente, tanto en Argentina como en Venezuela, éste último en el que el movimiento militar fue mucho más unido. Este dato me parece determinante para explicar la decisión de Pérez Jiménez de negar el voto como ejercicio de legitimación. Contexto diferente al de Argentina:

En la llamada corriente “nacionalista” de las FFFAA., se encontraban representantes del nacionalismo oligárquico pro-alemán o pro-británico e hispanistas católicos aristocratizantes, con industrialistas, yrigonyenistas, antiimperialistas y populistas. La crisis de dominio de la élite conservadora se expresaba en la politización de diversos niveles de oficialidad y suboficialidad. Además, el proceso de evolución y fin de la Segunda Guerra Mundial irá poniendo en evidencia distintas tendencias y contradicciones en el seno del régimen militar, conjugándose con la polarización social y política de 1945-1946. (Rapoport y Spiguel 2009, 32)

De igual forma, el sistema económico centro-periferia construido desde el siglo XVI, va a condicionar la inserción de cada uno de nuestros países con la economía global y, por ende, el rol que jugara el Estado, las Fuerzas Armadas, junto al dispositivo del desarrollo.

Porque si bien es cierto que las variables anteriores constituyen un telón de fondo en el que los distintos actores toman decisiones, el peronismo y el perezjimenismo gestaran proyectos propios de acuerdo a las condiciones nacionales. En ese sentido, el rol de los Estados Unidos será fundamental y allí habrá una diferencia estructural radical entre Argentina y Venezuela como lo explica Mario Rapoport y Claudio Spiguel:

La “vocación” europeísta que en reiteradas oportunidades reafirmaron los gobiernos argentinos cualquier fuera su matiz político, explica, en parte, aquella conducta. Ni el conservadorismo, ni el radicalismo, ni, luego de la crisis del 30, los gobiernos civiles y militares que sucedieron hasta la llegada del peronismo, dejaron de demostrar la dependencia en cuanto a mercado e inversiones que por razones históricas tenía nuestro país con el viejo mundo. Esa vocación expresaba políticamente la larga y fructífera “relación especial” que las clases dirigentes locales habían establecido sobre todo con Gran Bretaña y la falta de complementación entre las economías argentina y estadounidense en lo que respecta a las exportaciones agropecuarias, claves para la élite dominante...La decadencia inglesa arrastró también a la Argentina, dependiente del mercado británico e incapaz de encontrar un nuevo socio, con las mismas características. En estas condiciones, se agudizaron los conflictos sociales y políticos, favoreciendo la emergencia de fuerzas económicas y sociales que pugnaron por abrir paso a un modelo más autónomo de desarrollo (Rapoport y Spiguel 2009, 20)

El caso venezolano es distinto, porque la renta del petróleo va a determinar su vida política y también el ocaso o surgimiento de los distintos proyectos políticos. Tres eventos se darán de forma simultánea e interdependiente que configurarían la estructura social y economía del país. La explotación petrolera, la modernización de las Fuerzas Armadas y la *definitiva* instauración de un Estado moderno, con instituciones vigentes y partidos políticos. Es de esta manera como desde la segunda década del siglo XX hasta nuestros días, la vida política, social, económica, cultural y espiritual del país está condicionada enormemente por las fluctuaciones de este mineral en el mercado internacional. Aún más importante, la vida política del país, sus agencias y sus actores, se organizaron en torno a este hidrocarburo. Es decir, en torno al Estado, que se convirtió desde el principio en el propietario del subsuelo y por ende de la materia prima. Con el colapso de la oligarquía agroexportadora (café y cacao) posterior al crecimiento de los ingresos petroleros, la disputa y el conflicto entre los diversos actores sociales tendrá como protagonista a un Estado propietario. Del Estado se apropiaran los militares y no, como en otros países de la región, el conflicto por la tenencia de la tierra y contra la oligarquía dueña de los medios de producción:

A medida que la renta se hace notar como el principal, el cada vez más voluminoso y suficiente contribuyente a las “arcas del tesoro”, los sectores sociales, las clases, los grupos, las organizaciones, los actores, que haya o vaya habiendo, se aperciben para reclamar cuotas de renta. No es que vayan a concebirse en estos términos. Podría resultar vergonzoso hacerlo tal cual y hay, además, razones para que no se viera de esa forma. Lo que decimos es que, piensen lo que piensen de sí mismos, resultarán ser *reclamadores de renta*. Subrayamos esta expresión

y la novedad que pueda tener, por debajo de la apariencia de que no es más que la reiteración de un conocido lugar común. (Urbaneja 2013, 27)

En ese sentido, los proyectos de los partidos que pretendan realizar cambios estructurales pensarán en la cantidad de renta que necesitarán distribuir y en su disponibilidad, asumiendo que no necesita de un gran acuerdo con la clase terrateniente, sino de aquellos integrantes del Estado (partidos políticos y Fuerzas Armadas) Ahora bien, ya que no me dedicaré a hacer un análisis histórico de los distintos gobiernos en Venezuela y sus diferencias en el uso de la renta, quisiera más bien resaltar un continuum a partir del descubrimiento del petróleo y a lo largo de toda nuestra historia posterior. El *capitalismo rentístico* como lo llama Asdrúbal Baptista, tendrá dos pilares fundamentales que no variarían: el bajísimo reclamo de impuestos a la ciudadanía y la sobrevaluación de la moneda, abaratando y subsidiando las importaciones (la sociedad evitando el alza desmesurada de precios y la banca acumulando dólares).

Por último, se iniciaba formalmente uno de los grandes mecanismos y uno de los menos ostensibles-el tener una moneda sobrevaluada- a través de los cuales durante varias décadas la renta petrolera iba a ser transferidas a manos privadas, en este caso es una acepción amplísima de la palabra “privada”, que aquí quiere decir la población en general, pero considerada individuo por individuo. De hecho, es el único mecanismo de trasiego de renta de alcance universal, de amplio espectro, de todos los que con el paso de los años se pusieron en pie. (Urbaneja 2013, 48)

El *capitalismo rentístico* venezolano gracias a los ingentes ingresos petroleros generará una sensación de democratización de sus ingresos nacionales y del consumo, a la vez, tendrá un correlato de dependencia comercial a ultranza con los Estados Unidos, que persiste hasta nuestros días. La dependencia se agudiza, cuando uno entiende la particularidad que supone la inversión de las compañías petroleras extranjeras en territorio venezolano. Siendo estas inversiones costosísimas e imposibles de recuperar a la hora de un cambio drástico en las reglas del juego político nacional, se consolidará una vinculación perversa entre gobierno y transnacionales. Situando a las compañías (y su cuantiosa inversión en infraestructura para sacar el preciado mineral) en una situación vulnerable con el país propietario del subsuelo. Esto traerá como consecuencia que Estados Unidos asumirá una vigilancia permanente sobre el acontecer venezolano (Urbaneja 2013), aunque es cierto que para la época, la vigilancia del imperialismo norteamericano era permanente en todo el mundo. No quiero extenderme en el tema, pero habría que decir que tanto Juan Domingo Perón como Rómulo Gallegos en Venezuela fueron víctimas del asedio público y permanente de personajes de la diplomacia norteamericana. En el caso argentino, se argüía que su política exterior neutral se convertía en una amenaza para

los aliados. Esa pugna internacional se trasladó a la política interna del país con la impertinente beligerancia del Embajador de Estados Unidos en Argentina Spruille Braden, que le permitió el exceso a Perón de reunificar fuerzas a su alrededor en torno a la fórmula “Braden o Perón” en las elecciones de 1946 (Rapoport y Spiguel, 2009). Para 1947, otro personaje de la política norteamericana pero en Venezuela, según testimonio del mismo Rómulo Gallegos, participó activamente en el golpe de Estado al escritor, al igual que Braden en Argentina, el Coronel Adams que fungía como agregado militar en la Embajada de Venezuela en Estados Unidos (Coronil 2002) visitaba frecuentemente el círculo militar y estuvo en el Palacio de Miraflores aclamando la instauración de la junta militar de gobierno. La causa fundamental de este golpe fue el *fifty-fifty*, una nueva ley de hidrocarburos que aumentó las ganancias del Estado y que perjudicaba de forma evidente a las compañías trasnacionales. Caso contrario fue el de Marcos Pérez Jiménez, que tuvo un matrimonio feliz con los Estados Unidos hasta 1956. De hecho, durante la X Conferencia Interamericana de 1954 realizada en Caracas, se alineó completamente a los norteamericanos (al contrario de Perón), condenando al gobierno de Jacobo Árbenz, lo que justificaba el halago por parte de la representación del gobierno norteamericano:

Sin duda fue muy apropiado que el llamamiento del Secretario de Estado Foster Dulles en pro de una acción concertada contra el comunismo internacional se hiciera en la capital de la dictadura de Pérez Jiménez, acerca del cual Foster Dulles había señalado en una oportunidad...“Si todos los países de la América Latina siguieran el ejemplo de Venezuela, desaparecería el peligro del comunismo y del desorden social”⁶ (Castillo 1990, 54)

Sin embargo, el *matrimonio* se quebraría a partir de 1956, cuando se consideró un atrevimiento de parte de Pérez Jiménez el ofrecimiento de un fondo de apoyo para el desarrollo a los países latinoamericanos, además Estados Unidos reclamaría a Pérez Jiménez los conatos de complot que financiaba en Costa Rica contra el gobierno de José Figueres (protector de Betancourt). No quisiera prolongarme demasiado en explicar la instauración del imperialismo norteamericano en la región y su vínculo con el militarismo. Pero no puedo hablar del desarrollo industrial y de los gobiernos de Venezuela y Argentina sin hacer mención a la gansteril presencia de los Estados Unidos. Económicamente, también realizó trabas importantes a la economía latinoamericana en esos momentos, sobre todo a través del Plan Marshall:

Uno de los objetivos del Plan Mashall era, además de la contención de la expansión soviética en Europa Occidental, la colocación de excedentes norteamericanos en ese continente,

⁶ Smith Gordon, Cornell.1977. *Los Estados Unidos y la América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica. P 239.

incluyendo agrícolas, y por eso ningún país de Latinoamérica participó en éste. Los grupos agrarios que tenían influencia en Washington consiguieron incluir una cláusula prohibiendo cualquier compra por parte de los países europeos fuera de los Estados Unidos, mientras quedaran excedentes disponibles en el país del norte. (Rapoport y Spiguel 2009, 46)

Esta no complementariedad de las economías argentina y norteamericana, aunado a la neutralidad de Argentina en la Segunda Guerra, favoreció la hostilidad de los Estados Unidos y el auge del nacionalismo antiimperialista en este país, no así en Venezuela, que surtía con petróleo a los aliados y tejía buenas relaciones con Estados Unidos, lo que construyó un vínculo de complicidad entre imperialismo norteamericano y militarismo venezolano, que culmina con el golpe a Rómulo Gallegos. En este momento quizás es cuando se vive con mayor paradoja la *ilusión del desarrollo*, porque frente al aumento del nacionalismo y la estatización de la economía para promover procesos de industrialización, se recrudece simultáneamente la dependencia a nivel científica técnica, al igual que la dependencia a nivel importación de bienes para ampliar los programas de justicia social:

Otros problemas más serios se plantearon para Washington en la Conferencia (Chapultelpec). En primer lugar el creciente nacionalismo e intervencionismo estatal, que había ganado terreno en América Latina. Debido a las tendencias autonomistas producidas por la gran depresión y la guerra. Los ejemplos de dos países importantes, aun cuando tuvieron la anuencia de Estados Unidos, ejemplifican la cuestión: la nacionalización del petróleo en México y la creación en Brasil de la usina siderúrgica de Volta Redonda. Y en muchos casos ese intervencionismo de Estado había llegado para quedarse....Paradójicamente, mientras estos países procuraban lograr una mayor autonomía económica sin dejar de reclamar ayuda en ese sentido, demandaban también reforzar la cooperación política y militar interamericana. (Rapoport y Spiguel 2009, 96)

La relación forzada a nivel económico, aquella que nos condena a la periferia y a la dependencia, nunca fue revertida, incluso de los momentos de ejercicio pleno de la soberanía y del nacionalismo-popular distribuidor de renta, lo que terminaría convirtiéndose en un drama que nos acompaña hasta nuestros días. Una mayor industrialización de nuestras economías, demandaba un mayor vínculo con Estados Unidos, lo que colocaba a este país en una situación de gendarme⁷, *vigilando* y *castigando* (Foucault 1975) a cuanta nación salga de su *norma*

⁷ El 9 de enero de 1945, en otro memorándum, se establecieron las medidas económicas a adoptar si la Argentina seguía los pasos adecuados para reintegrarse al Sistema panamericano, las políticas económicas hacia ese país debía cambiar sustancialmente, proveyendo suministros esenciales para el esfuerzo de guerra. Se consideraba necesario que estas políticas fueran realizadas según los requerimientos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña para contribuir a la Victoria. Con respecto a las importaciones, los Estados Unidos permitirían la importación desde la Argentina de productos que ayudaran a la prosecución de la Guerra y al mantenimiento de la economía civil en Guerra, pero no se estimularía la compra de materiales no esenciales para ayudar al conflicto bélico. En cuanto a la política de exportaciones, la exportación de bienes de capital debería guardar ciertos requisitos: "es esencial no permitir-decía el documento- la expansión de la industria pesada argentina hasta que los objetivos políticos sean completamente cumplidos. En cambio, el mantenimiento, la reparación y otros suministros operativos, combustible, etcétera para mantener la salud, la seguridad pública y bienes no esenciales para la industria básica serán permitidos". Otras cuestiones del memorándum se referían al tema de trasportes y a aspectos

geopolítica. Con respecto a Japón y Europa, el rol fue completamente diferente, porque se ayudó a desarrollar ese país a través de un intercambio de Estado a Estado, que no fue la fórmula que se usó para América Latina, en el que más bien el nacionalismo y el proteccionismo eran vistos como una amenaza:

Desde el punto de vista económico, y lejos de satisfacer las esperanzas de un Plan Marshall para América Latina (el área recibió entre 1945 y 1952 menos asistencia que Bélgica y Luxemburgo), el Estado norteamericano recetaba para esos países la “autoayuda”, las prácticas de libre comercio y la inversión privada de capitales extranjeros. La administración Truman sólo contempló el otorgamiento limitado de préstamos del Eximbank, cuyo propósito fundamental era promover las exportaciones norteamericanas a América Latina. Al mismo tiempo, se oponía firmemente al nacionalismo económico, como se reflejó en la negativa a otorgamiento de préstamos a empresas estatales latinoamericanas, como Pemex o Petrobras o en las críticas a la constitución venezolana de 1947, cuyo articulado fue considerado atentatorio contra los intereses petroleros del Norte y constituyó el prólogo del golpe militar contra el presidente democrático Rómulo Gallegos. (Rapoport y Spiguel 2009, 186)

Éste era el contexto en el que Juan Domingo Perón aparecía como una alternativa a la Junta Militar y a la antigua clase política. A Perón, la Junta Militar lo apresó por acusarlo de ser un posible sedicioso y por incitar a los sindicatos, eso ocasiona el apoyo irrestricto e inmediato de los trabajadores que se adelantan a una manifestación convocada para el 18 de octubre, el día 17. El azar histórico quiso que el 18 octubre de 1945 sea el mismo día en el que una junta cívico militar de gobierno en Venezuela organizara un golpe en contra del Presidente Isaías Medina Angarita, llevando al Partido Acción Democrática (partido antiimperialista, nacionalista y policlasista) y a un conjunto de militares al poder, lo que se ha *denominado trienio adeco*. En Argentina la irrupción de Perón genera un cambio en la matriz política, amenazando al sistema de partido de élites impuesto anteriormente, pero también amenazando a la propia unificación de las Fuerzas Armadas. Lo que sí implicará una particularidad en la región:

La jornada del 17 de octubre había sido fundamental para terminar de consolidar la popularidad de Perón, que adquirió mayor peso político y autoridad. A partir de allí se había dedicado a organizar la coalición de fuerzas que lo respaldaron. Su principal apoyo se basó en dos sectores: el Partido Laborista, integrado por diversos dirigentes sindicales fortalecidos por los acontecimientos de octubre, y la UCR Junta Renovadora, formada por personalidades provenientes del nacionalismo católico, del forjismo y del conservadorismo (con el apoyo de la iglesia católica con la cual Perón tuvo acuerdos). Este nucleamiento heterogéneo enfrentó a la Unión Democrática, integrada por radicales, socialistas, demoprogresistas y comunistas, y apoyada por la mayoría de la ex concordancia, en las elecciones de febrero de 1946. (Rapoport y Spiguel 2009, 159)

menos relevantes. Departamento de Estado, Memorandum al presidente, 12/01/1945 Rockefeller Archive Center, citado por Rapoport, Mario, y Spiguel, Claudio. 2009. *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Haré un apartado excepcional para introducir una temática que es transversal a la tesis y que, aunque desarrollaré en capítulos posteriores, no quisiera dejar de mencionarla. Si pensamos raza y poder ese 17 de octubre de 1945, dentro del marco que nos brinda la *colonialidad*, estaremos en vísperas de un seísmo. La Argentina se estructura bajo una clásica *división racial del trabajo* como diría Aníbal Quijano⁸. Sin embargo, por las diversas oleadas de inmigración europea que recibió este país a finales del siglo XIX y a principios del XX, nos encontraremos una *disolvencia* de la blancura (no así de la blanquitud). Es decir, Argentina es el único país de la región en el que uno puede observar sin disturbio ni sorpresa, a una persona de tez blanca y ojos claro en un sector empobrecido y depauperado. Sin embargo, para la sociedad argentina, esa persona deja de ser blanca. Muchos de esas corporalidades de tez blanca, pero sin blanquitud, ocuparán la plaza de mayo para rescatar a Perón esos días de octubre. Quise introducir esta temática que será ampliada en los capítulos posteriores, porque no puedo dejar de vincular ese 17 de octubre con la blanquitud argentina. Sin embargo, por más que Perón haya abrazado la causa popular, no representa un cuerpo no blanco, pero el simple hecho de apoyar a los trabajadores se convirtió en una amenaza para la *blanquitud* argentina. Perón fue un militar forjado en la trepidante modernización de las Fuerzas Armadas Argentinas y fue enviado a Europa en el inicio mismo de la Segunda Guerra:

Entre febrero de 1939 y enero de 1941 Perón fue enviado a Italia en un programa de perfeccionamiento. Durante este lapso realizó también cortos viajes por Alemania, Francia y España. Desde noviembre de 1942 se desempeñó como Inspector de Tropas de Montaña, funciones que ejercían en la Capital Federal. Allí se convirtió en miembro del GOU. El 7 de junio de 1943 fue nombrado secretario del Ministro de Guerra (general Farrell) y el 27 de octubre obtuvo la dirección del Departamento Nacional del Trabajo. Estos dos nombramientos fueron el comienzo de su carrera política propiamente dicha. (Buchrucker 1999, 285)

⁸ Con la formación de América se establece una categoría mental nueva, la idea de “raza”. Desde el inicio de la conquista, los vencedores inician una discusión históricamente fundamental para las posteriores relaciones entre las gentes de este mundo, y en especial entre “europeos” y no-europeos, sobre si los aborígenes de América tienen “alma” o no; en definitiva, si tienen o no naturaleza humana. La pronta conclusión decretada desde el Papado fue que son humanos. Pero desde entonces, en las relaciones intersubjetivas y en las prácticas sociales del poder, quedó formada, de una parte, la idea de que los no-europeos tienen una estructura biológica no solamente diferente de la de los europeos; sino, sobre todo, perteneciente a un tipo o a un nivel “inferior”. De otra parte, la idea de que las diferencias culturales están asociadas a tales desigualdades biológicas y que no son, por lo tanto, producto de la historia de las relaciones entre las gentes y de éstas con el resto del universo. Estas ideas han configurado profunda y duraderamente todo un complejo cultural, una matriz de ideas, de imágenes, de valores, de actitudes, de prácticas sociales, que no cesa de estar implicado en las relaciones entre las gentes, inclusive cuando las relaciones políticas coloniales ya han sido canceladas. Ese complejo es lo que conocemos como “racismo”. Quijano, Aníbal. 2014. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórica estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO. 758-759. Este ensayo fue publicado en: Forgues, Roland (ed.) 1993 José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento (Lima: Amauta).

Posteriormente, el llamado *candidato imposible*, gana las elecciones con 52,4% sobre Tamborini que obtuvo 42,5% de los votos (Buchrucker 1999, 297). La irrupción de Perón es tan importante como la de Pérez Jiménez de acuerdo a la lógica misma de la construcción de las clases políticas latinoamericanas. No venían de la élite y no obedecían directamente a esos intereses económicos, sin embargo tuvieron acceso a la *técnica* del poder, realizando viajes al exterior, formándose en las ciencias y la geopolítica del momento y gozando de la blanquitud que le otorgaba el uniforme militar. En el caso de Perón, no se le descubrió ningún tipo de militancia en partidos comunistas ni socialistas. Su contacto con el fascismo fue el de cualquier espectador que sintiendo simpatía o no, es completamente ajeno a esas condiciones históricas. Tenía muy claro lo indispensable que era la inclusión social en su país y lo convirtió en el pilar de su propuesta, a pesar de que no formaba parte del sentido común de la Fuerza Armada, que al contrario del caso venezolano, no se entendía a sí misma como una institución homogénea y unificada. De hecho su primer trabajo político lo tuvo que hacer al interior de la Fuerza Armada:

Perón se vio forzado, por la lógica natural de los hechos, a justificar sus acciones tanto ante reuniones de trabajadores como ante foros empresarios. Esta tarea discursiva lo convirtió a poco andar, en una especie de “predicador” o “agitador” como el mismo llegó a autocalificarse. Así, el 17 de junio de 1944 ensayó una audaz reinterpretación del hecho revolucionario de junio declarando que: “esta revolución encierra un contenido social, sin contenido social sería totalmente intrascendente y no habríamos hecho otra cosa que una de las veinte revoluciones que han tenido lugar en este país”⁹ (Buchrucker 1999, 186)

Por ende, los objetivos políticos y el programa del desarrollo industrial peronista, tendrán un componente antioligárquico que también veremos en Venezuela. Solo que Pérez Jiménez no lo hará antagonizado desde lo *popular*, sino desde lo militar. Habría que acotar, que hay una corriente en América latina de militares antioligárquicos, que se proliferaron desde los años 50. Pienso en Perón, Pérez Jiménez, pero también en Velasco Alvarado. Ahora bien, el hecho de que estuviesen en contra de las clases tradicionales no indica que hayan abrazado las causas de populares, de hecho, la dictadura venezolana fue profundamente antisindicalista:

En la relación del Gobierno con la sociedad, se puso de manifiesto lo que sería una actitud permanente de desconocimiento de las organizaciones sindicales, disolviendo en febrero de 1949 la Confederación de Trabajadores y la Federación Campesina de Venezuela, y anulando el derecho a huelga. (Castillo 1990, 43)

Esta contradicción será fundamental para diferenciar a un modelo del otro. La gestión del poder para llevar a cabo el proyecto político del *desarrollo* en el caso venezolano recaerá

⁹ Perón, Juan Domingo. [1949]1979. *Doctrina Peronista*. Buenos Aires, p 132.

sobre las Fuerzas Armadas y en la Argentina, en el binomio líder-movimiento nacional y popular. Es por esta razón, que mientras Perón creó el Instituto de previsión social, garantizándoles jubilación (a dos millones de personas) seguridad social a los trabajadores y reconociendo incluso “asociaciones profesionales” que antes no estaban reconocida por las instituciones pertinentes. Así como también creó tribunales de trabajo que garantizaban la mejora salarial por años de servicio y aguinaldos (Buchrucker 1999, 287). Por su parte, la dictadura venezolana, aumentó el presupuesto del ministerio de la defensa, creó la Escuela Básica y la Superior de las Fuerzas Armadas, la Escuela de Aplicación de las Fuerzas Navales, se mejoraron los salarios y la previsión social de los oficiales, se crearon cuarteles, campos de tiro, aeródromos y todo tipo de clubes para la socialización de los oficiales (Castillo 1990, 56). Además “puso de manifiesto lo que sería una actitud de permanente desconocimiento de las organizaciones sindicales, disolviendo en febrero de 1949 la Confederación de Trabajadores y la Federación Campesina de Venezuela, y anulando el derecho a huelga” (Castillo 1990, 43). Quisiera agregar, para que no haya confusión, que cuando hablo de peronismo, no me circunscribo a la gestión de la presidencia de Perón, sino que me tomo la flexibilidad de incluir su gestión previa durante la dictadura militar, en el que ejerció varios cargos como secretario de ministro, director, vicepresidente, etc. Digo esto, debido a que el estatuto del Peón rural por ejemplo se dicta en 1944 y Perón es presidente a partir de las elecciones de 1946. Pérez Jiménez también ejerció funciones antes de ser presidente y también nos tomamos el deslíz de llamar pérezjimenismo al periodo que va de 1948 a 1958 (Castillo 1990, Coronil 2002) cuando ejerció funciones como Ministro de la Defensa, digamos que ninguno de los dos dejó de ocuparse prioritariamente de sus temas, ni de la gestión que estaban llevando a cabo anteriormente. Ahora bien, que el pérezjimenismo haya tenido como enemigo a la izquierda, socialistas o comunistas, es una obviedad, pero que el peronismo no haya logrado la afiliación a este movimiento, puede tener que ver, entre otras cosas, con el origen militar de Perón. Si bien ya me estoy adentrando en la gestión de gobierno de Perón y Pérez Jiménez, no podía dejar de hacerlo, debido a que la impronta militar está presente en los dos, pero la deriva popular de Perón los separa, a pesar de que en Argentina los comunistas y socialistas eran antiperonistas:

No se escapa por otra parte a ningún observador objetivo del panorama de esos años, que todo el proceso estuvo signado por una mezcla de presión oficial y de mejoras sociales, siendo la proporción de ambos componentes, diversa y oscilante según las ocasiones y personas involucradas. El saldo de todo ello fue una progresiva pérdida de prestigio sufrida por aquellos dirigentes socialistas y comunistas que insistieron en una política cerradamente opositora al gobierno militar. Sectores cada vez más importantes de trabajadores desarrollaron un tipo de conciencia política diferente del tradicional izquierdismo antimilitarista del socialismo

europeo, y veían en cambio en el simpático Coronel a un inesperado tribuno que concretaba esperanzas largamente acariciadas. (Buchrucker 1999, 288)

Por eso, de ninguna manera buscaré alejarme del militarismo en Perón, me concentraré en ir más allá de la llegada al Poder (algo obstinadamente estudiado) hacia la narrativa que tanto en el justicialismo (descrito en los discursos de Perón y Evita) como en el Nuevo Ideal Nacional, vislumbrados en los discursos de Pérez Jiménez y unos cuantos editoriales del periódico oficial (escritos por Laureano Vallenilla Planchart) usaron para construir el horizonte del desarrollo industrial en sus países. Allí descubriremos el dispositivo del desarrollo que se va constituyendo en América latina, que no surge solamente a partir del discurso de Truman, como bien lo explica el mismo Arturo Escobar (1998), ni tampoco se origina en estos momentos de forma espontánea. En el caso del justicialismo por ejemplo, Cristián Buchrucker reconoce esta idea, haciendo aparecer esta doctrina como un conglomerado de ideas históricamente expuestas en Argentina pero hilvanadas por Perón:

Dicho proceso puede ordenarse según ocho momentos o etapas:

- 1) La “cuestión social” (aproximadamente 1913-1920)
- 2) Las Fuerzas Armadas como modelo orgánico (1920-1943)
- 3) La doctrina social de la iglesia (aproximadamente 1930-1945)
- 4) El nacionalismo (1930-1945)
- 5) Los modelos hispanoamericanos (1930-1945)
- 6) Las influencias europeas (1939-1941)
- 7) Las experiencias en la Secretaría del Trabajo y Previsión (1943-1945); y
- 8) El conflicto con Braden (1945-1946)...

En sus rasgos fundamentales la doctrina llamada “justicialista” desde 1949 ya existía en 1946. (Buchrucker 1999, 301-302)

Como se puede observar, estos procesos incluyen además de la posterior lucha contra el comunismo casi todos los postulados de lo que fue el desarrollo industrial en América Latina. Habría que decir que pocos trabajos han sido dedicados al Nuevo Ideal Nacional como ideología en Venezuela, al contrario del justicialismo que sí ha sido objeto de múltiples análisis en distintas épocas de la historia, ya que ha jugado un rol importantísimo en el devenir político de Argentina. Por ende, intenté trabajar sobre ciertos consensos que de la vastísima literatura consultada. Descarté la comparación con el fascismo por las razones explicadas anteriormente (es un señalamiento permanente frente al justicialismo) y nos quedaremos con la idea de que es fundamentalmente ecléctico, pero en el que se pueden dilucidar varios pilares. Es un modelo nacionalista, heredero del régimen militar, con una radical vocación sindicalista y profesa importante un catolicismo social (Buchrucker 1999, 301). En otros puntos se discrepa

exageradamente y, por eso el Nuevo Ideal Nacional comparte esta característica ecléctica y de síntesis de objetivos históricos (de caminos ya andados) pero con una profunda raigambre militar:

A nuestro Juicio, el Nuevo Ideal Nacional fue resultado de la conjunción de dos concepciones: al pragmatismo expresado en la urgencia por las realizaciones materiales fundamentales, se sumó la interpretación y la teorización modernizante, dándole un contenido teórico e histórico, en el marco de un proyecto estratégico de desarrollo y expansión de Venezuela... Este proyecto en sus rasgos básicos, tiene continuidad con las propuestas que se venían formulando desde 1936 e incluso con las desarrolladas después de 1958. Sus diferencias radican en la consideración acerca de quienes deben ser los agentes rectores del proceso y en función de ello, las condiciones políticas tanto internas como externas en las que se desenvuelven. (Castillo 1990, 64-65)

Tanto el Justicialismo como el Nuevo Ideal Nacional, son un esfuerzo por generar un corpus doctrinal en contra del programa de los partidos tradicionales, pero tomando luchas y principios históricos de ellos. La responsabilidad de la síntesis se encontraría en manos de Perón y Pérez Jiménez y estaría dispersa en libros y discursos en el caso Argentino, y en artículos de prensa y discursos políticos en el caso venezolano. Los dos militares estarían acompañados en esta labor difusora, por Eva Perón y Laureano Vallenilla Planchart respectivamente. Laureano Vallenilla, hijo del famoso positivista venezolano *ideólogo del gomecismo* que creó la tesis del *gendarme necesario*, va a tener en común con Perón que vivió varios años en Europa, realizando estudios de Ciencia Política, Sociología y Derecho en Francia y Suiza. En múltiples ocasiones confesó simpatía con los comienzos del Fascismo italiano, rechazando sin embargo su posibilidad de trasladarlo a otros países. No simpatizó nunca con el nazismo, considerando que un mestizo (“café con leche”¹⁰) latinoamericano, no podía jamás estar de acuerdo con ese proyecto *racista*, no en vano, salvo por el sentido de lo *popular* y su recalcitrante positivismo, encontraremos muchas similitudes con los principios ideológicos del militar argentino:

En primer lugar, su pertenencia a una generación contemporánea de una serie de cambios sustanciales para la sociedad venezolana, la cual, por efecto de la dinámica del ingreso petrolero, comenzó a modificar su faz eminentemente rural y tradicional, para adoptar, con ritmo e intensidad variable de acuerdo a las regiones... En segundo lugar, proviene de una familia fuente de caudillos y de figuras militares que sobresalieron en el oriente venezolano

¹⁰ “Café con leche” es la manera que se utiliza comúnmente para nombrar al mestizo en Venezuela. El mito del mestizaje está materializado en “la sociedad café con leche” de la que todos formamos parte. Vallenilla en sus memorias acude a esta metáfora para explicar por qué el nazismo no tendría razón de ser en Venezuela, así mismo, desprecia a Acción Democrática, por representar la no-cultura: “Tampoco fui hitleriano. Un “café con leche” de América no puede ser racista. De otra parte, siempre me desagradó el aspecto poco universitario de Hitler (...) En todo momento me sitúo al lado de la cultura. Por eso no puedo ser adeco.” Vallenilla, Laureano. 1961. *Escrito de memoria*. Versalles: P 297 en Castillo D’imperio, Ocarina. 1990. *Los años del buldozer: ideología y política 1948-1958*. Caracas: Editorial Tropykos, p 71.

desde la época de la independencia... Conoció de cerca algunos acontecimientos que marcaron la dinámica política europea, así como las elaboraciones teórico políticas que a la sazón se discutían en los círculos universitarios. En esa medida se acercó al estudio de Marx, conoció los planteamientos de los “monárquicos” en Francia, simpatizó con León Blum y el grupo socialista de El Popular, se impresionó favorablemente en un primer momento con las realizaciones positivas del fascismo... Fue espectador en la aparición de Hitler, se interesó por el proceso socialista de la URSS, sus planes quinquenales, su política económica y social... conoció de cerca el estallido de la Guerra Civil Española. (Castillo 1990, 65-69)

Estos eventos no dejaron indemnes ni a Perón ni a Vallenilla y en ellos se ve, una angustia por el orden y por la superación de la pobreza a través del crecimiento económico, que no era común en la clase política latinoamericana. Habían adquirido consciencia de lo inexorable de la guerra y esto estará plasmado en las propuestas ideológicas. El liberalismo había perdido la batalla y la planificación de un programa económico, político y social era el lugar común de los proyectos argentino y venezolano, Perón incluso diría que para él la experiencia más importante de su estadía en Italia: “fue poder estudiar el experimento político-social y sobre todo económico, que se desarrollaba en ese país. Además, completé un curso de Economía Política con un grupo de profesores italianos”¹¹ (Buchrucker 1999, 314). En todo nuestro Sur, el Estado asumió el rol de generar las condiciones para elaborar el programa de cambios en sanidad, educación, urbanismo, modernización, etc. y para eso era necesario el *orden*. Los grandes enemigos del orden en ese momento, eran, la pobreza y los partidos políticos, a los que se les veía como los causantes de la anarquía y las desigualdades. De alguna forma, los dos proyectos eran antioligárquico y antipartidos. Sacando a los partidos políticos como los representantes de la voluntad popular, la única institución que podía llevar a cabo este proyecto de transformaciones era la Fuerza Armada o directamente el pueblo (partido populista) a través del liderazgo individual de algún guía. Como he dicho anteriormente, prescindiré de trabajar con las teorías sobre el miedo que se tenía a un Hitler o a un Mussolini en la región, por falta de imaginación teórica y por lo eurocéntrico del argumento. Perón era la síntesis entre ese líder mesiánico investido con los poderes plenos de la representación del pueblo en su totalidad y ese militar destinado a modernizar al país como se modernizaron las Fuerzas Armadas. Sería una síntesis entre líder ecuatoriano Velasco Ibarra y Marcos Pérez Jiménez. Es militar y líder carismático al mismo tiempo. Ahora bien, como mi interés es seguir comprometido con el esfuerzo de pensar regionalmente, analizaremos su lado militar, porque esa estructura si tendrá una reverberación regional durante esta época. Los militares, como he repetido antes, desconfiaban de los partidos políticos y del paradigma liberal. Al ser

¹¹ En E. P. Rom. 1980. *Así hablaba Juan Perón*. Buenos Aires, p 104.

funcionarios del Estado, creían fielmente en su poder tutelar y en su protagonismo en la gestión política, económica y cultural del país, Perón hijo de esta institución no la traicionará:

Entre 1920 y 1943 se pueden detectar dos procesos muy importantes en la evolución de nuestras Fuerzas Armadas, que luego demostraron haber influido no poco en las concepciones políticas y las acciones de Perón. Brevemente esos procesos pueden caracterizarse con las siguientes palabras: a) el ejército como factor de industrialización y b) el Ejército como fuerza cuasi-política. En los años veinte el general Mosconi y sus colaboradores habían establecido la empresa estatal YPF, contando con el apoyo de los gobiernos radicales. A pesar de la presión adversa de buena parte de la opinión liberal-conservadora y de las compañías petroleras extranjeras, la experiencia había sido exitosa luego, en la década de 1930, se hizo cada vez más insistente en círculos militares el reclamo de una política integral de industrialización, fomentada por el Estado. Así en la Revista Militar aparecieron varios artículos del Capitán R.Marambio (1936-1937) y del Coronel Manuel Sario (1942), en los que se destacaba la importancia de la industria metalúrgica y siderúrgica para la soberanía nacional. Entre otras cosas Marambio pedía el perfeccionamiento técnico de los obreros argentinos, en la lucha más decidida contra el analfabetismo, la alteración de las leyes impositivas y la “argentización” de los grandes capitales extranjeros del país¹². Estas ideas reaparecen en los discursos de Perón y muy especialmente en la tan comentada conferencia de la Universidad de la Plata (junio de 1944). Las Fuerzas Armadas se mostraban- tanto ante propio como extraños- en el papel de una institución que influía en mayor medida que otras en la sociedad argentina, en el proceso de modernización económica del país. Aceptaba con ello una tarea que en otras regiones parecía ser de incumbencia básicamente civil. (Buchrucker 1999, 303)

El afán por el *crecimiento económico* se convertirá en un motivo común de los proyectos políticos regionales, y como se ha dicho antes, las Fuerzas Armadas serán una de las sedes privilegiadas de la promoción de este pensamiento. Además, servir en esta institución les dio tanto a Perón como a Pérez Jiménez la posibilidad de conocer física y materialmente el país. Ese es un rasgo en común, definitivo para explicar el posicionamiento de la Fuerza Armada como agente del desarrollo en estos años:

En varias oportunidades Perón describió las experiencias que había tenido como joven oficial de infantería: “(...) Ya subteniente, fui destinado al Regimiento 12 de Infantería de Línea, en Paraná; (...) allí vi por primera vez, las miseria fisiológicas y sociales. En un país de 50 millones de vacas, más del 30% de los conscriptos eran rechazados por la debilidad constitucional (...) Este impacto sobre mi sensibilidad de entonces estaba destinado a perdurar toda mi vida”¹³. (Buchrucker 1999, 302)

Al igual que Perón, Pérez Jiménez desde 1945 auguraba que en algún momento tenía que tomar el poder y liderar un gobierno él mismo para llevar a cabo transformaciones sociales. Tenía preocupaciones similares a la de Perón. Es curioso que una institución tan

¹² R Marambio: “Industrias argentinas y tecnocracia” (5ta parte) en *Revista Militar*, abril de 1937, N° 435, páginas 809-810, 822-823 y 872-874. Además M. Savio: “bases para la industria del acero en la República Argentina”, en *Revista Militar*, octubre de 1942, N° 501, páginas 707-717 y del mismo autor: “Política de la producción metalúrgica argentina” (diciembre de 1942, N° 503, páginas 1171-1188)

¹³ “Memorias de J. Perón, 1895-1945” en Chávez. F.1975. *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*. Buenos Aires, p 304.

antidemocrática se preocupe por la política y el ejercicio de lo público, pero frente a la inminencia de la guerra, que como decía antes, se consideraba ineludible, los militares comienzan a interesarse cada vez más en política. Cuando hablo de los militares y las Fuerzas Armadas, me refiero no al caudillismo que imperó en el siglo XIX donde los militares subían de rango y hacían carrera militar por méritos en el campo de batalla. Me refiero a las Fuerzas Armadas profesionales y modernizadas desde principios del siglo XX. En efecto, el testimonio de Pérez Jiménez es elusivo:

Con la aparición de la Junta Militar de Gobierno lo que se pretendió fue volver por los fueros de las Fuerzas Armadas como institución básica de la nación. Lo que Venezuela significó en la función liberadora del siglo pasado se le debe a la independencia, Venezuela decayó debilitándose notablemente, a medida de que sus Fuerzas Armadas, dejaban de tener la mística, la moral y la eficiencia guerrera que tuvieron cuando El Libertador, eso quiere decir entonces que la nación venezolana marcha al ritmo que la marcan sus Fuerzas Armadas. Esa teoría la he sostenido y creo fervorosamente en ella. No habrá nación grande venezolana sin unas Fuerzas Armadas igualmente grandes. Y no podrá haber jamás unas Fuerzas Armadas de primer orden con una nación allá abajo. De manera que al mejorar sus Fuerzas Armadas la nación venezolana se fortalece. Esto es lo que buscábamos nosotros con el Nuevo Ideal Nacional: Construir una nación próspera, digna y fuerte. (Blanco Muñoz 1983,40)

Además de la doctrina militarista, es cierto que juega un rol importante en el caso venezolano el culto alrededor de la figura de Bolívar y la gesta de independencia, a la que Pérez Jiménez hace no pocas alusiones durante sus discursos. Habría que decir, que el bolivarianismo forma parte fundante del militarismo venezolano. Para Perón, estará claro también el rol protagónico de las Fuerzas Armadas solo que la estructura del Estado argentino no permitía en aquel momento llevar a cabo el proceso de *desarrollo* a espaldas al apoyo popular. Primero, porque la Argentina no era un estado con ingresos en dólares tan altos como el venezolano (debido a la producción petrolera) con lo cual, había que constituir varios pactos y alianzas para asegurarse esa cantidad de ingresos al Estado. En Venezuela, solamente ostentar la jefatura del estado ya te da la posibilidad de disponer de los ingresos, teniendo como única amenaza las empresas transnacionales. En Argentina, además del poder del sector agroexportador (que no tenía Venezuela) las Fuerzas Armadas se encontraban divididas. De hecho, destituyeron y apresaron al entonces Coronel Perón en octubre de 1945 y solo las masivas manifestaciones del 17 y 18 generaron un quiebre en la correlación de fuerzas mostrando que los enemigos al interior del mundo militar se podían contrarrestar con movilización de calle. Ahora bien, esto no implica que Perón no le diera un papel protagónico a las Fuerzas Armadas o que denostara de ellas, al contrario, como muchos opinan, él tomó el modelo de las Fuerzas Armadas para organizar su militancia obrerista e instaurar la burocracia sindical. Al no tener un *petroestado*,

debía recurrir al alza del ingreso fiscal, así como a expropiaciones y nacionalizaciones para generar capital que permita incluir a los sectores más vulnerables. Se necesitaba necesariamente otro actor decisivo para llevar a cabo esta empresa:

En Perón, Mercante y otros se advierte una comprensión mayor de las realidades planteadas por la esfera civil, pero también ellos estaban convencidos de que existía una explicación especial del éxito obtenido por las Fuerzas Armadas como factor de poder político por una parte, y como fuerza modernizadora por la otra: esa explicación la encontraban en la “organización”. El concepto de organización habría de jugar un papel significativo en el justicialismo, y no perdió además nunca los rasgos autoritarios que le venían del modelo castrense. Perón sabía que las instituciones civiles jamás podrían tener las mismas formas orgánicas que el Ejército, pero en un sentido amplio de la palabra-“organización” como garantía de la unidad y la eficacia en la acción colectiva-él consideraba que se trataba de un principio de validez universal. El 9 de diciembre de 1943 dijo en la Asamblea de Ferrovianos: “El mejor sindicato, el gremio más poderoso y mejor organizado somos nosotros los militares.(...) Por eso al aconsejarles, lo hago con el conocimiento profundo de la Historia y con la decisión de que ustedes puedan imitarnos para conseguir la cohesión y la Fuerza que hemos conseguido nosotros”¹⁴ (Buchrucker 1999, 304)

La obsesión por el orden no era una peculiaridad de Perón o Pérez Jiménez, de hecho es uno de los principios fundacionales de las ciencias sociales y está ligado al amplio positivismo latinoamericano. El orden era una condición indispensable para el *progreso* y lo seguirá siendo para el *desarrollo*. Digamos que el viejo positivismo de la generación de 1880 en Argentina, resurge en esta década, al igual que el positivismo gomecista en Venezuela. La única diferencia de Argentina es que con Perón superará la tensión democracia y positivismo, mientras que Pérez Jiménez todas las veces que acudió a un proceso electoral, salió derrotado, con lo que terminó imponiéndose la tesis positiva: el desconocimiento de la voluntad popular y la instauración del gobierno militar. A pesar del tinte democrático del gobierno argentino, lo que si compartirá con el venezolano, es el personalismo (derivación del militarismo caudillista). Desde la vocería oficial se declamaría la imperiosa necesidad de que exista un *guía*. Como lo explica Ocarina Castillo al referirse al positivismo venezolano:

De acuerdo a esta concepción, los partidos no deberían existir, ya que impugnan a través de su actividad la autoridad única que representa la garantía de la estabilidad y el orden. El reconocimiento a los individuos que podrían materializar la finalización de la anarquía e iniciar el rumbo hacia esa nueva etapa, se expresa a través de la apología, el culto hacia quienes se llega a considerar el salvador (el benefactor), en la medida en que encarna las virtudes necesarias en ese momento de desarrollo de la sociedad. (Castillo 1990, 82)

¹⁴ En Monsalvo, Luis. 1971. *Testigo de la primera hora del peronismo*. Buenos Aires, p. 102.

Durante este trabajo he querido indagar en el proceso inicial del desarrollo industrial en América Latina, para diferenciarlo del trabajo de Arturo Escobar en su libro *la invención del tercer mundo* (1998), en el que intenta describir un mundo de postguerra que crea todo un andamiaje institucional a través del sistema de Naciones Unidas para legitimar este discurso e instrumentalizarlo. Ya en América Latina antes del final de la segunda guerra mundial y de la conferencia de San Francisco fundadora de la Organización de Naciones Unidas en 1945, se habían planteado formas de pensar el desarrollo en nuestros países del sur. Pero ese *desarrollo* siempre es dependiente cuando se intenta construir desde la periferia, lo que yo he insistido en llamar la condición de *cautividad* queda demostrada con la afectación que tuvo la economía argentina a partir de la crisis inglesa:

Esto amenazaba el desarrollo del plan de industrialización, cuyo avance dependía de la adquisición de maquinarias, insumos y combustibles en el exterior. Aun cuando se contaba con un superávit en moneda inconvertible (las europeas, el abastecimiento desde el viejo continente y la propia Gran Bretaña estaban restringido por sus dificultades económicas y por la consiguiente escasez y encarecimiento de esos bienes. Pese a ello, desde la segunda mitad de 1947, el gobierno argentino debió reducir los permisos de importación desde Estados Unidos y tratar de canalizarlos en lo posible desde Gran Bretaña y otros países europeos. Los dólares debían gastarse en adquisiciones imprescindibles. Se aplicaron también nuevas regulaciones sobre las inversiones del capital extranjero, limitando la remisión de dividendos. Miranda explicaba a los diplomáticos norteamericanos que esas circulaciones del Banco Central eran transitorias y estaban diseñadas para “condiciones de emergencia”. (Rapoport y Spiguel 2009, 252)

Por estas razones temporales, la dependencia con los Estados Unidos y el auge del providencialismo militarista están inextricablemente vinculados. Evidentemente esta situación es consecuencia del deterioro de la clase política tradicional: en el caso Argentino, el nacionalismo restaurador representado por Uriburu y en Venezuela, los antiguos gomecistas acostumbrados a formas caudillistas de manejar el poder. Pero la radical modernización de las Fuerzas Armadas en todos los niveles: ocupación efectiva del territorio nacional, creación de una doctrina militar en la que la soberanía sobre los recursos y la industrialización son indispensables para el arte de la guerra, y la narrativa construida para remplazar a las viejas oligarquías se tejen al mismo tiempo. Esa encrucijada determinará las próximas décadas en toda América Latina. El deterioro de las oligarquías y el ascenso de fuerzas armadas profesionales y modernizadoras como nos explica Ocarina Castillo:

En este marco, en las Fuerzas Armadas latinoamericanas se cultivó un providencialismo o Destino Manifiesto de acuerdo al cual, ellas constituían la alternativa para el desarrollo de estos países, en la medida en que eran capaces de impulsar el crecimiento económico dentro de un clima de orden y disciplina social, que no parecía viable en los regímenes dirigidos por civiles

representantes de partido, dada la convicción de que los militares son los llamados a “salvar” de las situaciones de crisis a los países latinoamericanos. (Castillo 1990, 21)

Esta doctrina está vigente dentro y fuera de las Fuerzas Armadas y es previa inclusive a la década peronista y pérezjimenista. Se puede observar en los discursos del teórico venezolano Laureano Vallenilla Lanz y el poeta argentino Leopoldo Lugones. Además del acelerado proceso de modernización de las Fuerzas Armadas y su consecuente protagonismo en la vida política, nos encontramos en un momento histórico en el que el nacionalismo se convierte en una plataforma ideológica para que puedan convivir ideologías antes contrapuestas y antagónicas. Es totalmente coherente que para imponer un proyecto como el del desarrollo, con prácticas tan violentas como el despojo de territorios y la urbanización de espacios y el éxodo rural (prefiero llamarlo destierro rural) se necesiten las fuerzas represivas. Quise colocar el militarismo como uno de los antecedentes, porque creo que es indispensable para entender al Justicialismo y al Nuevo Ideal Nacional. El militarismo por lo expuesto antes, tiene varios componentes: 1) El orden como fundamento para el logro de los objetivos, 2) Una idea profundamente vertical del poder, 3) Desarrollo industrial para enfrentar la guerra 4) Nacionalismo y patriotismo, 5) pragmatismo ideológico, 6) anticomunismo, 7) una vocación antioligárquica y 8) antipartidos políticos.

Justicialismo y Nuevo Ideal Nacional como ideología.

Con respecto al pragmatismo ideológico, tanto en Venezuela como en Argentina, se escuchará decir que se pueden combinar aspectos del socialismo, con aspectos del liberalismo, asumiendo que la verdadera doctrina es el bienestar nacional. Sin embargo, ni el peronismo, ni el pérezjimenismo son sui generis. En el caso argentino, uno de sus antecedentes es FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) un pragmatismo positivista y nacionalista se fue gestando como plataforma ideológica:

“La tarea de FORJA no fue la formulación de una doctrina y menos de una ideología, sino dirigir el pensamiento nacional hacia los hechos concretos y sus implicancias económicas, sociales y culturales propias...Se era liberal, se era marxista o se era nacionalista partiendo del supuesto de que el país debía adoptar el liberalismo, el socialismo o el nacionalismo y adoptarse a él...La tarea de FORJA fue...contribuir a una comprensión en que el proceso fuera inverso y que las ideas universales se tomaran sólo en su valor universal pero según las necesidades del país u según su momento histórico la reclamasen...En una palabra, hacer del pensamiento político un instrumento de creación propia”¹⁵ Estas palabras de Jauretche definen, con notable

¹⁵ Carta a J. Abalos (9 de julio de 1942) citado en Jauretche, Arturo. 1962. *FORJA y la Década infame: con un apéndice de manifiestos, declaraciones y textos de volantes/ Arturo Jauretche*. Buenos Aires: Corregidor. P 68-79.

precisión el método de análisis que caracterizó al nacionalismo populista. (Buchrucker 1999, 262)

Coincide Jauretche con el positivismo de finales del XIX y principios del XX en América Latina, que concebía como obligatorio un gobierno fuerte para poder hacer transitar nuestras sociedades hacia la democracia. Paradójicamente, estos intelectuales, liberales o socialistas, estaban de acuerdo con las premisas democráticas y de economía de mercado, pero consideraban que no estaban las condiciones materiales en nuestros países para lograrlos. FORJA legará el peronismo cierta dosis de neopositivismo, que no estará ausente en la narrativa de la dictadura venezolana, en palabras del propio Marcos Pérez Jiménez: “Para que Venezuela pueda cumplir su destino histórico en función del Ideal Nacional, tenemos que fijar como grandes objetivos, el mejoramiento moral, intelectual o material de sus habitantes y la transformación racional del medio físico” (Castillo 1990, 37).¹⁶

Perón comienza a conocerse a partir del golpe militar de 1943 cuando le ofrecen la subsecretaría de Guerra, al mismo tiempo que dirigía en el Departamento Nacional de Trabajo que él convirtió en la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, lo que implicó la construcción de un espacio propio dentro de la Fuerza Armada para pensar políticas públicas para las grandes mayorías del país. Habría que hacer referencia, aunque no sea objetivo de este trabajo, a su infancia de bajos recursos, registrado como *hijo natural* (fuera de matrimonio) y a su irrelevante condición de *mestizo*, reconociendo en múltiples ocasiones que su abuela era indígena, de estas circunstancias heredó su personalidad elocuente y plebeya. Aunado a ello, el matrimonio con una mujer actriz lo distanciaba de la oligarquía y de la moral conservadora de algunos sectores de la Fuerza Armada pero lo acercaban a amplios sectores de la población (Rapoport y Spiguel 2009). Yo quisiera saldar de una vez del debate obsoleto sobre el fascismo o el nazismo Perón, pero eso me llevaría a ocupar un espacio aquí que no es propicio, sin embargo, para el público eurocéntrico quisiera expresar que a pesar de la estancia de Perón en Italia durante el ascenso de Mussolini, el proyecto peronista no buscaba ni instaurar una dictadura militar permanente ni mucho menos un sistema corporativo y militarista, por más que haya habido una organización vertical de la clase obrera mediante la construcción de una evidente burocracia sindical. No era ni antisemita y mucho menos imperialista, por ende las comparaciones que se hacen con el fascismo pueden ser atribuibles a cualquier proyecto nacionalista de cambio en el sur global, desde el Nasserismo hasta el Varguismo.

¹⁶ Pérez Jiménez, Marcos: “Alocución en el Ministerio de Defensa”, 4 de julio de 1951. Compilación Documental sobre Marcos Pérez Jiménez, Oficina de Estudios Históricos del Congreso Nacional, Doc 8, carpeta 1.

Paradójicamente y a pesar del énfasis etnocéntrico en la mayoría de la historiografía argentina en hacer del peronismo un fenómeno particularísimo, casi *sui generis*, las similitudes con los postulados de otros proyectos en la región, son abrumadores. Los postulados del PRI y del cardenismo, del APRA en Perú y de Acción Democrática en Venezuela, son casi idénticos a los del Justicialismo y esto obedece a una obviedad estructural, ya que se compartía al menos tres crisis simultáneas: la del modelo agroexportador agotado, la fatiga de la vieja clase política (oligarquías) y la lucha contra el imperialismo norteamericano. El Nuevo Ideal Nacional, postulado por Marcos Pérez Jiménez, tampoco es una ideología original, es más el lugar común del militarismo desarrollista latinoamericano. Según Ocarina Castillo:

El Nuevo ideal nacional, se nos presenta así, como una suerte de mixtura ideológica, que intenta ofrecer una visión del país fuertemente influenciada por el positivismo, la cual se complementa con un pensamiento militarista que enfatiza el importante papel que deben desempeñar las Fuerzas Armadas en la búsqueda del desarrollo del país, y en el mantenimiento y defensa de la soberanía sus posibilidades de expansión, haciendo de la “transformación” la palabra clave para definir el proyecto que se quería para Venezuela. La transformación debía realizarse a través de una obra material que en diversos órdenes-económico, industrial, científico y militar-potenciara las capacidades y recursos del país, en el contexto de un cuadro de dominación política signado por el desprecio a los partidos y el uso combinado de la violencia y el paternalismo como forma de mantener la cohesión. (Castillo 1990, 11-12)

Lo que he querido trabajar aquí es la particularidad del proyecto del desarrollo industrial en nuestro Sur y su recepción en Venezuela y Argentina. El dispositivo del desarrollo consta de: “altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y valores “modernos”) (Escobar 2014, 26) eso aunado a la presencia de un líder fuerte que defienda los intereses de la nación, será la plataforma del justicialismo y del Nuevo Ideal Nacional. Recordemos que es el momento previo a que las agendas de Naciones Unidas comiencen a tutelar a los países latinoamericanos y a que se constituyan las escuelas de técnicos y científicos sociales que luego repetirán hasta el cansancio las recetas de la sociología de la modernización de Gino Germani. La CEPAL ya existía desde finales de 1948 pero la influencia no fue tan grande en ese momento como posteriormente. Por ende, el discurso extraído de este proyecto seguirá otras tradiciones menos impuestas por las agendas internacionales, lo que fortalece la idea de *colonialidad* de Quijano. Según Ocarina Castillo, las influencias del proyecto venezolano tienen tres lugares diferentes, como ya vengo explicando el positivismo, el peronismo y el nasserismo:

Intentar precisar las fuentes nutricias y las principales influencias que tuvo el Nuevo Ideal Nacional, es una tarea nada fácil por cuanto la argumentación del Bien Nacional se nos presenta

como una mixtura de ideas de diversa procedencia que se entremezclan, dando por resultado una formulación cuyos postulados básicos se definen en relación con lo típico del caso venezolano. En esa variedad de influencias sobresale la del positivismo, que se conjuga con el pensamiento militarista que se venía desarrollando en América Latina, y en particular por la forma en la que este se expresa a través de la insurgencia de ciertos movimientos políticos-sociales contemporáneos, como en el caso del peronismo. (Castillo 1990, 73)

Como con el peronismo, cualquier corsé ideológico sería desbordado por el pragmatismo del momento. A pesar del corte conservador y reaccionario, había una cierta vocación latinoamericana que se fue perdiendo con el desarrollismo posterior. Con respecto al peronismo, lo que será característico de él, es la apelación a la doctrina cristiana. En esta concepción de lo popular que constituye al peronismo, veremos cómo distintos referentes serán asumidos con fervor. Lo que Perón llama la doctrina justicialista le expropia a la izquierda el monopolio de las luchas obreras y sindicales; a los militares les toma prestado el nacionalismo (que no era privativo de este actor político, pero sí su principal baluarte) así como el culto al orden y a su propia institución. Además, también le coopta a la oligarquía agroexportadora, conservadora y tradicional el discurso católico. Desde esta perspectiva, lo único que hace peculiar al peronismo como proyecto político en la región, es la posibilidad de abrigar bajo un discurso expresamente cristiano, las luchas sindicales, obreras y los intereses de la casta militar. Independientemente de los conflictos que tendrá posteriormente con la Iglesia como institución. La creación de *sentido* a través del discurso, siempre tendrá el mensaje de la solidaridad y el amor como evocación clara del cristianismo. Ni el APRA peruano, ni el PRI mexicano, ni Acción Democrática en Venezuela partidos policlasistas y de trabajadores usarán el discurso cristiano en su corpus ideológico, a pesar de que pactarán y tendrán tensiones con la Iglesia como las tuvo Venezuela durante el *trienio adeco* con respecto al tema de la educación laica. Esto aparece poco en la bibliografía, pero para mí es digno de resaltar porque le permitirá a Perón construir un mosaico de sentidos que no tendrá ninguna otra fuerza política en la región. Hasta ese momento:

Las apelaciones de Perón a la “solidaridad cristiana” y a la “justicia social” se encontraban en el marco de esa concepción, que la “Cuadragesimo Anno” formulaba claramente en los siguientes párrafos:

“Es necesario, (...) que las riquezas, que se van aumentando constantemente merced al desarrollo económico-social, se distribuyan entre cada una de las personas y clases de hombres, de modo que quede a salvo esa común utilidad de todos, tan alabada por León XIII (...). Esta ley de la justicia social prohíbe que una clase excluya a otra en la participación de los beneficios

(...) He aquí el fin que nuestro, predecesor manifestó que debería conseguirse necesariamente: la redención del proletariado”¹⁷. (Buchrucker 1999, 306)

Con esta apelación al catolicismo, Perón evita el discurso de la lucha de clases marxista para ubicarse en una perspectiva armónica, en el que existe un justo orden de las cosas que hay que procurar. Sin confundirlo con los estudios del filósofo Enrique Dussel sobre las *metáforas teológicas de Marx* (1993) yo quisiera hacer referencia a que el justicialismo no apela al cientificismo o al materialismo histórico dialéctico para justificar la nueva distribución del capital que estaba llevando a cabo. Entendamos que esta lectura peronista de los evangelios no será ni de cerca la que se hará posteriormente en América latina con la teología de la liberación y por ende, desde el punto de vista revolucionario será asumida como reaccionaria y conservadora. Recordemos que la iglesia había asumido un papel de renovación de fe de las clases obreras por la descristianización que habían vivido en las clases trabajadoras influenciadas por el marxismo de comunistas, anarquistas y socialistas. En el caso argentino sin duda alguna Perón le da un sentido moral a las transformaciones materiales que se estaban llevando a cabo en ese momento. Además, apela al imaginario colonial que es profunda y mayoritariamente católico. Por esa razón, si entendemos el discurso político como una práctica de elaboración de *sentidos*, palabras como “solidaridad cristiana”, “amor” y “felicidad”, activarán vínculos inmediatos con el que emita este discurso y como decíamos anteriormente, el imaginario popular tiene como uno de sus principales sustratos a la doctrina cristiana. Ahora bien, yo creo que la vocación católica de Perón era real y no solamente una estrategia discursiva, hecho que queda demostrado a través de privados intercambios epistolares:

En una carta dirigida a Arturo E. Sampay, Perón afirmó que gracias a la reforma constitucional de 1949 se había logrado “concretar en nuestro país la antigua aspiración de la Humanidad, invocada en la encíclica del Pontífice Pío XI, con la transformación del capital expoliador en instrumento de felicidad social”¹⁸. (Buchrucker 1999, 308)

Quise insistir en esto porque no es un detalle menor. La dictadura venezolana tendrá las mejores relaciones con la Iglesia hasta 1957, luego de que el mensaje de la pastoral del arzobispo de Caracas del 1ero de mayo de ese año, se entendiera como una afronta contra el régimen. Sin embargo, el Nuevo Ideal Nacional no tendrá un contenido católico al interior de su corpus ideológico. Este dato será importante para comprender el futuro del peronismo, que

¹⁷ “Quadragesimo Anno”, en *Ocho grandes mensajes (encíclicas sociales)* ed. Preparada por J. Iribarren y J.L. Gutiérrez García. 1971. Madrid. P 85-86.

¹⁸ Carta del 24 de septiembre de 1949 reproducida en A.R González Arzac: “la constitución justicialista de 1949”, suplemento n° 41 de *Todo es Historia*, p 21.

tendiente a la normal desfragmentación de procesos como éste, tomará distintos ejes que lo harán incomprensible para miradas ortodoxas y que no entiendan la capacidad de mutación de un proyecto político plurideológico y policlasista, que tenía como péndulo y balanza a un líder carismático. Del ala católica por ejemplo, saldrá montoneros. Una deriva impensable en cualquiera de los partidos políticos latinoamericanos que tuvieron características parecidas al justicialismo. Uno no imaginaría un movimiento de origen católico siendo derivación de Acción Democrática en Venezuela o del APRA en Perú. El nacionalismo que será la piedra angular de la intervención de las Fuerzas Armadas tenía también orígenes diversos en ambos países. Evidentemente, habría que decir que las Fuerzas Armadas en sí mismas ya se concebían como una alternativa de los partidos políticos tradicionales porque representaban a toda la nación y no a intereses particulares de clase. Es decir, defendía la soberanía nacional cuidando las fronteras tradicionales, querían independencia económica para generar procesos propios de industrialización. En el caso venezolano la doctrina bolivariana le dará un origen romántico y latinoamericanista a la Unión Patriótica Militar de la que formó parte Pérez Jiménez, por el contrario, los oficiales del GOU (Grupo de Oficiales Unidos) que se decantarán por el peronismo, tenían otras raíces que serían importante traer a colación, por ser diferente a la épica bolivariana a pesar de que tenían a San Martín en el centro de su escudo:

La influencia de nacionalismo sobre la formación ideológica de Perón y de sus cercanos colaboradores está bien documentada. En primera línea se trató de la corriente populista: desde 1936 Perón conocía las publicaciones de FORJA. En julio de 1943 los oficiales del GOU leían los libros de J.L.Torres y Scalabrini Ortiz, al mismo tiempo que se iniciaban también contactos personales, impulsados por el mayor F.Estrada, simpatizante del forjismo. Todos los demás temas básicos del nacionalismo populista fueron adoptados por el peronismo en gestación: el empirismo, la fe en el pueblo, la postura antioligárquica y antiimperialista, y el desinterés por el problema del control institucional del poder político. Con todo, puede observarse un desplazamiento de los acentos: a raíz de su actividad en la Secretaría de Trabajo, Perón otorgó preeminencia al tema de la “justicia social”, mientras que los forjistas mostraron siempre más interés por la “independencia económica”. De todas maneras no resultó sorprendente el hecho de que Arturo Jauretche lograra en una asamblea del 15 de diciembre de 1945 la disolución de la agrupación precursora. En la correspondiente declaración señaló que “el pensamiento y las finalidades de Forja se cumplían con el surgimiento del “movimiento popular” evidenciado el 17 de octubre de ese año”¹⁹ (Buchrucker 1999, 308-309)

Este nacionalismo popular es muy diferente al nacionalismo militar de Pérez Jiménez, en el que tanto el “empirismo” como el neopositivismo estaba planteado, pero en el que no se tenía fe en el pueblo. El componente antiimperialista sí estaba, no consideraría que Pérez Jiménez haya sido un simple lacayo de los intereses norteamericanos. El hecho de haber recibido a Perón en Caracas desde el año 1956 y atentar contra José Figueres en Costa Rica, ya

¹⁹ Jauretche, Arturo. 1974. *Forja y la Década Infame*. Buenos Aires, p 177.

pregonaba cierta autonomía de acciones y el componente antioligárquico que aunque no tenía la misma connotación en Argentina debido la estructura económica rentista, sí representaba una amenaza a ciertos intereses foráneos. Al nacionalismo previo a Perón, algunos autores lo han llamado nacionalismo restaurador (Buchruker 1999, Rapoport y Spiguel 2009) que es muy similar al pérezjimenista. Por eso nos gustaría establecer las diferencias evidentes entre el nacionalismo restaurador y el nacionalismo popular ya que nos ayudará a entender las diferencias también entre Argentina y Venezuela. Además, como hemos venido diciendo el nacionalismo venezolano estaba amparado en la propiedad del petróleo, sin haber hasta este momento nacionalizado la industria, los gobiernos previos al Pérez Jiménez podían costear sus proyectos a través de la obtención de ingresos monetarios corrientes:

El ingreso monetario corriente por concepto de petróleo es de 105 millones de bolívares en 1934, de 137 en el 35, de 173 en el 37, de 205 millones en el año 39. Si se quiere utilizar otro parámetro, los datos de Asdrúbal Baptista nos dicen que la progresión año a año en el valor de las exportaciones petroleras a partir de 1934 fue de 405 millones a 452, a 487, a 623, a 630, a 640; desciende en los años de la Segunda Guerra Mundial y en 1944 salta a 1.036 millones²⁰. De este modo, en torno a la moneda sobrevaluada, sostenida en sus alturas por la renta continua y creciente, se teje toda una maraña protectora que la envuelve y que hace muy cuesta arriba su reversión. (Urbaneja 2013, 53)

En Argentina era distinto, el Estado no era propietario de una renta que se haya incrementado tanto en tan poco tiempo, por ende la necesidad de transformaciones inmediatas de la estructura de privilegios y las relaciones de producción era más urgente. Perón insistía en que su paso por la Secretaría de Trabajo había sido trascendental y que el *justicialismo* es consecuencia directa de esa experiencia. Así mismo decía que él no había sido un ideólogo sino que había fungido como portavoz y que la doctrina la había “extraído del pueblo” (Buchruker 1999, 317) Eso origina un desplazamiento del elitismo antipopular de FORJA y si lo trasladamos al plano regional, también se diferenciaría del proyecto de la dictadura venezolana, todo esto tendrá repercusiones en la *blanquitud* como lo explicaré más adelante:

El 17 de octubre de 1950 Perón resumió los fundamentos del justicialismo en los siguientes términos: “es una nueva filosofía de la vida simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humana”²¹ El segundo y el tercero de estos adjetivos contenían aristas que también afectaban al nacionalismo restaurador, sobre cuyo dogmatismo y elitismo Perón hizo comentarios sarcásticos como este: “Yo no soy de los hombres que creen que debemos conformarnos con hacer un cuerpo de doctrina muy bonito, ponerlo en la biblioteca y dejarlo para que lo lean las generaciones que vengan,(...) El mundo no vive de buenas ideas; vive de

²⁰ En Baptista, Asdrúbal. 2006. *Bases cuantitativas de la economía venezolana 1830-2002*. Caracas: Fundación polar, p 220-221.

²¹ Principio N°14 de las “veinte verdades del justicialismo” en Perón, Juan Domingo. 1973. *La tercera posición argentina*. Buenos Aires, p 121.

buenas realizaciones, (...) las doctrinas son movimiento, son acción, no son sólo pensamiento.”²² (Buchrucker 1999, 323)

Los años de la postguerra son años de un empirismo exacerbado. Hay un pavor a la demagogia y una aversión a la utopía en el sentido romántico del término, es decir, a hablar de un mundo posible en otros tiempos. La *gestión* y la *realización*, la *obra* son referencias permanentes en el discurso de ambos mandatarios. Digamos que los dos políticos interpelados hacen gala del pragmatismo y del neopositivismo, hablando incluso contra el dogma, coinciden los dos de una forma casi inverosímil:

“En primer lugar, nosotros no somos sectarios (...) obedecemos a los hechos (...) si en el comunismo hay una cosa que podemos tomarla, la tomamos no nos asustan los nombres. Si el facismos, el anarquismo o el comunismo tienen algo de bueno, lo tomamos”²³... (Buchrucker 1999, 34)

Lo mismo aseguraría Pérez Jiménez cuando decía que si hubiese nacido en la Rusia bolchevique, habría sido comunista, porque habían hecho de un país pobrísimo una superpotencia (Blanco Muñoz 1983, 57) De la misma forma que Perón con la doctrina justicialista. En Venezuela, el dictador negaba que el Nuevo Ideal Nacional fuese liberal, socialista, de izquierda o de derecha. En ese sentido, el historiador Agustín Blanco Muñoz nos lo revela en una entrevista que le realizó:

La política es una cuestión de logros. La política no se hace por la política en sí. Hay una política en que se busca que el Estado centralice todas las industrias, que maneje todo. Creo que esa es la orientación general del socialismo. Otro Estado aprecia todo lo contrario: la descentralización, el elevar el nivel de vida nacional. Nosotros, y lo he dicho muchas veces, no éramos dogmáticos. Y no lo soy por conocimiento a fondo de los dogmas. Sé que no todo lo de un dogma es aplicable. Que lo racional, lo inteligente, lo productivo es tomar de los dogmas aquellas cosas que puedan ser aplicables. Y tomarlas de cualquier dogma que sea. Nosotros al pretender hacer la industria del acero, la producción siderúrgica, no pretendíamos hacerlo por el prurito de que el Estado absorbiera eso, sino porque los particulares en Venezuela no podían, no estaban en condiciones de hacerlo. Y sí estaban en condiciones de hacerlo las multinacionales del exterior. Pero nosotros no íbamos a caer en la cuestión de entregarles a las multinacionales estas industrias nuevas de acero... Yo por naturaleza, no quiero aparecer ni como socialista, ni como comunista, ni como nada. Solo pretendía establecer una especie de justicia social. (Blanco Muñoz 1983, 141-142)

Los partidos políticos que obedecen a otras plataformas de debate, están obligados a definirse en la atmósfera ideológica, para garantizar un espacio de militancia y lealtad con algún grupo social. El fascismo es por naturaleza anticomunista, mientras que el liberalismo protege la propiedad privada en contra de las estatizaciones. Tanto Perón como Pérez Jimenez

²² En Perón, Juan Domingo. [1952]1971. *Conducción Política*. Buenos Aires, p 68-69.

²³ En Perón Juan Domingo. 1975. *El gobierno, el Estado y las organizaciones libres del pueblo*. Buenos Aires, p 34.

podían pasar por alto estos principios, amparados a mi parecer en el nacionalismo como plataforma fundante. El carácter antioligárquico como he mencionado tantas veces antes, es también compartido. Por el lado del peronismo, representaba una ruptura radical, porque el sujeto del proyecto era la antioligarquía construida como *pueblo*. Mientras que en el proyecto venezolano son las Fuerzas Armadas (al “servicio” del pueblo espectador) pero en contra de la oligarquía. El caso de Pérez Jiménez es bien paradigmático en ese sentido, porque confiesa que comenzó a pugnarle los espacios de poder a la oligarquía, y al no poder desplazarla, tomó la decisión de construirles unos propios, como hizo Perón con la clase obrera:

El Círculo Militar, que se hizo para liberar a los militares de la influencia del Country Club, para que los militares y los civiles pudieran encontrarse y entenderse en un ambiente adecuado, para que los oficiales y sus familiares que vinieran a la capital de la república encontraran un sitio donde alejarse, los demócratas luego lo calificaron como obra suntuaria de la dictadura. (Blanco Muñoz 1983, 138)

El *Country Club* era el sitio más exclusivo de Caracas, adonde iba toda la vieja oligarquía gomecista y los nuevos empresarios venezolanos. Pérez Jiménez habla claramente de “alejarse” y de la “influencia” de este lugar, como si hubiese algún tipo de seducción que podría ser una amenaza para la estabilidad de las Fuerzas Armadas, como si vincular a la élite económica y vieja élite política sería perjudicial para su proyecto. Esa seducción es la que hace posible el pacto estado-capital, la seducción de la *blanquitud*. No en vano, como él mismo lo expresa, construyó el Círculo Militar que es un complejo de vivienda y recreación tan ostentoso que incluso la revista *Time* lo publica en un reportaje el 28 de febrero de 1955 (Coronil 2002, 201). Con Perón pasaría algo parecido, a nivel discursivo, construiría una lógica antioligárquica, en la que amenazaría completamente su poder. En el año 1948 durante un discurso Perón se refiere a la oligarquía en estos términos:

“Se ha pretendido hacer creer al pueblo que la oligarquía (...) estaba formada por sabios, por ricos y por buenos. Hay que observar que los sabios rara vez han sido ricos, y los ricos rara vez han sido buenos. Sin olvidar que ni sabios ni buenos han encontrado un lugar entre los políticos criollos”²⁴. (Buchrucker 1999, 328)

Con la elocuencia que lo caracterizaba estaba atacando a la blanquitud y al poder de la aristocracia, y es que los procesos que intentan generar una nueva distribución del capital también son generadores de nuevos sentidos. El peronismo mucho más que el perezjimenismo se convirtió en una gran máquina generadora de sentidos, con lo cual, atacar la supuesta

²⁴ “Discurso del 11 de septiembre de 1948” en Perón, Juan Domingo. [1949]1979. Doctrina Peronista. Buenos Aires, página 70.

pulcritud, virtuosismo o inteligencia de las castas (blanquitud) otrora gobernantes, se convertía en una verdadera revolución de los significados. Arrancarles el monopolio de la sabiduría y de la bondad, era una disputa en el plano de la sensibilidad que se vinculaba simultáneamente en el plano material con todas las reformas jurídicas y económicas que estaba llevando a cabo el gobierno de Perón. Sin embargo, lo que habría que constatar es si esa disputa invirtió la blanquitud, haciendo ahora lo popular acervo de virtudes, o si por el contrario, lo que se hizo fue desplazar a la oligarquía para blanquear al pueblo. En el caso de Pérez Jiménez, él lo dice expresamente, su objetivo era “aburguesar al proletariado” (Blanco Muñoz 1983,173). Sin embargo, ya en esa pugna, le disputó a la oligarquía espacio y les pugnó el poder económico, mermándolos en varios sentidos. La anécdota con el empresario más importante del país para ese momento (y aún su familia lo es para el momento en el que escribo este texto) Eugenio Mendoza revela el clima hostil de Pérez Jiménez frente a esa oligarquía (pequeña en comparación con la Argentina):

Eugenio Mendoza se presentó ante mí con un plan para desarrollar la Planta Siderúrgica de Matanzas, para 150 mil toneladas. Pedía a cambio que se le diera de una vez el Cerro de la Parima, que se establecieran restricciones económicas para la importación del acero. Y prácticamente llegó a proponer que le dieran el gobierno para él ejercerlo. El gobierno tenía un plan más jerarquizado, que está dicho allí y que está plasmado en la Planta Siderúrgica de Matanzas. Entonces ¿cómo íbamos a darle nosotros a Eugenio Mendoza esto, con todas las cuestiones de propiedades del Estado para su disfrute, para que estableciera una plantita minúscula que no satisfacía las necesidades del país? Aquí hablábamos de tres plantas. Eso no se lo podía realizar Eugenio Mendoza y por eso el Estado venezolano se dedicó a realizarlo... ¿Qué hizo Eugenio Mendoza en el caso del General Medina? Pues obtener una licencia para importar láminas de zinc lisa, y entonces las metía en una maquinita que las acanalaba y por eso tenía que pagar el público venezolano a precios sumamente elevados. (Blanco Muñoz 1983, 140-141)

Cuando Pérez Jiménez habla del General Medina, se refiere al gobierno que va desde 1941 a 1945 y en el que se le dieron facilidades y privilegios a Eugenio Mendoza para que acumulara capital protegido por el Estado venezolano, como pasa con todas las oligarquías latinoamericanas que ahora quieren que el Estado que los auspició y defendió en su acumulación de capital, desaparezca. Allí también el dictador ironiza en cuanto a la cantidad de poder que perseguían los empresarios, cuando dice que prácticamente les pidió que les cediera el gobierno, ejemplificando la magnitud de beneficios que esperaba en su haber. Por eso, es complicado cuando se trata de enmarcar banalmente a Pérez Jiménez exclusivamente como una especie de dictador liberal que protegía los intereses de Washington. Recordemos que Pérez Jiménez, venía de una familia pobre de los andes venezolanos, no pertenecía a ninguna familia de abolengo, su madre era colombiana y, por ende, para la oligarquía del centro

de Venezuela, Pérez Jiménez venía de un paisaje rural y de un estado de campesinos pobres fronterizo con Colombia. Los andes venezolanos son diferentes a los andes argentinos, porque la población mayoritaria no es indígena, sino de blancos criollos campesinos, que se dedicaban en la época de Pérez Jiménez a la artesanía, la agricultura y al comercio de hortalizas. Solo la profesionalización de las Fuerzas Armadas le permite a Pérez Jiménez hacer carrera militar como mecanismo de ascenso social e irrumpir en la escena, disputándoles el poder a las familias más acaudaladas. No sin reacciones adversas evidentemente. Sin embargo, como el gobierno de Acción Democrática (1945-1948) había sido más contundente con las declaraciones y en el asedio de la blanquitud, la oligarquía venezolana no fue tan beligerante con el dictador andino. Así como Pérez Jiménez se quejaba de la actitud impositiva y deshonestas de Eugenio Mendoza, Perón reflejaba la misma preocupación en un discurso proclamado en agosto de 1945:

El 7 de agosto de 1945, Perón lanzó uno de sus ataques más sarcásticos contra ese adversario, al hablar en el colegio militar. Sintiendo provocado por la creciente marea opositora, reaccionó aireado: “Es natural que contra esas reformas se hayan levantado “las fuerzas vivas” que otros llaman “los vivos de las fuerzas” (...) ¿En qué consisten esas fuerzas? : En la bolsa de comercio, quinientos que viven traficando con lo que otros producen, en la Unión Industrial, doce señores que no han sido jamás industriales, y en los grandes ganaderos, señores que, como bien sabemos, desde la primera reunión de los ganaderos, vienen imponiendo al país una dictadura”²⁵ (Buchrucker 1999, 328)

Hay que analizar al mismo tiempo que el material al que estoy recurriendo, para levantar la etnografía, es completamente distinto. Es decir, por un lado Pérez Jiménez dice esto en privado en una entrevista a un historiador y por el otro Perón lo dice en un discurso público. Las formas de hacer política de Perón intentaban deslegitimar a la oligarquía. Es decir, erosionar la blanquitud, todo lo contrario de la dictadura venezolana que pretendía establecerla, pero con otros actores.

Es fundamental apuntar con el léxico correcto, por eso hablamos de antioligárquico y no antiburgués, ya que ambos proyectos auspiciaron a la empresa privada nacional y pactaron con sectores de esa clase. Es por esa razón que el nacionalismo, será el *diafragma ideológico* de los dos modelos y le ayudará al peronismo a situarse en la *tercera vía* (“antidogmática”) de la que tanto se ufanaron, postulándose en contra del “individualismo” norteamericano y el “colectivismo” soviético (Buchrucker 1999, 331).

Lo que sí era una diferencia del peronismo es lo referente al *sujeto político* que iba a llevar a cabo ese proyecto histórico. Mientras Pérez Jiménez, confiaba solo en las Fuerzas Armadas y consideraba a los partidos políticos como los principales auspiciadores de la

²⁵ V discurso del 7 de agosto de 1945, citado en A, Belloni. 1959. *Del anarquismo al peronismo*. Buenos Aires, P 48-50.

anarquía, guiados fundamentalmente por la demagogia y el sectarismo, Perón veía en el pueblo mismo (obviamente bajo su liderazgo) la posibilidad de constituir un orden. Al organizar conscientemente el desorden ocasionado por los partidos políticos, se podría crear un gran movimiento nacional que lucharía por los intereses de todos. Los dos militares despreciaban los partidos políticos pero colocaban sus movimientos en manos de agentes distintos. El caso de Perón, por su fe en el pueblo, sí representará un proyecto popular:

Perón sostenía que el dominio de la “oligarquía” había sido posible por la desorganización, esto es, la debilidad de los otros sectores sociales. En cambio, si las mayorías lograban articular sus intereses en grandes organizaciones sobre la base de la “solidaridad”, estaban dadas las condiciones para el funcionamiento de una democracia auténtica (Buchruker 1999, 333)

Esa fe en el pueblo pone en entre dicho el positivismo en Perón, porque mientras el dictador venezolano concebía que el pueblo no estaba preparado para la democracia, el argentino creía que el pueblo, no solo estaba preparado, sino que era el único protagonista posible. Ahora bien, al creer en el pueblo, pero no en los Partidos que deberían representarlo constituye una digresión importantísima en el sistema republicano y su democracia representativa. Muchas de las lecturas antiperonistas más radicales, se enfocan en contra de esta pretensión, de hacer de lo popular-lo nacional y es lo que a muchos lectores poco rigurosos lo llevan a compararlos con el nazismo y el fascismo. Ahora bien, el perfil autoritario y antirepublicano de Perón, es indiscutible, pero al compararlo con la dictadura de Pérez Jiménez se abre un umbral en el cual se puede pensar al peronismo como un sistema populista, más no dictatorial:

Ya se ha indicado muchas veces en estudios sobre esta época, que la constante identificación del movimiento peronista con la nación no era fácilmente conciliable con el normal funcionamiento de un sistema pluralista de partidos...Lo había expresado Perón el 11 de enero de 1949:

“El movimiento peronista no es un partido político, (...) Es un movimiento nacional; (...) Somos un movimiento como tal no representamos intereses sectarios ni partidarios, representamos sólo intereses nacionales”²⁶ (Buchruker 1999, 336)

Esta vocación antipartidos, anti-intereses de clase, grupos o sectas, venía de las Fuerzas Armadas. Es cierto que los partidos policlasistas latinoamericanos gestados antes de la llegada del justicialismo tenían la pretensión de representar algo más que el interés de los trabajadores o de los campesinos, pero ninguno había expresado como el peronismo, esa virulencia contra la arquitectura republicana y el sistema pluralista de partidos. Abrogarse el “interés nacional”

²⁶ En Perón, Juan Domingo. 1975. *El Gobierno, el Estado y las Organizaciones Libres del Pueblo*. Buenos Aires, p 16.

somete el criterio de Perón a definir quién es argentino y quién no. Construye una totalidad que representa lo nacional/absoluto y niega la diferencia. Es desde allí, donde muchos de los críticos han atacado y con toda razón, a la forma de hacer política de estos años. La disidencia era señalada de antipatriótica y reducida a antinacionalista, inaugurando lo que ahora se conoce como *polarización*. Pasando el discurso del terreno de lo Político, al terreno de lo Moral. Decía Perón en discurso de agosto de 1947:

...“Sin oposición no hay democracia, pero no es menos cierto que (...) cuando la oposición no es consciente, altruista, desinteresada, serena, objetiva, impersonal, sino atrabiliaria, infecunda, negativa, grosera y contumaz, ni puede haber tampoco democracia, ni siquiera el mínimo de condiciones para la convivencia civilizada”²⁷ (Buchrucker 1999, 337)

Al leerlo, uno no sabe si Perón se refiere a lo político, que implicaría la lucha ideológica entre grupos que representan diversos intereses de clase y defienden privilegios o a un apostolado religioso. “Altruismo, desinterés y civilización”, son categorías que quedan como eco de este discurso, que pudiera tener las dosis de romanticismo que tanto temían en la época los que insistían en compararlo con Hitler o Mussolini. Eso generó una reacción polarizadora y furibunda que estudiaremos más adelante, en el que la oligarquía *representaba* al pueblo peronista, como su antagonista, como la barbarie. Nacionalismo y peronismo eran indisolubles en la narrativa peronista.

Tanto el Justicialismo, como el Nuevo Ideal Nacional sostenían que sus formas de hacer política obedecían al bien nacional y no, a intereses de clase. En el caso venezolano era paradójico, porque gobernaba para un pueblo pasivo, espectador, no podía votar. En el Nuevo Ideal Nacional encontraremos la definición de lo que para ellos representa el *bien común*, una descripción de lo que será el futuro del país y las condiciones que irán a generar para que eso suceda. Con este pragmatismo se zanjaba la pugna entre izquierda y derecha o entre capitalismo o comunismo. Así lo explica su Ministro de Interior que tenía una columna semanal en *el Heraldo*, el periódico de la oficial de la dictadura.

“La Doctrina del Nuevo Ideal Nacional, se funda sobre esos sencillos y ambiciosos postulados. El régimen que él preside, no es ni de izquierdas ni de derechas, según la caduca jerga política de Europa. Es simplemente venezolano. Dentro de la tradición igualitaria de nuestro pueblo y los reclamos de la geografía física y humana, busca la fórmula para la redención”²⁸. (Castillo 1990, 103)

²⁷ Perón, Juan Domingo. [1947] 2006. *Doctrina Peronista. Filosófica, política y social*. Buenos Aires: Instituto Nacional Juan Domingo Perón. P 349.

²⁸ R.H (Laureano Vallenilla Lanz) en *El Heraldo* 26/10/54. “El Coronel Pérez Jiménez”.

Como el peronismo pero sin la representación popular, estarían elaborando una tercera vía, solo que ésta sería antidemocrática. Uno pudiera decir que cuando lee los principales postulados encontrados en documentos gubernamentales, se encuentra con lugares comunes modernizadores, tecnocráticos, pero también con la idea de Justicia Social, necesaria Paz Interna y bienestar de la población. Una cosa lleva a la otra y el régimen de gobierno tiene como prioridad eso. Si formalmente es dictatorial o autoritario es porque el pueblo necesita de esa forma de gobierno para lograr todas esas prioridades. Este gobierno parte de la idea de que el gobierno de Acción Democrática (1945-1948) arruinó al país, debido a que otorgó amplias garantías ciudadanas además de que garantizó la participación universal, directa y secreta de hombres y mujeres. El Nuevo Ideal Nacional construirá una lectura negativa de esa experiencia democrática, al mostrarlo como una forma demagógica de gobierno, un fracaso, lo que pasará en Argentina con los militares luego del golpe del 55. El dispositivo del desarrollo legitima este tipo de regímenes. Es decir, los medios mediante los cuales se consigan los objetivos que plantean este proyecto hegemónico, no son tan trascendentales. Por esa razón, salvo los gobiernos de Galo Plaza y Velasco Ibarra en Ecuador y Miguel Alemán en México muy pocos civiles estarán en el poder durante los años 50 en América Latina. En Venezuela, el nuevo gobierno de fuerza, se planteaba como una transición para crear las condiciones necesarias hacia una futura apertura democrática (nada nuevo en la historia del continente). Los propósitos del Nuevo Ideal Nacional según un acta levantada por el propio gobierno eran:

1. Modificación progresiva del medio natural e histórico, sanitario y humano, dentro de un plan orgánico definido, para hacer viables el aprovechamiento de las mejoras logradas, mientras se avanza en la conquistas de las subsiguientes;
2. Reconstrucción de la riqueza agropecuaria, superando todos los niveles alcanzados anteriormente con la aplicación ilimitada de la técnica moderna;
4. Enriquecimiento del patrimonio espiritual de la Nación, mediante un plan ambicioso y equilibrado de educación popular y universitaria, al tiempo que se suscita la dignificación de los valores morales, intelectuales y folklóricos autóctonos y se amplían las bases de la alta cultura en todos sus campos;
 - a) Aprovechamiento y ensanchamiento de la industria extractiva nacional dentro de una integración nacional progresiva de la misma: a) por la protección de las reservas naturales
 - b) por la consolidación de las condiciones económicas y sociales del trabajo nacional y extranjero;
5. Aumento progresivo de la producción eléctrica.
6. Fundación de nuevas industrias y consolidación de las existentes, especialmente en la creación de plantas de producción derivativas de la riqueza petrolera y férrea, como la petroquímica y la siderúrgica;
7. Niveles y sostenimiento del estándar de vida de la población nacional, al amparo de una vigilancia incesante del Gobierno sobre todos y cada uno de los procesos económicos en función;

8. Mantenimiento de la justicia social y de la paz interna del país, como incalculable tesoro moral de la nacionalidad.²⁹ (Castillo 1990, 105)

Industrialización, transformación del medio físico, educación, control del gobierno, justicia social, mantenimiento del orden y de la paz nacional son principios que atraviesan el dispositivo del desarrollo a escala global. Esto es fundamental porque explicará el momento actual de América Latina en el que todo ese entramado de transformaciones, fungen como un dispositivo que conlleva a la *reprimarización* de nuestras economías y ha llevado a la reactivación de la minería como punta de lanza para la búsqueda del crecimiento económico.

Lo que he intentado en este primer capítulo es estudiar la recepción del dispositivo del desarrollo en Venezuela y Argentina. Sabemos que para llevar a cabo el conjunto de transformaciones que el desarrollo demanda, ambos países trastocan sus sistemas políticos previos, por esa razón intenté indagar en ambas ideologías. En los dos casos, se trata de proyectos personalistas. Ninguno de los dos posee un partido político previo a la toma del poder. Ambos vienen de las Fuerzas Armadas y reciben la venia de la Iglesia Católica en los primeros años. Los dos proyectos son nacionalistas y antioligárquicos. Ambos experimentan crecimiento económico. En lo que se diferencia fundamentalmente, es en el sujeto histórico de sus proyectos. Para Perón serán los trabajadores y para Pérez Jiménez serán los militares. Esto tendrá implicaciones en el vínculo blanquitud y poder que estudiaremos más adelante.

²⁹ Venezuela bajo el Nuevo Ideal Nacional: 2 de diciembre de 1953-19 de abril de 1955. Pg. 41.

CAPÍTULO DOS

La tectónica de la estatalidad. Militarismo tecnocrático y populismo

Introducción

Este capítulo es central para entender la estructura de poder que se forma para posibilitar el desarrollo. He tomado al peronismo y al perezjimenismo como artefactos para realizar una etnografía. Describiré el pacto Estado-capital (Segato 2016) y le dedicaré un espacio bastante amplio a describir la construcción del rentismo petrolero como modelo político, económico y social dentro de esta dinámica.

En América Latina el desarrollo ha demostrado ser nuestro mito de Sísifo. Un horizonte inalcanzable que estaría imposibilitado por las propias limitaciones del Estado latinoamericano para llevar a cabo ese proyecto. *La tectónica de la estatalidad* será un esfuerzo por presentar una metáfora que configure la convivencia permanente entre *patrimonialidad*, *blanquitud*, *cautividad* y *patriarcado* como los pilares fundantes del Estado en nuestros mundos del Sur. Los militares durante esta época se considerarán ungidos por un destino manifiesto para regir los destinos de estos cambios. Para el contexto histórico estudiado, la guerra parecía un evento permanentemente inevitable, por ende el desarrollo industrial sería fundamental para los militares no solo por un discurso patriótico o nacionalista sino porque les generaría las mejores condiciones militares para poder enfrentarse al enemigo. De hecho el desarrollo como modelo ejercerá una violencia estructural importante sobre ambos países: depauperando el campo, expulsando a la gente de sus comunidades y provocando desarraigo, como ya he dicho anteriormente. En eso coinciden Pérez Jiménez y Perón, aun cuando el argentino a pesar de ser militar, instaurará un modelo populista que democráticamente cambiará la gestión del capital a favor de los más vulnerables, es decir, de los mundos no blancos. A pesar de que Perón y Pérez Jiménez son antioligárquicos ostentan una *blanquitud honoraria* por ser militares y tener cargos públicos. Ambos son presa de la *tectónica de la estatalidad*.

La propuesta teórica que presento a continuación, implica una forma de pensar el Estado ontológicamente. Al tener una ADN colonial, la historia de América Latina demuestra que la inercia del Estado (de la que forman parte no solo los Poderes Públicos y las Fuerzas Armadas sino también los medios de comunicación y las instituciones educativas, a modo de Althusser) ejerce una pedagogía sobre los cuerpos que ingresan en esa esfera. Esa pedagogía es blanca y tiende a ecualizar nuestras corporalidades, nuestras epistemes, nuestras lógicas,

nuestras formas de existencia. Esto no quiere decir que todos los cuerpos sean simplemente cooptados, hay evidentes formas de resistencia. Sin embargo, acudimos a la historia de América Latina, frente a una evidencia histórica insoslayable. Aquella que nos enseña, que a pesar de que hayamos vivido revoluciones como la mexicana, la cubana, la sandinista, la bolivariana; a pesar de han emergido gobiernos populares como el de Lázaro Cárdenas, el de Juan Domingo Perón y el de Getulio Vargas, el racismo y el patriarcado siguen vigentes. Los cuerpos que más mueren son los cuerpos feminizados y racializados, no hay evidencia histórica de lo contrario. Las lógicas que operan son las del crecimiento económico, búsqueda de industrialización, aumento del consumo. Allí, el Estado en América Latina se convierte en una entidad, que a pesar de ciertos desplazamientos históricos tiende siempre a volver sobre las distintas placas. Asumiendo el riesgo de sonar esencialista, el compromiso teórico político que asumí con el archivo histórico, muestra que el Estado es blanco, patriarcal/misógino y cautivo. Esta última característica, es quizás la más aceptada por el canon de las ciencias sociales. Todos los grandes procesos de inclusión social y de cambio estructural en nuestro continente, han venido precedidos de un aumento en el valor de las materias primas, de un *boom económico*. Así, como la decadencia de estos proyectos ha estado determinada por la caída de estos precios. El mejor ejemplo es la paradoja argentina. Al ser un país productor de carnes, si el pueblo argentino consume más carne y el mercado interno aumenta (producto de las medidas de inclusión) las exportaciones bajan. Al bajar las exportaciones, disminuyen la entrada de divisas. Al disminuir éstas, cae la posibilidad de importación de ciencia y tecnología para la mejora de la productividad y el crecimiento económico, obligando al país a acudir al endeudamiento. Dentro de la gramática del poder, el aumento del consumo de carne del pueblo argentino, atenta contra el desarrollo del país. El proyecto peronista se entrapa en ella. Si el pueblo tiene mayor acceso a la carne, es decir, si come más, hay menor ingreso de divisas. En Venezuela, la dinámica está determinada por los precios del petróleo. Las políticas sociales, dependen del aumento de este hidrocarburo. Si hay una crisis en los precios de estos, habrá una crisis del modelo social y del proyecto político.

La tectónica no es una teoría pesimista sobre el Estado latinoamericano, es una teoría analítica amparada en una evidencia histórica. Únicamente considerando estas limitaciones, podríamos usar al Estado como medio para la transformación social, colocándolo a disposición de proyectos otros. De ninguna manera es un apología al neoliberalismo, todo lo contrario, el Estado a mi modo de ver, es indispensable pero no suficiente, para pensar la descolonización de nuestro Sur. El pacto Estado-capital, forma parte de esta constitución. El Estado para poder

existir materialmente; para tener la capacidad concreta de imponer la violencia legítima y la gubernamentalidad sobre los cuerpos otros, necesita gestionar Capital. De esta forma, pacta inevitablemente. Dependiendo del momento histórico, ha pactado con la burguesía foránea o local, con la URSS o con EEUU, con Rockefeller como en las décadas 40 y 50 o como en la actualidad con China y Rusia. No puede subsistir solo. La tara cognitiva y gnoseológica que separa al Estado y al mercado, ubicándolos como antagónicos, impide ver la cautividad de nuestros Estados y nos entrapa teórica y políticamente.

Siendo el peronismo y el peréjzjimenismo proyectos políticos antagónicos, a nivel estatal-institucional, son completamente similares. Este capítulo lo que intenta es explorar esa imposibilidad estructural de generar una alternativa desde el Poder.

La tectónica de la estatalidad y el pacto Estado-capital

La llegada de las Fuerzas Armadas y de partidos policlasistas como Acción Democrática o el Partido Justicialista al poder, explican una nueva etapa de la *colonial modernidad* en el continente. La oligarquía argentina aliada con los sectores militares también gozará de buena salud, a diferencia del caso venezolano en el que vimos la pugna de Pérez Jiménez con este sector de la sociedad. Veamos el caso argentino:

Varios aspectos caracterizaron esta nueva política: primero, se estimuló al sector industrial y se le transfirieron recursos externos e internos, segundo se expandió el empleo y el nivel de consumo de las masas, creando e implementando leyes laborales que determinaron mejores condiciones de vida y de trabajo, tercero, se promovió una fuerte sindicalización del movimiento obrero para garantizar la sustentabilidad del proyecto y cuarto, se acrecentó la intervención del Estado en la producción, la infraestructura y los servicios públicos. Al mismo tiempo, el sistema político adquirió nuevos rasgos. Se admitía el retorno a un régimen democrático, cuya legitimación surgía de una amplia mayoría electoral y popular reforzada por el carisma del líder. Pese a ello Perón tuvo actitudes autoritarias, frente a las fuerzas de oposición; una cuestión que se explica, principalmente, por dos razones. Por un lado, porque el peronismo se conformó como un movimiento social policlasista más que como un partido, lo que le condujo a minimizar la existencia de otras opciones ideológicas y partidarias. Por otro, por el agudo grado de polarización política que le dio origen. Además, la formación militar de Perón influyó también en esas actitudes (Rapoport y Spiguel 2009, 199-200)

Estas tendencias industrialistas, estatistas y distributivas la vamos a encontrar en otros proyectos políticos del Sur Global, formando parte del programa de desarrollo industrial que en América Latina comienza en los años 40 (Escobar 1998). Al principio el peronismo gozó de muy buena salud económica, debido al incremento de la demanda de alimentos y a la alta cotización de estos como consecuencia de la guerra. El gobierno de Perón vivió un superávit el primer año, que fue mermando en los años posteriores debido a la distribución de la renta del Estado en planes sociales y al abrumador aumento de las importaciones que llegaron a

quintuplicarse entre 1945 y 1947. A la postre, esto fue generando un aumento en la demanda de bienes industriales (maquinarias industriales, bienes de consumo durables) y un descenso en la importación de bienes de consumo no durables, debido al efectivo procesos de industrialización (Rapoport y Spiguel 2009). Es clásico el esquema, a mayor industrialización, mayor dependencia tecnológica. Durante el peronismo, paradójicamente, los Estados Unidos suministran la mayor cantidad de bienes para el desarrollo industrial de Argentina:

A través de la red de convenios bilaterales de comercio con Gran Bretaña, en libras y con otros países europeos en monedas inconvertibles, se procuró canalizar una parte del abastecimiento de los bienes necesarios para la expansión industrial. Pero el elemento decisivo lo constituyeron las importaciones en dólares desde los Estados Unidos cuya economía abarcaba en esos años el 50% del Producto Bruto Industrial del mundo, que se convirtió en el principal proveedor de la Argentina. Esas importaciones pasaron de 41,4 millones de dólares en 1945 a cerca de 600 millones en 1947 y 1948, un nivel de compras jamás alcanzado hasta entonces en el país del norte (Rapoport y Spiguel 2009, 212-213)

Estados Unidos también era el principal socio comercial de Venezuela y con el que teníamos un tratado de libre comercio vigente desde 1939, al que se le hicieron algunas correcciones para proteger unos pocos productos de la incipiente industria venezolana, pero garantizando privilegios de acceso al mercado nacional por parte de los Estados Unidos. En esta época, las importaciones aumentaron porque se vivió una bonanza petrolera importantísima, como nos explica Ocarina Castillo:

En el periodo de 1952-1957 se inicia una importante bonanza fiscal, en virtud del alza de los ingresos petroleros como consecuencia del conflicto de Corea en 1951, continuándose posteriormente con el cierre del Canal de Suez en julio de 1956, año en el cual se alcanzó el tope de estos ingresos.

Esa bonanza fiscal se expresa en un importantísimo dinamismo de la economía que se refleja en las altísimas inversiones que se hicieron, particularmente en los sectores vivienda, manufactura y electricidad en el crecimiento sostenido de las importaciones, la industria, la expansión de la Banca y del capital financiero, y el desarrollo de una agresiva política de obras públicas.

En efecto, las importaciones representan un ritmo sostenido que evidencia un gran salto en los años 1956 y 1957. En cuanto a su composición el rubro relativo a materiales de construcción presenta unas cifras muy altas, al igual que el concerniente a maquinarias, repuestos, accesorios y herramientas, partida ésta que llegó a tope en 1957. También en lo que se refiere a bienes suntuarios se observa un aumento a partir de 1955. (Castillo 1990, 48-49)

Este aspecto es muy importante, porque lo que estamos hipotecando en este momento es el paisaje. Se está generando, no un paisaje desarrollado como nos han hecho creer hasta ahora, amparados en la *ilusión del desarrollo* que vivimos muchos países del Sur en esta época. Lo que se está construyendo, en connivencia con el Estado, es la imposición del *paisaje de la dependencia*. A pesar, de que habría que insistir en que el gobierno venezolano tomó muchas

medidas para generar una industria nacional, con lo cual compartía con el peronismo el afán proteccionista:

El gobierno tomó algunas acciones proteccionistas, anunciando en julio de 1954, dentro de la política industrial un conjunto de medidas que comprendían especialmente protección arancelaria, cupos, licencias y subsidios, adoptando además a través de los ministerios de Hacienda y Fomento, algunas resoluciones tendientes a proteger la industria textil algodona, la confección y el algodón nacional.

Estas medidas proteccionistas tomadas por el gobierno, suscitaron una reacción de protesta por parte de los exportadores textiles en USA, a quienes respondió el Presidente de Fedecámaras Francisco Morillo Romero, diciendo que esas exportaciones serían suplidas por las de "...equipos, maquinarias y otros renglones para afianzar nuestro desarrollo económico"...y destacando "...si hay manufactureros norteamericanos que se quejan del aumento de aranceles sobre ropa hecha, que vengan a Venezuela a establecer industrias y mientras no afecta a los capitales criollos ya establecidos...serán muy bienvenidos."³⁰ (Castillo 1990, 49)

Esto revela que el desarrollo planteado en esta época, aún es nacionalista y bajo ese esquema, se agrupan todos los proyectos políticos que se estaban llevando a cabo en la región. Es un momento de mixturas y tránsitos paradigmáticos, cualquiera que se acerque a esta época a evaluarlo dentro de esquemas políticos ideológicos rígidos, rompe su marco. Algunos historiadores de América Latina tienden a ubicar al gobierno venezolano dentro del marco del *desarrollismo*, situando a Perón en una etapa previa, como si el gobierno venezolano hubiese sido solamente privatizaciones e inversión extranjera, lo que disgrega y confunde el análisis, por impreciso. En Venezuela, el Estado asumió la construcción de grandes centrales hidroeléctricas, centenares de carreteras y autopistas, siderúrgicas, invirtió en sistemas de riego y en colonias agrícolas (Castillo 1990, 50) además de un plan ferrocarrilero que comenzó en 1954. Para seguir demostrando el perfil estatizador y nacionalizador de la dictadura venezolana, veamos lo siguiente:

En el año de 1953 se inauguraron los Edificios del Centro Simón Bolívar, los hoteles Tamanaco de Caracas y del Lago de Maracaibo. En ese mismo año se nacionalizaron los servicios telefónicos, creándose la Compañía Nacional de Teléfonos de Venezuela y en el campo de las comunicaciones se instalaron las tres empresas de comunicación: Televisa, Televisora Nacional y Radio Caracas Televisión. En materia de infraestructura en 1954 se realizó la canalización de la Barra de Maracaibo y se finalizaron las obras de dragado del Orinoco. Se inauguraron la Ciudad Universitaria, el Hospital Clínico, la Avenida Francisco de Miranda, el Sistema de la Nacionalidad, el Círculo de las Fuerzas Armadas, los superbloques del Cerro Piloto y el puente sobre el Río Chama. En 1955 se pusieron en servicio, la Avenida Bolívar, la Unidad Residencial "2 de diciembre" (hoy "23 de enero"), la Sede de los Seguro Sociales, el Teleférico de Caracas, la Avenida Intercomunal de Macuto y la Ciudad Vacacional Los Caracas. En el año 1956 se construyó la carretera Panamericana y buena parte de la Avenida Fuerzas Armadas, el distribuidor de la Avenida Nueva Granada, la prolongación de la autopista El Valle. (Castillo 1990, 50)

³⁰ Declaraciones extraídas de El Nacional, 5 de agosto de 1954, página 42.

No solo nacionalizaron los servicios públicos y un canal de televisión sino que construyeron un conjunto de bienes públicos que creaban las condiciones materiales para la industrialización del país. La narrativa construida con el advenimiento de la democracia, va a tratar de vincular a Pérez Jiménez con el *entreguismo* y eso ha tenido eco en la historiografía latinoamericana, pero a través de estas y otras afirmaciones queda definitivamente demostrado que las ideas económicas del peronismo y el perezjimenismo tienen un sustrato común. A pesar de eso, con respecto a la industria petrolera y en otros ámbitos sí es cierto que se entregaron concesiones muy beneficiosas al capital extranjero, sin embargo, no es materia de este trabajo un análisis pormenorizado de ellas. De hecho, la constitución de 1953 era clara en materia económica:

Artículo 53: El Estado podrá reservarse el ejercicio de determinadas industrias, explotación o servicio de interés público. También podrá dictar medidas de orden económico para racionalizar y fomentar la producción y regular la circulación y el consumo de la riqueza. (Carrera Damas 1980,186)

No puedo dejar de referirme a otras de las estructuras que se mueven con el dispositivo del desarrollo. El sentido común latinoamericano y la clase política han estimulado a que sea vea por separado al Estado, de la clase económica. Como si Estado y capital fuesen enemigos históricos acérrimos. En esa pugna el discurso político oficial y sobre todo desde la retórica progresista, oculta lo intrínseco de la dependencia entre ambos en América Latina. No hay burguesía latinoamericana que no haya gozado de préstamos privilegiados durante esta primera mitad del siglo XX. Es cierto que en Venezuela la élite agroexportadora se vio perjudicada por la apreciación de la moneda derivada de los precios del petróleo, encareciendo los costos de exportación y restándole posibilidad de competir a nuestras exportaciones. Pero de inmediato se gestó alrededor del Estado una élite importadora y comercial, que junto a algunas familias productoras de alimentos básicos, construyeron su status actual y reavivaron ese pacto de *blanquitud* (estado-capital) que es la base de nuestras naciones. El caso argentino también es muy ilustrativo:

Si se revisan los créditos otorgados por el Banco Central entre 1935 y 1945 se advierte que continuaba la posición privilegiada del sector agropecuario. Éste recibió 1387 millones de pesos m/n (el 90,3% de los créditos), la industria textil recibió 53 millones y la metalúrgica sólo 44. Los frigoríficos, que en un 85% no eran de capital nacional, recibieron 69 millones. La concentración de capitales se hizo notar también en la industria: en 1935 el 70% de los establecimientos ocupaba el 18% de la mano de obra y producía sólo el 7% del total; en cambio, al 1,3% de los establecimientos correspondían el 34% de los trabajadores y el 57% de la producción total. Más características aún eran las condiciones oligopólicas predominantes en el campo, el comercio, las finanzas y los transportes. Según el censo de 1937, 20.000

propietarios (de un total de 1.200.800) poseían más del 70% de la tierra, al 2% de las estancias correspondía el 42% de los vacunos. En la Mendoza de 1935, menos del 1% de las bodegas concentraba el 33% del capital invertido. Un cartel de cuatro empresas-Bunge y Born, Dreyfus, La Plata Cereal y L.E.Ridder- controlaba más del 80% de la exportación del trigo y del lino argentinos. Bunge y Born- rama de la Antwerp trading Company, poseía en la Argentina unos 40 establecimientos, con una superficie total de 800.000ha. Prominente era también el Trust Bemberg, una empresa cervecera que en 1942 poseía 1.500.000ha y 30 establecimientos diversos, entre ellos una línea tranviaria, una inmobiliaria, dos institutos de crédito y una fábrica textil. Las ganancias de la empresa en 1940- 500 millones de pesos m/n- eran casi equivalentes a un tercio de los ingresos fiscales de 1939 (...) A pesar de la progresiva decadencia, de las empresas ferroviarias inglesas, con un 68% de la red argentina en sus manos, seguían ocupando un lugar destacado en la economía nacional. El complejo que controlaban estas empresas incluía ocho compañías de transporte automotor, varias centrales eléctricas, almacenes y facilidades portuarias en Buenos Aires y La Plata, varios comercios mayoristas, hoteles y 4.720 km² en propiedades. En la industria frigorífica existía una hegemonía compartida por Gran Bretaña y los Estados Unidos. En términos globales, un 58% de la producción argentina de alimentos correspondía a empresas extranjeras. Los servicios de energía eléctrica eran controlados por la Electric Bond and Share Company en el interior del país, y por los holdings internacionales en Buenos Aires: SOFINA y Motor Columbus. El capital inglés tenía también una notable participación en el agro y en las exportaciones madereras....Hasta la segunda guerra mundial, Inglaterra fue la potencia económica cuyos intereses pesaban más que ninguna otra en la Argentina. Por otra parte, en casi todas las áreas decisivas- transportes, deuda pública, frigoríficos, comercio y servicios públicos- la competencia norteamericana aumentaba continuamente, habiéndose impuesto ya en la radio y en los teléfonos. (Buchrucker 1999, 106-108)

Estas cifras demuestran que para dismantelar un Estado es indispensable el Estado y no estoy intentando construir una frase absurda. El Estado es el único capaz de garantizarle al mercado la acumulación del capital. Sea a través de la construcción del sentido común, el control de las instituciones, su marco legal o el uso de las fuerzas represivas. Con respecto al imperialismo inglés o al norteamericano, la *teoría de la dependencia* ya explica que en los años 50 y 60 a través de la dicotomía centro-periferia, se construye un círculo vicioso de primarización de nuestras economías que genera escollos para la industrialización y a la larga deteriora los términos de intercambio (Faleto y Cardoso 1974). Sin embargo, lo que me gustaría dejar claro con este párrafo, es que la élite agroexportadora nacional creció gracias a los préstamos y el amparo del Estado y de sus agentes (clase política tradicional) lo que representa una realidad histórica no pocas veces ignorada. Este pacto o alianza, variará con el peronismo y el pérezjimenismo, y afectará en la distribución del capital, amenazando los intereses de algunos poderosos o reforzando a otros, pero sin eliminar por el completo el pacto Estado capital que continúa hasta nuestros días. Antes de la llegada de Perón, no podríamos separar la burocracia del Estado y el partido político que la integra, de la élite agroexportadora. Por esta razón, el discurso peronista se planta contra la oligarquía. Es decir, la oligarquía no es un *sector*, es el poder en sí mismo (asumiendo *sector* como “una fuente organizada de demandas,

presiones, exigencias” (Urbaneja 2013, 57). En Venezuela por el contrario, lo que ocurre con el sector agroexportador es que deja de ser una oligarquía (poder en sí mismo) desde el convenio Tinoco de 1934, para convertirse en un mermado sector que va languideciendo poco a poco:

Cuando el convenio Tinoco consagra y mitiga la sobrevaluación de la moneda, los números se vienen abajo. Si tomamos un índice 100 para 1936, de producción de café y de cacao está en 79 para 1941. En cuanto a las exportaciones, las de café por ejemplo, que en 1928 andan por los 84 millones de bolívares, para 1936 van por los 40 y por 21 en 1939...Ante la pérdida de competitividad y de rentabilidad de la actividad agrícola, los propietarios productores tienen la tentación de vender sus propiedades y dedicarse a negocios más provechosos en un país con una moneda sobrevaluada y con sus capacidades exportadoras disminuidas. (Urbaneja 2013, 55-56)

Se dedicarán al comercio de cigarrillos, cervezas, textiles, al sector inmobiliario así como a los servicios. Todo ello, debido al aumento de la capacidad de consumo (Urbaneja 2013, 56). De la misma forma como el sector agroexportador venezolano irá decayendo poderosamente, las Fuerzas Armadas irán modernizándose y construyendo una institucionalidad que se edificará más rápido que el mismo estado moderno liberal. Es decir, la merma de la oligarquía venezolana será directamente proporcional al fortalecimiento de la institución castrense. En este capítulo intento mostrar precisamente cómo el sistema político y el sistema económico se determinan uno a otro simultáneamente. En el caso de Venezuela, la llegada del petróleo acabará con el sector agroexportador, que había intentado concebir un sistema político para sí. Sin embargo, *la enfermedad holandesa*, encarecerá los costos de producción a lo interno y eliminará la competitividad del café y del cacao en los mercados internacionales. El Estado petrolero, mermó la oligarquía en Venezuela, abriéndole paso al partido Acción Democrática y a las Fuerzas Armadas. Ahora bien, esto, como veremos más adelante, tendrá un impacto en el devenir del país y su relación con la blanquitud. No es lo mismo un país gobernado por la oligarquía ¡acervo por antonomasia de la blancura!, que por los militares o por un partido popular. Sin embargo, esto no ocasionará un giro descolonizador. Como veremos, el marco de la colonialidad seguirá intacto. Lo que sí va a generar el rentismo petrolero, es la posibilidad de que el grupo social que tome el Estado, disponga de unos ingresos tan abundantes, que le permita gobernar sin tener que pactar con la oligarquía o la burguesía interna (pacta con la burguesía foránea). Una vez ese grupo social esté en el poder, reproducirá el rentismo petrolero, porque a través del clientelismo y la inversión pública, puede ir engrosando su capital político y esta vez, a diferencia de la oligarquía, poder crear un sistema para sí. En palabras de Urbaneja:

Por una parte, durante cuarenta años, el flujo de renta petrolera a las arcas del Estado se mantuvo en crecimiento, en un marco de precios del petróleo en general estable. Crecía la producción y crecía la tasa de renta que el Estado obtenía. Entre una y otra, desde 1944 y hasta 1972, justo antes de los grandes saltos de 1973 y 74, la participación fiscal anual en la actividad petrolera creció casi sin interrupción, con uno que otro altibajo, desde 269 millones de bolívar, hasta 7.643. De modo que, por este lado del asunto, el gobierno venezolano siempre podía mantener un nivel de gasto público en ascenso, sin tener que recurrir a la imprenta de fabricar billetes...la renta le permite diversas formas de traspaso a manos de la población, con lo cual esta obtiene una adecuada capacidad adquisitiva para moverse con los precios que haya. (Urbaneja 2013, 82-83)

La decisión política de asumir vivir de la renta petrolera, trastoca las bases económicas del país. La instauración del rentismo petrolero debido a que el hidrocarburo es el producto que mejor se inserta en el mercado internacional, formará la racionalidad estatal generada por del dispositivo desarrollista. En Venezuela, la burguesía tendría facilidades para importar y dificultades para exportar. La ciudadanía vive una moneda subsidiada y la recaudación de impuestos es mínima. Es en estos años, en los que se consolida el Estado venezolano que conoceremos en el futuro:

Ese sobrante creciente no proviene de ninguna actividad que esforzadamente lo exprima, a base de por ejemplo del sudor de los trabajadores y del espíritu ahorrativo y reinversor de unos capitalistas que no se dan tregua. Viene de una renta que el Estado se apropia, en virtud de ser dueño de un recursos natural de una gran rentabilidad...Recordemos que el país participa del negocio por su faceta rentística, no por su faceta productiva. (Urbaneja 2013, 117)

El Estado capta la renta producida por un recurso que para este momento no estaba nacionalizado y que necesitaba un caudal de inversión científica y técnica para convertirlo en mercancía que Venezuela no tenía. Ahora bien, siendo el Estado propietario y acumulador de renta, el lugar de la sociedad al que vaya dirigida esa renta es un hecho político que deciden los agentes del Estado. Habría que decir que este fenómeno si es extensible a toda América Latina, ya que el hecho de vender materia prima, es decir, un bien que surge de la tierra y que otro manufacturan, nos lleva a pensar cierto y tradicional rentismo latinoamericano. Las naciones multiplican sus fuerzas productivas, gracias a su vínculo con la renta del Estado. En el Norte Global ocurre al contrario, la sociedad a través de sus impuestos le cede capital al Estado para que este lo reinvierta, en palabras de Urbaneja:

Obsérvese la diferencia con un país capitalista “normal”, cuyo Estado se sostiene con los impuestos que pagan las empresas y los ciudadanos. En este caso, cuando las empresas y los ciudadanos pagan sus impuestos, ya han recibido las ganancias, los sueldos, los ingresos que les corresponden por su aporte productivo. De allí es que sacan para pagar sus impuestos. Lo que el Estado así recibe lo asigna a los diversos destinos que han sido autorizados por los ciudadanos a través del proceso político y legislativo-pudiera decirse e imperfecciones aparte- y tienen que haber sido autorizados por ellos pues son ellos quienes han producido los impuestos. (Urbaneja 2013, 120).

Es así como el Estado venezolano, por sus condiciones particulares, se vincula con el dispositivo del desarrollo. No habrá sociedad en la región que dependa tan radicalmente de un solo producto para el crecimiento económico y que se presente de forma tan abundante como la nuestra. Por ende, los actores sociales y sectores de todo tipo, se comienzan a organizar alrededor de este caudal de recursos. Sus sectores se organizan como reclamantes de cuotas de renta: empresarios, partidos políticos y fuerzas armadas se convierten en *rent-claimants* o “reclamadores de renta” (Urbaneja 2013). Esto permitió durante la dictadura que aun habiéndole conculcado el derecho a sindicalizarse a los trabajadores, contaban con reformas salariales, vacaciones, jubilación y normas de contratación. Los problemas de la industrialización en América Latina han sido arduamente estudiados, pero el caso de la dictadura es interesante como ejemplo, ya que industrializar el país representaría a su vez empoderar a otros sectores económicos internos o externos que pudieran atentar contra él. Urbaneja explica lo que a mí parecer es la situación del perezjimenismo con respecto a la renta:

Se trata, ya lo hemos dicho, de mecanismos genéricos de privatización de renta, que no singularizan a ningún destinatario especial, y cuyos efectos se desparraman por la población. Sin haberla reclamado como *rent-claimant*, la sociedad en su conjunto disfruta de una gigantesca situación de renta como *rent-seeker* recibiendo más de lo que el mercado le habría proporcionado. Y así, por la misma acción del Estado van tomando forma los sectores que más tarde se constituirán en específicos reclamadores de renta. (Urbaneja 2013, 138)

Evidentemente con la restauración de la dictadura después del golpe a Rómulo Gallegos, la sociedad no puede reclamar renta con la suspensión de los sindicatos y la progresiva proscripción de los partidos políticos a lo largo de esos 10 años. Sin embargo, el aumento del consumo, el abaratamiento de las importaciones, la construcción de obras públicas, serán formas de recibir renta sin participar en el proceso de reclamo de ella. Hasta ahora el empresariado venezolano después de haber sido oligarquía en el XIX pasa solo a ser un sector más. Una clase que no participa en la toma de decisiones de la renta y por ende es *un reclamador de renta* como cualquier otro, que intenta participar del ingreso petrolero para dinamizar su estructura productiva. Antes de la dictadura sí hubo un actor político que tuvo la renta petrolera a su disposición e intentó construir una hegemonía política apostando a la justicia social: Acción Democrática. Tanto los dos años de junta revolucionaria de gobierno presidida por Betancourt (1945-1947), como la elección de Rómulo Gallegos en 1947, permitieron ceder renta a los demandantes (sindicatos, gremios, asociaciones campesinas etc.) consolidando la institucionalidad del partido Acción Democrática y el crecimiento de su propia militancia y liderazgos, garantizando futuros triunfos electorales.

Menciono todo lo anterior, porque el dispositivo del desarrollo promoverá el afianzamiento del rentismo petrolero. El rentismo generará un sistema político, en el que la sociedad y los partidos dependerán del flujo de renta del Estado. El partido político que administre el Estado reproducirá el modelo rentista porque es el que le permite acumular capital político más rápidamente. La ciudadanía optará por asumir el pacto y se generará una cultura rentista. Acción Democrática, comprendiendo la lógica rentista, quiso como lo hizo Perón en Argentina, construir una nueva hegemonía. Una hegemonía que se plantearía no blanca y que Pérez Jiménez y los militares, no quisieron permitir:

De tal modo que ese golpe no es entonces el simple derrocamiento de un gobierno desacertado o desventurado, sino la interrupción de un proyecto hegemónico. De esa forma, por ejemplo, el llamado “sectarismo” adeco que se hizo famoso en aquellos años y que su contribución hizo al desafortunado desenlace final del experimento, deja de ser un mero y antipático rasgo de conducta y pasa a ser la expresión conductual, más o menos desagradable según el portador en cuestión, de un proyecto de predominio duradero... Por ejemplo, la expansión del número de sindicatos que, como realización del derecho a la sindicalización, pasan de 103 en 1945 a 1.014 en 1948³¹, trae consigo el fortalecimiento de las bases obreras del partido que controla esas organizaciones...de los 1.1014 sindicatos existentes para noviembre de 1948 a los que se refería Betancourt, 779 estaban en manos de ese partido. (Urbaneja 2013, 135-136)

Al disponer de la renta, se puede llevar a cabo todo el programa de reconocimiento a los derechos sociales que realizó este proyecto político. La prueba más importante de que la oligarquía venezolana del café y el cacao del XIX era solamente un sector económico minusválido, es que cuando Acción Democrática realiza la reforma agraria, no representó mayor inconveniente. Por el contrario, el primer gran conflicto ocurrió cuando se hizo la reforma de educación con el primer ministro afrodescendiente de Venezuela, Luis Beltrán Prieto Figueroa. La iglesia confrontó esta situación y logró sensibilizar a la sociedad venezolana generándole malestar. Quiero insistir, en que fue mucho más conflictivo que la reforma agraria, porque esto nos da pie a pensar, lo menguado del sector económico nacional con respecto a la toma de decisiones en detrimento del vigente poder que emanaba de la institución católica. Con un menguado sector económico a diferencia del poder de la Iglesia, nos topamos con las Fuerzas Armadas como segundo autor detonante del conflicto. El esquema es claro, como a lo largo de América Latina, la iglesia y las Fuerzas Armadas son instituciones que frente al cambio social sienten aversión (dos aliados de Perón al inicio de su gobierno) y reaccionan visceralmente. A estos dos elementos se unieron, como siempre ocurren, partidos menores que consideran que pueden acumular cuotas de poder: El partido socialcristiano

³¹ Cifras obtenidas en Betancourt, Rómulo.1979. *Venezuela Política y Petróleo*. Barcelona: Seix Barral. P 360.

(COPEI) y la Unión Republicana Democrática (URD). En el caso de Pérez Jiménez y sus acólitos uniformados que sintieron que su proyecto no estaba siendo ejecutado y que además no se podrían medir electoralmente porque la sociedad venezolana apoyaba a A.D. Eso lo comprueba el dato de que pasaron 4 años entre 1948 y 1952 en convocar elecciones directas:

La competencia política real, es decir, aquella en la cual los perdedores de hoy podían pensar que ganarían mañana, estaba clausurada. No solo es que los triunfos electorales de AD en las selecciones que se habían celebrado en 1946 para elegir la Asamblea Nacional Constituyente y en 1947 para elegir presidente, eran abrumadores, con porcentajes de, respectivamente, 78% y 74% de votos. (Urbaneja 2013, 145)

La apuesta de la Junta Militar (1948-1958)³² entonces no parecer ser por la democracia, sino simplemente por la toma del Estado, y la realización de su destino manifiesto. La meta era: tratar de ejecutar una modernización del país, llevarlo por el camino del desarrollo industrial, sin la *demagogia* de AD y sin negociar con la voluntad popular. Esto es una vez más el neopositivismo o “positivismo genérico” (Urbaneja 2013, 164). La renta petrolera y sus efectos permiten entonces configurar un proyecto político que pueda prescindir del apoyo popular y de la aún menguada burguesía. Pérez Jiménez no necesitaba como Perón, contraponer un sector del país (el pueblo) al otro (oligarquía) para obtener legitimidad y movilizar la sociedad en defensa de ese gobierno. Muchas investigaciones van a contravía de esta aseveración, sobre todo en la bibliografía argentina se mostraba al gobierno venezolano (contemporáneo de Perón) como un gobierno entregado a la burguesía nacional y alineado con los Estados Unidos. Esto puede ser porque una mirada distante del país, que no entienda el capitalismo rentístico y la estructural dependencia norteamericana le da esta sensación. Igualmente, la historiografía posterior a 1958 va a insinuarlo, en mi caso, muy por el contrario lo expuesto en esas aseveraciones comparto la conclusión de Urbaneja:

Son varios los estudios del período que plantean que las metas y decisiones del gobierno perezjimenista obedecían a los intereses de la burguesía venezolana, cuando no a los intereses del capitalismo norteamericano. Las obras públicas, porque sus contratos enriquecían a la burguesía constructora y sus requerimientos fortalecían al pujante empresariado cementero. Las empresas básicas, porque suministraban insumos a bajos precios al empresariado nacional. Esos son hechos objetivos: no hay duda de que el empresariado venezolano sacó provecho de todas esas situaciones, pero de ahí a sostener que era por eso que el gobierno las hacía hay un considerable trecho teórico. Esta es otra buena ocasión para subrayar que en este libro dejamos de lado la idea de que los gobiernos venezolanos son instrumento de los intereses de una clase implícita o explícitamente postulada como dominante. Como ya hemos sostenido, creemos que el personal político accede al poder del Estado por sus propias vías y define sus prioridades y reglas de decisión atendiendo a los criterios que le son propios. El que las políticas resultantes

³² La primera parte de la Junta del 24 de noviembre de 1948 al 13 de noviembre de 1950 el presidente fue Carlos Delgado Chalbaud, pero Pérez Jiménez era el Segundo al mando y Jefe de las Fuerzas Armadas, por esa razón, siendo una dictadura militar, yo llamaré perezjimenismo a toda la década (1948-1958), como lo hace Ocarina Castillo y otros investigadores.

sean provechosas a grupos poderosos de la sociedad no establece una relación causal...Lo que sí está fuera de duda es que el orden económico general que se pretende implantar es capitalista. (Urbaneja 2013, 165)

Ahora bien, siendo esta una dictadura *modernizadora* o *desarrollista* como se las llamarían después, muchos utilizan el criterio “liberal” (Coronil 2002) para describirlas en materia económica o “liberal-tecnocrático” (Urbaneja 2013), a mi parecer *tecnocrático* a secas es mucho más atinado. El Estado asumió las industrias básicas y muchos de los bienes públicos que generó, lo hizo sin inversión privada. Había un archiconocido tráfico de influencias en la entrega de licitaciones. Un gobierno liberal no hubiese tomado esas decisiones en materia económica y tampoco hubiese convivido con estas características patrimoniales. El apuro por nombrar los gobiernos de la época, definiéndolos como liberales o nacionalistas, lleva a equívocos importantes. Muchas actividades industriales durante el Perezjimenismo fueron objeto de proteccionismo, lo que no haría ningún gobierno liberal. Es tecnocrático porque sin la participación de actores sociales, sin negociar con gremios, sindicatos, con un parlamento en coreografía permanente y con la obsesión modernizadora de Pérez Jiménez (que lo llevó a comenzar a planificar la construcción de un reactor nuclear en Venezuela) seguramente tenía un conjunto de técnicos a su alrededor que lo asesoraban en sus faraónicas pretensiones. La tecnocracia en América latina ha sido nefasta para el continente. Se le ha endilgado a los técnicos (si son foráneos mejor) la elaboración de nuestros proyectos políticos. Eso es posible solo si suspende la democracia, de no suspenderla, los distintos sectores, económicos, sociales, empresarias, gremiales, pueblos indígenas, comunidades afrodescendientes, colectivos feministas y organizaciones campesinas entrarán en pugna y los votos resolverían esas controversias. Durante la dictadura, al estar conculcados los derechos democráticos, la *tecnocracia* queda inexpugnable:

La estabilidad política, decíamos, está asegurada por el respaldo de las Fuerzas Armadas. No procede ni de los votos, ni del apoyo popular expresado de cualquier otra manera, ni del apoyo de los sectores económicamente poderosos del país. Aunque estos de hecho respaldan al régimen, no son su soporte real. No tienen por cierto acceso privilegiado al Estado. El Consejo de Economía Nacional ha desaparecido de la Constitución de 1953, lo que expresa la visión del régimen. Tampoco lo tiene ningún otro sector, ni hay canales previsto para que nadie lo tenga...No hay espacio para reclamos organizados de renta. Los obreros recibirán los salarios que los patronos puedan pagar. (Urbaneja 2013, 167)

El crecimiento económico fue alto durante el perezjimenismo, lo que mantuvo a raya al empresariado nacional que se beneficia de esta situación, aunque hay varios casos en el que el Estado asumió el proyecto con sus propios ingresos denegando esa posibilidad al capital privado nacional. Muchos piensan que algunas decisiones fueron producto inclusive del

capricho personal del dictador. La renta petrolera y las Fuerzas Armadas le permitían trabajar bajo este modelo de gestión del poder. Ese *militarismo tecnocrático* permitía instaurar el Nuevo Ideal Nacional sin impedimentos. Es evidente, que el único actor con el que Pérez Jiménez negociaba era su propia institución armada, a la que mantenía con inmensos privilegios, no únicamente construyéndoles espacios propios con altos salarios y protegiendo su prestigio, también repartiendo cargos públicos en gobernaciones, ministerios, dirigiendo empresas del Estado y con amplia capacidad de acción. No haremos mención, en este recuento, a la Seguridad Nacional, ni a su jefe Pedro Estrada que configurará el sangriento aparato de represión, desaparición y tortura que empleará el régimen para eliminar la oposición política. Frente a este escenario, que no es de liberalismo aunque haya características liberales, el lado *tecnocrático* del régimen es innegable:

Dentro de los límites que ya hemos sugerido, por este respecto la asignación de recursos obedece a dictámenes técnicos sobre el mejor trazado de la carretera, el presupuesto de obras mejor fundamentado, la oferta más convincente en cuanto a los mejores hornos siderúrgicos o la planta petroquímica mejor diseñada, entre las empresas que compiten por el gran contrato. Eso lo evalúan los expertos de que disponga el país, o los que contrate en el exterior, por intermedio, por ejemplo, de la Oficina de Estudios Especiales encabezada por el general Llovera Páez, o por la corporación Electrificación del Caroní, encabezada por el entonces mayor Rafael Alfonso Ravard. (Urbaneja 2013, 171)

Evidentemente tanto Llovera Páez como Alfonso Ravard eran oficiales de las Fuerzas Armadas. Sin enemigo interno, las relaciones internacionales eran el único lugar de posible pugna, sin embargo, por las características estructurales de nuestra propia economía, los Estados Unidos eran socios amables hasta ya finalizando la década, en la que vieron al dictador como una amenaza y cooperaron para derrocarlo. Pero sobre todo desde 1952 que se ratifica el tratado comercial con EEUU, tuvieron las mejores relaciones. A medida que aumentaba la renta se aumentaba las importaciones, con las implicaciones que sabemos que eso tiene en la sociedad y en su modo de vida. De esa forma, en bolívares “las importaciones pasan de 2.832 millones en 1951 a 7.248 millones en 1957” (Urbaneja 2013, 167). En el sector privado hay crecimiento como dije anteriormente, sobre todo en la construcción y todo el encadenamiento que eso genera: “Prosperan las industrias encadenadas al auge de la construcción, como la del cemento: en 1950 se producen 500.001 toneladas métricas y en 1957, 1.747.320” (Urbaneja 2013, 167). Se esperaba que con el buen funcionamiento del capital y su buena circulación, trabajaran armónicamente los distintos agentes económicos desde la dirección del Estado. A través de los tecnócratas se programaría las ganancias de las empresas y se regularía los sectores en los que el Estado tenga interés y pueda invertir. El brazo armado, garantizaría la

paz social frente a la acumulación de capital, pero los empresarios crecerían desde y hasta dónde la dictadura lo decida. Vimos anteriormente el caso de Eugenio Mendoza que narra el mismo Pérez Jiménez, donde le puso coto a sus ambiciones. Sin embargo, no siempre fue así:

Así, por ejemplo, en el sector agrícola, que no es frecuente mencionar entre los más favorecidos de estos años, los propietarios con algún espíritu empresarial sacan provecho de cosas como la mayor demanda interna, la paz laboral remachada dictatorialmente en el campesinado y lo que siga otorgando como crédito el Banco Agrícola y Pecuario para realizar inversiones, modernizar sus explotaciones y ganar buen dinero. Es cierto que el Banco, que llegó a dar créditos por el orden de los 120 millones en 1948, ahora apenas los da por el orden de los cincuenta, pero algo siguen dando³³. El mismo sector industrial encuentra manera de crecer con esas protecciones puntuales y a pesar del Tratado de Reciprocidad Comercial vigente con Estados Unidos. En realidad, está partiendo de niveles muy bajos y hay suficiente mercado para su producción: es así como en la década del cincuenta crece a una tasa anual del 14,4%³⁴. (Urbaneja 2013, 168-169)

A pesar de que habíamos hablado de la decadencia de la economía agrícola, durante la dictadura habrá una leve mejoría, pero que jamás los llevará a posicionarse a esos sectores en el rango de oligarquía que algún día tuvieron. Coloco estas cifras, sobre todo para ilustrar que las burguesías latinoamericanas, son, fueron y serán siempre lo que son, gracias a la mancomunidad con el Estado. Lo que revela la vigencia del pacto Estado-capital (Segato 2016). No hay clase económica sin clase política que, apropiándose del Estado, pacte con ella para que pueda subsistir y viceversa. En el medio, la blanquitud como eje de la balanza, que es la que construye el pacto interpersonal de seducción mutua entre la burguesía (interna o extranjera) y los agentes del gobierno. De esta forma, si la industria crece, es porque el Estado la protege e incentiva al consumo de la población, además porque construye las obras públicas que dinamicen (autopistas, puertos, aeropuertos) la economía del país. Cuando el convenio tinoco en 1934 mermó para siempre la agricultura del país, no estaba acabando con el pacto Estado-capital, estaba reconfigurándolo hacia otro modelo, con otra matriz productiva, que tuvo como eje fundamental desde sus inicios, al capital extranjero. Este capital extranjero (industrias petroleras) a su vez tiene un pacto con el Estado norteamericano. Ahora bien, Pérez Jiménez al instaurar esta arquitectura, está dejando de lado a un actor fundamental: el *pueblo* y por ende a su *no blancura*. Al ilegalizar las huelgas y desmontar los sindicatos, al prohibir cada uno de los partidos políticos sistemáticamente (al principio eran legales COPEI y URD) con

³³ Cifras extraídas de Castillo, Ocarina. 1985. *Agricultura y política en Venezuela. 1948-1958*. Caracas. UCV.p 103.

³⁴ Datos encontrados en Meirhav, Meir.1990. "Crecimiento y perspectivas de la industria venezolana" en Valecillos, Héctor y Rodríguez Bello, Omar (comps.): *La economía contemporánea de Venezuela. Ensayos escogidos*. Tomo II. Caracas: Banco Central de Venezuela. P 97-129.

sus líderes confinados a cárcel o exilio (Rafael Caldera, Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba) y censurar la prensa libre, no habían canales para establecer *demandas insatisfechas* (Laclau 2013). O en todo caso, no habían mecanismos para pugnar cuotas de renta petrolera como diría Urbaneja (2013). Las cifras expresan que las tasas de empleo eran altas y es cierto que solo la industria petrolera proporcionaba entre “42 mil y 46 mil trabajadores” (Urbaneja 2013, 180) y es que la producción petrolera había crecido de “546 millones de barriles en 1950 a 691 en 1954. Pero luego en ese último trienio, da un salto de 787 a 899, y a 1.014 millones” (Urbaneja 2013, 180)-el autor se refiere al periodo entre 1954 y 1957-. Esto permite que se mantengan los beneficios sociales indirectos a partir del bajísimo cobro de impuestos y el abaratamiento del consumo mediante una moneda sobrevaluada. Lo que sí se plantea el régimen, es disminuir el clientelismo que había comenzado acción democrática a través del aumento del aparato estatal, esta fuerza de trabajadores públicos que disminuye de 1950 a 1957 del 8% al 7,2% (Urbaneja 2013, 176). Esto sin duda refleja el desinterés que tenía la dictadura en tejer lealtades a través del empleo público, dejándole toda esta masa laboral a que sea absorbida por la empresa privada.

Pérez Jiménez pareciera que no se preocupó nunca por construir una hegemonía para ganar elecciones. El Dictador tenía una extraña y vanidosa idea de la política, creía que sin necesidad de movilización de calle, sin una narrativa que generara nuevas prácticas de sentido, sin empatía ni carisma, podría obtener una hegemonía para seguir gobernando. Eso pensó al menos hasta 1952 cuando perdió las elecciones abrumadoramente frente al candidato Jóvito Villalba de URD. Posteriormente tomó la tesis neopositivista, de que el pueblo no estaba preparado para entender el progreso y que debía gobernar con las Fuerzas Armadas solamente, amañando las elecciones que realizó posteriormente. De cualquier manera, si al principio quiso ganar elecciones, luego optó por el mecanismo fraudulento de alteración del voto, lo que seguro fue uno de los factores que coadyuvó al golpe de enero de 1958. Esta “llamativa ausencia” está bien descrita por Urbaneja:

Está ausente del diseño perezjimenista alguna idea referida a una futura hegemonía política, o a una sigüiera larga permanencia en el poder de quienes lo detentan en esos años. No hay intentos de establecer estructuras que sirvan el objetivo que se han trazado con el Nuevo Ideal Nacional, y por otro, ejercer el poder y sacar provecho de él los que así quieran y puedan hacerlo. Luego se vería. Parecía que pensarse que el apoyo militar estaba fuera de duda y que con él era suficiente. También podría pensarse que estaba implícita aquella idea ya mencionada que la labor del gobierno sería tan convincente, que no podría menos que generar una corriente política masiva que reclamara la continuación de esa forma de gobernar. Pero no se ve que se monten mecanismo para canalizar esa eventual “petición colectiva”. (Urbaneja 2013, 175)

La iglesia que había sido aliada del gobierno hasta 1957 y se separa a partir de la famosa pastoral en la que un obispo venezolano llama a luchar por la democracia. A su vez, los Estados Unidos ven con estupor los ofrecimientos de Pérez Jiménez a constituir un fondo para el desarrollo de los países latinoamericanos. Frente a la no politización del país y a la certeza de que: “los hechos hablaban por sí mismos; no eran necesarios los discursos. Al pueblo, en su condición de espectador, se le invitaba a aplaudir en silencio” (Coronil 2002, 188) los partidos político van construyendo en la clandestinidad un relato del proyecto político en el que el pueblo es sujeto histórico de su porvenir, y la lucha, un mecanismo necesario para que el país se democratice.

Hay rasgos del peronismo y del perezjimenismo que como decía antes, van a ser muy similares. Los primeros años de relaciones armónicas con la iglesia, en la que instituyó el establecimiento de santos patronos en toda Venezuela y 1952 cuando oficialmente es nombrada la virgen de Coromoto por Pío XII, la patrona de Venezuela, como una especie de nacionalización de la iglesia católica (Coronil 2002), todo esto promovido por la dictadura. Había además un nacionalismo folklorizante que se instauró. Pérez Jiménez pensaba que “nuestro nacionalismo debe implicar la defensa de las tradiciones que expresaban lo positivo del espíritu venezolano” (Coronil 2002, 190) esto será un interesante termómetro del blanqueamiento, porque evidentemente, todas las “tradiciones” no serían positivas para gente como Vallenilla Planchart, sobre todo aquellas que están vinculadas con el mundo afrodescendiente e indígena, como formularemos más adelante. De esa forma se inauguraron unos eventos que el régimen llamó la Semana de la Patria:

La Semana de la Patria, creada por decreto en 1953, culminaba el 5 de julio, día de la declaración de la Independencia en 1811. El evento principal tenía lugar en Caracas, cuando sectores representativos de la población-trabajadores, estudiantes, militares, profesionales y miembros de la administración pública- se veían obligados a asistir a un gran desfile conmemorativo; a partir de 1955 el desfile se celebró en el Paseo de los Próceres, avenida construida por Pérez Jiménez que estaba flanqueada por monumentos en honor a los héroes de la independencia. Al profundizar la deificación de Bolívar que había comenzado con Guzmán Blanco en el siglo XIX, la Semana de la Patria prosiguió también la sacralización del Estado como fuente última de los valores nacionales. (Coronil 2012, 190)

Es importante insistir en esto, sobre todo por lo que vivió Venezuela a principios del siglo XXI. El bolivarianismo es una tradición muy arraigada desde el siglo XIX venezolano y no le pertenece a ningún proceso político en particular, aunque haya habido gobiernos que tuvieron un bolivarianismo menos estridente que otros. En la historiografía venezolana es muy común ver como una contradicción el hecho de que Pérez Jiménez enalteciera ciertas expresiones de la cultura popular y que les diera el espacio incluso en el curriculum escolar, a

pesar de que menospreciara al pueblo asumiéndolo incapaz de ser sujeto político en su propio desarrollo. Yo discrepo profundamente de esta perspectiva, porque la *folklorización* en sí misma ya implica la despolitización. Significa el confinamiento de prácticas de vida y de expresiones de los pueblos a la banal floritura del espectáculo. No opino así de los primeros folkloristas latinoamericanos que con mucho pundonor, generaron los primeros archivos de la cultura popular viva. A pesar de que discrepo del adjetivo “ambivalente” usado por Coronil, me adhiero a su postulado:

La actitud ambivalente de la dictadura hacia los sectores populares hizo más visible una contradicción que estaba en el centro mismo de la democracia venezolana, encubierta únicamente por el discurso celebratorio del pueblo elaborado por el Estado: la construcción de aquél como cimiento de la identidad soberana de la nación, y a la vez como masa primitiva que debía ser amoldada por la élite estatal (más) iluminada. Mientras que el régimen democrático había intentado perfeccionar al pueblo estimulando su participación política y-al mismo tiempo- dirigiendo el curso de la misma, la dictadura trató de moldearlo restringiendo su actividad y modificando su medio físico. (Coronil 2002, 193-194)

Aquí Coronil nos brinda la posibilidad de ver al pueblo como espectador del proyecto del régimen. Pérez Jiménez no quiso construirse como representante del pueblo, no quiso erigirse tampoco como la voz de los excluidos y mucho menos como héroe. Él no hablaba, por él hablaban sus obras, su estilo era parco. Leía los discursos. La representación de su gobierno eran las obras que realizaba, es un tributo a la modernización y a la materialidad. No hubo épica en Venezuela, como si la hubo en México con Lázaro Cárdenas o en Argentina con Perón. Pérez Jiménez en un ejercicio de la política sin duda auténtico. Busca desplazar el vínculo directo con el líder o con un partido político, aspirando al vínculo mediado por las obras y la materialidad de su gestión. Cuesta pensar cómo el entorno del dictador se dejó llevar por esta forma tan desapasionada de ver la política. Probablemente sea el último reducto de la *episteme militar*, lo que lo llevó a pensar que la sociedad podría funcionar como una tropa al servicio del superior, que tomaba las decisiones sin consultarlo, anulando el debate, el disenso y la negociación. Eso lo explicaría también, el hecho de que viniendo de las primeras generaciones profesionales de las fuerzas armadas de carrera y modernizadas por los anteriores gobiernos el culto a la *ratio técnica* y al progreso material era definitivamente obcecado:

Su imagen ideal de la nación como la casa que construyó-un edificio monumental que junta retazos de varios estilos europeos- resulta emblemática de una concepción patriarcal de la política y de una visión fetichista del progreso. Mediante la redefinición de la política como la actividad encaminada a convertir la nación en un *constructo físico*, y mediante la consideración de los íconos tangibles de la modernidad como potentes fuerzas modernizadoras, Pérez Jiménez intentó domesticar las masas bárbaras que habían ocupado el espacio público, disciplinar sus

movimientos, palabras y opiniones dentro de los muros de la nación por construir el castillo del agigantado dictador. (Coronil 2002, 199)

Coronil en el extracto citado anteriormente, se refiere a la casa que construyó el dictador en su exilio de Madrid, a través del delicado hurto de los erarios públicos. Una casa que ha intentado ser comprada por estrellas de cine y del fútbol internacional por lo estrafalariamente lujosa que es. De esa forma con los ingresos petroleros de su mandato y sin estar supeditado a demandas sociales ni a tutelaje de clase económica alguna, decidió invertir en lo que sus técnicos y su propia voluntad concebían como óptimo para el *desarrollo nacional*. Muchos economistas coinciden en que no hay un programa coherente de inversiones y esa idea es lógica frente a la poca o nula rectoría o control que tenía la voluntad del dictador. La idea de nación como *constructo físico* que surge de una lectura neopositivista recalcitrantemente materialista, no se quedó solo en ideología, se hizo autopista, rascacielos, edificios residenciales para las clases populares, mausoleos y espacios palaciegos para que las Fuerzas Armadas se recrearan, represas hidroeléctricas, puentes, acueductos, oleoductos, centros comerciales. Se importó el *paisaje de la dependencia* para el resto de nuestra historia. Durante su gobierno, se transformó radicalmente la experiencia del tiempo y del espacio de los venezolanos (sobre todo de los caraqueños). A nivel pulsional, el régimen también demostraba su poderío y eso no ha sido un invento de Pérez Jiménez, la idea de construir tiene inmanente la demolición de un mundo previo. Pérez Jiménez destruyó la Caracas rural, francófila en su centro, que había vivido una incipiente democracia, por un paisaje faustuosamente norteamericano. La ilusión de ser desarrollados, dejó de ser una posibilidad en el imaginario social para aparentemente, hacerse materialidad. Una de las obras que a mi parecer impone su poderío de manera más recalcitrante, es el club social para oficiales o lo que comúnmente se llama “círculo militar”:

Nada en Venezuela-o fuera de ella, en realidad-puede competir con el lujoso Círculo de las Fuerzas Armadas, el club social para oficiales y altos funcionarios de gobierno. Cuenta con un hotel (con televisión en todas las habitaciones), restaurantes, un bar, un salón de estar, un club nocturno, dos piscinas, un establo, un gimnasio, un salón de esgrima, boleras, una biblioteca y un teatro. Tiene algunos toques de mucha suntuosidad: pisos de mármol, ventanas de cristales azules polarizados, gobelinos, búcaros de porcelana de Sèvres, relojes de Tiffany, un invernadero de paredes de cristal que contiene un trozo vivo y floreciente de la selva venezolana. Las esposas de algunos coroneles visten para los bailes más suntuosos que se ofrecen en el club de trajes de Balmain de 1.500 dólares. (Revista time 28/2/55).(Coronil 2002, 201)

Esta estructura trasplantada del mundo del Norte, como prótesis al mundo del Sur, como injerto. De hecho, no logró cautivar al público venezolano, no solo porque era un ambiente exclusivo y no tenían forma de vincularse a él ni material ni espiritualmente, sino porque buscaba implantar una *blanquitud honoraria* en el mundo militar. Para Pérez Jiménez el sujeto

histórico de sus proyectos eran las Fuerzas Armadas, por ende intentará otorgarle el prestigio negado. De la misma forma que Perón lo hará con las residencias vacacionales para obreros en zonas exclusivas de la oligarquía, o edificios de lujo expropiado para ser hospitales públicos (Perón 2012). La distribución de la renta es también una repartición de poder, es una por el monopolio de la blanquitud. Lo que Perón hizo con los trabajadores, Pérez Jiménez lo hizo con los militares. De las dos maneras se perjudica la clase económica a la que se le disputa el monopolio del prestigio. Con todo esto, el mensaje de Pérez Jiménez era claro, no iba a prescindir del sector económico ni nacional ni internacional, fundamental para el proyecto del desarrollo, pero las Fuerzas Armadas tenían autonomía y no dependían siquiera *simbólicamente* del empresariado. Tampoco se conoce que los grandes empresarios de Venezuela fuesen consultados para el proyecto político. Al igual que el pueblo, eran llamados servilmente a observar la obra de Pérez Jiménez y su militarismo tecnocrático, aunque haya o no obtenido con ganancias ostensibles.

Como diría Coronil, “gobernar no en nombre del pueblo sino en su lugar” (Coronil 2002, 201). El hecho de que Pérez Jiménez no haya sido seducido por la burguesía nacional, se debe a que probablemente había sentido su rechazo previo. Pérez Jiménez no solo porque venía de un lugar pobre y de un pueblo alejado de los centros de poder sino que además era el segundo de Delgado Chalbaud—siendo éste era un hijo de la alta alcurnia venezolana—(Castillo 1990, Coronil 2002), razón por la cual no sintió ningún tipo de compromiso o complicidad con la burguesía local³⁵. Es importante no perder de vista nunca la porosidad entre lo privado y lo público. La vida privada de los personajes públicos sí importa, porque no estamos hablando de una subjetividad como cualquier otra, es una subjetividad que toma decisiones por millones de personas. Por ende, su gobierno, sin fidelidades más allá del de las Fuerzas Armadas, será de un pragmatismo contingente, pero nunca de total apertura o de entrega a la burguesía nacional e internacional. Quizás era el dispositivo del desarrollo, que para este momento demandaba en toda la región el rol del Estado como agente económico preponderante:

Este marco político general contribuyó a orientar la política económica, centrada en el Estado, de acuerdo con las siguientes líneas: mayor apertura al capital extranjero; represión laboral, crecimiento económico mediante la inversión estatal en infraestructura, servicios e industrias básica; y promoción y, al mismo tiempo, contención de la burguesía local. Si bien este programa sirvió para consolidar al régimen en un inicio, sus consecuencias terminaron por erosionarlo y prepararon el camino para su caída. (Coronil 2002, 202)

³⁵ En el imaginario venezolano circula la idea, y muchas veces la oí coincidir, en mi abuelo y otros de su generación, que Pérez Jiménez va a Perú porque se había enamorado de Flor Chalbaud y la burguesía caraqueña no quería que ese amor tuviese el desenlace que tuvo, por esa razón lo envía a Perú, a la escuela de Chorrillos de la que regresó con honores y casándose finalmente.

Están presente todos los sectores salvo los trabajadores: el Estado, el capital extranjero, la burguesía (tutelada), las Fuerzas armadas como operadores del Estado y gendarmes del orden. Sin embargo, al no tener contención sino de los tecnócratas, el modelo fue cayendo en decadencia y Pérez Jiménez no tuvo el ingenio de reinventarlo, eso tiene que ver, sin lugar a dudas, con las limitaciones que mostraba el Nuevo Ideal Nacional. Gobernar durante una década fue posible gracias al contexto internacional que necesitaba al Petróleo como alimento de toda la maquinaria que daría crecimiento económico a Europa y EEUU. Sin embargo, como ocurrió en Argentina donde el sector agrícola cayó porque la demanda interna de carne era mucho más importante, en Venezuela, en lugar de cobrar más impuestos a las empresas transnacionales o redoblar esfuerzos por cambiar la matriz productiva, se aumentaron los ingresos vía aumento de la producción petrolera. Lo que vulneró la economía a futuro cuando los precios cayeron en 1956 debido a la entrada de Medio Oriente en el negocio petrolero. Ya sin capacidad de acción no nos quedó otra política, como le pasó también a Perón con YPF, que seguir otorgando concesiones. Esto apresuró la debacle del régimen que había instaurado su poder en un escenario internacional totalmente ventajoso en el que el crudo se demandaba por doquier:

La reconstrucción de Europa, el armamentismo estadounidense, la expansión de las empresas multinacionales de EEUU hacia países extranjeros, la Guerra de Corea, el intento de nacionalización del petróleo iraní y en especial, la crisis de Suez. Durante esta etapa de auge (1947-1957), la producción venezolana de petróleo aumentó a una tasa promedio anual estable de 9,4%, los precios a 7,4% y las exportaciones a 17,4% (Haussman 1981: 208). Entre 1949 y 1957, la tasa anual de crecimiento de los ingresos corrientes provenientes del petróleo fue de 11,6% la de ingresos totales por concepto de petróleo fue de 15,4% y la de los ingresos del Estado de 13,9% (1981:317)³⁶. (Coronil 2002, 203)

Este pragmatismo económico que también caracterizó a Perón, los hace ser *pragmáticos* más que liberales o socialistas. Lo que sí se convierte en una tendencia más que comprobada, es el aumento de las inversiones norteamericanas en Venezuela, así como en Argentina y en toda América Latina. No solo a nivel político y económico Estados Unidos construye su hegemonía, también lo hace el mundo de los objetos y *signos* al invadir la región con sus productos. Gracias al petróleo y a la prohibición de los sindicatos, se crea un ambiente propicio para que la inversión extranjera directa tome a Venezuela como uno de los principales lugares para invertir en el continente:

³⁶ Fernando Coronil extrajo esos datos de Haussman, Ricardo. 1981. "State Landed Property, Oil Rent and Accumulation in the Venezuelan Economy." PHD disser. Ithaca: Cornell University.

Entre 1951 y 1957 la inversión extranjera más que se triplicó, y EEUU fue responsable de casi 70% del total (Banco Central de Venezuela 1958:81). En este periodo la inversión de capital foráneo en la industria aumentó de 165 millones a 411 millones de bolívares, esto es, de 10,7% a 14,8% de toda la inversión en este sector (Aranda 1977:163). Dada el demorado desarrollo industrial de Venezuela y su economía floreciente, este flujo de capital extranjero en la manufactura no desplazó de la industria del capital local existente. Ni tampoco desalentó la actividad comercial. El comercio entre EEUU y Venezuela también se amplió durante esta década, hasta alcanzar el monto de más de 1.000 millones de dólares en 1957; Venezuela, con menos de siete millones de habitantes, se convirtió en su socio en empresas mixtas. De esta convergencia de intereses en el desarrollo industrial surgió una alianza naciente entre los sectores de punta del capital local y extranjero en respaldo a la industrialización fomentada por el Estado. (Coronil 2002, 206)

Además de las inversiones que recibe el continente, también llegarán a nuestras tierras inmigración europea en forma de *capital racial* (Segato 2010) que de acuerdo a Pérez Jiménez era indispensable para el *desarrollo* económico. El caso Argentino es distinto porque Argentina es el país que históricamente recibió la mayor inmigración europea en nuestra región y por ende, se dan particulares entrecruzamientos en el tejido social que no ocurren en otras partes del continente. Es decir, en Argentina uno puede encontrar a personas a las que el capital racial no les fue suficiente para salir de la pobreza material y para ostentar la blanquitud y es que: “los rasgos biológicos de una blancura racial son una expresión necesaria pero no suficiente” (Echeverría 2010, 64-65). En Venezuela el capital racial sí jugó un rol fundamental porque además fue instrumentalizado por el Estado, esto es debido que la matriz histórica-social de Venezuela a diferencia de Argentina es afrodescendiente. De hecho la dictadura hizo de la inmigración una práctica de blanqueamiento: “el gobierno importó una mano de obra relativamente calificada-casi 800.000 trabajadores de origen rural y urbano-procedentes sobre todo de España, Italia y Portugal” (Coronil 2002, 207).

En Venezuela el modelo de industrialización no fue agroexportador, solo de capital intensivo, además que no estuvo acompañado de una reforma agrícola como en el caso argentino. Por esta razón, se origina un abandono abrupto de la vida rural. El proceso de radical urbanización del país se da en detrimento de la depauperación y el vaciamiento del campo, produciendo el desarraigo de grandes comunidades que fueron expulsados de la provincia venezolana a Caracas:

Entre 1950 y 1957 el empleo agrícola descendió de 44,1% a 38,3% del total de empleos (Aranda 1977:171). En un momento cuando la canalización de los gastos hacia las ciudades a partir de los ingresos generados por el petróleo impulsaba a los campesinos y los trabajadores agrícolas a emigrar, factores como un diferencial de salarios rurales/urbanos de más de 400% en algunas zonas (Hassan 1975:82), el deterioro de las condiciones de la producción agrícola tradicional, y la expansión de la agricultura comercial contribuyeron a erosionar en el campo lazos sociales

ya debilitados...Es uno de los procesos de urbanización más rápidos de los tiempos modernos, el porcentaje de los trabajadores empleados en la agricultura descendió de 71,1% en 1936 a 36,5% en 1962 (Hassan 1975:81)...Durante los años 50, el control y la represión de los trabajadores se convirtió en un problema fundamentalmente urbano. Venezuela había dejado de ser un país rural. (Coronil 2002, 208)

Como en el caso argentino, la inserción en el mercado mundial va a determinar a lo interno la distribución de la tierra y el capital. El petróleo era el producto que necesitaba el mercado del Norte, como la carne en el caso argentino. Por ende, unas fluctuaciones en el mercado internacional, determinan la vida cotidiana de las formas de vida de los pueblos al interior del país, arrasándolas. Allí es donde se vincula geopolítica con subjetividad. Una clase política asume que la monoproducción le permitirá realizar programas sociales de forma inmediata y el precio de ese único producto exportable se viene a pique, la situación de los sectores vulnerables de ese país se precariza y su forma de vida se trastoca. La *monocultura del desarrollo*, es urbana, productivista y maximizadora de beneficios. Por más que esté dominada por un gobierno popular u otro tecnocrático. La gran diferencia allí será la distribución del capital y no su acumulación, que no es poca, pero que ha demostrado ser insuficiente como alternativa. De hecho, en el caso venezolano muy particularmente con respecto al tema económico, se muestra una continuidad interesante que resalta Fernando Coronil, entre dictadura y democracia. Habría que decir también que “entre 1945 y 1960, Venezuela experimentó la mayor tasa de crecimiento del PIB real de América del sur y una de las mayores del mundo” (Coronil 2002, 210). En los 10 años de dictadura los ingresos petroleros aumentaron en 11,6% en promedio y las reservas del tesoro aumentaron un 400% (Coronil 2002, 210) con lo que Venezuela se sintió posibilitado a ser prestamista de otros países latinoamericanos. Pero volviendo al tema anterior, Coronil nos explica lo similares que fueron los proyectos económicos de la dictadura y la democracia:

Ad empleó una parte algo mayor en salud y educación; y Pérez Jiménez gastó más en comunicaciones (en buena medida como resultado de la terminación parcial de la construcción de carreteras y los planes ferrocarrileros comenzados por AD) pero, de cualquier modo las diferencias no son considerables...El interés del Estado en la producción sirvió para concentrar el control estatal en manos de Pérez Jiménez, para evitar la creación de centros alternativos de poder en el seno del sector privado y enriquecer a quienes estaban asociados a su fomento. (Coronil 2002, 109)

La gran diferencia entre el gobierno anterior de Acción Democrática y la dictadura, fue el rol de la empresa privada, pero más allá de eso (la tecnocracia militar sustituyendo una clase económica) no hay mayor transformación en la gestión de los recursos y sobre todo en la manera de vincularse con los mercados internacionales. Esto demuestra la poca capacidad de maniobra que tienen los Estados nacionales latinoamericanos para reestructuras sus formas de

vida, teniendo como escenario común el desarraigo rural y la desgarradura de pueblos enteros. Los procesos de urbanización arriba descritos y el posterior destierro, crearon el espacio para la el aumento del consumo de masas, que en el caso venezolano, más que en cualquier sociedad latinoamericana de la época, lleva a un boom de las importaciones de todo tipo, “que crecieron de 557 millones de dólares en 1947 a 1.776 millones en 1957” (Banco Central de Venezuela 1978:238 citado en Coronil 2002, 211). Este crecimiento abrupto de las importaciones aunado a la poca planificación que tenía el Estado venezolano para con su industria interna (solo crecieron la textil: zapatos y ropa), es una constante en toda la historiografía consultada: las limitaciones de la clase económica nacional.

Una vez más, citaré un caso estudiado por el historiador Fernando Coronil con respecto al proyecto de toda una industria siderúrgica y una propuesta del fomento de una planta de acero que le hacen las principales familias del país al dictador. La oligarquía venezolana está compuesta por los hermanos Vollmer y Eugenio Mendoza Goiticoa, unidos por lazos matrimoniales a las familias Zuluoga, los Machados y los Boulton. Todas ellas tenían inversiones conjuntas en el Ron, electricidad, cementos, materiales de construcción y agricultura. Pérez Jiménez desconfiaba de la élite económica caraqueña y se opuso a que ellos intervinieran (Coronil 2002, 220-223). Es así como durante toda la dictadura, la burguesía que creció al margen del proyecto político, no fue de ninguna manera agente rector, como no lo fue tampoco en Argentina. Perón con los sindicatos, Pérez Jiménez con los militares, gestionaron el dispositivo del desarrollo en ambos países, lo que da al traste con las teorías de que eran liberales o socialistas. Eran nacionalistas pragmáticos y ese pragmatismo los hizo tomar el camino de la tecnocracia, del populismo o de la estatización o las concesiones según sus liderazgos y su manejo del pacto Estado-capital a lo interno de sus países. A diferencia de Argentina, en Venezuela sin oligarquía y con una burguesía crecida en concomitancia con el estado petrolero (cuando la dictadura lo permitía) ellos no eran una fuerza política. Cito las oportunas conclusiones de Coronil:

1)La construcción del Estado como el agente central del progreso nacional; 2)la identificación de los intereses nacionales con los intereses del Estado, y, por tanto, la exclusión del sector privado de las posiciones de influencia política; 3) la definición de ciertas empresas de materias primas como industrias “básicas” de interés nacional que el Estado debía desarrollar; 4) la personificación del poder estatal en la figura del presidente; 5) la fetichización de la modernidad en proyectos económicos de gran escala como concretización de la modernidad que deben llevarse a vías de hecho sin tener en cuenta su impacto social, económico o ecológico en general; 6) la arbitrariedad y ausencia de redención de cuentas del poder del Estado; y 7) el alcance de la corrupción, no solo en su forma de apropiación de recursos públicos por parte de los altos funcionarios gubernamentales, sino también en la de un despilfarro masivo de recursos públicos en proyectos improductivos que demandan un apoyo estatal continuo y dilapidador. (Coronil 2002, 225)

Como se puede observar, el *desarrollo* en ambos casos no podría ser denominado como de izquierda o de derecha, liberal o socialista. Para la época, la prioridad de construir rápidamente una nación *desarrollada* conllevaba a generar un conjunto de ideas prioritarias. Lo que se inaugura en esta época, es la prioridad radical de insertarse rápida y funcionalmente al sistema mundo para modernizarse. La lógica de acumulación de capital de manera inmediata, lleva a que los países condicionen su estructura interna para satisfacer los mercados internacionales, asumiendo que eso le generaría mayores réditos económicos en términos de ingresos. Eso que era una obviedad desde la *ratio* económica, se convertía en una condena a largo plazo, porque daría una ilusión de desarrollo que dependerá siempre del mercado internacional. En ambos países la destrucción de la industria agrícola es un ejemplo de eso. Evidentemente era mejor (en términos de ganancia rápida) exportar petróleo y carne de res, siendo esto lo que solicitaba el mercado internacional para ese momento. Lo pernicioso es que eso trajo la depauperación de la industria agrícola y por ende de sus formas de vida, que aunque no eran óptimas, no encontraron sustitutos inmediatos. Lo verdaderamente interesante aquí es que hay una agenda exterior que condena a nuestros gobiernos a tener un poder espectral. Un poder periférico.

La inserción latinoamericana de la década de los 50 instauró una supraestatalidad que sobrepasa el poder de cualquier gobierno. Lo importante aquí no es defender la industria agrícola, sino defender la construcción de un proyecto sostenible en el tiempo, no cortoplacista, que sea más real que la *ilusión desarrollista* de poder ser invitado de honor en el Norte Global.

El pensamiento económico o la *ratio* económica del Norte, se vuelve paradójica en el Sur, con lo que, para poder obtener mayor *crecimiento económico*, habría que ceder soberanía. Es el caso de la industria petrolera en Venezuela y la agropecuaria en Argentina. Ambos países terminaron cediendo concesiones, incluso con el corte nacionalista que hemos descrito anteriormente. Esto lo que explica es que el desarrollo se convierte en nuestro *mito de Sísifo*. Desde la postguerra en adelante nuestros gobiernos se ven representado en aquel hombre que está condenado a llevar la piedra una y otra vez a la cima de la montaña, sin éxito y sin reposo alguno. Cuando parece que ya llegó a la cúspide, la piedra vuelve a caer. Así, nosotros hemos tenido en nuestro Sur *la ilusión de Sísifo* que vendría siendo la ilusión de desarrollo, que comenzó en esta época y se prolongó hasta la primavera latinoamericana con los gobiernos progresistas que terminaron todos por caer después del boom de sus materias primas y la desaceleración de la economía China e India mientras escribo este trabajo. Esto ya había sido

adelantado con ligera desconfianza por los *dependentistas* Faletto y Cardoso como una “contradicción”:

Esta expresa la contradicción entre la nación concebida como una unidad social relativamente autónoma (lo que obliga por lo tanto, a referirse de manera constante a la situación interna de poder) y el desarrollo como proceso logrado o que se está logrando, a través de vínculos de nuevo tipo con las economías centrales, pero en cualquier caso, bajo las pautas definidas de los intereses de aquellas. (Faletto y Cardoso 1974, 38)

¿Quién define las pautas del desarrollo? Sin duda alguna las economías centrales. No solo a nivel material, asumiendo que determinan las fluctuaciones del comercio mundial y el valor de nuestras exportaciones. También a nivel cognitivo, generando los discursos, teorías y mecanismos mediante los cuales se *deben* acceder a esta forma de vida. Uno podría asegurar que ni la estructura de ferrocarriles argentinos, ni los enclaves petroleros venezolanos pudieron haber sido desarrollado con capital interno. Fue la inversión extranjera, la que a través de cantidades ingentes de recursos construyó esa infraestructura, condicionando para siempre el lugar de nuestras economías en la historia, esto aunado a la transformación cultural que se da simultáneamente. Esa inversión determinó que Argentina fuese un país de fútbol y Venezuela de béisbol. Este dato que pareciera anecdótico, no lo es, porque colocar millones de dólares en un país, a través de las vías de un tren o el establecimiento de una refinería, genera transformaciones en las formas de vida de esas personas y en sus sensibilidades. Además, tener un mineral en el subsuelo, indispensable para el funcionamiento del capital tiene costos profundos en el sistema político. Esta es quizás una constante latinoamericana como ninguna otra. Mi razonamiento va en varias direcciones. La primera, que la situación de lo que Aníbal Quijano llama colonialidad llega a un estadio más radical con la deriva del discurso del desarrollo. Cuando el capital internacional invierte en infraestructura, está corriendo un *riesgo* enorme de que un gobierno le nacionalice la inversión. Ese riesgo que no va a ser gratuito, debido a que la infraestructura no es algo que puedas llevarte para revenderla y recuperar la inversión. Es por esta razón que el capital foráneo y sus agentes tejerán vínculos con las clases gobernantes y las élites burocráticas nacionales. Este pacto Estado-capital tiene como corporalidad la blanquitud y como epicentro económico y político el sistema dependentista.

Blanquitud y dependencia

El pacto Estado-capital es posible gracias al criollaje y no tiene necesariamente una matriz económica. Es decir, es económico pero no está determinado por una lógica economicista exclusivamente, es más bien la instauración de la blanquitud hegemónica característica de la colonialidad, y de la pretensión del *criollo* de ostentarla. Eso le permitiría al criollo continuar instrumentalizando la dominación sobre otros sujetos, a través de la racialización. El mundo dominante, es el mundo blanco en la colonialidad y todos los cuerpos racializados llegan a él deficitariamente, eso no cambia con el dispositivo del desarrollo, al contrario se intensifica. Esa blanquitud es el fundamento del vínculo afectivo y de deseo de los criollos con los agentes económicos extranjeros. No es solo un *habitus* eurocéntrico a modo de Bourdieu (1991), sino la generación de ese *capital racial* (Segato 2010) que definía anteriormente y que muestra toda su operatividad en los proyectos de modernización económica. El capital racial se acumularía entonces en ese pacto con los sujetos que componen la burguesía extranjera, en ese entramado de afectos, sensibilidades, códigos y representaciones que desplegarán todo un mercado simbólico, estético y político. A través de esa complicidad del criollo (cuando ejerce como clase política) con el burgués foráneo (capital internacional) aquel se blanquea y garantiza el sistema que le otorga privilegios, en detrimentos de los cuerpos racializados.

Lo que quiero dejar claro, es que la blanquitud es la bisagra que sella el pacto Estado-capital, porque trabaja en el terreno de las relaciones intersubjetivas entre las élites, ese lugar pulsional que sutura dos aparentes espacios en pugna, el del poder político y el poder económico, es el lugar en el que corporalidad y geopolítica se encarnan en lo que vendría siendo una erótica entre el político nacional y el empresario extranjero o nativo. Este esquema de relaciones, *patrimonializará* al Estado, dejando de construirse como un espacio público para suscribirse únicamente al criollaje, que lo secuestrará para sí (y por ende, para el capital extranjero). Cuando me refiero al criollo, hablo de la clase política latinoamericana, sea Perú o Pérez Jiménez. Es aquel que determina la gestión del capital de toda la nación y que muchas veces, funge como agente de la burguesía foránea. Los dependentistas lo anuncian ya hace más de 40 años:

Desde el punto de vista del conjunto del sistema capitalista mundial- cuyo centro hegemónico constituía Inglaterra-, se relacionaba con la periferia a través de la necesidad de abastecimiento de productos primarios. Por dicho motivo, y con relación a América latina, el capitalismo europeo del siglo XIX se caracterizó como un capitalismo comercial y financiero: las inversiones se orientaban principalmente hacia los sectores que las economías locales no estaban en condiciones de desarrollar: expresión de esta política fue el sistema de transportes. Y aún en este sector, se tradujo en el financiamiento de empréstitos para la realización de obras

locales, garantizadas por el Estado, más que en inversiones directas. El centro hegemónico controlaba fundamentalmente la comercialización de la periferia, aunque no sustituía a la clase económica local que heredó de la colonia su base productiva...en estos casos, el éxito del crecimiento hacia afuera no siempre logró crear un mercado interno, pues llevó a la concentración de ingresos en el sector de enclave. (Faleto y Cardoso 1974, 50)

Lo que ellos llaman “sector de enclave”, como si fuese solamente un receptor de capital comercial o financiero, es ante todo un grupo de poder nativo, el criollaje latinoamericano. No solo ostentaran el capital económico sino también todas las otras formas de acumulación de poder. Ostentan la blanquitud que representaría: el monopolio de la técnica, el conocimiento, la belleza, las virtudes, además de las redes personales y patrimoniales con los agentes extranjeros. Acceder a ese grupo implicaría un blanqueamiento inmediato. No es que el capital, genera capital racial, ni viceversa. Son concomitantes. Dos caras de la misma moneda, en la que se encarnará el pacto Estado-capital. De esta forma el orden nacional republicano, queda sin efecto. No será hasta la llegada de los partidos policlasistas en 1945, Acción democrática y el Partido Justicialista en Argentina, que los sectores racializados dispondrán de ciertos espacios de apropiación y disputa de capital (educación pública, programas sociales, intentos de reforma agraria, etc.). Aunque como veremos, muy limitadamente, porque la estructura del Estado y el dispositivo de desarrollo, están contruidos para darle continuidad a la *colonialidad* y no para su reversión. El desarrollo será entonces el momento de exacerbación de reconstrucción de la blanquitud. A pesar de que en Argentina esto se vivirá con mayores tensiones y contradicciones a lo interno, tampoco el peronismo podrá revertirlo, porque adolece de las mismas limitaciones estructurales que explican Faleto y Cardoso:

Cierto es que para alcanzar a establecer un orden nacional, el sector capitalista tuvo que apoyarse en un complejo sistema de alianzas con los latifundistas de baja productividad y con estamentos burocrático-militares, sin olvidar que la condición que hacía posible su hegemonía se fundaba en la vinculación que pudo establecer con el exterior...La existencia o inexistencia de sectores exportadores paralelos-independientemente de quienes hayan ejercido sobre ellos el control-afecta el proceso de diferenciación interna de la economía a través de las formas de división social del trabajo. Esto a su vez condiciona no sólo la estructuración de un mercado interno, sino también la de los nuevos grupos sociales- lo que para una explicación sociológica destaca inmediatamente el problema del condicionante económico del sistema exportador. Repárese además que estos grupos sociales no son sólo el resultado mecánico de una “estructura económica”, sino que también estos intentarán desarrollarla o modificarla como medio de imponer o mantener su forma peculiar de dominación. De este modo son razones histórico-sociales las que abrieron la posibilidad de que el grupo exportador dominante lograra controlar el sistema productivo nacional imponiendo la monoproducción, o por el contrario tuviese que pactar con otros grupos de alcance regional. (Faleto y Cardoso 1974, 62-63)

Los estamentos burocráticos militares están representados en Perón y Pérez Jiménez. Lo que lo distingue de los anteriores pactos *realizados* con las oligarquías agroexportadoras.

Los dependentistas aún tenían un discurso desracializado por eso se refieren a “grupos sociales” como si se tratara de una cuestión de clase. La herencia marxista de los dependentistas, ciega para la raza, no se da cuenta que construirlo como “grupo social” inhibe la capacidad de leer realmente de quiénes se tratan. De hace etnografía del poder. Esos latifundistas no eran solo dueños de grandes hectáreas, también eran blancos, y la relación que establecían con los grupos sociales que subalternizaban, no era de vasallaje o señorío, eran relaciones marcadas racialmente, los que mantenía desprovisto a estos sujetos, no solo de la propiedad de la tierra, sino también de su propia dignidad en tanto persona y ciudadano. Esto es central en el paso de esas primeras modernizaciones industrializadoras de finales del siglo XIX y principios del XX hasta el programa del desarrollo de los años de la postguerra. Allí nosotros seremos fieles a la construcción que hace el sociólogo peruano Aníbal Quijano, al situar claramente a estos “grupos sociales” en el marco de una división racial del trabajo:

Las nuevas identidades históricas, producidas sobre la base de la idea de raza, fueron asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura global de control del trabajo. Así, ambos elementos, raza y división del trabajo, quedaron estructuralmente asociados y reforzándose mutuamente, a pesar de que ninguno de los dos era necesariamente dependiente el uno del otro para existir o para cambiar. De ese modo se impuso una sistemática división racial del trabajo (Quijano 2014 [2000], 781)

Romper con el pacto entre los grupos sociales/racializados y el capital extranjero, no solamente generaba las posibilidades de acabar con la especialización (monoexportación) que les era conveniente, sino también atentar contra la colonialidad y su blanquitud. El Estado en América Latina no es una entidad abstracta que representaba el contrato social republicano. Como diría Quijano, es la matriz que organiza el patrón de poder de la colonialidad. Por ende es *patriarcal*, *blanco* y *cautivo*. En algunas ocasiones como hemos visto, algunas de estas características pueden cambiar, como pasó en los años de la postguerra, en el que siguió siendo *patriarcal* y *cautivo*, pero al asumir la Fuerza Armada y el régimen de Perón, se erosionó un poco la blanquitud, no así con Pérez Jiménez.

Lo que quiero plantear es que el dispositivo desarrollo se constituye desde una *tectónica de la estatalidad*. Evitando caer en una especie de física social, usaré esta imagen como metáfora para explicar el funcionamiento del Estado en América Latina y sobre todo sus limitaciones. Propongo la noción de *tectónica de placas*³⁷ para entender cómo es posible que a pesar de que haya movimiento o desplazamiento en las placas que se encuentran en la

³⁷ Placa según la Real Academia Española: Son cada una de las partes semi-rígidas de la litósfera que flotan sobre el manto y cuyas zonas de choque forman los cinturones de actividad volcánica, sísmica o tectónica. <http://dle.rae.es/?id=THb1M87>. Visto el 13 de julio.

litósfera, ellas volverán siempre a su estadio anterior para recuperar el equilibrio del sistema. Es decir, cada desplazamiento de una placa ocasiona un movimiento telúrico, pero no desajusta el sistema global. De hecho, la tierra se vuelve a organizar para que esa placa vuelva una vez más a su estadio anterior. Las placas no desaparecen. Propongo pensar 3 placas con las que se conformaría el Estado nación latinoamericano, que están dentro de la estructura del pacto de *blanquitud*/Estado-capital. De allí surgen tres placas fundamentales: es *blanco* y este dato es empírico y evidente cuando uno estudia históricamente el *soma* de la élite *nativa* de ese espacio. El estado en América Latina fue hecho a la imagen y semejanza del blanco criollo, a pesar del simulacro de neutralidad. Es *cautivo* porque debido a la relación centro-periferia depende ineludiblemente del mercado internacional y de la cotización de sus materias primas en el Norte Global que determinan desde la organización demográfica del país, hasta la capacidad de ejecutar ciertas políticas públicas. Es *patriarcal* porque la esfera de lo público está constituida por el orden masculino (Segato 2010).

La *blanquitud*, la *cautividad* y el *patriarcado* son como placas tectónicas que conviven en un mismo sistema. Si alguna se mueve, como pasa con las placas tectónicas en la tierra, ocurren poderosas manifestaciones de transformación física de la superficie. La historia de América Latina ha mostrado como en algunos momentos hemos tenidos movimientos telúricos que rápidamente han cesado en pro de la organización de las placas, para que las 3 formaciones que recubren al Estado vuelvan a organizarse. Habría que decir que así como las placas tectónicas duraron millones de años para gestarse, esta *tectónica de la colonialidad*, no se inaugura en 1945, viene gestándose cada una de ellas desde el momento mismo de la conquista pero se materializa con el modelo de desarrollo. En el caso venezolano es evidente:

El golpe militar del General Medina Angarita que contó con apoyos condicionados a una restauración democrática, concreta en algún sentido, esa alternativa, abriendo de ese modo la vía electoral, el partido Acción Democrática- que expresa la alianza de la clase media y los obreros del petróleo- llega al gobierno. De entonces son las primeras medidas para alterar la base del poder tradicional: se da comienzo a una reforma agraria y se consiguen condiciones más ventajosas en relación con el enclave petrolero. Con todo, el poder, de Acción Democrática es efímero: uno de los elementos importantes en el derrocamiento del régimen anterior, los militares, alejan a dicho partido del gobierno y constituyen con Pérez Jiménez un gobierno de características autoritarias apoyado sobre los beneficios de su relación con el enclave. El periodo de Pérez Jiménez coincide con un auge en las exportaciones de petróleo, que inciden sobre el crecimiento de Caracas, por momentos casi exagerados. Además, durante el lapso el capitalismo externo ya no sólo invierte en el petróleo sino que pasa a constituirse en fuerte inversor de actividades comerciales e industriales para el mercado interno, esto implica a su vez el surgimiento de sectores populares que ya no solo dependen del Estado sino de su propia capacidad de reivindicación. Este hecho otorga la posibilidad de ampliar las bases de la oposición, constituida ahora por sectores medios, sectores populares urbanos y obreros del petróleo (Faleto y Cardoso 1974, 91)

Esta gran síntesis de Faletto y Cardoso, demuestra cómo opera la tectónica de la colonialidad en la historia venezolana. Cuando el golpe a Medina, se intenta instaurar un modelo popular y democrático, que le otorga el voto universal directo y secreto a todos los ciudadanos incluyendo las mujeres: asistiríamos al movimiento de la placa del patriarcado. Así como la llegada al poder de campesinos y obreros desplaza la placa tectónica de la blanquitud. La placa del cautiverio queda inerte, como país periférico que somos. Luego de este movimiento telúrico que ocurre con el llamado (por la historiografía venezolana) *trienio adeco* (1945-1948) se estabilizará de nuevo la tectónica de la colonialidad para rescatar la blanquitud, el patriarcado y el cautiverio de nuestra economía, con la dictadura Pérezjimenista.

Habría que decir dos cosas. La primera es que el hecho de que las luchadoras sufragistas hayan obtenido esta victoria, no indica que el patriarcado se eliminó, de hecho es una de las placas tectónicas constitutivas e inmanentes a la *colonialidad*, solo que se movió y al moverse colisiona con las otras y produce una reacción. Las placas nunca desaparecen, solo se mueven y causan terremotos sociales. Nunca el movimiento de una dejará a la otra intacta, pero todas en algún momento, vuelven al mismo estadio. Son limitaciones constitutivas del Estado-nación latinoamericano. Al menos, la historia de nuestro Sur, no nos ha legado otro Estado-nación, no blanco, no patriarcal y no cautivo de los mercados internacionales.

La segunda y no menos importante, es que se trata de una metáfora analítica, que no intenta imponer una nueva física o geología social, al estilo de los inicios de la sociología en el XIX. Son modelos de análisis de la realidad, que de ninguna manera se plantean como monolíticos o totalizadores, pero que sirven para vislumbrar las razones mediante las cuales los estados latinoamericanos siguen adoleciendo crisis cíclicas. Cuando el peronismo le otorga el voto a la mujer y construye casas de lujo para los obreros en el Río de la Plata (Rapoport y Spiguel 2009) está trastocando la blanquitud y el patriarcado constitutivo del Estado latinoamericano, pero, esto solo es posible asumiendo la cautividad de su economía. Es solo con el dinero que ingresa al Estado mediante la exportación de carne, trigo y demás cereales, que el gobierno peronista puede construir esas viviendas, y es solo a través de estas obras, que Perón genera la legitimidad y el liderazgo suficiente para solicitar al congreso que legisle para otorgarle el voto a la mujer. Por esa razón es que digo cautivo y no dependiente. Nuestras economías realmente son presas de un cautiverio, porque el Norte Global ejercer un tipo de dominación, que es más parecida a la domesticación que a la dependencia. Sin querer seguir

extendiéndome en el presente análisis, no podríamos dejar de pensar como el pacto blanquitud/Estado-capital de la postguerra, no se terminó durante estos proyectos políticos:

Durante el proceso aumenta el papel del Estado y cambia su carácter; en efecto, si en la etapa precedente el Estado- que expresaba fundamentalmente los intereses exportadores y terratenientes-actuaba como mediador de la política de financiamiento de inversiones extranjeras, ahora por intermedio de él se toman las medidas necesarias para la “defensa arancelaria” del mercado, se inicia el proceso de transferencia de rentas del sector exportador hacia el sector interno y se crean los núcleos fundamentales de infraestructura para apoyar la industrialización sustitutiva de importaciones; de entonces son las plantas nacionales de acero, las refinerías de petróleo, las centrales eléctricas, etcétera. Subrayamos en este trabajo que esas medidas sólo se dieron en algunos países porque fueron el resultado de alianzas de poder alcanzadas durante lo que aquí se llamó “fase de transición”. Y, en consecuencia, se señala ahora que la industrialización lograda en esos casos no fue en un primer momento, el resultado del ascenso paulatino o revolucionario, de una burguesía industrial típica” (Faleto y Cardoso 1974, 194)

Este párrafo revela no solo el rol protagónico del Estado en el desarrollo como lo hemos mencionado anteriormente, sino sobre todo, las similitudes en las formas de gestión del capital, entre esos años de postguerra y los proyectos políticos populares del siglo XXI. Habría una reedición de ese programa, que dio al traste por la plena vigencia de la tectónica de la estatalidad que rige al Estado en América Latina y que hará defenestrar cualquier proyecto de transformación social que no salga de esos esquemas estadocéntricos. Eso no quiere decir que no hayan ocurrido cambios o transformaciones, porque precisamente las placas tectónicas tienen grietas, puntos de fuga y allí es donde operan las prácticas descoloniales. La tectónica de la estatalidad surge para pensar cómo opera el Estado nación en América Latina y saber que sus limitaciones estructurales hasta ahora le han impedido abandonar por completo la configuración de las 3 placas amalgamadas: cautividad, blanquitud y patriarcado. Esto no quiere decir que haya que renunciar al Estado, pero sí, que se conozcan los límites de su estructura, asumiendo que esos derroteros tienen posibilidades finitas. Así mismo, no puedo dejar de mencionar el diagnóstico de los dependentistas sobre el peronismo en Argentina, al que llamaban “populismo desarrollista” y que también es un ejemplo más de cómo operan las limitaciones del desarrollo en la tectónica de la estatalidad:

Se establece así una conexión que de sentido al “populismo desarrollista”, en el que se expresan intereses contradictorios: consumo ampliado-inversiones aceleradas, participación estatal en el desarrollo- fortalecimiento del sector urbano-industrial privado. La necesidad de una ideología como la del “populismo desarrollista”, donde coexisten articulándose metas contradictorias, expresa el intento de lograr un grado razonable de consenso y legitimar el nuevo sistema de poder, que se presenta a la nación apoyado sobre un programa de industrialización que propone beneficios para todos...Sin embargo, básicamente la disposición de capitales y de divisas, está en manos del sector exportador y para obtener la materialización del esquema apuntado tendrán que movilizarse en contra de sus intereses la burguesía industrial, la burocracia estatal y los sectores obrero populares. El éxito de semejante movilización estará condicionado por un lado, por la presencia de coyunturas favorables de los precios en el mercado internacional, que

permitan políticas de sustentación del valor de los productos de exportación y, a la par, políticas que impliquen alguna forma de retenciones sobre el tipo de cambio; y por otro, también están condicionadas en lo que se refiera a la “alianza desarrollista” entre los sectores industriales y los sectores obreros-populares- por la posibilidad de mantener una política arancelaria y una política monetaria que permitan, en detrimento del conjunto del sector agrario y de los grupos medios tradicionales, sostener simultáneamente el ritmo de las inversiones industriales y, si no asegurar un levantamiento significativo de los salarios reales, por lo menos un aumento, en términos absolutos, del número de individuos provenientes de los sectores populares que se van incorporando al sistema industrial. (Faleto y Cardoso 1974, 203)

La ilusión desarrollista en Argentina, se da por razones un poco diferentes que en Venezuela como hemos venido explicando, pero sirve para explicar de todas formas el modelo de análisis propuesto. Con la llegada del peronismo, el Estado deja de estar simplemente al servicio de la clase agroexportadora y la blanquitud es también trastocada (no disuelta) porque aunque los dependentistas no *racialicen* sus análisis, cuando hay una participación de los sectores que ellos llamaban “obrero-populares” allí estamos colocando sectores afrodescendientes, indígenas e inmigrantes europeos pobres subalternizados. Con el voto a la mujer, se le incluye en la república como ciudadana plena de derechos y por ende el patriarcado también se vería erosionado (no eliminado), con lo que completamos un cuadro de seísmo social no menor. Sin embargo, la placa de la cautividad no se mueve, porque solo la “coyuntura favorable en los precios del mercado internacional” daría la ilusión de poder sostener las transformaciones en otros ámbitos. Al crecer el consumo y bajar los ingresos por exportación, Perón se ve obligado a realizar concesiones en otros espacios y el sistema otra vez se reorganiza, hasta que recibe el golpe de Estado de 1955. Con estos dos ejemplos, queda patente que ni el ejemplo de Acción Democrática, ni en el ejemplo de Perón, por más telúrico que fuese (Pérez Jiménez sería la reacción a lo popular-el orden restaurador-) sobrepasaron los límites de la dinámica impuesta por la tectónica de la estatalidad. Que 60 años después, Latinoamérica haya depositado en la toma del Estado toda la esperanza de cambio social, demuestra la precariedad epistemológica con la que la izquierda y otros sectores han abordado el tema del poder y la búsqueda de la justicia social. No creo que sea necesario insistir en que esta tectónica de la estatalidad se refiere a los países atravesados por la colonialidad y no al Norte Global. También es cierto de que si hay alguna crítica que hacerle a la escuela dependentista, (citada múltiples veces en este texto) es la miopía que tienen para ver la raza y el género, que son el eje axiomático del proyecto civilizatorio de la colonialidad. En lo que sí atinan es en las causas estructurales de la debacle de la ilusión desarrollista, que ellos llaman “euforia desarrollista”:

A partir de ese momento, cuando comienza a advertirse una pérdida de velocidad en la dinámica del proceso sustitutivo, quedan evidenciados los problemas más complejos, antes postergados por la euforia desarrollista, que suscita la creación de los sectores tecnológicos y económicos más significativos de la industria de bienes intermedios y de bienes de capital. No sólo hace

falta un reagrupamiento interno de las organizaciones productivas, y que se intensifiquen los vínculos de asociación entre las empresas nacionales y grupos monopolistas extranjeros, sino que también deben considerarse los sectores sociales que no se insertan dentro de ese nuevo esquema y presionan con fuerza creciente: protestan los sectores industriales de las primeras etapas sustitutivas, marginalizados; los sectores urbano-populares tratan por su lado de revivir una política de desarrollo estatal como defensa contra las grandes unidades productivas privadas que se orientan al logro de “más productividad y menor mano de obra”, etc. Se deshace pues, y definitivamente, la antigua alianza desarrollista. (Faleto y Cardoso 1974, 143)

La sociedad del consumo es una de las innovaciones del dispositivo del desarrollo. Ese consumo puede ser subvencionado por el Estado si el sector agroexportador cuenta con una buena inserción en el mercado internacional (o hay buenos precios en la exportación de las materias primas). De lo contrario, el Estado no tiene los ingresos suficientes para garantizar esas expectativas. El gran ejemplo para la época es el peronismo, que después se agotó, porque el modelo no es perdurable en el tiempo debido a la tectónica de la estatalidad.

Crecimiento económico y destierro rural

En el caso de Pérez Jiménez será recordado aún en nuestros días por haber construido la capital de Venezuela. Hizo de la planificación urbana su bandera política, aún en nuestra época, los grandes íconos arquitectónicos de la ciudad son de la década de la dictadura. A diferencia de Perón, su romanticismo era de bloques y cemento. Su épica era construir una gran metrópolis, el parnaso caribeño:

Durante el gobierno de Pérez Jiménez, la redefinición de la ideología del Estado, lograda en el contexto de un discurso político restringido, se produjo por medio de hechos y de breves pronunciamientos. Consignas vagas como “la transformación racional del medio físico” abarcaban una multitud de actividades estatales en áreas muy diferentes. Sin embargo, la práctica evidenció que el régimen se concentraba en los signos visibles de la modernidad que consideraba esencia del desarrollo capitalista. Estas encarnaciones concretas del progreso-hoteles de lujo, carreteras, una siderúrgica, un campus universitario modernista- se entendían al mismo tiempo como símbolos y causa del progreso. Se creía que trasplantándolos de los centros metropolitanos al atrasado suelo local, estos fetiches de la modernidad traerían el progreso a Venezuela...En la “materialización del concepto abstracto de Patria” la nación se tornó un *constructo* visible, una apariencia concreta. Entendida la naturaleza como el medio físico y el pueblo como el beneficiario pasivo de una revolución de la geografía física, la nación se transformó en una masa a la que el Estado daría forma...La política dejaría de ser una lucha “desordenada” entre grupos contendientes que se disputaban los despojos del poder, para convertirse en la “construcción” armoniosa de la nación por parte del Estado. (Coronil 2002, 194-195)

Ese paisaje instaurado, que será un paisaje del desarrollo al trasplantarlo al sur, como ya he dicho, será inmediatamente un paisaje de la dependencia, como he dicho anteriormente. Pérez Jiménez cambió la épica del pueblo que tenía Perón, por un romanticismo de concreto armado, con un pueblo pasivamente *beneficiario* de la renta petrolera, pero sin ningún arbitrio para oponerse a las veleidades del dictador. Es decir, beneficiado pero sin participación, lo

que implica a no tener contención social cuando se les perjudica y tampoco poder evaluar si está siendo realmente “beneficiado” a través de una consulta. De hecho, las veces que se llamó a consulta, la dictadura obtuvo una pésima evaluación. Eso quiere decir que la *ilusión* del desarrollo no anestesió a los venezolanos. Cada intento que hacía Pérez Jiménez de legitimar su proceso con elecciones lo forzaba a cometer fraude y radicalizarse en la idea de que las Fuerzas Armadas eran el único agente de cambio.

Lo que trataré de explicar a continuación, tendrá que ver con la idea justificadora de una tesis como esta. El hecho de que el mundo físico, social y cultural que vivimos en este siglo XXI se instauró durante esta época desarrollista, se inoculó en el sentido común y conquistó la sensibilidad de nuestros pueblos. La idea de que lo nacional y *popular* hubiese podido superar el mito de Sísifo y llevarnos al ansiado desarrollo se encuentra vigente en Argentina al momento de escribir esta tesis. En Venezuela, la idea de que las Fuerzas Armadas podrían ser los agentes de transformación, industrialización y desarrollo, está vigente aún en el discurso oficial actual y su propuesta de relaciones cívico militares. A pesar de las derrotas que al momento de escribir este trabajo, ambos proyectos, el kirchnerista y el chavista habían recibido. El punto de encaje de los proyectos presentes son estos años estudiados. Por eso hice tanto énfasis a en las condiciones materiales de esta década, donde se cambian para siempre las relaciones campo-ciudad, donde se produjo el desarraigo más violento y traumático desde la conquista sobre contingentes masivos de pueblos y comunidades. Un tejido social rasgado por el paisaje de la dependencia que jamás se suturó y que ningún proyecto procuró augurar su reconstrucción. Una lógica de crecimiento económico, explotación de la tierra y exacerbación de la dependencia que no frenó jamás. Un paisaje de concreto, aséptico, sin aura, blanco, patriarcal. Un nuevo estadio de la colonización estaba por constituirse, aquel de la teleología del deseo, de la neurosis de la productividad, de la voracidad del consumo. Todo eso se constituye en esta época y se da a pasos frenéticos e imprevistos. Urbanización y despojo son dos caras de la misma moneda. El capital se concentra más que nunca en una localidad, generando estilos de vida *vitrinas*³⁸ y pedagogías de existencia. Las ciudad tendrá “su modo de

³⁸ El concepto de “vitrina” lo tomo prestado del sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel, que lo utiliza para explicar cómo a partir de los años 50, se crearon modelos de “desarrollo” que se configuraron como “showcase” del capitalismo occidental y fungieron como formas de acumulación “capital simbólico” en contra de la propuesta socialista del bloque soviético, durante la guerra fría. Grosfoguel coloca como ejemplo a Costa Rica contra Nicaragua, Corea del Sur contra Corea del Norte, Taiwán y Hong Kong contra China y Puerto Rico contra Cuba. Recibiendo estos países todo el apoyo de los Estados Unidos para la estabilidad que necesitaban y la creación de una industria propia. Yo lo traslado del plano de la nación en el Sistema-Mundo, al de la subjetividad urbana en detrimento de la subjetividad rural en cada país. Los conglomerados de seres humanos que pierden arraigo, ganan “capital simbólico/racial” (*prestigio*) yendo a las urbes. Se puede conseguir el texto en:

articulación primero con respecto al colonialismo y luego al imperialismo” (Castells 1972, 287) sea Buenos Aires, Caracas o cualquier otra ciudad, estas se fueron imponiendo la dependencia y despojándonos de posibilidades de desarrollos propios a lo largo de nuestros países. Los *paisajes de la dependencia* se alimentan del desarraigo y del expurgo, constituyendo una forma de vida que depende de los grandes centros mundiales, pero que además ejerce violencia sobre la periferia, anulándola y subalternizándola. Como explica el sociólogo estudioso del éxodo rural a Lima y a Caracas José Matos Mar:

Los inmigrantes provenientes de grupos rurales con su sola presencia en la ciudad elevan su estatus social, serán ya mestizos que ocupan un nivel superior al indígena y mestizos de zonas rurales. Nuevos hábitos contribuirán a este hecho, aun cuando sigan siendo analfabetos (Matos Mar 1968, 34)

Es cierto que no van a la ciudad porque quieren “elevar su estatus”, van porque son expulsados de sus lugares, porque el capital migra, y el Estado Nación crea todas las condiciones para que eso ocurra. Esa *ciudad hiperreal* que llega a las periferias, de grandes oportunidades y éxito se convierte en un territorio de violencia, exclusión y explotación. Cuando Matos Mar dice “aun cuando sigan siendo analfabetos” está interpelando la idea de inclusión de la ciudad, porque la ciudad letrada de la que habla Ángel Rama en muchos casos no va a incluir institucionalmente a estos migrantes. Esa *situación patibularia* de negación de ingreso a la ciudad y de exilio de estas primeras comunidades tiene al consumo como único vínculo cultural y simbólico. Eso se inaugura en los años 50 y es la particularidad del modelo que impone tanto el peronismo, con muchísimas tensiones y contradicciones, como el perezjimenismo de manera más ortodoxa y coherente. El paisaje de la dependencia traslada al mundo de las cosas la construcción de la subjetividad inaugurando el *simulacro de la inclusión*. En el caso de Perón y del movimiento que se inaugura el 17 de octubre de 1945, va a pugnar por esta inclusión, con mayor o menor exitoso como veremos más adelante. Lo que nos interesaba hasta ahora, era describir un estado de cosas que se constituye como particularidad de esta época y se consolida así, hasta nuestros días. Las cifras en Caracas son poderosamente ilustrativas, de toda la inmigración interna registrada de 1935 a 1954, “el 79,2% se da hacia Caracas” (Matos Mar 1968, 32) con lo que solo el 20% restante se distribuirá en las otras grandes ciudades. Recordemos que es una época en la que el Estado direcciona la economía y *controla* el capital, en Venezuela como en Argentina. En el caso del peronismo, por ejemplo:

La política económica del peronismo se caracterizó por un crecimiento del sector estatal y por la introducción de la planificación indicativa. La deuda externa fue repatriada, nacionalizadas

<http://www.ceapedi.com.ar/imagenes/biblioteca/libros/113.pdf>. como Grosfoguel, Ramón. “Del cepalismo al neoliberalismo”, cambios conceptuales desde la perspectiva del Sistema-Mundo, *Nueva Sociedad* 183.

numerosas empresas de servicios (ferrocarriles, seguros, red de teléfonos y gas) a través de la compra, y el sistema bancario así como el comercio de exportación fueron puestos en manos del Estado (1946-1948). Los trabajos de planificación comenzaron en agosto de 1944 con el Consejo nacional de Posguerra. Este organismo (llamado Secretaría Técnica de la Presidencia a partir de 1946) fue junto con los correspondientes ministerios, el ente responsable del Primer Plan Quinquenal (1953-1957), el cual quedó trunco. Importantes instrumentos estatales de la política económica fueron el Banco de Crédito Industrial Argentino, con sus créditos baratos para la industria (creado en 1943) el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) y cuatro complejos industriales: Fabricaciones militares, DINFIA (Industria Aeronáutica); AFNE (astilleros) y DINIE, que agrupaba 38 empresas anteriormente alemanas dedicadas a la metalurgia, los productos químicos y la rama textil. (Buchrucker 1999, 359)

Pensemos en que es el mismo Estado a través de la planificación nacional que gestiona el capital, y el capital a su vez organiza la población geográficamente migrando hacia lugares que le otorgue mayor ganancia y competitividad. Asumiendo esto, se puede comprender el vínculo entre industrialización y despojo, crecimiento económico y deterioro las condiciones sociales en el campo, para interpelar al sentido común que lleva décadas asumiendo una falsa y pseudocientífica pugna irreconciliable entre Estado y mercado. Por esa razón, la reacción de la oligarquía frente al peronismo haciendo referencia todo el tiempo a la idea de *invasión* o asedio de las *masas populares* no es una ficción. El problema es que esos grandes contingentes heterogéneos (indígenas, inmigrantes italianos, afroargentinos) venidos de otros paisajes y pueblos, fueron expulsados de su territorio y de sus mundos al padecimiento del paisaje urbano/*blanco*/industrial. El peronismo no construye un camino de regreso, inventa nuevas prácticas de sentido para identificarse con aquellos que exiliados culturales. A su vez, distribuye masivamente el capital que antes estaba secuestrado por la oligarquía, pero no imagina una nueva geografía cultural, de hecho, intensifica la anterior. La apuesta por la industrialización, comienza a destruir el agro y por ende la vida en esos paisajes no urbanos:

El retroceso de la producción agraria tenía su causa fundamental en el crecimiento de la ganadería, cuyos productos obtenían mejores precios. De todos modos, la evolución global de las actividades rurales no fue satisfactoria. La superficie sembrada retrocedió de 27.136.000ha (1935-1940) a 25.798.000 (1953-1954). En 1940 la Argentina tenía menos de un tractor por cada 1000 ha de tierra, en 1955 eran dos. Las cifras norteamericanas para esos años fueron 11 y 30 respectivamente. Por supuesto que en todo este proceso deben ser tenidos en cuando los efectos de la sequías intensas de 1949-1950 y 1951-1952. (Buchrucker 1999,361)

No quiero decir con esto que la situación del campo ante de la llegada del peronismo era mejor porque había más superficie sembrada. Sabemos de las condiciones oprobiosas del peonaje, de los campesinos e indígenas durante los regímenes anteriores. Sin embargo, lo que quiero poner sobre la mesa, es que el peronismo con su programa industrializador no consiguió construir un proyecto alternativo que no desplazara violentamente a grandes conglomerados de personas. Ese desplazamiento trae el desgarró en las formas de vida gestada en el vínculo de

las comunidades y su paisaje. Aunque, estas clases vulneradas y despojadas encuentren un abrigo en las reformas económicas de Perón.

Aunado a ello va a surgir en el mismo tiempo un *problema* con su inmediata solución. La *invención del tercer mundo* como la llamaría Arturo Escobar, viene aunado de la mano a la invención del *desarrollo* como proyecto universal y la estandarización del *pobre*, con ello, sigue la invención de criterios universales para medirlo y por supuesto para resolver: el crecimiento económico.

Como veremos, la historia del desarrollo implica la continuación en otros lugares de esta historia de lo social. Esta es la segunda ruptura en la arqueología de la pobreza propuesta por Rahnama³⁹: la globalización de la pobreza efectuada por la definición de dos terceras partes del mundo como pobres después de 1945. Si en las economías de mercado los pobres eran definidos como carentes de aquello que los ricos tenían en términos de dinero y posesiones materiales, los países pobres llegaron a ser definidos en forma análoga en relación con los patrones de riqueza de las naciones económicamente más adelantadas. Esta concepción económica de la pobreza encontró un parámetro ideal en el ingreso anual per cápita. La percepción de la pobreza a escala global “no fue más que el resultado de operaciones estadísticas comparativas, la primera de las cuales se realizó apenas en 1940” (Sachs, 1990: 9)⁴⁰. En 1948, cuando el Banco Mundial definió como pobres aquellos países con ingreso per cápita inferior a 100 dólares, casi por decreto, dos tercios de la población mundial fueron transformados en sujetos pobres. Y si el problema era de ingreso insuficiente, la solución era, evidentemente, el crecimiento económico (Escobar 1999, 51)

En el caso argentino que es el que analizaré a continuación, evidentemente se encontraba en esas “dos terceras partes del mundo” que entraban en la definición de pobres. En ese sentido, evidentemente Perón buscó el crecimiento económico a toda costa, pero se sabía que no era suficiente crecer. Además las condiciones que parecían tan óptimas y privilegiadas para *el granero del mundo* durante la guerra, no lo fueron tanto en la postguerra. No solo constituye un absurdo epistemológico calcular la pobreza a nivel global a través de “operaciones estadísticas comparativas” sino que además instala un orden del discurso en el que el crecimiento económico será el tabulador absoluto. Esta fórmula está determinada por un promedio de ingresos nacionales, dividido por cada persona del país (per cápita) lo que llevaría a nuestro poeta, el chileno Nicanor Parra a decir: “hay dos panes. Usted se come dos. Yo ninguno. Consumo promedio: un pan por persona”⁴¹ para denunciar este absurdo. Ubicar el crecimiento económico como medidor del desarrollo, intensificó el afán de la productividad y por ende la violencia del desplazamiento industrializador. Economía sin política, solo política

³⁹ Allí Arturo Escobar se refiere a Majid Rahnama, economista, diplomático y ministro de Ciencia y Educación de su país, crítico del desarrollo y colaborador con Arturo Escobar en diversas publicaciones.

⁴⁰ Sachs, Wolfgang, 1990, “The Archaeology of the Development Idea”, en *Interculture* 23(4), 1-3

⁴¹ Larraín Alberto. Los dos panes de Nicanor Parra. 30 de abril de 2014. En “El Quinto poder” <http://www.elquintopoder.cl/economia/los-dos-panes-de-nicanor-parra/>.

económica. En ese sentido, el periodo peronista se caracteriza de la siguiente de la siguiente manera:

Si se compara este periodo con la etapa 1930-1943 se comprueba un proceso de crecimiento. Claro está que un 13,8 % en 12 años no resulta demasiado impresionante, si se toman los datos del Producto Bruto total se obtiene una tasa de crecimiento de aproximadamente 3,8 % anuales. Esto supera brevemente los índices de los años que van de 1935 a 1944, pero estaba muy lejos de satisfacer las difundidas expectativas, optimistas de la posguerra, que se orientaban según los índices del 6 % anual característicos de la época que transcurrió entre 1900 y 1929. Experiencias posteriores, que en comparación con el peronismo siguieron políticas económicas de tipo liberal, tampoco obtuvieron resultados más alentadores: entre 1955 y 1967 el crecimiento anual promedio fue del 3,4%. (Buchrucker 1999, 359-360)

Lo que no explica el historiador, es que lo que si fue alentador del peronismo con las experiencias posteriores, fue la distribución de esa riqueza que ingresaba. Lo que sí es cierto, es que con estos índices, se desmitifica el lugar común de que Perón se encontró una situación económica inmejorable. El afán industrialista va a presentarnos la cruda realidad del pacto blanquitud/Estado-capital inevitable en el Sur Global y en los dos proyectos aquí expuestos. Para industrializarnos necesitábamos importar maquinaria y bienes en general. El paisaje del desarrollo en el Norte, como hemos dicho antes, cada vez que se traslada al sur es un paisaje de la dependencia. No es autosustentable, ni autárquico. Para poder trasladarlo, se necesita vender un producto que necesite el mercado internacional y evidentemente, exportarlo a gran escala para tener los ingresos indispensables que nos permitan importar los insumos materiales (que son también simbólicos/culturales) para imponer el modelo civilizatorio. Como nuestras economías no son industrializadas, exportamos materias primas, pero para generar ventaja comparativa con ellas. No podemos exportar de forma diversificada porque eso no nos permitiría competir en el mercado internacional, ya que aquellos países especializados competirían mejor y nos haría perder mercados. Entonces, aplicando el viejo paradigma de las economías de escala, los países del Sur, buscarán especializarse en el producto que les genere mayor ganancia. Por ende los capitales privados y públicos, con el auspicio del Estado como ente rector comenzaron a especializarse y las actividades que no competían a nivel internacional, por no generar ganancias importantes en ese momento, fueron mermando. Pero detrás de esas actividades agrícolas que fueron mermando, hay paisajes, subjetividades, tejidos comunitarios, territorio con formas de vida disfuncionales al capital que serán arrasadas por la ausencia de intervención estatal y la cooptación del mercado, al considerarlas no prioritarias. Esto es clave para entender que el interés nacional, no es el interés popular. El caso argentino es paradigmático:

Para industrializarse, el país debía importar cada vez más máquinas, minerales y petróleo, las divisas necesarias para ello venían de la exportación agropecuaria, y justamente tanto en

volúmenes como en precios esta rama de la economía mostraba una evolución negativa. Se ha calculado que el empeoramiento en los términos del intercambio le hizo perder mucho a nuestro país, unos 400 millones de dólares (1951-1955). La exportación de las carnes no podía ser aumentada fácilmente, y hasta retrocedió (de 659.249 toneladas en 1945 a 507.612 en 1955) debido al crecimiento del consumo interno, signo del mejoramiento del nivel de vida de amplios sectores de la población. (Buchrucker 1999, 362)

Una de las grandes paradojas de la economía Argentina radica en el hecho de exportar alimentos: Si el consumo interno aumenta (producto de mejoras sociales) decae la exportación, lo que es perjudicial para el crecimiento económico y para sustituir importaciones con esos ingresos generados. La búsqueda del desarrollo industrial que ampliaba el mercado laboral y también el consumo, no siempre garantizó la reducción de la pobreza a nivel nacional (aunque sí lo haya logrado en sectores urbanos) precarizó la vida de miles de trabajadores en el mundo rural. Aunque el proyecto peronista buscó con mucho mayor ahínco la justicia social se ejerció el mismo tipo de violencia desgarradora sobre las poblaciones no urbanas que en Venezuela:

Las concepciones y el tratamiento de la pobreza eran bastante diferentes antes de 1940. En épocas coloniales la preocupación por la pobreza estaba condicionada por la creencia de que, aunque los “nativos” pudieran ilustrarse algo con la presencia del colonizador, no podía hacerse gran cosa para aliviar su pobreza ya que su desarrollo económico era inútil. La capacidad de los nativos para la ciencia y la tecnología, base del progreso económico, se consideraba nula (Adas, 1989)⁴². Sin embargo, como señalan los mismos autores dentro de las sociedades asiáticas, africanas, latinoamericanas o norteamericanas nativas, igual que a través de la mayor parte de la historia europea, las sociedades tradicionales habían desarrollado maneras de definir y tratar la pobreza que daban cabida a conceptos de comunidad, frugalidad y suficiencia. Como quiera que fueran tales formas tradicionales, y sin idealizarlas, es cierto que la pobreza masiva en el sentido moderno solamente apareció cuando la difusión de la economía de mercado rompió los lazos comunitarios y privó a millones de personas del acceso a la tierra, al agua y a otros recursos. Con la consolidación del capitalismo, la pauperización sistémica resultó inevitable. (Escobar 1999, 49)

Los muchos mundos que habitan nuestro Sur durante cinco siglos han estado construyendo formas de existir asediados por el esquema explotador y opresivo, primero del sistema colonial y luego del republicano. Pero la violencia del desarrollo es la más traumática de todas las anteriores debido a la capacidad científico técnica que se había generado a principios del siglo XX. Si bien las condiciones materiales del mundo blanco/urbano a nivel de aumento de la *esperanza de vida* comienzan a mejorar luego de la posguerra, esa mejora está vinculada con la inversión del estado cimentado sobre la blanquitud y su pacto estado-capital. Aquellos lugares en los que habitan mundos no blancos, no contarán con esa inversión de capital. Lo que traerá como consecuencias que sus condiciones de vida se marginalizarán y precarizarán sistemáticamente. El éxodo rural, es más bien un destierro, producto de la desinversión de capital y la ausencia del Estado. Curiosamente como dije antes, aquellos

⁴² Adas, Michael. 1989. *Machines as the Measure of Men*. Ithaca: Cornell University Press.

lugares en Venezuela de mayor población afrodescendiente e indígena y los lugares en Argentina de mayor población indígena, son los más empobrecidos, los más abandonados, los de mayor ausencia de circulación del capital. Así queda al descubierto que existe una *economía política del racismo* (Herrera 2009) oculta en las premisas del dispositivo del desarrollo, que tiene como consecuencia que la gestión del Estado, priorice planificación e inversión en el medio urbano/blanco o urbanizable y que por ende, existan regiones históricamente desamparadas por el estado, condenadas a *una redistribución racista del Capital*. Es por eso que en la actualidad las provincias más empobrecidas de Argentina coinciden con las que tienen la mayor tasa de población indígena (Jujuy, Salta, Formosa...)⁴³ igual que en Venezuela los estados más pobres coinciden estrictamente con las poblaciones con mayor cantidad de población indígenas y afrodescendientes (Amazonas, Monagas, Apure, Portuguesa...)⁴⁴ y es que si el proyecto prioriza la productividad y la acumulación, necesita de los cuerpos funcionales al capital y a los mercados internacionales, necesita de la blanquitud. Por esta razón, las capitales de nuestramérica han ido creciendo sin freno ni medida desde la época estudiada mientras que las periferias de nuestros países, aquellas donde éste proyecto estuvo ausente, vivieron el éxodo de los integrantes de sus comunidades. Es cierto que el éxodo a las ciudades no comienza en ese momento, pero es cuando se da la irrupción más brutal.

En este caso, la destrucción de estos mundos y paisajes funciona por *omisión* del estado. Al ser un proyecto de transformación radical de las estructuras sociales, materiales y culturales, a aquellos lugares que deja fuera de la circulación, no es que le ceda fuero o autonomía, sino que directamente los desprende de la participación en la nación y, por ende, sin reconocimiento alguno dentro del nuevo contrato social. El mundo que se impone es el mundo del consumo, pero el consumo no es neutro, arrastra consigo signos (Baudrillard 2007), que en la posguerra, evidenciarán claramente el tránsito del eurocentrismo al *American way of life*.

⁴³ Jujuy tiene el 8,9% del total de la población indígena de Argentina, Salta el 6,6%, Formosa 6,1%., ocupan los 4 primeros puestos en población indígena del total del país. http://www.indec.mecon.ar/nivel4_default.asp?id_tema_1=2&id_tema_2=21&id_tema_3=99

⁴⁴ La vasta región centrooriental de Venezuela constituyó hasta bien entrado el siglo XVIII el asiento de una numerosa población Caribe. Sus descendientes, los habitantes actuales de los estados Guárico, Anzoátegui, Monagas, Sucre y Bolívar, conforman la mayor parte de los colectivos humanos que mueven la industria de la Faja Petrolífera del Orinoco y del golfo de Paria, la industria siderúrgica y energética del Caroní... Aunque la mayoría de la población esclava negrovenezolana, según Acosta Saignes, se hallaba concentrada en el territorio de los actuales estados Miranda, Guárico, Yaracuy, Cojedes, Lara y Portuguesa. (Vargas y Sanoja 2015, 60-61) Miguel Acosta Saignes se referiría a Apure como un estado afrodescendiente también (Saignes 1984, 156). Amazonas según el Instituto Nacional de Estadísticas de Venezuela tiene el 53,7% de la población indígena de todo el país, Apure se ocupa en el 4to lugar <http://www.ine.gob.ve/documentos/Demografia/CensodePoblacionyVivienda/pdf/ResultadosBasicos.pdf>.

Mucho menos evidente que en Venezuela, en Argentina también el destierro rural será un destierro racial y la reacción de la oligarquía con esos conglomerados será de un profundo racismo. Sobre todo porque les pugnarán los espacios públicos de la ciudad. La metáfora de la *invasión*, tan alusiva y recurrente en la cultura y literatura porteña, se hará presente ya no solo con el conurbano sino con el migrante interno. La industrialización genera esos espacios de acumulación de capital en los enclaves portuarios, lo que trae como consecuencia el hacinamiento y lo que ahora se ha dado por llamar gentrificación. Al *cabecita negra* también se le reclamará su regreso, que vuelva a su paisaje, precisamente aquel lugar del que fue desterrado por el desarrollo industrial:

Parece que el *cabecita negra* ha venido para quedarse, los que no ponían ningún obstáculo al arribo de inmigrantes extranjeros, no lo pueden tolerar. Sienten a la ciudad mancillada por esa masa inculta a la que, según ellos, Perón trajo por razones demagógicas, para aumentar su caudal electoral. El contacto con el propio país raspa epidermis delicadas. “¡Que se vuelvan a sus provincias!” claman. Era cómodo tenerlos en la estancia, traer de vez en cuando una chica para el servicio, sí, ¡pero tantos! El campo, ése es su lugar, su paisaje. Ahí quedan bien, no aquí. Sobre todo, no permitir que se acostumbren a lo bueno: la vida ruda hace bien. (Ratier 1975, 45)

Esto confirma una vez más, lo que ya he reiterado en múltiples ocasiones. A pesar de que la inmigración europea no fue tan bien recibida en Argentina como en Venezuela, el *no blanco* siempre será discriminado de otra forma mucho más radical. El color del norte de Argentina no era el mismo que el del sur de Italia, y esas relaciones de poder que pasan desapercibidas, no son pocos determinantes. De hecho los avisos de trabajo de la época reflejaban esa realidad “portero extranjero”, “mucama extranjera”, “nurse suiza”, “matrimonio extranjero” (Ratier 1975, 48). Ahora bien, el *cabecita negra* los incluiría a todos ellos, a pesar de las relaciones de poder que existen a lo interno de estos conglomerados y de las formas de privilegiarse o subalternizarse unos a otros. El peronismo no es armónico entre sí, lo es en tanto y en cuando se relaciona contra la blanquitud pero luego al interior de este conglomerado tiene un conjunto de conflictos aún no etnografiados. Por ser una forma de nombrar tan peculiarmente argentina, voy a proceder a citar extensamente el párrafo que hace referencia al *cabecita negra*, precisamente como el *no blanco*, como la ausencia de blanquitud:

Son hábitos, es una cultura extraña la que estigmatiza bajo el rótulo de “*cabecita negra*”...El traje, en primer término. El corte de cabello o su largo, la forma de moverse o actuar de una persona, sus gestos. Si colocáramos a diversos individuos rapados totalmente desnudos inmóviles frente a nosotros, esa clasificación sería bastante más ardua...Algo semejante sucede con nuestro “*cabecita*”. El color moreno de la piel puede llegarle directamente de Andalucía o de la baja Italia, cuando no de recientes antepasados sirios, o simplemente, de su prolongada exposición al sol...lo de “negros”, pues se dirige a otra cosa. Ni siquiera se requiere el cabello oscuro que parece insinuar el mote. Hay que buscar, más bien, la manera de peinarla. Advertí el bigotito mínimo, triangular, casi hitleriano, que lucen tanto los paisanos araucanos del

Neuquén como los hijos de húngaros en el Chaco. Observan una manera diferente de comunicarse que las pautas no aceptan. (Ratier 1975, 53)

Ahora bien, a pesar de toda esta etnografía, como dije en ocasiones anteriores yo no encontré ninguna mención de Perón al pueblo argentino como *negro*, o como *cabecita negra*, inclusive ni siquiera como *descamisados*, uso que sí hace y de forma reiterada Evita Perón. Esto se debe a que Perón opera desde la *esfera pública* (Segato 2010) que como ya había explicado antes, es blanca y patriarcal y que además opera desde una cierta técnica que no fue transformada por las fuerzas que se liberaron a partir de octubre de 1945. Al contrario, es una esfera que coopta a los sujetos que participan en ella. Por ende no se puede decir que el peronismo como proyecto de desarrollo industrial es alternativo. Por las limitaciones que expliqué anteriormente con al tectónica de la estatalidad. Lo que pasa al margen de Perón, lo que lo desborda, lo que lo trasciende, es lo verdaderamente alternativo, lo no blanco, que lo supera a él, y eso es lo que se ha intentado racializar, para controlarlo y dominarlo.

Hasta ahora he intentado ir describiendo dos procesos históricos. En Argentina, Perón defenestra a la oligarquía tradicional agroexportadora, se enfrenta con una coyuntura internacional, que en principio le beneficia y le permite organizar un proyecto político, adaptando el dispositivo del desarrollo a las condiciones del país, para garantizar justicia social. El sujeto histórico, es el pueblo, que en América Latina es no blanco. Venezuela por su cuenta, de la mano del dictador Pérez Jiménez, le propina un golpe de Estado al primer presidente electo por el voto universal, directo y secreto de hombres y mujeres, prohibiendo y expulsando a los líderes del partido de los campesinos y trabajadores en Venezuela, Acción Democrática. Instaure así una dictadura, que he denominado, militarismo tecnocrático. En el marco de la colonialidad, propuse involucrar la teoría de la dependencia porque son los más acuciosos teóricos de la década de los 50 en América Latina, y aunque ignoran la matriz colonial y por ende las relaciones raza/género, explican el porqué de la inserción de América Latina en el sistema mundo como subdesarrollado.

La relación centro-periferia configura un Estado con profundas limitaciones. Tutelado por las empresas transnacionales y el gobierno de Estados Unidos y amenazado por las viejas clases políticas tradicionales. Las limitaciones las intenté explicar a través de la tectónica de la estatalidad, es cautivo, blanco y patriarcal. Los dependentistas nos ayudan a entender por qué es cautivo, la corriente modernidad/colonialidad/decolonialidad me dio los instrumentos para leer la raza y el género en el poder. Por esa razón, la recepción del dispositivo del desarrollo, no será la misma en el Norte que en el Sur y tampoco por Argentina y Venezuela. Sin embargo,

las limitaciones del Estado sí serán las mismas. El Estado coopta, posee una racionalidad propia que ejerce el poder desde arriba, prioriza lo macro sobre lo micro, tiende a la homogenización, es monocultural y designa lo que es de interés nacional y lo que no lo es. Además, tiene una temporalidad muy propia, que tiende al corto plazo. El Estado sigue siendo la plataforma de la blanquitud, aunque cuerpos no blancos lo habiten, porque el Estado forma parte de toda una esfera pública, que no se transforma solo con la experiencia de tomar el Estado. El peronismo amenazó la blanquitud a través de lo popular y con ello, la colonialidad. Pero no es decolonial.

Hacia una arqueología de lo popular

La atmósfera de los años 50 está condicionada por el posicionamiento protagónico del Estado y el estrechamiento de los vínculos entre los gobiernos latinoamericanos. De hecho Perón se asiló en Venezuela. No será sino a finales de esta década que el desarrollismo más tecnocrático y de inversión extranjera se convertirá en la fórmula regional, pero eso ya será con la salida de Perón y Pérez Jiménez del poder. Sin embargo, todas las propuestas, tenderán al nacionalismo. En este orden de ideas es que Pérez Jiménez niega que esté tratando de llevar a cabo un justicialismo a la venezolana. Tampoco consideraba, ningún otro modelo latinoamericano, posible de copiar en Venezuela:

Nosotros no teníamos necesidad de tomar soluciones ni del General Odría, ni del General Perón, porque sabíamos que éstos eran buenos jefes de Estado y que estaban logrando buenas soluciones para los respectivos medios. Pero nosotros no tenemos las características del Perú. No tenemos zonas desérticas, no somos productores de coca, no tenemos la población indígena que ellos tienen. Nosotros tampoco somos la Argentina, que está en una latitud muy distinta. No tenemos las grandes pampas argentinas con un metro de tierra vegetal. (Blanco 1983, 236)

No debería nadie soslayar la coincidencia del General Odría, el General Perón, y del General Pérez Jiménez, como de tantos otros militares en las jefaturas de gobierno. No solo el hecho de que se haya constituido esta episteme militar que incluye un lugar de enunciación privilegiado para aplicar un plan total de transformación económica, cultural, técnica, científica, urbana, en una coyuntura de postconflicto entre potencias. Hay un detalle que muy pocos trabajos han abordado y es que Odría fue Director del centro en el que estudió Pérez Jiménez, durante su estancia en el Perú, de hecho eran amigos personales (Blanco Muñoz 1983). Con esto quiero decir que esta episteme militar, al menos en el caso de Pérez Jiménez y Odría tiene una materialidad que trasciende los espacios nacionales. No es solo una característica regional o una coincidencia, fue un proyecto político que se gestó en el CAEM (Centro de Altos Estudios Militares) y en la Escuela de Chorrillos hacia América Latina. Este tiempo, el de los militares que apuestan por el desarrollo industrial es de una violencia racista

importante, por eso, la permanente lucha contra el conuco⁴⁵ que era el modo de producción indígena o afrodescendiente, no es azarosa:

Así mismo respecto al campo, no creemos en el conuco. El conuco sin agua o con agua, es signo de miseria. Comenzamos entonces a desarrollar las grandes extensiones agrícolas, a ser explotadas racionalmente. Y colocar en ellas a los campesinos nuestros que tuvieran suficiente experiencia para explotar racionalmente la tierra. No a todo el que le pedía. Porque si no hubiésemos caído en lo que cayó Betancourt: comenzó a repartir la parcela La Morita a gente que nunca había estado en el campo y que la utilizaba sólo para ir a pasar el fin de semana. (Blanco 1983, 170)

Pérez Jiménez llama miserable a la pequeña siembra autogestionaria que probablemente tiene siglos de sabiduría acumulada y que no es afectada por el precio de las materias primas, ni por lo que deciden en la bolsa de New York. Sin embargo, como atenta contra la razón de Estado al no formar parte de ninguna lógica de crecimiento económico a gran escala, al no ser una solución cortoplacista, al no permitir atiborrar un mercado internacional con *comodities*, y al no satisfacer a grandes contingentes de personas, está excluido. Entonces apela al *saber* del inmigrante blanco europeo, a que sea éste *el sujeto del desarrollo* y planifica con ellos el proyecto en Turén, Estado Portuguesa. Una colonia agrícola de la que la dictadura sacó a campesinos para colocar a extranjeros como confiesa el mismo dictador: “En Turén se asentaron en primer lugar extranjeros que sabían cultivar la tierra, que venían de países donde por fuerza de las circunstancias el hombre tiene que aprender a cultivar” (Blanco 1983, 172). Este es un punto de clivaje entre el peronismo y el perezjimenismo. Es allí donde el proyecto de Pérez Jiménez muestra la que su nacionalismo es antipopular y por ende, *blanco*. No apuesta por los connacionales, o los compatriotas, apuesta por un proyecto de nación inventada por la fuerza de trabajo europea. El proyecto nacional se basa en la construcción de una comunidad imaginada por un grupo de poder que en una posición hegemónica construye un relato propio, para que todos se identifiquen con este relato, incluso aquellos excluidos del mismo. Este proyecto tiene, como hemos visto, un conjunto de objetivos, que en el caso del perezjimenismo estaban esbozados en el Nuevo Ideal Nacional. La idea de lo nacional para lograr el desarrollo, debe ser blanco, patriarcal, heteronormativo y burgués, para poder llevar a cabo la industrialización, tecnificación, urbanización, y profesionalización que se necesita y conseguir el crecimiento económico deseado (Escobar 2014). Pérez Jiménez con los tecnócratas tenían la *ratio técnica* para llevarlo a cabo. Se unen entonces raza y poder en el dispositivo del desarrollo. Inmigración blanca para poblar nuestros países de trabajadores y *cuerpos* ya disciplinados por las formas de industrialización del Norte Global. Las Fuerzas

⁴⁵ Modo de producción a pequeña escala, autogestionario.

Armadas para que gestionen el poder y garanticen el orden que permite planificar y coordinar los procesos necesarios, sin oposición, ni manifestaciones o reacciones de grupos o agentes que politizados intenten revertir la aplicación del modelo. Durante distintas investigaciones que realicé en Venezuela, me percaté de que los inmigrantes europeos tuvieron un trato privilegiado, en detrimento de las personas que venían del éxodo rural. Había una planificación concebida desde los consulados en el extranjero y los recibían en el Puerto de la Guaira. Algunos recibieron viáticos y hospedaje y fueron llevados al sitio donde le otorgarían los nuevos empleos. Muy por el contrario, los campesinos, afrodescendientes e indígenas que venían del sur, el oriente o el occidente del país, no recibían ningún apoyo institucional de ese tipo. Este tipo de prácticas, demostraban fehacientemente que el proyecto nacional obedecía a una comunidad blanca imaginada (Anderson 1993) que ocultaba el poder de la blancura y el déficit de la no blancura. Visto lo nacional desde esta perspectiva, lo popular amenazaría esa comunidad imaginada (la blanquitud), revirtiéndola, convirtiendo la propuesta nacional y popular peronista en un oxímoron. En esa tensión viva está inmersa el peronismo. Entre lo nacional que es blanqueador y lo popular que representa la no blancura. En eso Pérez Jiménez no expresa tensiones ni es contradictorio, su proyecto es de un blanqueamiento clásico por así decirlo, salvo su postura antielistista de disputarle el poder a la oligarquía venezolana. Constantemente el dictador venezolano tendrá halagos y admiración para la inmigración europea:

Y esto estaba sucediendo en mi época. Y tan es real que de distintos países estaban afluyendo a Venezuela. Y eso lo sabe todo el mundo. De España, Portugal, Italia, Centro Europa y otros países iba gente a Venezuela. Gente que iba inicialmente a trabajar y que luego con su esfuerzo y su tenacidad, se fueron convirtiendo en pequeños empresarios. Y eso hay que decirlo se apropiaron de los negocios que nosotros los criollos no teníamos la capacidad suficiente ni el espíritu de trabajo para mantener. El europeo ha aprendido a vivir mejor que nosotros. (Muñoz 1983, 144)

Una vez más, ya casi ni valdría la pena mencionarlo, Pérez Jiménez considera que no tenemos “ni suficiente espíritu” ni suficiente “capacidad” para emprender y trabajar como los europeos. Su racismo sin embargo obedece a la estructura de la que hablaba antes. En la que racismo y poder se unen. Esta será una discusión importante a lo largo de este texto, porque se puede tener prestigio sin poder y viceversa. El ejemplo es la oligarquía venezolana y argentina, pierden el poder, pero siguen teniendo prestigio. La diferencia es que el prestigio es racial, por ende la blancura genera en sí misma un prestigio que no se pierde. Se puede perder el poder, pero no el prestigio porque eso es inmanente al signo racial. Es allí donde Pérez Jiménez intenta disputarle el prestigio a la élite caraqueña y venezolana que ostentaba el Country Club. A pesar de que los objetivos del pérezjimemenismo no son los mismos que los del peronismo, libra de la

misma forma una lucha por disputar el prestigio y el monopolio de éste a la élite venezolana. Hay una vocación de trastocar el status de blanquitud que se lo permite la configuración del pacto Estado-capital en Venezuela. Es decir, siendo Venezuela un país petrolero en plena crisis energética producto de la segunda guerra, el pacto Estado-capital se genera directamente con el mercado internacional que compra los hidrocarburos, con socios foráneos, lo que permite prescindir de pactos internos y gestionar los ingresos petroleros que da el petróleo. Lo que le permite a las Fuerzas Armadas portar una *blanquitud honoraria*. Esto permite erosionarle el monopolio del prestigio a las élites criollas. Lo que quiero decir es que el militar mientras esté en el poder y sea el mediador con la burguesía extranjera, gestionará el pacto Estado-capital, aunado al uniforme, sus ademanes, la narrativa épica de ser herederos de la primera independencia y al uso del capital del estado para acumular cuotas de capital racial (círculo militar, puestos privilegiados en los ministerios y embajadas, etc.) obtendrá prestigio temporal, una blanquitud honoraria. Eso es lo que intenta hacer Pérez Jiménez con las Fuerzas Armadas, dicho por él mismo:

El Círculo Militar, que se hizo para liberar a los militares de la influencia del Country Club, para que los militares y los civiles pudieran encontrarse y entenderse en un ambiente adecuado, para que los oficiales y sus familiares que vinieran a la capital de la república encontraran un sitio donde alojarse, los demócratas luego lo calificaron como obra suntuaria de la dictadura. La autopista Caracas- La Guara, según el doctor Caldera, se hizo para que transitaran los Cadillacs de los ricos. (Blanco 1983, 138)

Habría que añadir que los conflictos de Pérez Jiménez con los grupos económicos son en todos los sentidos, no solo en la disputa del prestigio. La dictadura claramente les cercenó caminos a la élite criolla para que hiciera grandes negocios durante su gobierno, por ende, no solo le disputaba prestigio sino poder económico (que casi siempre van de la mano), es decir, la apropiación de la renta. Esto hay que tenerlo muy claro, porque se diferencia de otros proyectos oligárquicos o de otras dictaduras que gobernaban al amparo de las élites. No significa por ello que se deba pensar que estábamos frente a un gobierno popular, a pesar de que Pérez Jiménez vivió el desdén de la clase alta caraqueña. Es por eso que el quiebre que genera en América Latina, las Fuerzas Armadas una vez modernizadas y profesionalizadas no es menor. Porque implica, por un lado, desclasamiento y por el otro descentramiento, ya que se reclutan oficiales desde todos los lugares del país y de todas las clases sociales. Es por esta razón que el andino, apela a su lugar de origen y a su desempeño para partir de un locus de enunciación aparentemente desideologizado y desclasado, un locus nacionalista. Ahora bien, aun cuando sabemos que tal locus no existe, lo que si representa, es un lugar *no elitista* y *no blanco* desde el que se habla. Aunque sea militar, ostente la presidencia de la República y con

ello una blanquitud honoraria, encontrará en la élite caraqueña un espacio objetado e inalcanzable para él. Habiendo nacido en ese lugar de *no prestigio*, pobre y rural. De allí derivaría un locus de enunciación que tendería a promulgar la justicia social, pero en el marco de la armonía entre las clases. Sin concebir la lucha de clases, la revolución o la transformación de las relaciones de producción.

Para comenzar habría que preguntar: ¿A qué clase social pertenece Pérez Jiménez? Porque si el Jefe de Estado pertenece a determinada clase, entonces es muy factible que defienda y actúe en función de la idea predominante de esa clase. Por eso le pregunto a usted: ¿a qué clase pertenece Pérez Jiménez? ¿Alta aristocracia? Comenzando por que no hay aristocracia en Venezuela. No hay título honorífico. ¿Alta clase económica? Yo vengo de un pueblo. Y nosotros pasamos hambre... ¿Soy de la sociedad caraqueña? ¿De qué clase soy? Esto respecto a mi origen. Ahora con respecto a mis actos: ¿lo que yo hacía era para beneficiar a los godos de Caracas? Y si alguien pudiera afirmarlo ¿qué obras, que cosas hice específicamente para beneficio de la alta sociedad caraqueña o la alta sociedad de Venezuela? ¿*Los Caracas* los hice yo para beneficiar a los Boulton? Se hicieron para los obreros. ¿Las casas sindicales para quiénes se hicieron? Para los obreros. El hecho de establecer obras públicas, como se dice entre nosotros, a patadas, para que hubiera fuentes de trabajo ¿lo hice con el propósito de beneficiar a quién? ¿A las clases altas? No. Yo de estas cuestiones clasistas no entiendo. Yo no soy clasista ni anticlasista. Creo más en la cuestión de la justicia social. Hay que procurar defender al que tiene menos medios económicos. Sin tampoco caerle encima a quien tiene medios económicos de alguna magnitud. Lo que hay que procurar es que el que tiene medios no especule. Es decir, que las ganancias sean moderadas y no merezcan el calificativo de la especulación. Que obtengan ganancias proporcionadas a su capital, los porcentajes que la ley considera normales, etc. Y que esto sirva para abrir fuentes de trabajo, en las cuales el humilde puede encontrar su modo de ganarse la vida trabajando honradamente. De manera que en eso de las clases no podría responderle más allá. Ese es un esquema que no entiendo. Porque, ya le digo, ¿en qué clase social, en qué casillero social se me puede enmarcar a mí? Hoy día si se me puede enmarcar en la alta clase económica. Pero en este momento y por mí mismo, porque no estoy metido en un conglomerado, ni tengo asociaciones que me obliguen con sectores de determinado país o de Venezuela. (Blanco 1983, 168)

Es curioso que apela a la “sociedad caraqueña” a secas, para construirse su propia diferencia. Cuando ya había antagonizado con la “aristocracia”, la “alta clase económica”. No hay que ser un observador demasiado acucioso para pararse en este detalle. Luego rescata que hizo una urbanización para obreros que se llamó *Los Caracas*, que evidentemente no era para la familia Boulton, que junto a los Mendoza y los Capriles eran de las familias más adineradas del país. Al igual que Perón, no creía en la lucha de clases y por supuesto que al promulgar el principio de justicia social no ocultaba su admiración por el general Perón. Su idea como se ha dicho antes, era “aburguesar el proletariado” y aunque esta premisa no fuese verificable, lo que si podemos decir es que le pugnó el prestigio a la clase alta venezolana:

Nosotros pretendíamos y lo he dicho muy claro, aburguesar el proletariado. Y si vamos a los hechos otra vez se podrá comprobar que si bien estas clases obtuvieron ganancias, no fueron las que obtuvieron cuando el General Medina... Yo no voy a decir que no se beneficiaran, pero la tendencia del régimen de Pérez Jiménez, concretada en hechos, puede ponerse de manifiesto

en que estos sectores oligárquicos fueron los que más aplaudieron la salida de Marcos Pérez Jiménez. (Blanco 1983, 327)

Luego de lo dicho, entenderemos que “aburguesar” es sinónimo de blanquear y que si la raza estuviese narrada, el dictador pudiera decir sin tapujos: nosotros pretendíamos blanquear la no blanca.

Militarismo tecnocrático

Como mencioné anteriormente, el desarrollo industrial está completamente vinculado con la seguridad nacional y el uso estratégico de los recursos naturales que ya para los años 50 eran motivos de análisis y preocupación por parte de los militares latinoamericanos. De las Fuerzas Armadas salen incluso doctrinas económicas acerca de lo importante que era la industria pesada para el país y que el Estado debería tener empresas que se encargaran de ello, para autoabastecer al país de esta infraestructura, la siderúrgica para las armas y la metalúrgica para los trenes. Todo ellos surgía a lo interno de los cuarteles y era una constante en los países del continente. El desarrollo industrial e incluso el desarrollismo posterior iban de la mano con la planificación del Estado. El tema de desarrollo de energía nuclear también estuvo sobre la mesa en Venezuela (Castillo 1990) El sueño de los militares era insertarse al mercado internacional para luego lograr autarquía económica. En todos los proyectos políticos de la región, estuvo la presencia de un Estado fuerte y planificador. A pesar de que algunos países tuvieron mayor inversión extranjera directa que otros y algunos fueron más audaces con las reformas sociales. El desarrollo planteaba “la transformación del medio físico y espiritual” necesitaba de un Estado fuerte:

Las propuestas referidas a lo que en el lenguaje del régimen constituía la “transformación del medio físico”, es decir, el programa económico-social indispensable. En tal sentido se señala el papel del Estado en la esfera económica y la necesidad de la programación, la importancia del desarrollo industrial y en particular, lo respectivo a las empresas básicas, el inicio de la investigación y usos pacíficos de la energía atómica, la modernización de la agricultura, la política de viviendas, el desarrollo urbano y la ampliación de la infraestructura básica (vialidad, telecomunicaciones, transporte, etc.) y la posición frente a la inversión de capitales. (Castillo 1990, 139)

Habría que decir que en ese sentido el peronismo y el pérezjimenismo comparten la idea *pendular* de la ideología, no se autodenominan ni de izquierda ni de derecha. Comparten el sentido autónomo, soberano y nacionalista, así como las tensiones permanentes con los Estados Unidos. La gran diferencia radica en el sujeto histórico del proyecto político que en Venezuela son los técnicos y los militares y en Argentina es el líder y los trabajadores, lo que es constitutivo de su origen golpista el primero y el origen electoral del segundo. Ahora bien, esto no quiere decir que la técnica con la que gobernara Perón haya surgido de lo popular,

también es eurocéntrica pero sin embargo, los espacios de *representación* y de disputa de capital dentro del Estado, si serán plenamente ocupados por los trabajadores y esos cuerpos populares (no blancos). Por el contrario, serán los técnicos en Venezuela los que tomarán las decisiones y ocuparan el aparato burocrático y directivo del Estado. Lo técnico al aparecer como neutral es despolitizado, desclasado y des-generado y todo aquello que aparenta no politizarse en el Sur global cae presa de la colonialidad, que implicaría una tendencia a ser blanco, patriarcal y burgués. El proyecto venezolano es claramente blanqueador, mientras que el peronista sí genera tensiones importantes:

En este razonamiento como en todos los del Nuevo Ideal Nacional, tecnificación es sinónimo de despolitización, desideologización, de homogeneización, de acuerdo a la cual no hay otra alternativa que la recogida en el lema de “la transformación del medio físico...” que constituye el interés nacional. (Castillo 1990, 143)

Tan tecnocrático y despolitizante era el Nuevo ideal Nacional que en lugar de plantear una reforma agraria, para otorgar títulos de propiedad a los campesinos y luchar contra el latifundio se plantearon realizar una “reforma agrícola” como lo habíamos dicho antes, pensado desde el paradigma científico técnico productivista y nunca en beneficio de los campesinos. Creo que este punto es neurálgico para ponerlo en tensión con el peronismo. Que si bien no resolvió la situación del campo (ningún proyecto político en la región lo resolvió) se lo planteó como objetivo. Por eso es muy importante insistir en lo de la técnica como algo neutral. A lo largo del tiempo, el paradigma tecnocrático que inaugura Pérez Jiménez irá ganando espacios y colocándose como hegemónico en la región, logrando imponer la tesis de que por falta de técnica las reformas agrarias fracasaron, usando de esta forma los argumentos racistas de que el campesino no tiene el saber para hacer producir la tierra. Este paradigma tecnocrático se inaugura en esta época y se va imponiendo años después a lo largo del continente. En palabras de Vallenilla:

Una Reforma Agrícola, que no Agraria, que sitúe al campesino a producir a precios económicamente rediticios. Para ellos se requieren carreteras, caminos de penetración, riego y créditos. La vía panamericana, por ejemplo, pondrá al servicio de la agricultura la inmensa zona ubicada al sur del lago de Maracaibo. Luego para completar la obra, el gobierno deberá facilitar créditos para la deforestación y cultivos.⁴⁶ (Castillo 1990, 154)

Solo desde la racionalidad estrictamente técnica se puede pensar en que la prioridad es que el campesino produzca a precios “rediticios”. La prioridad es su cultura, su vínculo con la tierra, sus formas de vida, su cosmovisión. Nadie plantearía jamás que no existan procesos de modernización pero el programa del desarrollo genera por un lado prácticas totalizadoras que

⁴⁶ Vallenilla Lanz. *Escritos de memoria*, p 338.

homogeneizan bajo la categoría campesino cualquier forma de vida no urbana. Por otra parte, al privar el interés nacional, no está priorizándose el interés de la totalidad del país, se está priorizando aquellos que sean los protagonistas del proyecto político en ciernes, y si ese proyecto político busca urbanizar, tecnificar, mecanizar, profesionalizar e industrializar la sociedad, será para favorecer esos espacios donde residan la mayor cantidad de beneficios que otorgue el gobierno. Ya habré dicho que el desarrollo tiene como matriz la industrialización y con ella el aumento de la producción, por ende el cortoplacismo y la obsesión por aumentar la exportación a como diera lugar es común en todo el Sur. La prioridad del Estado no es entonces cómo hacer que aquel que no vive en las ciudades mejore su calidad de vida. La prioridad sería, ajustar esa realidad a lo que solicita el mercado mundial, porque eso deriva en mayor ingreso de divisas y por ende mayores posibilidades de importar todo lo necesario para ese desarrollo. Así hasta que se deterioren los términos de intercambio como nos enseñó la escuela de la dependencia de Prebish, Faletto y los que continuaron su legado. Este espíritu va a reorganizar no solo la economía sino el orden territorial y demográfico, determinarán lo que debe cosecharse y lo que no. Eso que en principio se le llama planificación racional y organizada de los recursos, pero desde lugares *otros* es eliminación de la diversidad, de la diferencia y de formas de vidas. En palabras de Marcos Pérez Jiménez:

“No sería suficiente hacer obras, en un medio físico apto. Necesario es que dichas obras sean lógicas, oportunas, adecuadas, funcionales. Este aspecto de finalidad precisa y ordenada es una de las virtudes del Nuevo Ideal Nacional como programa de gobierno, porque parte de una concepción orgánica de la nacionalidad, opera en forma directa y con medios efectivos y sólo busca el provecho de la comunidad, y países como el nuestro, en donde la acción de gobierno tiene que abrirse paso con arduo trabajo para la toma del medio y la modificación de la fisiografía, se requiere un mayor esfuerzo y un tino más agudo en el control de esa acción”⁴⁷ (Castillo 1990, 158)

La tecnocracia eleva a imperativos nacionales e históricos las decisiones del proyecto ideológico, de esa forma, con los adjetivos “oportunos” o “funcionales” se le está olvidando lo más importante. ¿A qué son funcionales y oportunos? A la acumulación de capital mediante la exportación de materias primas y la importación de todos los insumos concernientes a nuestro desarrollo material. De ninguna manera estoy queriendo plantear aquí una negación del conjunto de obra de vialidad, electrificación, higienización y otros aspectos que mejoraron la vida de millones, pero también habría que contar la historia de otros millones que serían

⁴⁷ Pérez Jiménez, Marcos. “El Nuevo Ideal Nacional en 1954”, en *Venezuela bajo el Nuevo ideal Nacional*. 2 de diciembre de 1952 al 19 de abril de 1954. P. 16.

desplazados, desterrados, desarraigados de sus pueblos, de sus comunidades, por el dispositivo desarrollista que estos gobierno decidieron imponer.

Al mismo tiempo las Fuerzas Armadas tuvieron su espacio de *representación*. Siendo el evidente sostén del gobierno, gozaron de muchos privilegios durante esta década. Además como dije antes, Pérez Jiménez le quería disputar el prestigio a la clase alta caraqueña, con la que no tenía buenas relaciones por su condición de andino. Entonces le construyó un lugar de socialización propio para esa institución. Al mismo tiempo hizo esfuerzos enormes por modernizar en todos los sentidos las Fuerzas Armadas. Habría que recordar que el dictador, durante el periodo democrático fue encargado de la Academia Militar y el primer cargo que tuvo después del golpe fue Ministro de la Defensa, por ende su interés en el mundo militar era casi obcecado:

En la misma línea atendió a los militares, partiendo de la consideración de la procedencia socio-económica de la casi totalidad de los efectivos de las Fuerzas Armadas Venezolanas, la cual los colocaba en una situación de marginación y minusvaloración social. En el marco de la política de profesionalización y especialización de las mismas (reorganización interna, modernización y elevación del nivel cultural, modernización de armamento, reforma de los estudios militares, creación de la Escuela Básica y de la Escuela Superior de Guerra), también se buscó la promoción social y cultural de los militares y en términos materiales, se les dotó de unas instalaciones para su disfrute concebida con todo el lujo y las comodidades de la época y con la expresa intención de hacer de ellas “un Círculo Militar que no tuviera igual en América Latina”. Cuyo objetivo ideológico era quitarle al oficial de las Fuerzas Armadas el complejo de inferioridad social y demostrarle a los grupos adinerados que los militares también podían disponer de un lugar digno y cómodo para su esparcimiento y el de su familia. (Castillo 1990, 168)

Los militares para Pérez Jiménez eran la vanguardia y ello en dos sentidos, el primero es que al no creer en los partidos políticos (porque representaban intereses de clase y no nacionales) no existía ningún actor político legítimo para llevar a cabo el proyecto de desarrollo. La negación de la política según la dictadura era la negación del caos, de la demagogia y del conflicto, que impedía la estabilidad suficiente para transitar las etapas necesarias, hacia ese estadio superior al que nos iba a llevar la modernización que el régimen planteaba. La segunda, era la sustentación histórica de que el ejército venezolano había liberado medio continente y por ende, estos soldados eran hijos espirituales de aquellos primeros que nos dieron la independencia. Siendo esta una segunda independencia, serían los soldados de esta hora los convocados a llevar a cabo las transformaciones necesarias. También había que pensar que las Fuerzas Armadas eran las que tenían el monopolio de la violencia del Estado, eran aquellos que junto con la policía política, sostenían al régimen. Como hemos visto, el desarrollo es un modelo totalmente ajeno a las realidades de nuestros pueblos y por ende la

imposición genera una violencia considerable, para ello la pericia y el pensamiento militar, son fundamentales. Los militares estarían acompañados efectivamente de otros científicos y técnicos que complementarían el salto al desarrollo. Mientras los militares garantizan la estabilidad y el orden. Lo que implicaba reprimir huelgas de trabajadores, secuestrar luchadores sociales, torturar a militantes de los partidos y conculcar la libertad de expresión. Los técnicos crearían y aplicarían las recetas para seguir avanzando en miras de esos objetivos. Habría que decir que no es una particularidad venezolana, ya que la idea de que en democracia y con conflicto no se podría alcanzar la modernización, es hasta nuestros días legítima para algunas narrativas reaccionarias que por ejemplo ubican a Pinochet, como el adalid del liberalismo económico. El Nuevo Ideal Nacional se lo planteaba desde los años 50:

La vanguardia la debían integrar los militares acompañados de una tecnocracia despolitizada, lo cual implicaba la exclusión de los partidos políticos y un particular tipo de relación con las clases sociales, en la que ninguna de ellas por sí sola podría liderizar o imponer un proyecto nacional. Los llamados eran pues, la vanguardia militar y tecnocrática, en virtud de poseer la disciplina, el patriotismo, la idea de orden, la eficacia de la organización vertical en los mandos y la profesionalización que garantizaba la estabilidad a mediano y largo plazo. Esta vanguardia colocándose por encima de los intereses individuales y grupales, debía garantizar la Unidad Nacional y, en esa medida, conducir el país a la democracia, la cual se concebía como resultado de un proceso y fruto de determinadas condiciones económico-sociales. (Castillo 1990, 170)

Como he dicho anteriormente, a pesar de que el desarrollo como programa a nivel mundial se constituye a partir del discurso de Truman en 1949, en América Latina fue previa la necesidad de llevar a cabo el *desarrollo* industrial, es por esta razón que ni el peronismo ni el perezjimenismo son fórmulas hijas del pensamiento cepalino. Al contrario pareciera que la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) formula postulados que son hijos de estos procesos. Es importante esclarecer esto, porque haría de la imposición del programa del desarrollo una consecuencia de la colonialidad y no de la imposición de las agencias ONU, como sí ocurrió posteriormente. A pesar de que Celso Furtado, uno de los fundadores de la CEPAL y el pensamiento dependentista estuvo en Venezuela y realizó un informe que al parecer no fue del agrado del régimen venezolano. De igual manera algunas de los objetivos de los teóricos de la dependencia se vieron reflejados en la construcción de estos modelos de industrialización: El rol del Estado en la nacionalización de las industrias básicas, el aumento de las exportaciones de petróleo, el intento de diversificación de la estructura productiva y el aumento del consumo interno, etc.

En efecto, no hay indicios que permitan pensar en una influencia directa de los postulados cepalinos en la acción y orientación del gobierno venezolano; más bien parece que la relación institucional entre ambos hubiese sido mínima antes de 1958. Un ejemplo de ello fue la invitación que se le hizo al economista Celso Furtado para que viniera a Venezuela, la cual se realizó a título personal, con el objetivo de que calibrara la gestión de gobierno. Tal como lo

señala Orlando Araujo, dado el prestigio de Celso Furtado, se buscaba que con su autorizada opinión, diera lustre a la concepción y a la obra que se desarrollaba. No se correspondieron los resultados del documento con las expectativas oficiales. (Castillo 1990, 172)

De la misma forma que los militares, la burguesía también se vio favorecida por la gestión gubernamental, por el contrario los obreros al no tener derecho a la sindicalización dependían directamente de lo que desde el régimen se considerara necesario para ellos y recibieron el apoyo indirecto tradicional del rentismo venezolano: sobrevaloración de la moneda y por ende subvención del consumo. La tecnificación de los años 50 representó un gran problema para la absorción de mano de obra, al igual que la urbanización tan radicalmente vivida, eso generó que en Caracas se radicaran periferias a los que se les llamará *barrios*, que no son más que las *villas miserias* argentinas, los *pueblos jóvenes* en Perú o las *favelas* en Brasil. La idea de “aburguesar el proletariado” es considerablemente despolitizada y anti-ideológica. Porque se refiere única y exclusivamente a las posibilidades de consumo que tendrían los trabajadores y no a la disputa de la propiedad o de los medios de producción. Durante estos años, la explotación petrolera, pero sobre todo el sector de la construcción se disparó ampliamente. Sin embargo, es cuando se termina de concretar el abandono completo del campo venezolano, para siempre:

El sector obrero se incrementó en virtud de las actividades industriales, y especialmente de la construcción. El crecimiento del empleo se vio afectado por la magnitud de la oferta de la mano de obra, consecuencia de la migración campo-ciudad, la cual sobrepasaba en mucho las posibilidades de trabajo, desajuste éste que se agravaba debido a la incorporación de una alta tecnología ahorradora de mano de obra. El carácter mismo de la construcción, implicaba que no fuese una ocupación estable, sino en función de las necesidades de las obras en proyecto, con el agravante de que en los casos en los que dependía del sector público- los más frecuentes e importantes- incorporaba una menor cantidad de mano de obra dado los mayores niveles de mecanización. No obstante ello, durante buena parte de la década, las brigadas de la construcción enrolaron una cantidad importante de obreros y al disminuir su ritmo en los últimos años del régimen, comenzó a producirse un fenómeno de desocupación de importante significación. Por otra parte, a pesar de la bonanza fiscal y del hecho que durante la década se mantuvo un ingreso per cápita alto, el sector trabajador no percibió suficientemente estos beneficios, lo cual en su mayor parte se orientaron al capital. Frente a ello, tal como se ha señalado con anterioridad, el gobierno desarrolló conforme con su filosofía de “aburguesamiento del proletariado” y buscando una forma de legitimación- un conjunto de instituciones que favorecerían a los trabajadores, las cuales absorbieron un porcentaje de 10.01% del gasto público nacional a lo largo del período. Una parte importante de este porcentaje se orientó a la edificación de viviendas populares y a la creación de un conjunto de instituciones prestadoras de servicios sociales en beneficio de los sectores trabajadores tales como el Instituto de Previsión y Asistencia Social para el Ministerio de Educación (IPASME), el Instituto Nacional del Deporte (IND), Patronato Nacional de Ancianos e Inválidos (PANAI), el Instituto Nacional de Nutrición, el Consejo Venezolano del Niño (CVN), la Caja del Trabajador Penitenciario, Instituto de Capacitación de los Trabajadores (INCRET) y el Hospital Autónomo Universitario. (Castillo 1990, 182)

A pesar de la no sindicalización, la bonaza petrolera distribuyó a través de bienes públicos e instituciones del Estado cierta cantidad de renta. Con respecto a las relaciones con los Estados Unidos, Pérez Jiménez vivió un momento cúspide y otro de ocaso.

CAPÍTULO TRES

Desarrollo y racismo

Introducción

La raza en nuestros países es inenarrable, por ende era imposible pensarla única y exclusivamente a partir del peronismo y el pérezjimenismo. Ésta al derivar de una historia de *larga duración* hacía necesario para su comprensión construirle antecedentes. En este tercer capítulo, lo que pretendo es generar coordenadas históricas que permitan hacer emerger las representaciones de la raza y las distintas expresiones del racismo en la etapa estudiada, pero que sin este el recorrido previo, quedarían invisibles.

Durante los capítulos anteriores he mostrado cómo se constituye el pacto Estado-capital y he prefigurado la matriz discursiva de estos años de desarrollo industrial, ahora intentaré develar, que tanto la *Economía Política* como la *razón del Estado*, son racistas. Esto generará, una distribución racial del capital, que ocasionará un crecimiento exponencial de los centros urbanos, en detrimento de la depauperación de lo rural, evidenciando de esta forma que las provincias más empobrecidas de Argentina y de Venezuela coinciden con las que tienen la mayor tasa de población indígena y afrodescendiente. Así mismo, aflorarán las contradicciones entre folklore y cultura popular en el proyecto pérezjimenista, y colapsará lo popular sobre lo nacional en la propuesta peronista. Prefigurando lo popular como la emergencia de la no blancura y lo nacional como la comunidad imaginada blanca y homogénea.

A pesar de que le otorgo un espacio particular a cada país (como en ocasiones anteriores) siempre habrá fluctuaciones e intentaré nunca perder el permanente giro comparativo. Colocaré en tensión registros de *representación* extraídos de un archivo necesariamente versátil. El racismo más exacerbado en Argentina, vendrá de parte de la oligarquía desplazada del poder, mientras que en Venezuela, emanará de los propios discursos del dictador y sus ministros. En ambos casos defenderán la blanquitud y el *negro* representará el caso, la barbarie, el peligro, el modelo a superar. Por último, tuve que obligatoriamente resaltar la presencia de la mujer blanca en todas y cada una de las revistas y periódicos que leí. Allí aparece como dueña del espacio doméstico pero también como sujeto de deseo, recordemos que posee la matriz reproductora biológica y simbólicamente de la blanquitud y por ende del *cuerpo desarrollado*. Ya estas alturas propongo pensar el *desarrollo* como una *norteamericanización* de la vida cotidiana.

El levantamiento del archivo racial como indicaba en el capítulo anterior, forma parte de una propuesta metodológica *otra*. Es un encare que intenta disputarle a la historiografía oficial el monopolio de la verdad. La historia oficial silencia la raza y con ella al racismo. Sus instrumentos metodológicos y programáticos son miopes para rastrear ausencias y encubrimientos. Por esa razón, planteo pensar una *arqueología fanoniana*. Frantz Fanon en su eminente obra *Piel negras, máscaras blancas*, tiene el desafío de inventar un archivo para hablar de algo que nadie nunca había hablado: la construcción subjetiva del negro en una sociedad colonizada. En este texto Fanon no escatima en insumos, para él es una evidencia igualmente válida: un tratado de psiquiatría, un chiste, la publicidad de la época, una anécdota de su pueblo natal y una novela sobre una joven negra martiniqueña. La literatura, la psiquiatría canónica, la visualidad, la historia oral y el humor, son todos válidos para poder armar la narrativa ausente. Esa es mi propuesta para este capítulo y los anteriores. Pasar de la primacía del documento, a la ponderación de cualquier recurso que esté a nuestro alcance. Trasladar la arqueología foucaultiana que privilegia la palabra escrita, a la arqueología fanoniana, que la vincula con la historia oral y con su propia experiencia en el mundo. Mi cuerpo habitando un paisaje ajeno como el de Buenos Aires, aparece narrado a lo largo del texto, así como el cuerpo de Fanon, que nos enseña a pensar desde esa materialidad alterizada, racializada y generizada. Esta es una diferencia radical con la arqueología planteada en la obra de Michel Foucault, donde su cuerpo, no aparece.

A lo largo de este capítulo, aparecerá una tendencia reiterada que hace coincidir al cono sur (Argentina) y al caribe (Venezuela) en un mismo patrón racista. Esta tendencia está comprobada, a partir de la aparición del significante *negro* como forma de subalternizar al otro, aunque este otro, no tenga el aparente significante anatómico afrodescendiente. Esta especie reflejo racista es producto de la psique colonial. A través de este hallazgo, intento explicar que la blanquitud opera como una *pedagogía del poder*, que disciplina y castiga a aquellos cuerpos, que ocupando la esfera pública, rompen con el mandato blancura y la reproducción de la blanquitud constitutiva del Poder. De esta forma, la oligarquía argentina castigará a Yrigoyen y la venezolana a Cipriano Castro por traicionar el mandato de blancura y atentar contra los intereses de la clase económica local y las transnacionales extranjeras. Y es que la blanquitud cuando opera desde el Estado, está entrampada en el pacto Estado-capital descrito en el capítulo anterior. Cualquier intento de traicionar este pacto, se condena con la remoción del gobierno. En el caso del dispositivo del desarrollo, la gramática del poder impediría si quiera plantear la posibilidad de romper el pacto. La pedagogía del poder, vigila y castiga a aquellos que apuestan

a empoderar la no blancura y los señala como negros, bárbaros o incivilizados. De esta forma, la blanquitud se defiende como *ethos del poder*. Como una forma racista de gobierno sobre los cuerpos, territorios y epistemes.

La llegada del dispositivo del desarrollo, genera la necesidad impertérrita de transformar ciudadanos en consumidores. A través del consumo, propongo analizar el entronque raza-clase que ya ha sido esbozado a lo largo de la tesis pero sin lugar de concreción. Es en la publicidad de la época, donde se nota claramente que aburguesar una sociedad, implica blanquearla. Que a medida que crece el poder adquisitivo, el mundo blanco con sus lógicas y su régimen visual, inculca nuestros deseos y necesidades. La publicidad, es otra de las formas de ejercicio de la pedagogía del poder. Es generar un deseo por formar parte del *ethos del poder*, que es masculino y blanco. El consumo, sería pues, una de las prácticas de blanqueamiento que constituye el dispositivo del desarrollo y se articula inextricablemente con otras lógicas como la de urbanizar, industrializar, planificar, tecnificar y profesionalizar. En esto coinciden, como ya he dicho antes, Perón y Pérez Jiménez. La dificultad de hacer entender que desarrollo es blanqueamiento, se desvanece y se supera a partir del régimen visual que insta los periódicos de la época. No hay otro cuerpo, no hay otra corporalidad, no hay otra visualidad que se asocie con los autos, los electrodomésticos, los perfumes y la higiene en general, que no sea la blanca. En el consumo, queda demostrada la blanquitud como *ethos* deseable, como *ethos* del poder, sin cortapisas. La publicidad funge entonces como la pedagogía racista de la blanquitud.

Hacia una genealogía de la blanquitud en Argentina y Venezuela.

En Argentina, el peronismo elaborará el oxímoron nacional y popular para definir su proyecto, mientras que en Venezuela será nacional y militar. Es decir, el sujeto histórico que llevará acabo esta transformación material del país serán las Fuerzas Armadas en Venezuela y para la Argentina de Perón, el pueblo. Esto traerá como consecuencias dos nociones de lo popular distintas. En Venezuela se enaltecerá lo popular como algo folclórico, es decir, como manifestaciones artísticas, gastronómicas y cualquier otra expresión que excluya alguna posibilidad de pugnarle el poder político a la dictadura y al capital. En Argentina, lo popular será la fórmula de organización militante y de un nuevo pacto Estado-sociedad. Allí nos detendremos más adelante, porque será una tensión definitiva entre el modelo de desarrollo nacional peronista que es blanqueador con respecto a la esfera pública, pero las fuerzas populares que lo acompañan son no blancas. Juan Domingo Perón, como lo explicaría con

respecto al populismo Ernesto Laclau, se convierte en un *significante vacío* (Laclau 2013) que yo preferiría llamar *disponible* porque cediendo su blanquitud honoraria, permite la síntesis de las irrepresentables, diversas y heterogéneas formas no blancas de lo popular. En ese sentido, el proyecto político reivindicará al otro depauperado, proletarizado, excluido y racializado por la oligarquía como *cabecita negra* o simplemente *negro*. En el caso proyecto venezolano, el pueblo será integrado como mero espectador (Coronil 2002) y siendo coherente con el neopositivismo expresado en su doctrina, le endilgará la responsabilidad de construir el proyecto a una élite militar que ve en el folklore el acervo identitario para construir la comunidad nacional pero solo como expresión cultural/espiritual y no política. En Argentina, por el contrario, lo popular y *no blanco* si tendrán vida y agenciamiento durante el peronismo como nos los describe Hugo Ratier:

Obreros con plata y con derechos. ¡Dios nos libres! Exclaman los patrones. ¡Y negros, para peor! El mercado de trabajo se amplía con una industrialización que recién dejará de absorber mano de obra después de 1950. La inflación no impide que el salario alcance real valor adquisitivo, lo que pasa es que ahora es para muchos. Hay colas, los comerciantes no dan abasto y sobrevienen las quejas de los que, ayer no más, eran consumidores exclusivos de ciertas cosas. Las que ayer fueron barreras eficaces para impedir al pueblo el acceso a productos o lugares, son superadas. El traje y la corbata en el hombre, por ejemplo. Comienzan a murmurarse: “ya no se sabe cuál es el obrero y cuál es el patrón” y, respecto de las sirvientas: “Estas chinas se visten igual que las señoras”. (Ratier 1975, 39)

La categoría negro en Argentina que desarrollaremos más adelante, estará totalmente vinculada con lo popular. Como veremos a lo largo del trabajo, a pesar de que la arquitectura del Estado es blanca y blanqueadora, habrá un espacio de lo social donde ocurrirá un empoderamiento de la no blancura. El gobierno de Perón, cederá espacios de poder a través de la gestión del capital, lo que conllevará a una disputa por el *prestigio* y el poder monopolizado por la oligarquía argentina. Sin embargo este modelo dependerá de una cesión de poder y de prestigio que se permitirá Perón en un momento de crecimiento económico importante y haciendo disponible su blanquitud honoraria al servicio de aquellos que no la ostentaban.

Evidentemente, esta yuxtaposición de modelos de desarrollo tendrá que ver con el génesis de cada uno. Pérez Jiménez y su junta militar llegan a través de golpe palaciego y Perón a través de elecciones universales, directas y secretas. Sin embargo, habría que decir que ya desde antes de que Perón fuese electo, su liderazgo en la Secretaría de trabajo había creado un vínculo esos conglomerados de trabajadores que van a buscarlo el 17 de octubre de 1945, día en el que comienza la oligarquía a representar a los peronistas como negros, invasores y enemigos de la modernidad. Lo que quisiera dejar claro en esta introducción, es que el lugar

privilegiado para rastrear la huella (Glissant 2006) afrodescendiente e indígena en Argentina y América Latina, es en la heterogénea esfera de lo popular. El testimonio de Daniel James⁴⁸ nos ilustrará al respecto:

No sólo los incidentes violentos denunciados, sino también el tono y el estilo mismo de las manifestaciones fue una afrenta. Esos proletarios no cantaban los himnos típicos de los mítines obreros, como los del 1º de mayor, no marchaban bien encolumnados ni obedecían las reglas tácitas de la decencia y la contención cívicas. En lugar de ello, entonaban canciones populares, bailaban en medio de la calle, silbaban y vociferaban, y eran a menudo dirigidos por hombres a caballo vestido de gauchos. El acompañamiento musical constante de sus marchas era el insistente retumbar de enormes bombos. Además, cubrían a su paso, todo lo que veían con leyendas inscriptas en tiza-hecho que, teniendo en cuenta las reiteradas oportunidades en que fue comentado por la prensa, aparentemente era otro notorio apartamiento de la tradición- En suma, las multitudes del 17 de octubre carecían del tono del solemnidad y dignidad característico que impresionaba como la decorosa encarnación de la razón de los principios (James 1987, 110-11)

La literatura estará también plagada de representaciones que otrifican al peronismo y lo construyen como bárbaro, lo que era lógico desde una postura oligárquica ya que ésta era una fuerza social estaba amenazando el pacto oligárquico de blanquitud/Estado-capital. Jorge Luis Borges, Victoria Ocampo, Bioy Casares y todos los representantes de la *alta cultura* comenzaron a construir el peronismo como su antagonista. Igual me gustaría precisar que no es una particularidad de la época de Perón y mucho menos del *grupo florida*⁴⁹, es más bien, un repertorio histórico del imaginario racista y subalternizador instaurado en América Latina. La emergencia del *tropos negro* para denunciar la amenaza al pacto blanquitud/Estado-capital surgió desde el advenimiento a la presidencia de Hipólito Yrigoyen, esta denuncia estaba presente debido a que antes del triunfo del líder de radicalismo más del 60% de los diputados pertenecía a la clase alta e inmediatamente después de las elecciones de 1916 este sector se vio reducido a un 35%⁵⁰ (Buchrucker 1999, 32). Lo que originó que emergiera el racismo más potente, atacando al parlamento y a la propia figura de Yrigoyen:

⁴⁸ También ilustrativo es el artículo del periódico socialista La Vanguardia del 23 de octubre de 1945 citado en el mismo texto de Daniel James: “Una horda, de una mascarada, de una balumba, que a veces degeneraba en murga... ¿Qué obrero argentino actúa en una manifestación en demanda de sus derechos como lo haría en un desfile de carnaval” James, Daniel. 1987. “17 y 18 de octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera Argentina” en *Desarrollo Económico*, n° 107, vol. 27, octubre y diciembre. 112.

⁴⁹ Grupo de escritores de vanguardia que entre los años 20 y 30 se reunían entre la Calle Florida y la Calle Tucumán de la Ciudad de Buenos Aires, del que formaron parte Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Leopoldo Marechal, entre otros. Se les catalogaba como los escritores de la clase alta, en contraposición al *Grupo de Boedo* en el que participaban escritores comprometidos con luchas sociales, como Roberto Arlt o Leónidas Barletta.

“Parecía el carnaval de los negros”⁵¹...Para *La Nación* resultaba chocante la “exclusión deliberada y despectiva de las zonas superiores de la sociedad (...) Estos connubios con las multitudes inferiores”⁵²(...) En *La Fronda*, el presidente es el “peludo llorón y espiritista”, “cacique”, “pardejón”, “un enfermo delirante”⁵³. (Buchrucker 1999, 32-33)

No quisiera extenderme en este período histórico, debido a que no es el que me propuse estudiar, sin embargo, quería demostrar que la subalternización a través de la categoría negro, aunque no coincida con el fenotipo, no emerge por primera vez con el peronismo. El hecho de que se incluya en el parlamento a personas de los estratos sociales más vulnerables y empobrecidos, es una disputa de blanquitud, no solo de poder. Ese espacio de la *esfera pública* negada a los cuerpos que no ostentan la blanquitud, se convierte a partir de Irigoyen en una pugna en el plano de la *representación*. Le llaman “carnaval de negros” al proceso de inclusión social que comienza a partir de 1916. El desprestigio al líder es el siguiente paso, se le llama “peludo” *animalizándolo*, “llorón” *afeminándolo*, y “espiritista” *primitivizándolo*. La traducción sería sencilla, lo llamaron, *bárbaro*, *mujer* y *negro* al mismo tiempo, para luego patologizarlo como “enfermo delirante”. ¿La causa? haberle disputado al pacto blanquitud/Estado-capital a la oligarquía. El indígena evidentemente no podría quedar fuera del mosaico subalternizador y de esa forma llaman a Yrigoyen también “cacique”. Bajo la misma estructura surgió este sentimiento en Venezuela a principios de siglo por parte de la élite blanca criolla y del imperialismo europeo y norteamericano. En este caso, la figura de Cipriano Castro, también fue *des-prestigiada* mediante los mismos mecanismos que se usaron con Yrigoyen, pero en el caso del líder venezolano no fue por democratizar el poder, sino por negarse a pagar la deuda externa a las potencias imperiales y disputarle el monopolio del poder a la élite venezolana. No sólo económico y político sino también simbólico. El terreno de los privilegios no necesita de expropiaciones o programas de inclusión para sentirse amenazado, el solo hecho de la presencia simbólica de otro proyecto político ya genera en defensa de la blanquitud, lo que llamo el reflejo racializador. A Cipriano Castro, que gobernó Venezuela hasta 1908 lo llamaron desde la prensa internacional: *simio tropical*, *indio*, *caníbal*, *salvaje*, en una investigación Simón Alberto Consalvi revela que el Presidente de los Estados Unidos Teodoro Roosevelt lo llamó “el execrable monito villano” (El Nacional, 24/10/1999) En otra investigación de Ramón J Velásquez, muestra como el intelectual liberal Pío Gil derrama toda clase de insultos racistas sobre Castro, en el que ofendía su forma de actuar, de bailar, los rasgos

⁵¹ Benigno Ocampo, citado en J.A.Ramos. 1965. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Buenos Aires, vol. II, página 192.

⁵² *La Nación*, 12 de octubre de 1929 citado en A.Belloni: *Del anarquismo al peronismo*. Buenos Aires, 1959, página 32.

⁵³ *La Fronda*, citado en J.A.Ramos.1965. Op cit, páginas 229, 262 y 318.319.

de su rostro (Herrera 2009, 241-242) citaré algunos extractos de Pío Gil⁵⁴ citado por Velásquez⁵⁵:

Como si hubiera echado raíces en el suelo, para atraer miradas, empinábase inexorable, con su tipo lombrosiano, su cabezota, su faz asimétrica, su nuca cerebelosa, su frente prominente retadora y terca, cuya intelectualidad queda humillada por la mandíbula y bestial; la hirsuta barba cerrada como la del sombrío Abdul-Hamid y las cerdas del bigote. Cruel como Caribe, lascivo como un mono (Pío Gil, en Velásquez, 1999: 53)...la música criolla ponía a vibrar todos los nervios de Castro que resucitaba sus atavismos indígenas, arrastrábase, hacía cabriolas, se contorsionaba con toda la animalidad de un hombre ancestral entusiasmado. Viéndolo se echaba de menos la hoguera iluminado el fondo de una selva de África, una nocturna danza de canibales (Pío Gil, en Velásquez, 1999: 57)...”El cabito”⁵⁶, en efecto, fue otra forma peyorativa utilizada por Morante en su intento de descalificar a Cipriano Castro. (Herrera 2009, 242)

Las representaciones del racismo son estridentes, por ejemplo, lo acusa de criminal haciendo referencia al médico y criminólogo Lombroso y a sus teorías de *racismo biológico* que vinculan las características de los cráneos, con la predisposición al crimen. Prosigue llamándolo “Caribe” como a los pueblos indígenas de nuestras costas y lo animaliza al decirle “mono”. Le endilga unos rasgos indígenas (que no tiene) y lo acusa de tener características físicas *atávicas*: “animal”, “hombre ancestral”. El significante “África” que es imprescindible en estos casos, y siempre aparece como sinónimo de canibalismo y barbarie. Todos los lugares comunes lo encontramos en este párrafo. Incluso el menosprecio a la fiesta y al baile como algo primitivo, gesto racista que tienen en común con los argentinos cuando acusan al parlamento de Hipólio Yrigoyen de ser “un carnaval de negros” Dos países con morfología y matrices económicas distintas pero bajo el mismo signo de la *colonialidad*, de esta forma, las dos retóricas están atiborradas de darwinismo social. Lo más significativo de todo esto, es que ninguno de los dos presidentes era portador del signo racial e incluso sus gobiernos no pueden ser tildados jamás de indigenistas y mucho menos emancipadores de los pueblos afrodescendientes, pero por el simple hecho de amenazar el pacto blanquitud/Estado-capital disputando el capital a lo interno y a lo externo. La reacción ineludible e inmediata frente a eso es la activación del reflejo racista y en consecuencia el significante negro o indio, en todas sus variantes (bárbaro, retrasado, subdesarrollado, populista, etc.). Argentina tiene la singularidad que en algunos sectores de la sociedad, se comienza a construir una imagen negativa del inmigrante europeo como en ningún otro país de la región. En el caso venezolano, como mostraré más adelante tenía una imagen privilegiada. Como dije anteriormente y esta descripción la hago previa al peronismo (para que se entienda cual es el contexto del desarrollo

⁵⁴ Pío Gil es el pseudónimo de Pedro María Morantes, abogado, historiador y escritor venezolano.

⁵⁵ Velásquez, Ramón J. 1999. *Cipriano Castro y su tiempo histórico*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

⁵⁶ Traducción del apodo Petit caporal.

industrial de la postguerra) se podían escuchar testimonios no minoritarios en contra de los inmigrantes. El caso más ilustrativo es el de Leopoldo Lugones, poeta, ensayista y político argentino, que se convertirá en el portavoz más altisonante de las denuncias contra la inmigración europea. Quisiera destacar que las oleadas migratorias europeas llegan mucho antes a Argentina que a Venezuela, es decir, el contexto en el que la sociedad venezolana recibe a los inmigrantes españoles, italianos, portugueses y franceses, es diferente al que se vive en la Argentina. La virulencia de Lugones, no ya contra el Yrigoyenismo, sino contra la inmigración europea es bien estudiada por Nicolás Buchrucker:

Lugones dictaminó que existía un “peligro colectivista”, porque este país se hallaba “invadido por una masa extranjera disconforme y hostil”. Sería intención de los bolcheviques desencadenar también aquí la guerra civil y la revolución social si tal cosa llegaba a ocurrir, sería una “guerra interna con extranjeros”. Los extranjeros no tendrían derecho a mostrarse descontento, puesto que “nosotros”, no ellos, “ejercemos el gobierno”. Contra estos “bandoleros sin ley” e “impúdicos mendigos”, sólo habría un remedio: “limpiar el país” de “elementos perniciosos”⁵⁷. Además Lugones se declaraba convencido de que los extranjeros tenían la mayor participación en la delincuencia del país: “proxenetas, traficantes de drogas, alcoholistas, vagos y agitadores de profesión”⁵⁸. (Buchrucker 1999,59)

Es muy interesante comprender cómo este discurso va a dar las condiciones de posibilidad para que el *significante anatómico* en Argentina no sea indispensable en la construcción del *signo racial* (Segato 2007). Esto no debe confundirse con la disolución del signo, en lo absoluto, un *significante anatómico* racializado como afrodescendiente o indio siempre derivará en no blancura y por ende ocupará el lugar del subalterno, dominado, explotado. Solo que la operación al contrario, no es irreductible, es decir, en Argentina alguien puede tener el *significante anatómico* blanco y no ostentar la blanquitud (por ser pobre, no hablar el castellano, estar impregnado por gestos y ademanes vinculados al paisaje rural, etc.). Aún en la década de los 20 y los 30 el darwinismo social higienista estaba presente y de esa forma Lugones pide como solución al gobierno “limpiar el país”, identificando al inmigrante como aquello sucio, pobre, que atenta contra la *normatividad*. Aquello *disidente* a la disciplina: “alcohólico, vagos y agitadores de profesión”, características que podrían endilgársele a las representaciones históricas de lo indígena o lo negro en el marco de la colonialidad. Este elemento, ayudará a dilucidar la complejidad del racismo argentino, que frente al genocidio y de la no blancura (negros o indígenas) desplaza estas marcas históricas que instrumentalizan la dominación de la blanquitud sobre los mundos no blancos, al inmigrante europeo. Por eso, el

⁵⁷ “Ante la doble amenaza” [1923], en L. Lugones. 1949. *Antología de la prosa* (selec. Y com. De L. Lugones (h.)), Buenos Aires, p 365-377.

⁵⁸ L. Lugones. [1930]1962. *La Grande Argentina*. Buenos Aires, 222-230.

vínculo entre lo negro (como ausencia de blanquitud) y lo popular, y éste a su vez como lo peronista es ineludible. La reaparición del tropos negro en ciertos momentos de cambio social y político, para inferiorizar/controlar al *otro*, solo se puede explicar si se entiende la colonialidad y la blanquitud en América Latina. Bolívar Echeverría a pesar de no usar el paradigma de la colonilidad como base de su pensamiento, nos lega el concepto de blanquitud que nos parece el más prístino para comprender el racismo argentino. Lo citaré *in extenso* por los varios puntos nodales que se encuentran en el concepto:

El rasgo identitario-civilizador que queremos entender por “blanquitud” se consolida, en la historia real, de manera casual o arbitraria sobre la base de la apariencia étnica de la población europea noroccidental, sobre el trasfondo de una blancura racial cultural. A lo largo de tres siglos (del siglo XV al XVIII), esa casualidad o arbitrariedad se fue convirtiendo poco a poco en una necesidad y pasó a ser codeterminante de la identidad moderna del ser humano como una identidad civilizatoria capitalista, en su variante puritana o “realista”. En otras palabras, debido a su frecuencia abrumadora, el hecho de que los “santos visibles” fueran también, además de todo, “de raza y de usos y costumbres blancos” abandonó su factualidad y pasó a convertirse en una condición imprescindible(...) pero el proceso fue, en verdad, un tanto más complicado. Lo interesante está en que, durante este tránsito subrepticio de lo casual a lo necesario, la condición de blancura para la identidad moderna pasó a convertirse en una condición de blanquitud, esto es, permitió que un orden étnico se subordinara al orden identitario que le impuso la modernidad capitalista cuando la incluyó como elemento del nuevo tipo de humanidad promovido por ella (...) Podemos llamar blanquitud a la visibilidad de la identidad ética capitalista en tanto que está sobredeterminada por la blancura racial, pero por una blancura racial que se relativiza a sí misma al ejercer esa sobredeterminación. Es la compostura de los personajes, una compostura que denota blanquitud y no blancura de raza, lo que impresiona en la representación de la nueva dignidad humana que hay en los numerosos retratos de burgueses u hombres modernos de la pintura flamenca en los siglos XV y XVI. (Echeverría 2010, 60-62)

Bolívar Echeverría hace un aporte fundamental en la construcción histórica del capitalismo, para su fácil comprensión, podríamos vincularla con la idea de Weber acerca de la ética protestante como factor indispensable para el surgimiento del espíritu del capitalismo. El filósofo ecuatoriano hablaría aquí de un *soma* protestante como *corporalidad* del *ethos realista* (que funda la *modernidad (norte) americana*), en síntesis: en la blancura se encarna la corporalidad del capitalismo. Por esa razón, la blancura otorga prestigio al que lo ostenta. Sin embargo, el prestigio no es suficiente para administrar la colonialidad. Por ende la blanquitud es ese lugar en el que poder y prestigio están fusionados (pacto Estado-capital). La blanquitud es el mandato de blancura (Segato 2010)⁵⁹ un pacto relacional que debe obedecer toda la sociedad. El prestigio es una potencia, una disposición sin garantías de un significante anatómico a ocupar un espacio privilegiado en la estructura social. Ese prestigio es una

⁵⁹ Tomo como préstamo la idea que desarrolla la antropóloga Rita Segato con respecto al *mandato de violación* hacedora de la masculinidad.

prerrogativa exclusiva de la blancura que un cuerpo no blanco nunca encarnará a ¡plenitud! Sin embargo, esta corporalidad no garantiza el acceso al poder o a la gestión del capital. Continuando con Bolívar Echeverría: La blancura es necesaria pero no suficiente (Echeverría 2010, 65). La blanquitud sería un orden social, una economía política en la que el *cuerpo blanco* cooptando la esfera pública (que asume gobernar la totalidad de las *formas de vida*), instaura la dominación del ethos blanco sobre los ethe no blancos. Este orden social legitimará la explotación, la esclavización y la subordinación de unos *cuerpos* sobre otros. El blanqueamiento (Fanon 1952) partiendo de lo anterior sería una práctica de despojo mediante el que los cuerpos no blancos logran cuotas de prestigio para acceder al poder (deficitariamente) o para sobrevivir en el marco de la colonialidad y su blanquitud. Ahora bien, los inmigrantes europeos en Argentina a pesar de ostentar un soma blanco, no acceden a la blanquitud por no contar con los atributos “morales” (ser pobre, campesino, analfabeta, etc.) y se constituyen como una blancura in-digna de la blanquitud, o en definitiva, como una: ¡blancura/no blanca! La blanquitud de la oligarquía argentina en el afán de conservar el espacio público y el prestigio (el espacio simbólico) los *ennegrece* para expulsarlos de la historia. Esta construcción de un *signo racial* (Segato 2007) que traslada el significante negro a un cuerpo blanco, es una particularidad argentina. Por esa razón en el imaginario argentino, cuando tu acusas a alguien de racista, se puede exculpar diciendo, que no tiene que ver con el color de piel, sino que “son negros de alma”. Ahora bien, si se puede expeler a un cuerpo blanco de su propia blancura, no se puede otorgar a un cuerpo no blanco la blanquitud. No funciona a la inversa. Salvo que sea militar y ostente el poder político (y sería honoraria). El blanqueamiento cede cuotas para el sostenimiento del sistema pero siempre parcialmente.

Sin querer hacer una genealogía de la categoría negro en Argentina -trabajo por demás que queda pendiente, aunque algunos investigadores citados ampliamente en este texto como Rita Segato y Alejandro Solomianski ya han dado luces- voy a tomar a préstamo la idea de *significante vacío* de Laclau (2013). Uno de los giros de este trabajo, es vincular ineludiblemente lo no blanco con lo popular, y esta es una de los grandes legados que dejó esta década con el surgimiento de los partidos populares (como Acción Democrática y el Partido Justicialista),⁶⁰ por esta razón, voy a parafrasear a Laclau, proponiendo la idea de negro como

⁶⁰ En Venezuela esto ocurre durante el trienio de Acción Democrática (1945-1948) como explica Fuenmayor: “...Se perdió el respeto hacia los superiores en edad o jerarquía. Para las clases dirigentes parecían como si se hubieran roto los diques de contención que frenaban las masas. Tanto se hablaba de revolución que el pueblo llegó en cierto modo a creerlo, aunque tal revolución no existía por ninguna parte. De allí todas esas manifestaciones exteriores de desajuste social. Para las gentes de arriba, la Revolución de octubre, se convirtió bien pronto, en una insurrección del “negraje” en Venezuela, es decir, de todos aquellos estratos y clases sociales que formaban la parte más pobre, oprimida y ofendida de nuestro país; los negros, los pardos, mulatos, indios y mestizos de nuestra

significante vacío, de la misma forma en la que Laclau propone lo popular. Si él explica la identidad popular como síntesis de las demandas del “pueblo”, el significante negro en Argentina, será la síntesis de la exclusión, de la no blancura:

Nuestro argumento debe adecuarse en este punto a lo que hemos dicho antes acerca de la producción de “significantes vacíos”. Cualquier identidad popular requiere ser condensada, como sabemos en torno a algunos significantes (palabras, imágenes) que se refieren a la cadena equivalencial como totalidad. Cuanto más extendida es la cadena, menos ligados van a estar estos significantes a sus demandas particulares originales. Es decir, la función de representar la “universalidad” relativa de la cadena va a prevalecer sobre la de expresar el reclamo particular que constituye el material que sostiene esa función. En otras palabras: la identidad popular se vuelve cada vez más plena desde un punto de vista extensivo, ya que representa una cadena siempre mayor de demandas; pero se vuelve intensivamente más pobre, porque debe despojarse de sus contenidos particulares a fin de abarcar demandas sociales que son totalmente heterogéneas entre sí. Esto es: una identidad popular funciona como un significante vacío. (Laclau 2013, 125)

Argentina fue el país que recibió la mayor inmigración blanca de la región, con lo que la élite blanca criolla, propietaria y letrada, no veía como una amenaza considerable a los afrodescendientes o a los indígenas a inicios del siglo XX. La blanquitud se iba a imponer su sistema de subordinación sobre cuerpos blancos (inmigrantes europeos pobres, analfabetos) por ende se recurre al *significante disponible históricamente* para instrumentalizar esa dominación: *negro*. Ahora bien, la ausencia de blanquitud, no es igual que la ausencia de blancura. Es decir, no estoy diciendo que sea lo mismo una persona de tez blanca (a la que se le dice negro por su habitus o forma de vida) que a alguien que se le construye como negro, solo por la epidermis. El construido como negro que posee blancura, puede aspirar a la blanquitud plena. El no posee blancura, siempre será deficitario. El criollo construirá el espacio de no blancura para garantizar un *estatus* político, económico y espiritual. Cada vez que sean amenazados esos espacios de poder, la blanquitud responderá con el racismo histórico hijo de la colonialidad. El mejor ejemplo fue el primer gobierno de Yrigoyen (1916-1922) que se constituyó como una amenaza al erosionar el pacto de blanquitud/Estado-capital. Por ende, la emergencia de la categoría negro obedece a los repertorios históricos de opresión, usados para marcar la supremacía blanca y denunciar cualquier atentado contra la *situación de privilegio*. En ese sentido, si la identidad popular se constituye plenamente en torno a una “cadena de

sociedad (...) y cuando se practicó la elección para la Constituyente, se vio que, en lugar de los doctores y generales y caudillos de otros tiempos, los representantes del pueblo eran personas hasta entonces desconocidas, humildes pequeños-burgues de toda laya e incluso unos pocos dirigentes sindicales. Los letrados constituían un puñito excesivamente pequeño. La oligarquía se quejará de que la Constituyente es un basurero.” Fuenmayor, Juan B. 1980. *Historia de la Venezuela Política Contemporánea 1899-1969*. T.VI. Caracas. P. 298, en Castillo D’imperio, Ocarina. 1990. *Los años del buldozer: ideología y política 1948-1958*. Caracas: Editorial Tropykos, p. 19.

demandas equivalenciales” la cadena de *denuncias equivalenciales* por parte de una blanquitud amenazada, se vuelve plena para marcar como negro, al que considera “pobre, borracho, enfermo o vago” como expresó Lugones. Allí opera el significante disponible negro. Tenemos que el proyecto histórico del capital es fundamentalmente racista. La raza es el instrumento indispensable para la expropiación de la humanidad de esos cuerpos y por ende la expropiación de su fuerza productiva, medios de consumo, de sus territorios y de sus saberes. La lógica de la generación de ganancia, es una lógica que necesita de la raza y si eso se demanda despojar de blancura a cuerpos *anatómicamente blancos*, el sistema generará las condiciones para que opere de esa forma. Así se establece el racismo contra los irlandeses en los Estados Unidos, contra los judíos en Europa, contra los latinoamericanos hijos de europeos en Europa y el Norte Global, no siendo estos ni afrodescendientes, ni indígenas, sino sencillamente *no blancos*.

Negro como *signo* en el caso argentino se difumina si se piensa únicamente en el significante anatómico, por eso es fundamental ubicarlo dentro de lo que Rita Segato llama las *formaciones nacionales de alteridad* (2007) y muy específicamente en el marco de la *monocromía del mito* (ibíd.). Negro en Argentina se usa como síntesis de ausencia de blanquitud: la heterogeneidad que reúne al inmigrante europeo pobre, al indígena o al afroargentino formarían una “cadena equivalencial” de exclusión de aquellos cuerpos racializados expelidos por la blanquitud. Popular, sería entonces para el peronismo, el sentido positivo y la resignificación, de lo construido negativamente como negro por la oligarquía argentina. Esto no excluye que existen formas de resemantizar la categoría negro como autorepresentación positiva.

En Venezuela, en momentos de mayor conflicto político, los grupos privilegiados han usado la misma operación, pero en mi país, si funciona como signo, porque hay un vínculo construido históricamente entre pobres y afrodescendientes e indígenas, con lo que el significante anatómico, sí coincidiría con la construcción histórica del negro. A pesar de las diferencias, lo que es radical de la colonialidad en América Latina y que muestra empíricamente la vigencia del mandato ético-político que tenemos de pensarnos como región, es la aparición rotunda e inalterable del negro como *negación*, como expulsión a la *zona del no ser* (Fanon 1954), negro como significante, para denunciar a ese otro, que representa una amenaza. En una lectura no poco original que hace Laclau de Žižek, podríamos dilucidarlo de mejor manera:

Entre los ejemplos que nos da Žižek, hay dos que son altamente reveladores, ya que muestran la inversión que es distintiva de la función de fijación nodal. En el primero, refiriéndose a los avisos publicitarios de Marlboro, todas las alusiones a los Estados Unidos “una tierra de personas fuertes, honestas, de horizontes ilimitados”- son fijadas nodalmente a través de la inversión de

su relación con Malboro: no es que Malboro exprese la identidad estadounidense, sino que ésta se construye a través del reconocimiento de sí mismo como un país Malboro. Los mismos mecanismos pueden percibirse en los avisos publicitarios de Coca-Cola: “Coke, this is America” no puede ser invertido en “América, this is Coke”, porque es sólo en el rol de coca-cola como significante puro que se cristaliza la identidad estadounidense...con el antidescriptivismo tenemos el comienzo de una autonomización del significante (del nombre)...Es sólo a partir del enfoque lacaniano que los enfrentamos a una verdadera innovación: la identidad y la unidad del objeto son resultado de la propia operación de nominación. Sin embargo, esto sólo es posible si la nominación no está subordinada ni a una descripción ni a una designación precedente. Con el fin de desempeñar este rol, el significante debe volverse no solo contingente, sino también vacío. (Laclau 2013, 134-135)

Ahora bien, no pretendo dar al traste con la idea de la raza como signo propuesta por Rita Segato, al contrario, la raza opera como signo insoslayablemente, sin embargo el lugar que ocupa el significante negro en Argentina es diferente y como dice Laclau funciona de forma “contingente”, lo que me permite pensarlo desde la autonomización del significante, es decir, como un significante disponible históricamente para instrumentalizar la opresión y para deshumanizar al otro. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que no haya un vínculo entre lo afrodescendiente y lo popular, muy por el contrario, hay varios trabajos que demuestran que la música popular argentina tiene sus raíces en la diáspora africana (Solomianski 2003). Ni hablar del vínculo entre lo popular y lo afrodescendiente en Venezuela, que es aún mucho más denso, por ser un país caribeño y de una matriz cultural poderosamente afro. Pero la manera en la que opera el discurso en ambos países, no obedece a una lógica de reconocimiento consciente de ese acervo cultural, al contrario, es la forma inscrita en el inconsciente de la colonialidad para denunciar el miedo a la transformación del pacto blanquitud /Estado-capital. Por último, lo que permite explicar que la categoría *negro* se use en argentina como *significante disponible* históricamente para la opresión, es que la *raza* es una construcción imperativamente *relacional*.

La etapa del desarrollo construye pues un dispositivo (conjunto de prácticas relacionadas entre sí) que articula: el problema de la dependencia, la necesidad del crecimiento económico, la ruptura del tejido comunitario a través de la abrupta urbanización y la llegada de la sociedad de consumo (a través de la publicidad en prensa, radio y televisión posteriormente). Esto genera, como dije anteriormente dos tipos de violencia: una simbólica que se pugna en el plano del prestigio y otra desde las instituciones del Estado. Si ambos nombran al indígena como *sujeto a transformar* (vía asimilación o inclusión), también invisibilizarán al afrodescendiente y sobre todo, intentará borrar su *huella* (Glissant 2016). Cuando Perón habla del componente cultural o los distintos pueblos que históricamente conforman el país, lo hace en estos términos:

El genio del Gran Capitán de los Andes nos confió el legado irrenunciable e imprescriptible de nuestra nacionalidad independiente, pero si queremos ser fieles a nuestros padres y a nosotros mismos, no podemos sustraer de nuestra sangre y de nuestro espíritu la voz ancestral de los aborígenes que por milenios poblaron nuestra tierra, ni el don preciado de nuestra civilización dos veces milenaria que, bajo la advocación de la cruz, nos trajeron los caballeros de España. La fusión de ambas culturas, limando aristas y rectificando perfiles, ha dado a nuestro pueblo un sentido humano a la vida, que si bien puede compararse al clasicismo griego y latino, supera a éstos por haber tamizado sus esencias con el sortilegio de la redención cristiana. Nuestra civilización no sólo tiene que ser humanitaria, porque siente la piedad que merece toda la vida del hombre, sino reúne el mérito de ser humanista porque aprecia los valores morales de la dignidad humana. (Perón 2006, 26)

Aparece reconocido el componente hispano y al mismo tiempo el indígena pero no hace referencia al componente afrodescendiente, ni siquiera históricamente, lo que representa una *borradura* de la negritud. En el caso venezolano, será mucho más hostil con respecto al indígena, y esa hostilidad hace referencia evidentemente, al papel de mero espectador que tiene el pueblo en una dictadura. Al ser esta un régimen militar sin ningún tipo de mediación política, es esperable que el desprecio al pueblo (lo no blanco) y en este caso el menosprecio a los pueblos indígenas sea mayor. De hecho, dentro de la propuesta del *Nuevo Ideal Nacional* (que vendría a ser el plan de gobierno de la dictadura), Pérez Jiménez dice lo siguiente:

Dentro de los enunciados filosóficos, las grandes ideas del ideal Nacional se decía, con pleno conocimiento de causa, que hay necesidad de mejorar el medio físico y el componente étnico. Nosotros tenemos una serie de taras que debemos corregir. Y si no las corregimos nos mantendremos dentro de la categoría de pueblo subdesarrollado o atrasado... Si nosotros no modificamos nuestra manera de ser nos mantendremos como un pueblo atrasado. Por eso, dentro de las cuestiones del Nuevo Ideal Nacional, estaba en primer lugar la necesidad de mezclar nuestra raza con el componente de los pueblos europeos. Pueblos que si bien tienen sus taras, como todos los pueblos de la humanidad, son pueblos que han sufrido, que han tenido que luchar duramente para reconstruir sus ciudades, etc. Son pueblos habituados al trabajo... Planteábamos entonces por un lado, mezclar con gente de otros pueblos... Lo que nos interesaba era otra cosa: formarles el espíritu de trabajo, darles la debida capacitación para que comprendieran cuales eran sus verdaderas funciones como ciudadanos, es decir, sus derechos y deberes. Solo así el componente étnico está en condiciones de rendir para la nación lo que debe rendir... En el sentido quizás de que le venían a quitar trabajo a los criollos. Pero esto no es verdad... nosotros, dentro de nuestra conformación indígena tenemos la tendencia a la pereza. Y si podemos alimentarnos sin trabajar, lo hacemos. De manera que muchas veces lo que ocurría era que había empleo pero no la disposición para trabajar... (Blanco 1983, 68-69)

Según un censo del año 1950 la población indígena representaba un 2% de la población total del país. Actualmente es de 2,8%⁶¹. Venezuela es uno de los países con menor población indígena de América del Sur y sin embargo el dictador venezolano asume que “nuestra conformación indígena” contribuye a una “tara” que tenemos que corregir. Esto demuestra simplemente cómo opera el racismo que sustenta la colonialidad. Aunque no haya una

⁶¹ Cifras del Instituto Nacional de Estadísticas de Venezuela.

http://www.ine.gov.ve/documentos/Demografia/CensodePoblacionyVivienda/pdf/ResultadosBasicos_11-03-14.pdf.

población indígena como en otros países de la región, su sola existencia es ya un problema para el proyecto de país. Los indios son un *problema* visto como atavismo por su carácter disfuncional al capital. Aquí el dictador hace un vínculo que muchas veces pasa desapercibido, el vínculo entre técnica y cuerpo del que yo hablaba al principio. Dice que hay que mejorar el “medio físico”, pero también el componente “étnico”, pero no se refiere con ello a algo espiritual, o abstracto, se refiere a inmigración europea. Pérez Jiménez considera que el *cuerpo blanco* ostenta los repertorios técnicos y la forma de vida que son funcionales al capitalismo industrial que él quería instaurar en Venezuela. Así, el dispositivo que se inaugura en Venezuela con respecto al desarrollo industrial, es aún más radical con nuestros pueblos indígenas que el peronismo, ya que en lugar de “elevar” su forma de vida para integrarla al proyecto, busca eliminar ese componente a través de un mestizaje forzoso. Impuesto a partir de la inmigración europea. Nada más y nada menos que una intervención biológica del país que transforme la cultura. Este dispositivo, engendra una violencia estructural que se ha analizado poco. Es violento, porque el desarrollo revestido de una lógica supuestamente económica construye un discurso que abarca desde la urbanización abrupta de los países, lo que conlleva a un destierro de las poblaciones que habitan el espacio rural y la asimilación por la fuerza de los pueblos indígenas (cuando no su exterminio), así como la imposición de un conglomerado de grupos humanos venidos de Europa y amparados por las instituciones del Estado (económica y simbólicamente) para blanquear la sociedad.

Ahora bien, con respecto a lo afrodescendiente, hay dos cosas que serían importantes resaltar. Por un lado, existe una *borradura* histórica en la narrativa Argentina, que Perón asume con naturalidad y sin ningún tipo de revisionismo. Pero sería injusto adjudicársela a él, solo que en dispositivo desarrollista que se instaura durante esta época, toda ausencia representa una forma de exclusión violenta. Solo me gustaría hacer la salvedad de que efectivamente esta exclusión forma parte de la misma narrativa argentina. Como nos explica Solomianski:

Considero que esta tendencia a la negación del componente poblacional afroargentino (tan generalizada y permanente, que se evidencia, como hemos visto, aún en las versiones históricas que lo registran, ya sea en los comienzos de su crecimiento como en la última década del siglo XIX) constituye uno más de los correlatos, efectos y procedimientos del principio constructivo que puede sintetizarse como la operativa del blanqueamiento simbólico (“civilización”, europeización) de un espacio interior, supuestamente “desértico” (dotado de objetos o “sujetos” degradados a cosa cuya idiosincrasia es la falta) y “anacrónico” (detenido o instalado en una etapa “pasada” de “el itinerario evolutivo “universal” del género humano) los elementos tradicionales o populares de este espacio pueden pasar a integrarse, una vez “desbarbarizados” o “blanqueados”, en la fluencia “histórica” del mundo ontológicamente “superior” de la civilización occidental. (Solomianski 2003, 24-25)

La tesis de Solomianski hablaría de personajes mulatos o afroargentinos que de entrar como sujetos en la historia lo harían sin ningún tipo de marca afroargentina, con lo cual habría un *blanqueamiento simbólico* o incluso historiográfico, que implica a su vez una borradura, con lo que el testimonio de Perón solo sería la continuación de esta narrativa. Este hecho también coincide con que durante la postguerra hay un cambio en la percepción del racismo en el Norte Global, que se traslada a América Latina. Es una transformación que se origina como respuesta al nazismo y al fascismo que transforma el discurso sobre la raza en el Norte Global, aunque los sedimentos que justifican la instrumentalización de la diferencia a través del color de piel, sigan incólumes. Se da el tránsito del *racismo biológico* al *racismo cultural*, ya que la comunidad internacional en pleno decide “deslegitimar” la pertinencia de la raza como clasificación objetiva/biológica de los grupos humanos (Dorlin 2008). Por esa razón aunque convive el biologicismo de Pérez Jiménez, él hace referencia a los hábitos y costumbres de los indios y no plantea el exterminio de esas poblaciones, sino su mezcla, para hacerlas funcionales al capital. Con respecto a la invisibilización de lo afrodescendiente, que ni siquiera aparece como problema en la narrativa del dispositivo del desarrollo, el pensador afrocolombiano Santiago Arboleda, dice lo siguiente:

La visión criollo-céntrica en las ciencias sociales instauró la creencia de que mientras los indígenas en el continente, y de manera puntual en Colombia, en su proceso de extinción y posterior confinamiento habían podido conservar algo de sus rasgos culturales; la suerte del africano y sus descendientes había sido la pérdida total de todo acervo cultural, por lo que en situación de orfandad histórica y de tradición, se habían visto obligados para sobrevivir, a una asimilación rápida y voraz de la cultura europea, especialmente hispana al tiempo que indígena. De ahí que en su situación de recipientes vacíos no quedó más que llenarse de los sentidos de la vida, el mundo y la cultura del colonizador y la de sus compañeros aborígenes de infortunio. (Arboleda 2011, 33)

Ese “situación de recipiente vacío” que describe Arboleda trae como consecuencia que ni siquiera sean concebidos como un problema para el desarrollo. Con respecto a Perón, plantea la elevación moral y material del indígena (al que homogeniza como si todos los pueblos, fuesen el mismo) con lo cual asume que es también a través de una transformación cultural, su posible inserción. En Venezuela la presencia afrodescendiente es negada también en el relato épico de la historia bolivariana hasta la llegada del proyecto revolucionario. Lo que resulta más violento en un país de una amplísima presencia afrodescendiente. No solamente hubo una persecución a las religiones afrodescendiente acusándolas de brujería. El caso más paradigmático fue el culto de María Lionza y sus profundas tensiones con la Iglesia Católica. Un ejemplo claro del racismo del régimen, era el desdén con respecto a la celebración de la Semana de la Patria, una fiesta que la misma dictadura había creado para celebrar el folklore

venezolano. De este modo se expresa el ideólogo del *Nuevo Ideal Nacional* y Ministro de Interior, Laureano Vallenilla Planchart, en el periódico oficial *El Heraldo*:

“El tasajo se pone a la orden del día junto con los arroces, el folklore de Juan Liscano y la llamada “coronación” resulta fiesta patronal pueblerina, con sus borrachitos, sus dependencias, sus cohetes y sus jugadas clandestinas (...) Toda esa merienda de negros tuvo que provocar la rebeldía y luego, la intervención de los verdaderos intelectuales que por una vez no aparecían inermes sino vestido de uniforme, sometidos a severa disciplina y habituados a una jerarquía de valores”⁶². (Castillo 1990, 11)

Vallenilla simplifica la expresión política y existencial que implica una fiesta popular, a los borrachos y las “jugadas clandestinas”. A la fiesta patriótica, la llama “merienda de negros” y luego los acusa de provocar la “rebeldía de los verdaderos intelectuales”. Esa declaración en el contexto en el que nos encontramos significaba denigrar a Juan Liscano, que siendo un folklorista de renombre en Venezuela no era un “verdadero” intelectual porque se encargaban de estudiar el aporte africano e indígena a nuestra cultura. Sin embargo, a pesar de ciertas referencias como las de Vallenilla, discursivamente el negro no aparecerá como problema para el desarrollo, el indio sí, como vimos anteriormente. Es por esta razón que yo quisiera plantear que siendo la afrodescendencia la gran matriz cultural del país, no puede simplemente eliminarse inercialmente, aunque esté borrado en el discurso. El mismo Vallenilla confesará respecto a su pasado ideológico: “Si alguna vez simpatiqué con Mussolini fue porque representó una reacción contra la indiferencia social de los liberales... tampoco fui hitleriano, un café con leche de América, no puede ser racista” (Castillo, 1990: 71). Vallenilla es el ideólogo del régimen. Un régimen que es racista y blanqueador. Sin embargo, él considera que la forma que tiene de construir al indio como atavismo cultural para el desarrollo, no es racista. Al no inscribirse en una perspectiva *biológica* (como era la del nazismo), el problema no es la raza sino la cultura y por ende el negro no se asume como obstáculo, debido a que estos *carecen* de una lengua propia, religión y comunidad y al desaparecer diluidos en el mulataje caribeño que Vallenilla llama “café con leche”. Esto tiene dos causas fundamentales que en el fondo surgen de la misma lógica. Por un lado, el negro simplemente ha sido expulsado a *la zona del No Ser* (Fanon 1952) por ende al ser negatividad pura, no son ni siquiera tomado en cuenta como problema. La otra tiene que ver con la reflexión anterior sobre el discurso científico a nivel global de la eliminación de las *razas* como marca biológica y su deriva cultural. Por el contrario, los indígenas serán visto como tribus primitivas, porque tienen rituales, una lengua y un modo de vida que se asume desprendido de occidente, mientras que los negros *no tienen* una lengua, ni una cosmología, con lo cual no son vistos ni siquiera como sujetos

⁶² R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. El Heraldo del 12 de febrero de 1957.

antropologizables. La exclusión del negro, si quiera como *problema* durante la dictadura, es de una violencia extrema en Venezuela, siendo este un país de una gran densidad afrodescendiente. Algunos estudios revelan que si vinculamos el aporte afrodescendiente con el indígena, estaríamos marcando no menos de un 80% de la población actual del país:

La extraordinaria expansión territorial y densidad demográfica de los negrovenezolanos a partir del siglo XVIII fue como una segunda colonización de Venezuela, lo cual demuestra- como dice Acosta Saignes- cuán intensa fue su participación en la conformación definitiva de nuestra sociedad: juntos, los indígenas y los negros fundaron pueblos, abrieron campos de cultivo, desarrollaron artesanías, se convirtieron en los aguerridos pastores de ganado que hoy llamamos llaneros, innovaron y ayudaron a desarrollar localmente técnicas constructivas para viviendas populares como el bahareque y la tapia, entre otras, pero, fundamentalmente, el gran aporte de ese proceso de transculturación entre indígenas y negros fue la creación de la cultura venezolana, de los rasgos somáticos generales, de las expresiones religiosas como el San Juan Guaricongo, San Benito y los cultos sincréticos de María Lionza, el Negro Felipe y Guaicaipuro, expresiones musicales como el sangreo, el baile del tambor y el merengue, la salsa y formas gestuales y dialectales que distinguen la singularidad del pueblo venezolano... En adelante, cuando hablemos del pueblo venezolano, es necesario recordar a esa fragua social, que llama Acosta Saignes, que dio origen a 80% de nuestra población actual. (Vargas y Sanoja 2015, 65)

Teniendo una matriz cultural distinta a la de Argentina con respecto a nuestros pueblos afrodescendientes, la violencia que produce la exclusión de la negritud es extremadamente más radical, por lo que la perspectiva de formaciones nacionales de alteridad de la antropóloga Rita Segato (2007) toma una importancia fundamental para ahondar más en estas comparaciones y diferencias dentro de la colonialidad latinoamericana. Cuando desde las instituciones gubernamentales, que gestionan el capital (gobierno de Pérez Jiménez y Perón) y tienen el monopolio de la violencia legítima se construyen ese tipo de representaciones o se borran, no estamos hablando de luchas solo en la esfera de los significados y los sentidos, estos discursos se transforman en prácticas materiales, políticas y económicas, muy concretas. Por ejemplo, en el caso venezolano durante la dictadura los problemas indígenas pasaron al ministerio de justicia, con lo que de plano había una penalización de la diferencia, casi una criminalización de esta:

A partir de 1952 “los asuntos indígenas” pasan a depender de la Dirección de Cultos del Ministerio de Justicia, lo cual se correspondía coherentemente con el enfoque directriz basado en la necesidad de “civilizar” a dichas sociedades. Ninguna otra acción importante iba a modificar ese proceso por casi una década; por el contrario, la situación del indígena se tornará cada vez más difícil en el contexto de las relaciones que el desarrollo capitalista le impone desde el resto de la sociedad nacional... la marginalidad y la pobreza a que los condena el proceso de estructuración de clases (Rodríguez 1991, 32) (Herrera 2009, 183).

Es por esta razón que esa naturalidad con la que se asume el vínculo entre *raza* y pobreza en América Latina, refuerza las representaciones del indígena y el negro como deficitarios, culpables de su propia marginación económica, política y cultural. Desde el

discurso ahistórico del desarrollo, el negro (cuando aparece) y el indígena son ontológicamente pobres, incapaces, inadaptados, holgazanes, etc. Esta manera ideologizada de invertir su condición, habría que desnudarla como lo que es: *una forma de instrumentalizar la diferencia, para justificar la explotación económica y la subalternización del otro en pro de los privilegios de la minoría blanca/blanqueada*. Esta instrumentalización de la dominación, queda al descubierto cuando se comienza a escudriñar en el dispositivo del desarrollo que se constituye a través de estos proyectos históricos (peronismo y perezjimenismo). Así queda al descubierto que existe una *economía política del racismo* (Herrera 2009) oculta en las premisas del mencionado dispositivo y que tiene como consecuencia, que la gestión del Estado priorice planificación e inversión en el medio urbano/blanco o urbanizable y que por ende, existan regiones históricamente destruidas por el Estado, a través de una *redistribución racista del Capital*. El marxismo que tiene la tendencia de ser ciego para la raza representa la contracara de los discursos culturalistas que tienden a ser sordos para la clase, por eso aquí intento comprender el desarrollo como un dispositivo, que desde el poder intenta reproducir la división racial del trabajo (Quijano 2014) surgida con la colonialidad, a través de una economía política del racismo ejercida por las poblaciones blancas o blanqueadas para mantener sus privilegios.

Es por esta razón que tanto el peronismo como el perezjimenismo ejercen una violencia estructural que incluye el destierro y expulsión de centenares de miles de personas del campo venezolano y argentino desgarrando su tejido social y sus comunidades. Esa violencia radica en que Caracas pasa de tener 9 % de la población total en 1940, a 20% en 1959 (Matos Mar, 1968) y Buenos Aires representaba para 1947 el 27,4% de Argentina (más del 23% se declaraba haber nacido en otra provincia)⁶³ cifra que luego siguió aumentando. Con lo cual, el discurso de Perón y Pérez Jiménez y las políticas implementadas en base a esos discursos tienen como concreción: la expulsión de centenares de miles de personas de sus comunidades, paisajes, vínculos, sentires y saberes, hacia el mundo de la urbe y su técnica blanca. Allí radica una violencia estructural tremenda, que se articula luego con la esfera de lucha por las representaciones blancas (prensa, cine y televisión) de la sociedad de consumo, a la que haré mención brevemente más adelante. En el plano discursivo y simbólico, el indígena es en los dos países, el sujeto a transformar y el afrodescendiente queda obliterado de la historia, relegado al plano de la inexistencia. Así se constituye el plano de la esfera pública que nosotros

63

http://www.ec.gba.gov.ar/estadistica/Censo/Nota%205_Las%20migraciones%20internas%20en%20la%20Provincia%20de%20Buenos%20Aires.pdf.

trataremos como poder. Tranquilamente el título de este trabajo pudo haber sido raza y esfera pública.

Para lograr el crecimiento económico que desea el desarrollo industrial, es indispensable que se consolide la sociedad de consumo. Con la sociedad de consumo llegará la masificación de la noción de distinción y prestigio que antes estaba reservada solo para las oligarquías. Esta ilusión igualitaria que se inscribe precisamente como parte del dispositivo se instaura durante esta época, y tiene la particularidad de que tu *subjetividad pueda ser definida* por los objetos que consumes. En la publicidad, los cuerpos que acompañan a ese consumo, son cuerpos blancos, por ende, el consumo es parte de la blanquitud. De hecho, el régimen visual que se instaura con la sociedad de consumo (publicidad, cine y televisión), es un régimen blanco que vendría a reforzar la ya demanda permanente de blanqueamiento que aparece reflejada en el dispositivo del desarrollo.

El desarrollo que está inmerso en el proyecto político peronista y pérezjimenista ejerce una violencia estructural radical y desde el punto de vista institucional, no hay diferencia frente al comportamiento que tienen hacia la *no blancura*. Ahora bien, lo que pasa en Argentina durante ese proceso, el rol de Evita, la resemantización de los *cabecitas negras* y las nuevas prácticas de afectos y de sentidos que genera la democracia y el movimiento popular, son fenómenos paralelos a la etnografía del poder, que solo se ven a partir de una *arqueología fanoniana de lo popular*.

Pérezjimenismo, raza y representación

Por otro lado hay una *violencia simbólica* que funciona simultáneamente con la violencia institucional de las políticas de blanqueamiento. Esta violencia simbólica opera a través de la sociedad de consumo construyendo una *corporalidad* que es representada como la dadora de *prestigio*: blanca y generalmente femenina, siendo ésta, a su vez, la matriz reproductora del *cuerpo desarrollado*. Ese nuevo mundo de las cosas que se instala con la sociedad de consumo en todos los países del continente como motor del dispositivo, construye representaciones. Esas representaciones elaboran patrones raciales y de género que se vinculan al deseo produciendo un régimen visual racista y patriarcal que ejerce violencia contra los cuerpos asumidos como *deficitarios* por carencia de blancura. Esto, aunado a la histórica desigualdad de los sectores no blancos, entrecruza dos desigualdades: la primera de clase, que es de acceso al consumo, y la segunda de raza, excluidos del régimen visual generado por las representaciones blancas que se asocian al prestigio, a la virtud y al éxito.

El vínculo entre los cuerpos blancos con la técnica *necesaria* para el desarrollo, se constituye como los elementos estructurales del racismo impuesto como proyecto político en los años 50. La blancura en este caso determina entonces la idea de cuerpos funcionales al capital y otros disfuncionales al sistema que deben ser disciplinados o simplemente eliminados. Probablemente allí radique una de las diferencias entre el peronismo y el perezjimenismo. Mientras el peronismo plantea la inclusión de los cuerpos no blancos, como protagonistas en un proyecto propio de desarrollo, el perezjimenismo genera *gubernamentalmente* una práctica de blanqueamiento de la población venezolana a partir de la inmigración europea. Sin embargo, cabe resaltar que el peronismo con respecto al indígena reproduce el discurso del mestizaje que es negador de su cultura y lo inhibe como sujeto activo del cambio, precisamente lo coloca en un lugar deficitario y como sujeto a transformar. Citaré directamente a Perón cuando habla del elemento humano que constituye la nación Argentina:

En primer lugar, y como elemento básico, porque él constituye la Nación, hemos de contemplar el elemento humano. Fomentar y proteger en todos sus aspectos a la Familia como célula básica de la sociedad, no olvidando que somos un país poco habitado, en relación a su gran extensión, y que se nos presenta como el gran problema, sin resolver aún, de encauzar la inmigración, intensificándola lo más posible con elementos sanos y afines a nuestra cultura y a las bases de nuestra estructural social. No escapa tampoco a los planes de gobierno la elevación del ser el nivel moral y material del elemento indígena. La natalidad debe ser preocupación del gobierno, que ha de tomar cuantas medidas tiendan a que el aumento vegetativo de la población sea el que corresponde. (Perón 2006, 134-135).

Este texto escrito y publicado a comienzos del gobierno de Perón revela la posición de un Estado que tutelaré las formas de vidas indígenas para enmarcarlas en el programa de desarrollo industrial. Allí revela cómo el “plan de gobierno” tiene como uno de sus objetivos, la “elevación” tanto “material” como “moral” de lo que él llama el “elemento indígena”. No solamente Perón asume la homogeneidad de los diversos pueblos indígenas que habitan la Argentina, sino que también los inferioriza, considerando que la tarea del gobierno es “elevar”, lo que implica que hay algo que está “degradado” o en todo caso algo que se debe llevar a un estadio superior. Es la fórmula de la inclusión que propugna el paradigma del *desarrollo*, en el que la alteridad cultural debe ser difuminada porque representa un obstáculo para el sistema. Más aún, dentro de un proyecto político que propugna la justicia social, la transformación de las formas de vida de esos pueblos *otros* para incluirlos es indispensable y todo ello surge precisamente de esta idea de “elevación”, ya que este “elemento” indígena sería deficitario, carente, por lo tanto al facilitar su inclusión se eliminan atavismos. De esta forma, asimilar es destruir. Durante un debate en el que expuse estas ideas, se me dijo que había una sobreinterpretación de la categoría “elevar”, como si “nivel moral” no hiciera clara referencia

a civilizar, incluso en el contexto del párrafo aparece el adjetivo “sano” y se nombra la necesidad la afinidad cultural. En la *arqueología* que planteo, no se trata de un análisis de la literalidad de un texto, es precisamente la reorganización de lo desfragmentado, de elementos dispersos que si se encuentran por separado, que son incomprensibles, es una hermenéutica. En ese sentido, no es que haya muchas referencias a los pueblos indígenas en los escritos de Perón ni en sus discursos, pero siempre aparecen *representados* como primitivos y habitantes de un pasado-coetáneo. Cuando habla de los mecanismos mediante los cuales se debe formar a la población en los valores del justicialismo, expresa que la familia debe ser la unidad primigenia para lograr dicho propósito:

Socialmente, porque nace en la vida del grupo menor, de familias, una comunidad de necesidades, anhelos y sufrimientos. Es allí donde se gestan las ideas de la cooperación y de la solidaridad benefactora; es el primer contacto que al ponerse al servicio de la civilización tiene el hombre saliendo de la choza primitiva y de su habitación familiar, para entrar en la vida política y social, que dan contenido a la realidad de sus valores. (Perón 2006,66)

Es increíble cómo coincide textualmente la referencia a la “choza” como algo “primitivo” y como concreción a transformar en los discursos de Perón y Pérez Jiménez, que revelan una especie de querrela desarrollista en contra de la choza. En el caso de Pérez Jiménez reacciona con vehemencia frente a la crítica realizada a su gestión por la ausencia de libertad y democracia durante su gobierno, con lo que se ve obligado a realizar una reflexión sobre la libertad, en la que entra la “choza” de nuevo como símbolo de retraso y primitivismo.

Pero la Libertad es un medio. Por sobre la libertad, si es que existe ahora debes estar la prosperidad del individuo. ¿De qué sirve a un miserable que está viviendo en una choza disponer toda la libertad para gritar, si no lo han liberado del mal que significa la choza, la promiscuidad con toda la secuela de problemas que conlleva? La vida en la choza es una generadora de inmoralidades tremendas. De allí sale el número de clientes para las cárceles, los prostíbulos. En la choza se deteriora la moral de la sociedad. ¿De qué les sirve la libertad entonces si están esclavizados a la choza? (Blanco 1983, 241)

Estas son las palabras de Pérez Jiménez en una entrevista realizada por el historiador Agustín Blanco Muñoz. La “choza” de esta forma se convierte en una materialización del atraso y casi funge como el paradigma del primitivismo. La “choza” se traslada a la representación del indígena en ambos lugares de América del Sur y el programa del desarrollo ejerce una evidente violencia que excluye esa alteridad. Yo plantearía concebir el proyecto del *desarrollo* en dos niveles de ejercicio de racismo: El nivel institucional que incluye el vínculo entre cuerpos blancos y la técnica indispensable para el proyecto industrializador, que está enmarcado en los discursos de Perón y Pérez Jiménez. El segundo, a través de la construcción de una sociedad de consumo que generará todo un régimen visual blanco, excluyendo por carencia material a nivel estructural y por blancura a nivel *superestructural* si pensáramos en

Althusser (2005) en el que los cuerpos blancos son asociados al prestigio (belleza, virtud, desarrollo). El racismo se encontraría presente tanto en la estructura como en la superestructura porque es constitutivo de la modernidad. Con respecto a la primera el mismo Perón dirá:

El Estado deberá contribuir: al perfeccionamiento de los conocimientos técnicos de cualquier orden, en todas las actividades nacionales, a que se aumente el rendimiento individual; a mejorar de modo efectivo las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores; a fomentar el progreso de la clase media; y a estimular el capital privado, en cuanto constituye un elemento activo de la producción y contribuya al bienestar general. (Perón 2006, 95)

Quizás sea necesario recordar que estoy usando el mismo documento en el que Perón explica el proyecto justicialista y en su contenido coinciden (aunque de forma desperdigada) las distintas lógicas que yo estoy trabajando mancomunadamente. Allí denigra de la choza por “primitiva”, habla de “elevar” moral y materialmente al indígena y por ende tutelar el perfeccionamiento de los conocimientos técnicos de la población, con lo que se ejerce institucionalmente la imposición abrupta de: la razón instrumental eurocéntrica, los procesos técnicos de productividad y el estímulo al consumo. Para todo eso es indispensable el crecimiento económico, que radica en la expansión de la industrialización y el aumento de la productividad para consumo externo e interno. Así lo explica Perón en el siguiente párrafo:

Es incuestionablemente cierto que el mejoramiento de las masas trabajadoras necesita de una potente economía que lo respalde. De ello se infiera la necesidad de un permanente coordinamiento integral de las fuerzas económicas y de la conveniencia de establecer en estrecha coordinación, los planes necesarios para evitar el debilitamiento económico o el desequilibrio social. (Perón 2006, 100)

Venezuela como el resto de los países latinoamericanos construyó la narrativa del mestizaje como mito fundacional y como plataforma para fabricar un sujeto que *representara* a la nación. *Anteriormente* ya he expresado que el mestizaje funge como una forma de despolitización, ya que construye una especie de fusión armónica de distintos mundos (*razas*) que se unificaron sin conflicto. Nadie puede negar la mezcla de todos esos mundos en Venezuela, pero es evidente que esa mezcla no generó un patrón único de mestizaje y tampoco eliminó las relaciones de poder, de subalternización y dominación que ejerce la blanquitud hegemónica sobre los mundos no blancos. En ese proceso de construcción de un imaginario mestizo de lo venezolano, se llevan a cabo borraduras y pérdidas evidentes, como en cualquier proceso de construcción de una identidad única frente a una realidad diversa. Habría que decir que los años 50 son importantísimo para esto, porque los procesos de urbanización, tecnificación, industrialización y profesionalización tendrán como enemigo fundamental a las otras formas de organización de la sociedad. Ya hemos visto como el desarrollo genera la necesidad del blanqueamiento de la sociedad, vía asimilación, o sea culturalmente, o vía

extinción física, biológicamente. Para lograr esto, es muy útil la narrativa que está contenida en la *ideología del mestizaje* que explicará Herrera Salas a través de Luis Duno:

Esta función ideológica del mito fundacional del mestizaje ha sido señalada por varios autores. El estudioso venezolano Luis Duno, por ejemplo, denuncia la ideología del mestizaje como un “mito conciliador” que encubre realidades conflictivas como el racismo, el endorracismo y la lucha de clases (Duno, 2002; 37) Duno en efecto, aborda el imaginario del mestizaje en términos de una estrategia discursiva que pretendió resolver (o disolver) los conflictos que amenazaban la consolidación de un proyecto nacional moderno. En muchos casos, la ideología del mestizaje buscó asimilar y contener el componente africano de la nación, dejando más o menos intactas las relaciones jerárquicas de poder y prestigio que se forjaron en el periodo colonial. La imaginación mestiza no se ve aquí como el resultado de los indudables procesos de transculturación acaecidos en el continente, sino más bien como una instancia discursiva del poder letrado que genera “imaginarios sosegantes”. (Herrera 2009, 160)

Esta ideología se impone con la república criolla, sería injusto adjudicárselo a Pérez Jiménez y mucho menos al dispositivo desarrollista. De hecho, los programas de atracción de inmigración blanca como técnicas de gobierno para lograr el blanqueamiento de la población no son originales de la dictadura, durante todo el siglo XIX fueron implementados como política pública en distintos momentos. Por ende, en los cimientos de la sociedad venezolana, como en toda América Latina, hay un vínculo histórico entre Poder y blanquitud. Habría que decir que las guerras federales y todas las cuantiosas guerras fratricidas de nuestro siglo XIX originaron fisuras y ciertos desplazamientos en esos cimientos que no se llevaron a cabo en otros países latinoamericanos, pero las bases fundamentales fueron estructuradas de esa misma forma. Se calcula que durante la guerra probablemente hayan muerto 150.000 personas en un país que tenía una población de menos de un millón y medio de habitantes (Herrera 2009, 171). Muchos incluso plantean la guerra de independencia venezolana y esas guerras posteriores como guerras raciales, es decir, no fue que la guerra heroica de independencia degeneró en guerras civiles entre hermanos, en lo absoluto, más precisamente habría que decir que esas guerras civiles fueron formas de resolver lo que no había sido resuelto durante la Guerra de Independencia:

“...Fue para Venezuela, una prolongación de la Guerra de Independencia en cuanto a los problemas de carácter social y político dejados sin resolver una vez lograda definitivamente la emancipación de España con las victorias de 1821 y 1823 y la separación de la Gran Colombia bolivariana en 1830. Dentro de la realidad histórica concreta de la Venezuela del siglo XIX, el fundamento material de una sociedad oligárquica continuaba intacto. “Crisol de igualdad social”, “insurrección campesina”, “guerra revolucionaria”, “guerra racial”, han sido algunos de los calificativos con los cuales se han intentado caracterizar la Guerra de los Cinco Años. El debate en torno al federalismo nunca pasó de ser un intercambio ideológico entre las élites políticas del país. Quizás, entonces, deba buscar el significado más profundo de la Guerra Federal en el proceso integrador que representó para dos sociedades venezolanas antagónicas y en pugna. El “Grito de la Federación” traía consigo nuevamente la irrupción violenta en el escenario venezolano de las masas llaneras...el ansia igualitaria de la “sociedad llanera” se

enfrenta a la “sociedad jerárquica” que, de hecho, han mantenido las instituciones republicanas del país...en los valles de Aragua, en la sierra de Carabobo y en los llanos de Portuguesa se levantan en armas, bandas de “campesinos armados”, bajo el liderazgo de “hombres oscuros” (es decir mestizos). Más que una “insurrección campesina”, en el sentido europeo de la palabra, la Guerra Federal presenció un renovado intento de fusión entre dos realidades sociales y raciales, blancos contra razas mezcladas, de la Venezuela agraria. Por ello, el período de 1859 a 1860, cuando la insurrección se concentra y cobra fuerza en los llanos apureños, portugueseños y barineses, es visto como el año de la gran amenaza, de la *grande peur*. (Harwich Vallenilla, 1997:602/ Harwich Vallenilla, Nikita.1997. “Guerra Federal” en *Diccionario de Historia de Venezuela*. Pp 599-602. Caracas: Fundación Polar.) (Herrera 2009, 171-172).

Recordemos que el blanco criollo no hace sino asumir el control político-administrativo que había heredado del sistema colonial y llevar a cabo un tránsito frágil hacia la idea de República, en ese tránsito los herederos del poder eran los que ostentaban los códigos, las formas, la racionalidad, la sensibilidad *blanca* que se construía en la negación de cualquier *forma otra* de ser y estar en el mundo a la que había que eliminar y/o asimilar. Para imponer la blanquitud debían disciplinar a la mayoría de la población que era no blanca. Recordemos que la constitución social de Venezuela, al ser un país organizado en torno a sus costa caribeña, era fundamentalmente afrodescendiente, por ende abolir la esclavitud era otorgarle la soberanía o el destino del proyecto nacional, a las grandes mayorías no blancas. Es de esta forma como la raza se convierte en la mejor forma de instrumentalizar la diferencia y controlar a las grandes mayorías. Esto va construyendo una relación histórica entre melanina y poder, es decir, a mayor pigmentación oscura más lejos de la esfera de poder y a menor melanina más cerca de la esfera de poder (esto llevándolo a un plano casi reducido y sórdidamente risible) porque es cierto que no solo es el color de piel lo que te identifica como no blanco. En palabras del historiador Germán Carrera Damas, citado por Herrera:

La esclavitud como sistema, en efecto, fue conservada por la nueva clase dominante de los criollos. Estos buscaron reasumir el control efectivo de las sociedades dislocadas por las guerras de independencia y revigorizar el sector blanco de la población, mediante el reagrupamiento de los hasta entonces enfrentados bandos de realistas y patriotas mediante la promoción de una abundante inmigración “blanca y la prohibición de migración “negra”. Las dificultades encontradas por los criollos en el establecimiento de la República dieron pronto lugar a una ansiosa búsqueda de explicaciones que se afanaban en el descubrimiento de causas y desembocaban en la proposición de remedios. Al cabo de una extensa farmacopea cuyo rasgo básico es dejar fuera de responsabilidad a la clase dirigente, la explicación del fracaso recayó en el indio, donde indios hubo, y en el negro, donde éste había tomado el relevo. Fue posible, de esta manera, vigorizar todavía más el tejido discriminatorio en lo social y en lo étnico...Y el negro ya no sólo fue atraso y rémora, sino auténtico lastre que estorbaba el desarrollo de la sociedad y el advenimiento del orden republicano. No la esclavitud, sino el negro. En tal clima ideológico el objeto de preocupación fundamental no consistía en la incorporación a la sociedad “libre” de un contingente de esclavos, sino en la existencia y el crecimiento de un vasto sector de población no blanca que marchaba inexorablemente hacia el control de la sociedad. El incesante e insidioso debate sobre “la capacidad del negro”, debate en el cual el racismo hacía un arma de todo argumento mientras ignoraba deliberadamente todo contexto explicativo se

prolonga durante el siglo XIX (Carrera Damas 1987, 49/Carrera Damas, Germán. 1987. “Huida y enfrentamiento”. En: *África en América Latina*, pp 34-52. Paris: Unesco.) (Herrera 2009, 165)

Es por este proceso histórico que podemos comprender la razón por la cual están revestidos por un aura de *prestigio* los cuerpos leídos como *blancos*. Es por esta razón que el mestizaje es muy importante como ideología para armonizar las contradicciones y tensiones que surgen en una sociedad que está organizada política, económica y simbólicamente sobre la explotación y la dominación de un grupo racialmente constituido sobre otros. El discurso y las técnicas del poder construyeron una sociedad mestiza en la que los componentes afrodescendientes e indígenas eran *folklorizados* y expelidos de las esferas de la disputa por el poder y el capital. Esto quiere decir que la lógica bajo la cual se piensa el gobierno, el Estado, el capital, emerge del universo blanco y los aportes afro o indígenas quedan en espacios en los que no disputan el poder ni socavan el pacto Estado-capital. Es por eso que yo nací y crecí en Venezuela escuchando que todos éramos *café con leche* (por el color de piel amulatado), con lo cual se reconocía el aporte genético y fenotípico del afrodescendiente y el indígena, pero en la construcción de la narrativa histórica, en los grupos de económicos y en los espacios de gestión de poder, no aparecían esta representación mayoritaria de la no blanca venezolana. Este esquema es compartido en toda la región (con matices evidentes) razón por la que es fundamental entender que las expresiones de nacionalismo de la dictadura y del peronismo están todas mediadas por el racismo estructural que fundó a la nación como cuerpo simbólico/espiritual blanqueado y al Estado como expresión material de esta:

La construcción del Estado-nacional significó así no sólo el sometimiento de los pueblos indígenas que hasta ese momento y por varios siglos habían quedado fuera de los alcances de los poderes lusos e hispano-criollos. También significó la construcción y legitimación de una nacionalidad homogénea, excluía y negaba lo indígena y lo negro como forma de reconocimiento de la pluralidad cultural existente en el seno de los países americanos. En efecto los nuevos Estados republicanos nacidos del orden colonial, se empeñarán en el proyecto moderno de constituir y dar forma a la nacionalidad acudiendo a un conjunto de argumentos prácticos y simbólicos, donde el objetivo principal era alcanzar, a través de la identificación entre esas dos entidades, una sola y homogénea “identidad nacional”...En aquellos lugares donde se realizaron campañas de incorporación de los indígenas y negros a la “civilización”, se organizaron en la forma de campañas de “blanqueamiento” a los nuevos ciudadanos y por agregación al conjunto de la nación. El blanqueamiento, una de las formas más extremas de negación del otro, alcanzó un relativo éxito a través de la imposición del sistema educativo. Junto con ello, se cuenta la elaboración de una historiografía de la nación y la configuración de dispositivos simbólicos y acciones directas, muchas veces violentas, para “convencer” a las poblaciones de los beneficios de adherirse a la nación y a la civilización. La negación de la heterogeneidad y diversidad socio-cultural en la génesis de los Estados-nacionales latinoamericanos y caribeños, instaló la negación en la base de los sistemas de reproducción social y cultural. La curricula educativos, por ejemplo, comenzaron a recrear y traspasar de generación a generación contenidos y formas de conocimientos sobre indígenas y negros que no sólo los desvalorizaban. En el caso indígena se creaba la imagen de un ser del pasado, una figura arqueológica que parecía no tener existencia real en el presente. Por el contrario, cuando

se intentaba abordar la situación de los pueblos indígenas reales se hablaba de sociedades atrasadas, refractarias a la modernización y a las ideas de cambio social. La misma idea moderna de cultura tradicional,- que frecuentemente se refiere a la cultura de los grupos excluidos de la sociedad-refleja la imagen de pueblos estáticos, ahistóricos que viven permanentemente afincados en un lugar simbólico opuestos y contrarios a la modernidad. En todo caso, los mecanismos de incorporación simbólica de indígenas y negros han variado según las circunstancias y las distintas realidades locales. Es indudable que no todas las repúblicas podían negar tan flagrantemente a grupos cuya presencia era demasiado evidente e influyente, de modo que se buscaron mecanismos menos violentos de inclusión, como la “folklorización” de sus culturas y tradiciones,..(Herrera 2009, 167-168)

Herrera es generoso cuando dice “convencer”, porque en realidad la violencia que se ejerce sobre esos grupos otrificados es feroz. Es por esta razón que el nacionalismo de los años 50 de la dictadura es coherente perfectamente con el racismo perezjimenista, de la misma forma como la consigna nacional y popular del peronismo, se vuelve un oxímoron, siendo lo popular en América Latina lo no blanco y el nacionalismo está impregnado y concebido por los intereses del blanco criollo. Es por esta razón que el modelo de desarrollo industrial en la etapa descrita es una continuación de la colonialidad instaurada con la república. Ese miedo a la negritud y la política de Estado de incentivar inmigración blanca como solución, es un continuum latinoamericano que se reitera en la época descrita, lo que cambia es a quién se problematiza, si al negro o al indígena. En el caso venezolano por dimensiones demográficas pero también por localización geográfica el miedo al negro en el siglo XIX era fundamental:

A lo largo de los años cuarenta y de los cincuenta constantemente se propuso la inmigración como solución a los problemas de mano de obra en el campo venezolano. Como la capacidad de los mestizos venezolanos era considerada por los hacendados de bajo nivel, abogaban por la inmigración tanto por su efecto “civilizatorio” como para incrementar la población. De esta manera, no es sorprendente que se prefiera a los europeos, excluyendo así a la población no blanca del Caribe. Con respecto a estos últimos, se argumentaba que al engrosar las masas rurales, ello tendería a agravar los antagonismos existentes entre los blancos venezolanos y los mestizos. Además, la perspectiva de la entrada al país de un gran número de negros, procedente esencialmente de Trinidad, infundía temor a las clases altas. (Matthews 1977, 25/ Matthews Robert Paul. 1977. *Violencia rural en Venezuela 1840/1858*. Caracas: Monte Ávila editores.) (Herrera 2009, 170)

Esto no quiere decir que el tema indígena no esté presente, solo que en otras proporciones. De hecho el indígena también fue afectado por la República y como vimos anteriormente tiene una representación tremendamente negativa desde la recepción perezjimenista del dispositivo del desarrollo. La diferencia es que el mito del mestizaje afectó de manera diversa a las distintas alteridades, es decir, al negro lo invisibilizó, le negó sus aportes y lo expelió de la narrativa nacional y al indígena lo hizo participar desde la asimilación. Habría que recordar que estamos hablando de los años 50 donde ocurre el destierro rural más violento de la historia, al igual que los primeros signos de urbanización, sobre todo de la ciudad Capital. Hay una razón espacial para que ocurra esta diferencia entre la representación

afrovenezolana y la indígena y es que la mayoría de los pueblos indígenas estaban alejados de Caracas y de las principales urbes, con la excepción de Maracaibo. El ámbito rural estaba impregnado en estos cuerpos no blancos y por ende lo rural y lo racial serán indisolubles. El desarrollo es urbano y blanco.

Ahora bien, quisiera insistir en el tema de *lo nacional* porque es justamente cuando se construye la República que los territorios del país se van a convertir en bienes públicos administrados desde la racionalidad estatal. Allí comienza a fraguarse el despojo a los pueblos indígenas y el destierro de grandes contingentes de seres humanos en favor del tan mentado interés nacional. Si como he dicho antes el Estado es patrimoniable, estos territorios pasarán a disposición del grupo humano que asuma el poder. Igualmente, el punto aquí es que el *nacionalismo* que aparenta ser la plataforma de la defensa de la soberanía, de lo nuestro, el sitio de resguardo que tienen las sociedades periféricas y subdesarrolladas, frente a la amenaza del imperialismo o las empresas del norte global, termina por convertirse en el peor enemigo de los grupos no blancos. Esa es la trampa del nacionalismo. Digo esto, porque en la oscura década neoliberal, la izquierda acusaba de falta de nacionalismo a los gobiernos, sin develar el *entrampamiento* al que esto conlleva. *Lo nacional* es totalizante, centralizador y estadocéntrico y por las características de los cuerpos que ocupan el Estado en América Latina, *lo nacional* es blanco, y *lo popular* es lo no blanco. De esta forma la república y los blancos criollos, que gestionan y administran el Estado, tenían como premisa fundamental la apropiación de los territorios indígenas y afrodescendientes, la expropiación de esos paisajes para colocarlas al servicio del proyecto país, de un *nosotros* imaginado:

Los criollos y mestizos en el poder declararon las tierras indígenas como propiedad de la República, junto con todos sus recursos naturales, y avanzaron inexorablemente sobre éstas, antes desdeñadas por alejadas e inhóspitas, al hacerse apetecibles por sus riquezas mineras, de fauna y de flora. Estimularon la organización de frentes mineros, pastoriles y agrícolas que despojaron a los indígenas de sus territorios ancestrales...apropiarse de sus territorios, al repartirles sólo una parte mínima de los mismos, estimular la desaparición progresiva de la propiedad comunitaria de la tierra para desintegrar su organización social y, por último, imponer el régimen de propiedad privada entre los indígenas, único compatible con la ideología liberal. (Morales 1993, 490/ Morales, Filadelfo.1993. "Resistencia indígena ante las políticas etnocidas del Estado-nación" Revista Tierra Firme. Caracas, Venezuela. N44, año 11, Vol. IX, pp.487-500.) (Herrera 2009, 176-177)

No es que un grupo de poder defiende sus intereses, eso sería mucho más sencillo de dismantelar. Es que este grupo construye *la ideología del mestizaje* invisibilizando el privilegio de su blanquitud y ficcionando a través de las leyes de la república, una relación de igualdad con los grupos estructuralmente subalternizados, con lo que logra crear un sedimento ideológico que inhibe la posibilidad de nombrar la raza aunque la sociedad esté históricamente

clasificada así. El indigenismo durante mucho tiempo, al visibilizar al indígena, buscó asimilarlo, cooptarlo y sobretodo expropiarlo. Todo esto en nombre de lo nacional, no fue en nombre de transnacionales o mercados internacionales (aunque el Estado sea funcional a estas). Como nos explica Herrera Salas:

Como vemos, el choque entre la economía política capitalista (basada en la propiedad privada) con la economía política colectiva (basada en la propiedad comunitaria), lo que motiva y determina eventualmente la posición racista desplegada por la clase dominante criolla para apropiarse- a través de las políticas indigenistas del Estado- de las tierras y otros recursos ancestrales de los indígenas. (Herrera 2009, 176).

La apropiación del territorio indígena y su asimilación ha sido una de las grandes políticas de los movimientos nacionalistas, que buscan ubicarlo como sujeto histórico, pero sujetado a sus intereses, es decir, eliminándolos cultural, espiritual, afectiva y territorialmente, en pro del bienestar nacional. El desarrollo industrial es pensado desde lo nacional, ese es su pilar, por ende estará impregnado por el racismo que constituyó al Estado nación latinoamericano y por el racismo que caracteriza a la Economía Política. Por esta razón, lo nacional debe ser visto como sinónimo del destierro, de la expropiación, del expurgo, a diferencia de lo popular que es su contraparte. Lo nacional es construido por la élite blanca como un discurso petrificado, mientras que lo popular está construido desde abajo, en la vitalidad de nuestros muchos mundos. La violencia que ejerce el color de la nación quedaría explicado por Herrera Salas de la siguiente manera:

La aplicación forzada de modelos de organización social absolutamente enfrentados y ajenos a los modos de vida tradicionales de las comunidades objeto de esos procesos de “reducción”, mediante formas de explotación de la fuerza de trabajo indígena en las labores agrícolas y como servidumbre. La imposición de normas compulsivas contra sus estructuras familiares sobre la base de una pretendida “moral católica”; la abducción infantil para cumplir programas de educación y evangelización en lenguas diferentes a las de sus propios grupos, con lo cual se generaban dinámicas de un hondo contenido etnocida destinadas a quebrar la continuidad societaria de las comunidades. A estos elementos hay que agregar la propia incapacidad operativa de las misiones para un control administrativo y político de extensos territorios que se les asignaron, lo cual ha determinado siempre, como era lógico suponer, la acción permanente de ciertos sectores de población criolla del medio rural y terratenientes que someten a los indígenas, mediante capturas forzadas, maltratos físicos y el propio despojo de sus tierras, a formas de trabajo esclavizado, como servidumbre o peonaje, en hatos y haciendas ubicados en regiones cercanas a sus asentamientos naturales (Rodríguez, 1991: 25/ Rodríguez Gallad, Irene.1991.*Cipriano Castro y su época*. Caracas: Monte Ávila Editores) (Herrera 2009, 181-182)

Regionalmente se implementaron mecanismos y tecnologías discursivas para legitimar esto y unificar criterios. Un ejemplo es el Primer Congreso Indigenista interamericano que se celebró en México en 1940 (Herrera 2009). Allí se planteaba de forma interamericana al indígena como problema, a partir de la adhesión a esta conferencia se comienza a burocratizar

el problema indígena. Que Perón no mencione al componente afrodescendiente en sus discursos puede entenderse, vista la cantidad de inmigración, pero que Pérez Jiménez no haga ni una sola mención al negro o a lo afrodescendiente como *problema*, es sin duda un fenómeno relevante. Sobre todo si tomamos en consideración que históricamente el negro se había convertido en la paranoia de la élite criolla. De hecho, desde la revolución haitiana hasta la construcción de la República, fue público y notorio como en muchas repúblicas latinoamericanas, la posible sublevación de los esclavizados era una de las principales preocupaciones, sobre todo en el Caribe donde eran demográficamente inmensamente superiores a la población indígena y blanca. Con esto quiero expresar que *la borradura* del afrodescendiente en Venezuela, a diferencia de Argentina, si es un fenómeno novedoso de la etapa desarrollista ya que históricamente había sido abordado como una tensión a resolver. La presencia de tantos afrodescendientes causó malestares durante todo el siglo XIX y principios del XX, a pesar de toda la imposición del mito del *mestizaje* para impedir cualquier tipo de politización contra la estructura racial imperante. La preocupación aumenta con el final de la guerra de independencia y los primeros intentos republicanos a mediados del XIX:

En su interesante ensayo “Venezuela, República Negra en los informes a España”, la historiadora Consuelo Cal ha demostrado claramente el miedo de las autoridades españolas de las Antillas de que Venezuela se convirtiese en una segunda “República Negra” al estilo de Haití. Haciendo un análisis minucioso de los informes de los Capitanes Generales residentes en el Caribe, y de otros personajes españoles que conocieron la Tierra Firme en la década 1840-1850...El Conde de Mirasol, por ejemplo, Capitán General de Puerto Rico, escribe en sus comunicaciones al gobierno español sobre Venezuela en 1845: “Juzgo de grave importancia la materia pues aquel desgraciado país se ve próximo a nuevas convulsiones, cuyo resultado puede conducirnos a la delicada posición de que nos pidan auxilio para defenderse de la gente de color...” (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, AMAE, Madrid, tratados, leg.2710. Comunicaciones Nº 108 y 109 de 11 de enero de 1845). José Primo de Rivera, Comandante General del Apostadero de La Habana, por su parte, advirtió en sus instrucciones de 21 de junio de 1845 al Comandante de la fragata “Las Cortes”, Joaquín Santolalla, sobre la situación en Venezuela: “...El partido de la raza mulata que va dominando mucho en el país, ha solido vejar a nuestros compatriotas residentes en Venezuela, sin que aquel gobierno haya tenido cuando menos fuerza suficiente para evitarlo”(AMAE, Madrid; política, 2710, “Instrucciones”) (Herrera 2009, 189)

El miedo de que esa “gente de color” que expresaba el Capitán General era por la cercanía y el impacto que podía causar esos eventos en una isla como Puerto Rico aún bajo dominio español que también tenía demográficamente una matriz afrodescendiente importantísima. Este fenómeno descrito anteriormente estará ineludiblemente vinculado con el auge del caudillismo que surge posterior a la guerra de independencia y la instauración de las repúblicas. Estos contingentes de personas no blancas, no estaban siendo representados por el pacto del criollaje en América Latina, ni liberales ni conservadoras, ni centralistas ni federales.

El caudillo vendrá a ser esa figura que represente y lidere lo que era *irrepresentable* e ingobernable para la república blanca. Por esa razón, en los países de mayoría afrodescendientes el recuerdo de Haití fue una advertencia y también lo era las distintas revueltas que se daban en Venezuela por el protagonismo de la “gente de color”, de la no blancura. El miedo al negro que irá desapareciendo a mediados del siglo XX estaba muy incorporado en los discursos del siglo XIX, con lo que la desaparición del negro como *problema*, viene siendo más bien una forma de encubrimiento, el negro queda diluido en el mito del mestizaje, queda amulatado o desaparecido. Eso explica cómo en el presente, sea tan difícil implementar prácticas de discriminación positiva y reparación histórica con los pueblos afrolatinoamericanos, con excepción de algunos países y muy recientemente. Pérez Jiménez está todo el tiempo hablando de la necesidad de blanquear el país, por ende visibiliza como atávico un componente de no blancura que (extravagantemente) como vimos en líneas anteriores se le endilga al indio, siendo éste según el dictador el único componente deficitario la causa del subdesarrollo o la falta de modernización:

“La pobreza, el atraso social y cultural, la falta de virtudes para el progreso constituían limitantes que era preciso superar. Sus causales, sin embargo no se buscaron en la estructura social y económica que impedía la modernización y reproducía el ethos señorial-aristocrático, sino en factores culturales, la “indolencia” de un pueblo que se negaba a ingresar por la senda de la civilización y el progreso. Resultaba pues necesario, dado el insuficiente flujo cuantitativo de la inmigración libre, que por su reducido número no lograba irradiar las virtudes burguesas, un aumento sustancial de la población inmigrante europea que actuara directamente sobre la base social que se deseaba cambiar. La inmigración colonizadora, patrocinada por el Estado, representaba así el camino más adecuado a seguir” (Turra Díaz 2002, 9/ Turra Díaz, Omar. 2002. Inmigración colonizadora y modernización agrícola: Chile en el Siglo XIX. Santiago: Universidad de Concepción) (Herrera 2009, 191-192)

El tema de la inmigración europea es histórico en Venezuela, de hecho fue masivo a finales del siglo XIX pero luego se paralizó durante el XX a diferencia del caso Argentino. La mayoría de los que ingresaron eran españoles e italianos, pero por las condiciones económicas de Venezuela no tuvieron el impacto en los movimientos sociales que si lo tuvieron en Argentina los italianos anarquistas y comunistas:

Las cifras de Landaeta Rosales así lo muestran: entre 1874 y 1888 entran en nuestro país 26 mil inmigrantes, de los cuales veinte millares eran peninsulares y canarios. Entraron además 2.764 italianos y 1806 corsos. Según datos del Censo Nacional de Población de 1891 en Venezuela había 38 mil extranjeros entre ellos 13 mil españoles, 6.000 ingleses, 3.600 holandeses, 3.000 italianos y 2.400 franceses. (Herrera 2009, 196)

Bien entrado el siglo XX estas políticas de *blanqueamiento* seguirán siendo recomendadas. De hecho varios exponentes de la élite intelectual venezolana reproducirán las representaciones negativas del indígena y el negro como *atávicos* para el progreso. Como decía

anteriormente, hasta los años 30 y 40 el negro seguía siendo *problematizado*, pero cuando se da el tránsito del norte global del racismo cultural al racismo biológico (Dorlin 2008, Arboleda 2011), el negro desde la zona del *No Ser* fanoniana (1952). Uno de los casos más llamativos de representación del otro como atavismo lo genera uno de los intelectuales y escritores más influyentes de la historia contemporánea venezolana. Arturo Uslar Pietri, fue el primer latinoamericano publicado en ediciones *Gallimard*, con su novela *Lanzas coloradas*. Premio *Príncipe de Asturias*, Embajador de Venezuela en la UNESCO, fundador de la Escuela Libre de Ciencias Económicas de la Universidad Central de Venezuela (1936), ensayista prolífico y hasta candidato presidencial. Su literatura y sus opiniones incidían permanentemente en la opinión pública, por ende citar las *representaciones* que tenía sobre los pueblos afrodescendientes e indígenas no es cosa menor:

El contenido racista del “blanqueamiento” queda también elocuentemente resumido en la siguiente opinión de Uslar Pietri, para ese entonces Director de la Oficina de Inmigración y colonización: “El indio era aún mucho más incapaz de valoración que el español. Nunca tuvo ni capacidad ni resignación para el trabajo sistemático. Al hablar del indio las palabras “pereza” y “vicio” surgen constantemente de los cronistas coloniales. La aparición del negro en América fue una consecuencia de la misma incapacidad del indio. El negro, por su parte, tampoco constituye un aporte que pueda beneficiar a la raza. La mezcla resultante no ha superado los componentes originales. Lo que podríamos llamar la raza venezolana actual, en rasgos generales, es tan incapaz de una concepción moderna y dinámica del trabajo y de la riqueza como lo fueron sus ascendientes para construir los Estados modernos (Uslar Pietri 1937) (Herrera 2009, 201-202)

Sucede que nos encontramos en 1937 cuando Uslar Pietri realiza esa declaración, con lo cual el tránsito del racismo biológico al racismo cultural descrito anteriormente no había ocurrido. Uslar Pietri repite todos los lugares comunes del racismo occidental. Homogeneiza al indio, como si todos los pueblos que se ubicaran en el país fuesen un mismo pueblo. Inmediatamente acusa de perezosos y viciosos a los indígenas y dice que el negro no hizo ningún tipo de aporte para mejorar la raza en el país. Que el Director de la Oficina de Inmigración y Colonización (1945), que fue fundador a su vez de la Escuela libre de Ciencias Económicas de la Universidad Central de Venezuela, piense de esta manera, es un signo importante a registrar y no debe pasar desapercibido. Es decir, este estadio previo a la teorización o a la toma de decisiones en el que las marcas raciales están tan claras, afectan el juicio del político del intelectual. Por esta razón la inmigración blanca sería tan indispensable de ahí en más:

Durante la dictadura militar del período 1948-1958 Venezuela vivió un impresionante flujo migratorio, predominando los italianos, pero engrosándose las colonias portuguesa y española, entre otras. Entre 1948 y 1961 habían entrado a Venezuela cerca de ochocientos mil inmigrantes, recibiendo cédula 624.425. El 78% de esta cifra estaban compuestos por

españoles, italianos, norteamericanos, colombianos y portugueses (Camero 2000,9/Camero Ysrael. 2000. *La inmigración en Venezuela.* <http://www.analitica.com/va/sociedad/articulos/8813169.asp>,2000) (Herrera 2009, 203)

Los inmigrantes blancos llegan con privilegiado, a pesar de comenzar en condiciones muy difíciles, empobrecidos y expulsados de sus países. Fueron privilegiados, porque el gobierno de la dictadura le otorga manutención, vivienda y asignación de empleo, (a pesar de que muchos desertaron de los proyectos agrícolas a los que habían sido convocados), en detrimento de por ejemplo, los ciudadanos venezolanos que eran desterrados del campo y expulsados por el mismo modelo centralizador que estaba imponiendo la dictadura. Tenía mayor prestigio porque su blancura fue leída por los venezolanos como civilizada, bella, virtuosa y destinada a desarrollar nuestro país, mientras que los que venían desterrados de las ciudades, generalmente representaba la no blancura y por ende, lo contrario. Esto demuestra que la estructura racista opera mediante un sistema de inscripciones históricas, es decir, que un cuerpo que ostente el signo blanco, aunque sea pobre, en la formación nacional de alteridad (Segato 2007) venezolana, inmediatamente será desplazado en un estadio superior de la jerarquía social. En el caso Argentino, lo que probablemente sea una excepción en la región, podemos encontrar personas que ostentan blancura y se encuentra en los estratos sociales desfavorecidos sin que eso sea extraordinario. Durante mi adolescencia en Venezuela, siempre me quedé asombrado cuando la gente relacionaba color de piel con estrato social. En más de una ocasión escuché a personas decir “mira esa mujer tan bella en ese lugar tan pobre” o “tan linda que es y vive allí” (asociando evidentemente la belleza todo el tiempo con la blancura) y es porque la estructura prestablecida históricamente y reforzada por las representaciones del *régimen visual del desarrollo* (publicidad, televisión, cine, prensa, etc.) siguen reproduciendo la colonialidad a través de los estereotipos.

Aquí no voy a caer en la pugna de si es la superestructura o la estructura la que determina una a la otra, es un continuum permanente que al ser reproducido en el mundo simbólico se traslada al mundo material y viceversa. La representación racial va de la mano con la construcción de la mirada sobre el otro, los afectos, la empatía o su pérdida, así como las aspiraciones y expectativas que se tienen sobre unas personas u otras. Toda la subjetividad es un continuum determinado no solo por el *régimen visual* racista y patriarcal, sino también por las relaciones de producción y las estructuras históricas reproducidas a través del dispositivo del desarrollo. Por esa razón, ese vínculo entre no blancura/pobreza material se ha naturalizado y construido como una relación causal prácticamente natural:

Como concluye la profesora Ligia Montañés, en efecto, “los descendientes directos e indirectos de los viejos esclavos y negros libres de la colonia siguen perteneciendo predominantemente a los sectores populares oprimidos, realizando los trabajos más descalificados, menos remunerados y que exigen mayor fuerza física, compartiendo siempre el ámbito social de escasos beneficios (Montañés 1993,51/Montañez Ligia. 1993. *Racismo oculto en una sociedad no racista*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.) (Herrera 2009, 203-204)

La raza no es más que la instrumentalización de la dominación, en ese sentido a pesar de no estar presente en los discursos institucionales va a seguir instaurado en el plano de las representaciones sociales. El discurso de la *democracia racial* en Venezuela, fungirá como el del *crisol de las razas* en Argentina, ocultando el vínculo entre raza y clase, además de evitar cualquier amenaza a debilitar la blanquitud y su posición en la gestión del poder y del capital. Muchas veces la reivindicación de estos grupos racializados y subalternizados ha venido de la mano por la inclusión y asimilación y no por su autonomía y emancipación. Es decir, un Estado blanco/paternalista que cede un espacio de blanquitud para incluir en ciertos reductos de la sociedad y otorgarle la condición de asimilados a estos grupos que integran nuestros muchos mundos. Es el caso del peronismo de cierto modo se permeó la blanquitud pero no del todo, porque el Estado nunca cede fueros ni autonomía. Por el contrario: controla, burocratiza, nacionaliza e institucionaliza, pero no se deja impregnar por otras lógicas que rompan con el pacto blanquitud /Estado-capital:

Oswaldo León, en forma similar sostiene que: “Ha transcurrido más de un siglo de la llamada liberación de los esclavos, sin embargo las estadísticas muestran que los pueblos negros, al igual que los indígenas, continúan engrosando las cifras de los empobrecidos y miserables, de los desempleados, de los desnutridos, de los analfabetos, de los sin tierra y sin techo, de los encarcelados, de los masacrados, de las víctimas de los siniestros grupos de exterminio, etc. Las estadísticas también señalan que los afroamericanos representan una población aproximada de 116.750.000 en todo el continente, un 20% de la población total, más su presencia pasa prácticamente desapercibida, invisible, en las esferas públicas e institucionales y sus aportes son sistemáticamente ignorados o bien desvirtuados o descalificados. Pero eso sí, el menor desliz de uno de sus miembros basta para magnificarlo y alimentar los prejuicios racistas diseminados en la sociedad. (León 1995,1/ León Oswaldo. 1995. “África en América: tambores y gritos de libertad”. En: Afroamericanos: Buscando raíces, afirmando identidad, Serie Aportes para el Debate, N°. 4, ALAI, América Latina en Movimiento, 1995. http://alainet.org/active/show_text.php3?key=985.) (Herrera 2009, 204)

Por esa razón hay que insistir en el punto de que aunque desde la narrativa peronista y pérezjimenista, no se inscriba al negro como deficitario, eso no quiere decir ni mucho menos que se haya superado este flagelo. Como lo expresa el párrafo citado con anterioridad, esa borradora discursiva no implica la inclusión en las “esferas públicas e institucionales”. No es por el hecho de que no sea problematizado, entonces está incluido. Aquí no opera como dicotomías inclusión/exclusión. Es a través de la economía política, la mentada neutralidad científica, la centralidad de la categoría clase para nombrar las relaciones de producción que se

encubre en la ausencia de la problematización del negro. Herrera Salas explica que una de las marcas más evidentes de la discriminación racial y de la negación la profunda presencia afrodescendiente en la cultura venezolana se da a partir de lo religioso:

Tal vez la manifestación más clara de la instrumentación discriminatoria de las expresiones culturales diversas sea la relativa a las religiones. El sustrato indígena venezolano trae consigo tradiciones religiosas milenarias a las que no ha sido fácil diluir en el discurso venezolanista oficialmente católico. La élite de la época colonial diseñó entonces una estrategia para atraer a los indígenas con imágenes más cercanas a su idiosincrasia: apareció la Virgen de Coromoto. La leyenda de su aparición es muy similar a la de otras vírgenes de Latinoamérica: un indígena converso y moralmente destacado por vivir según los valores cristianos es iluminado con la aparición de la madre de Dios y le encomienda la difusión de la fe verdadera entre sus hermanos. Hasta hoy, socialmente se considera que las creencias que no pertenecen a alguna de las grandes religiones conocidas, pertenecen al campo de la superstición, de la magia, de los cultos. Los indígenas y los negros que conservan parte de sus creencias religiosas, se dicen entonces, no tienen religiones sino cultos y supersticiones. (Herrera 2009, 205)

El otro plano que identifica Herrera para el caso venezolano es el estético. Al llegar la sociedad de consumo se construirá un régimen visual que tendrá a la mujer blanca como modelo de belleza. Además, habrá que decir que la mujer blanca posee la *matriz reproductora* de la civilización y por ende del desarrollo. Si el cuerpo de la mujer blanca, es el cuerpo de lo desarrollado y de la belleza, el cuerpo de la mujer no blanca va a representar lo no bello y lo no desarrollado. En el caso venezolano además se instauró el mito de la *catira* (la rubia de ojos claros) que se ubica como estandarte de la belleza. Eso, que es común en todo el continente, está alimentado a su vez por la narrativa de los certámenes de Miss Universo. Para los años 50, en la etnografía y el levantamiento de archivo que realicé en Caracas y Buenos Aires, será evidente el vínculo entre la mujer blanca/belleza/higiene, para configurar al prestigio. Para poder acceder a él, la mujer negra debe *blanquearse* a través del uso de cosméticos y así saldar su déficit. Esto es un tipo de violencia impuesto por el *régimen visual* que a la vez se traduce en una violencia sobre el cuerpo y una negación y autodrespecio de las *corpogenealogías* propias. Esa violencia ejercida sobre los rasgos heredados, es una negación a la historia de vida del mundo al que perteneces, con lo que se traduce en una desidentificación y ruptura con tus antepasados. El *blanqueamiento* aunque a veces se use consciente o inconscientemente como táctica de supervivencia y resistencia, es fundamentalmente un ejercicio de despolitización, que desarraiga la historia personal, expulsando a la persona de la historia su propio pueblo y situándolo en la historia oficial del blanco, como derrotado. Condenando su sensibilidad a la aceptación de un cuerpo supuestamente *atávico* que necesariamente debe ser intervenido para cubrir un déficit. Aquí de ninguna forma estoy tratando de hacer una oda en contra de la posibilidad de generar subjetividad o identidad en torno a la intervención de su propio cuerpo.

Lo que quiero esbozar son las relaciones de poder y de privilegio/condena que se tejen entre unos lugares y otros que se ocupan en la relación. En el caso venezolano llegar a ser dramático, debido a la magnitud del componente afrodescendiente de nuestra sociedad, como lo explica Chucho García:

Afirman Russel, Wilson y Hall (1993) que desde antes de que se aboliera la esclavitud hasta nuestros tiempos, las mujeres negras han estado en la búsqueda de fórmulas y técnicas especiales que impidan que se vean “tan negras”. Estos autores afirman que cada muchacha negra sufre algún tipo de vergüenza respecto a su apariencia. Muchas de ellas se someten a rituales de alisamiento del cabello bastante tediosos y en algunos casos dolorosos para hacer que su cabello luzca, si no como un cabello de blanco, al menos más “presentable”. En la medida en que ellas van creciendo empiezan a utilizar productos diseñados para alisar y manejar cabello afro y para aclarar la piel oscura. Sabemos que la realidad de las mujeres negras en Estados Unidos no se puede igualar a la de las mujeres negras venezolanas pero, ¿acaso las mujeres negras en Venezuela no se exponen a los mismos rituales de alisamiento del cabello que se describen en el párrafo anterior? Desde el punto de vista de lo que es considerado bello y lo que no, existen similitudes innegables, sobre todo si recordamos que lo que nosotros consideramos bello suele ser lo que los norteamericanos y europeos nos dicen que es. La mujer negra crece escuchando (y sintiendo en su cabeza) de distintas maneras que su cabello tiene algo malo, es poco atractivo, no es manejable. El hecho de pasar horas arreglando su cabello para que se muestre “presentable” pasa a ser parte de su vida cotidiana. La búsqueda de blanqueamiento, sin que ellas lo sepan, es parte fundamental de su vida cotidiana... La identidad negativa de estas mujeres, su idea de que no son lo suficientemente hermosas con su cabello rizado o su nariz ancha, de que necesitan blanquearse a sí mismas y la descendencia, para que salgan mejor, está relacionada con lo que los Otros les dejamos ver de ellas mismas. (París 2002, 59-129/ París García, Iliana. 2002. *Ideología y proceso de blanqueamiento: una aproximación construccionista a su posible influencia en la identidad y la autoimagen de tres mujeres negras venezolanas*. Caracas: UCV-FEHE) (Herrera 2009, 206-207)

Este mundo comienza a edificarse a partir de que la creación de una sociedad de consumo que se convierte en uno de los objetivos fundamentales del dispositivo del desarrollo. Recordando de esta forma que la década de los 50 es la década de la televisión, pero también de los procesos de urbanización que construyen otro tipo de relaciones vinculadas al paisaje urbano. El destierro rural, al que habitualmente se le llama éxodo, tiene como consecuencia que esos cuerpos racializados que llegan a la ciudad, sufren el cambio del paisaje y el distanciamiento con los tejidos comunitarios, la desvinculación con la comunidad de origen le impide formas de politización necesarias para hacerle frente a la adversidad. La colonialidad triunfa en lo urbano ya que las formas de politización se limitan a la democracia liberal burguesa y a sus formas de representación que hacen vida en un Estado ya cooptado por el capital y la blanquitud. En los espacios rurales y en algunas periferias hay modos de agenciamiento distintos a los propuestos por el discurso liberal, que generan nuevas posibilidades. Todas estas formas escapan a la lógica occidental y es por ello continúan siendo efectivas. Pero a la vez, es por esa razón que están invisibilizadas de la historia oficial, las formas de resistencia y los aportes de las comunidades afrodescendientes e indígenas, con lo

cual, los jóvenes no blancos que van al colegio no encuentran vínculo directo con la historia, ni con su historia. El caso venezolano es representativo como nos indica Herrera Salas:

A continuación expondremos de manera resumida los resultados de varias investigaciones sobre la enseñanza de la historia en Venezuela que comprende el estudio de programas y textos escolares de 1944 hasta 1997. Encontramos fundamentalmente en los textos escolares la presencia permanente y repetida de estereotipos negativos, símbolos de estigma, definiciones, conceptos y toda una estructura conceptual, todo un sistema de ideas que descalifica y discrimina a las culturas indígenas y afroamericanas, incluso iberoamericanas. A su vez, los resultados de estas investigaciones indican que estos estereotipos, símbolos de estigmas y sistemas de valorización transmitidos por el sistema escolar a través de la enseñanza de la historia y las ciencias sociales han sido internalizados por niños, adolescentes y adultos, y crean graves problemas de identificación individual y social, que inciden en la formación de conflictos en la construcción de la conciencia histórica, y que se manifiestan en diferentes tipos de problemas: baja autoestima, autoimagen nacional negativa, desarraigo, desinterés por los aspectos culturales e históricos, tendencia patológica a copiar modelos extranjeros, endorracismo y vergüenza étnica, represión de la creatividad...Este sistema de ideas al ser internalizado invade la interioridad de la población receptora, enferma su imaginación, su noción de sí misma, es decir coloniza su interioridad y viola sus derechos humanos por el contenido racista, al impedirle asumirse como realmente es; un pueblo de publicación y patrimonio pluricultural: amerindio, afroamericano e iberoamericano. Este complejo proceso se ha denominado Educación Colonizadora. Como constante de este proceso hemos encontrado: el eurocentrismo, las concepciones de la historia y la cultura derivadas del evolucionismo social, el racismo y el neoevolucionismo. El problema de la deshistorización está presente como una constante en la formación del niño y el joven venezolano. En Venezuela existe una desinformación permanente sobre el proceso histórico-cultural. (Quintero 2003, 6-13/ Quintero, María del Pilar. 2003. *Racismo, etnocentrismo occidental y educación. El caso de Venezuela*. Mérida: Universidad de los Andes.) (Herrera 2009, 212)

Es por esta razón, que aunque desde narrativa de Perón y Pérez Jiménez en los años 50, no se mencione al negro como atávico o deficitario, hay un conjunto de instituciones que ya van reproduciendo ese relato, entre ellas como lo explica Herrera Salas a través del estudio de María Quintero, la educación y la propia historiografía. No hace falta que el racismo se narre para que opere. Nuestras sociedades están estructuradas en base a la *división racial del trabajo* (Quijano 2014) y al pacto blanquitud/Estado-capital, por ende el consenso racista está predeterminado y es el estadio previo a cualquier ejercicio de gubernamentalidad.

Para poder imaginar nuevas posibilidades de agenciamiento o de politicidad habría que ir a los bordes del sistema, a los pliegues que ha desarrollado la no blancura para sobrevivir y resistir a la estructura social oprobiosa. Uno de los espacios de politicidad ha sido la religión, importante para la construcción de lazos colectivos, para la fabricación de una subjetividad propia y para el vínculo con el acervo maravilloso y potente de lo ancestral. En el caso venezolano, el culto a María Lionza es uno de los más formidables sincretismos religiosos que hay en la región, además de que ha sido extendido a todo lo largo y ancho del país e inclusive más allá de las fronteras nacionales. Evidentemente, siendo esta una forma de politicidad, la

iglesia católica con la complicidad del Estado intentó desprestigiar el Culto. Esta forma de religiosidad demuestra la potencia relacional y vincular de nuestros mundos no blancos. Es decir, bajo el abrigo de María Lionza pueden convivir las representaciones indígenas, los santos católicos y la corte africana, en un ejemplo de lo que Édouard Glissant llama la *créolisation* como una nueva *poética de la relación* (Glissant 2006). Gustavo Martín nos hace un buen resumen del funcionamiento religioso de este culto venezolano:

Al lado de la María Lionza (cuyo nombre indígena del occidente de Venezuela es Yara) y formando con ella las llamadas Tres Potencias, se encuentran los espíritus del Indio Guaicaipuro y del Negro Felipe, como puede observarse, las Tres Potencias están constituidas por dos indígenas (la propia María Lionza y Guaicaipuro, Tiuna, Tamanco, Paramacoto, Yaracuy, entre otros. En la Corte Celestial, o Corte “Blanca”, todos los Santos Católicos, las distintas advocaciones de la Virgen y el mismo Cristo. En la Corte Africana, los espíritus u orishas de la religión Yoruba, conocidos en Venezuela como las Siete Potencias Africanas (Changó, Egún, Echún, Yemanyá, Eleguá, Obatalá y Orula), así como los espíritus del Negro Miguel, el Negro Felipe, etc. Y en la Corte Libertadora, los espíritus de Simón Bolívar y de los principales líderes de la guerra de Independencia contra España (Martín 1983, 162/ Martín, Gustavo. 1983. *Magia y religión en la Venezuela contemporánea*. Caracas: UCV.) (Herrera 2009, 265)

La experiencia de estar *entre varios mundos* simultáneamente dentro de esta expresión espiritual de la *Venezuela profunda*, contrasta con el sectarismo de la iglesia católica. La virulencia con la que fue atacado este culto y otras formas de religiosidad afrodescendiente no tiene correspondencia a la inversa. De hecho la pluralidad de los distintos tipos de religiosidad popular ha incluido incluso a una figura como la de José Gregorio Hernández, un médico blanco oriundo del Estado Trujillo que realiza milagros en todo el país (Herrera 2009) Durante la dictadura venezolana se exacerbó este racismo contra *otras* formas espirituales, recordemos que hasta 1956 Pérez Jiménez tuvo un matrimonio soñado con la iglesia (Coronil 2002) inaugurando vírgenes cada año en grandes ceremonias a las que asistía el alto gobierno (Castillo 1990). Pero sería injusto endilgárselas solo a la dictadura, durante el gobierno de Acción Democrática también hemos visto posturas recalcitrantes contra estas formas otras de espiritualidad por parte de la iglesia católica:

Esta misma concepción eurocentrista y racista, además, se mantuvo dentro del seno mismo de la jerarquía eclesiástica venezolana. En una entrevista realizada en 1947 al párroco de Chivacoa, la población más cercana a la montaña del Sorte, considerada sagrada por los seguidores del Culto de María Lionza, el representante de la Iglesia expresó claramente esta versión prejuiciada de la Iglesia hacia el sistema de religiosidad popular que representa el Culto: “Yo acepto la parte folklórica de la leyenda, pero la condeno... Venezuela ha sido rebajada a un nivel de incredulidad que no sé a qué compararla. Parecemos en el plano internacional como si los venezolanos fuéramos paganos. Lo repito, en general es un círculo estrecho de un negocio torpe” (Segal, 1947, 13)...En resumen, las relaciones entre el Culto de María Lionza y la jerarquía eclesiástica en Venezuela pueden sintetizarse en el contraste existente entre una gran tolerancia, pluralismo y apertura de los seguidores del Culto hacia el catolicismo, por una parte,

y una gran intolerancia de la jerarquía eclesiástica hacia el Culto y sus seguidores, por otra. (Herrera 2009, 260) Segal, D. “Vestigios del panteón Yoruba encontrados en Carabobo y Yaracuy”, en: *El Nacional*, 29 de septiembre de 1947, p.13.

Es evidente que la falta de reciprocidad existente, entre el pluralismo y la *creólisation* de la mayoría de las religiones populares y el sectarismo la iglesia católica. Esto se debe a que ésta habla desde el poder y cualquier amenaza al monopolio de su fuerza y de su control se convierte en un blanco de exterminio. Como esta disputa, encontramos muchas disputas simbólicas significativas con respecto a festividades, la más conocida es la de San Antonio, que se supone comienza siendo una festividad católica, normada por la iglesia pero que el pueblo la asume como una festividad de negros y se la reapropia:

Existe también, estrechamente vinculada con las dos anteriores, una disputa étnica y política alrededor del nombre de la festividad dedicada a San Antonio. Por una parte, y constituyendo una versión más antigua, los sectores populares se refieren a ella como Son de Negros. Por otra parte, y más recientemente, la jerarquía eclesiástica y otros sectores de la élite local se refieren al complejo ceremonial como el Tamunangue. Los sectores populares en términos generales más ligados a la cultura afroamericana que las élites, insisten, en efecto, en la denominación original de Son de Negros; así como llaman a San Antonio “El Negro Antonio”, a los conjuntos que interpretan la música del ritual “banda de negros” ya los danzantes “los negros y negras de San Antonio”.

Según informes recogidos por Ramón y Rivera durante los años 1950 y 1960, en el estado Lara se decía “vamos pa’ unos negros” cuando se iba a una reunión en la que aquéllos estaban tocando y bailando las danzas en homenaje a San Antonio. También Francisco Carreño nos escribe que en Sanare se llamaba al festival Son de Negros. (Herrera 2009, 293)

Cuando planteé la etnografía del poder como una grilla de lectura al principio de este trabajo, comencé a notar que en ocasiones el poder es solo ficcional y a veces parodiable ya que nunca logra controlar plenamente la totalidad de la existencia social, la muestra es que las religiones afrodescendiente e indígenas siguen existiendo a pesar de más de 500 años de intentos de exterminio. Durante mi investigación fue siempre difícil no trasladarme escudriñar las resistencia y sus mecanismos de lucha, que aunque no se perciben fácilmente es evidente que existen, emergen todo el tiempo. Es precisamente esa obviedad enigmática en la que están los distintos proyectos postcoloniales y decoloniales realmente existentes. Que aunque sé que existen, no las menciono en esta tesis. Estas pugnas por la defensa de las religiones afrovenezolanas no son un capricho étnico o multiculturalista, forman parte del sustrato más importante de la matriz cultural de Venezuela. La mayor oleada de inmigración europea a Venezuela llega a partir de la postguerra, con lo cual, a diferencia de Argentina, no será tan fuerte su aporte a nuestras formas de vida como si lo es el componente afrodescendiente. Por esa razón, cualquier observador distraído puede constatar similitudes entre formas de habla, léxico, gastronomía, ademanes, corporalidades, entre un puertorriqueño, un venezolano y un

cubano. Es ese momento más allá de la formación nacional, es el momento de la matriz afro que habla por nosotros.

Venezuela al estar asumida en su plenitud por el mar Caribe se convierte en un sitio de tránsito importantísimo de población esclavizada. Es cierto que el Puerto de la Guaira no fue tan importante como el Puerto de Cartagena pero decenas de exploradores y documentos de la Corona describen a Venezuela como un país con una presencia afrodescendiente notable e importante (Vallenilla 1991), una de las mayores de América del Sur, junto con Brasil y Colombia. En palabras de los investigadores Vargas y Sanoja:

Aunque la mayoría de la población esclava negrovenezolana, según Acosta Saignes, se hallaba concentrada en el territorio de los actuales estados Miranda, Guárico, Yaracuy, Cojedes, Lara y Portuguesa, los mulatos, zambos, los blancos de orilla y los mestizos ocupaban la mayor parte del territorio nacional, constituyendo por lo menos el 90% de la población venezolana. (Vargas y Sanoja 2015, 61)

Aunque la cifra de *no blancura* cambie en diversos textos, siempre se encontrará entre un 80% y un 90%, lo cual es altísima para que sea la constitución primigenia de un país. Esto significará que por más que el 10% o 20% de la población desee imponerse, les será imposible controlar al restante. El exterminio no sería en este caso una opción como lo fue en Argentina pero sí la práctica de atraer inmigración blanca. Si antes hablaba de la composición afrodescendiente que es la mayoritaria y el pilar fundamental de nuestra sociedad, también tuvimos una elevada población Caribe:

La vasta georregión centro-oriental de Venezuela constituyó hasta bien entrado el siglo XVIII el asiento de una numerosa población Caribe. Sus descendientes, los habitantes actuales de los estados Guárico, Anzoátegui, Monagas, Sucre y Bolívar, conforman la mayor parte de los colectivos humanos que mueven la industria de la Faja Petrolífera del Orinoco y del golfo de Paria, la industria siderúrgica y energética del Caroní. (Vargas y Sanoja 2015, 60-61)

Todo esto permite asegurar que cuando hablamos de *lo popular* en Venezuela estaríamos hablando del acervo de los pueblos afrodescendientes e indígenas, pero fundamentalmente afrodescendientes, por ubicación geográfica, densidad poblacional y relación con los centros de poder. Por esa razón, todas y cada una de las expresiones que nosotros adjetivamos de esa forma: cultura popular, creencias populares, músicas populares, comida popular, todo está permeado por la huella afrodescendiente o indígena. Eso mundos internos no blancos de la Venezuela profunda, comenzaron a confeccionar plataformas culturales, con sus formas propias de subsistencia, desarrollando sus propias técnicas, gastronomía y formas de poder, a pesar de vivir una condición de subyugación y asedio permanente. Sus aportes son invisibles solo bajo la mirada eurocéntrica del blanco, que le teme a las formas autosustentables y comunitarias que podían derivar en disfuncionalidad al capital

(no desarrolladas). Esos repertorios y conocimientos que luego el mito del *progreso* y su *modernización* ilustrada etiquetarán como primitivos y anacrónicos. Lo cierto del caso es que Venezuela es hasta nuestros días un país predominantemente afrodescendiente, ya que la constitución histórica no fue superada, a pesar de lo no pocos intentos de blanquear la sociedad:

La extraordinaria expansión territorial y densidad demográfica de los negrovenezolanos a partir del siglo XVIII fue como una segunda colonización de Venezuela, lo cual demuestra- como dice Acosta Saignes- cuán intensa fue su participación en la conformación definitiva de nuestra sociedad: juntos, los indígenas y los negros fundaron pueblos, abrieron campos de cultivo, desarrollaron artesanías, se convirtieron en los aguerridos pastores de ganado que hoy llamamos llaneros, innovaron y ayudaron a desarrollar localmente técnicas constructivas para viviendas populares como el bahareque y la tapia, entre otras, pero, fundamentalmente, el gran aporte de ese proceso de transculturación entre indígenas y negros fue la creación de la cultura venezolana, de los rasgos somáticos generales, de las expresiones religiosas como el San Juan Guaricongo, San Benito y los cultos sincréticos de María Lionza, el Negro Felipe y Guaicaipuro, expresiones musicales como el sangreo, el baile del tambor y el merengue, la salsa y formas gestuales y dialectales que distinguen la singularidad del pueblo venezolano... En adelante, cuando hablemos del pueblo venezolano, es necesario recordar a esa fragua social, que llama Acosta Saignes, que dio origen a 80% de nuestra población actual. (Vargas y Obediente 2015, 65)

Esto explica por qué Venezuela fue el país más convulso de la región durante el siglo XIX y no es la perogrullada racista de que teníamos muchos afrodescendientes y que ellos tenían una tendencia *natural* a la violencia y a delinquir. Al contrario, la incapacidad de la élite criolla a poner a su disposición y subalternizar al 80% de la población dio al traste con los distintos intentos de recolonización republicana. El mito del mestizaje despolitiza estas luchas que aún están presentes en Venezuela pero que son apaciguadas mediante la represión o la subvención del consumo hacia los sectores más desfavorecidos gracias a los altos ingresos petroleros, como lo expliqué anteriormente. Venezuela tuvo una democracia del consumo, que creó una aparente igualdad adquisitiva que daba la sensación de ser una de las democracias más estables de la región, gracias al reparto indirecto de la renta petrolera. Además la narrativa del *mestizaje* que invisibilizaba la gestas de los pueblos *no blancos* contra el bloque histórico dominante pero minoritario y que planteaba que la élite criolla había llevado la independencia y la posterior paz al país. Cuando claramente eso solo se logró con la profesionalización de las Fuerzas Armadas y con la llegada de la industria petrolera. Por esa razón, no es absurdo reiterar nuevamente, la contradicción entre lo nacional y lo *popular*. En este caso, lo nacional representaría el relato que construye el bloque etnohistórico dominante, aunque minoritario y blanco, para justificar la subalternización, ya descrita anteriormente. Los investigadores Vargas y Sanoja, aunque pecan de marxistas nos dan una definición que podemos leer en clave descolonial sobre la nación:

La formación de la nación como constructo político está condicionada estrechamente por la formación de la conciencia nacional. Dicha conciencia es la expresión sintética de los elementos históricos, geográficos, económicos, culturales, ideológicos y étnicos que la integran. La nación es un fenómeno histórico que se sustenta en los hechos del pasado, lo cual determina la integración de los colectivos sociales en una comunidad de destino que busca un futuro definido. Es por ello que en una sociedad de clases como la nuestra, la definición de lo que se entiende concretamente por conciencia nacional se hace en función de la ideología que profesa el bloque histórico dominante; dicha ideología es el fundamento de las relaciones de poder existentes entre el bloque histórico dominante y el dominando. El análisis de los hechos históricos sobre los cuales se apoya dicha ideología sirve como soporte para el mito fundacional de la nación creado por las burguesías que conforman el bloque histórico dominante en la sociedad capitalista venezolana. (Vargas y Sanoja, 2015, 67)

Esas burguesías blancas fueron las que inculcaron el mito del mestizaje, para invisibilizar las estructuras de dominación que ellas administraban gracias al dispositivo racial, que aunado a la democracia del consumo que instauró Betancourt (heredado del Estado petrolero fundado por Gómez) terminaron por obliterar el tradicional *problema* negro, sin resolverlo. El rentismo dio la ilusión de armonía, mientras duraron los precios altos, pero la injusticia social seguía y la democracia no tenía la densidad como para soportar un quiebre de los precios del petróleo. Tendría que insistir en que al margen de la *colonialidad* que vive toda la región, encontramos matrices históricas diferentes que generan actores diversos en cada país: en Venezuela no tuvimos una oligarquía agroexportadora como la de Argentina y mucho menos una aristocracia como la mexicana o la peruana. El sector exportador de café y cacao que fue poderoso durante la colonia, sucumbe al mismo ritmo con el que crece la industria petrolera en el siglo XX debido a la *enfermedad holandesa* que sufre todo país al que le ingresa una cantidad de dólares enormes y no tiene una estructura productiva que la contenga, trayendo como consecuencia la apreciación inmediata de la moneda y el consecuente abaratamiento de las importaciones en detrimento lógico encarecimiento de las exportaciones. El régimen gomecista a través del convenio Tinoco de 1934 rechaza la devaluación de la moneda con respecto al dólar. El tirano se encargó de darle la última estocada al sector agroexportador, encareciendo sus costos de producción e inhabilitándolos para competir en el extranjero (Urbaneja 2013,46-47). La caída de la oligarquía propietaria de la tierra es también la caída de su estilo de vida y del poder de su blancura. Queda claro con este ejemplo cómo una decisión económica, impacta directamente en el régimen racial de la blanquitud. Por esta razón y paradójicamente son las Fuerzas Armadas las que fungirán como los actores preponderantes en la dinámica política venezolana:

La decisión del gobierno venezolano de no seguir a la moneda norteamericana en su descenso llevó la tasa de cambio del bolívar, primero a 3,94 y luego, con la segunda devaluación de la moneda norteamericana, a 3,06 por dólar. Eso significaba un duro golpe para las exportaciones de los productores agrícolas nacionales...Las consecuencias de esa decisión iban a ser enormes.

Lo que estaba ocurriendo era que se estaba decretando la decadencia definitiva de la Venezuela agroexportadora, se estaba colocando a esa actividad en un plano muy secundario y se estaba entrando en una economía caracterizada por una moneda sobrevaluada y, por lo tanto, con un sesgo general antiexportador, economía que funcionaría en ese marco durante cinco o seis décadas más. El modelo básico pudiera denominarse una economía semiabierta. “abierta para las importaciones y cerrada a las exportaciones no petroleras”...Al revaluarse el bolívar, se encarecería el precio en dólares de las exportaciones venezolanas que, aparte del petróleo, eran el café y el cacao fundamentalmente, lo cual las sacaba de la competencia internacional. Al mismo tiempo, se abarataba el precio en bolívares de las importaciones en general, lo cual creaba un cuadro negativo contra el surgimiento de casi cualquier tipo de manufactura natural que no contara con barreras naturales de protección. (Urbaneja 2013, 47-48)

El Convenio Tinoco que se firma el 28 de agosto de 1934 entre los bancos, las compañías petroleras y el Ministro de Hacienda Pedro Tinoco fijan la tasa para la compra a 3,90 y para la venta a 3,93. Con lo cual aunque parecía una devaluación (estaba en 3,06 a 3,93 bolívares por dólar) pero en realidad se subsidió el valor del Bolívar con respecto al dólar (Urbaneja 2013, 47). Los precios del café y el cacao en dólares se mantuvieron altos y la oligarquía agroexportadora perdió competitividad. A partir de esa fecha y para siempre, el estado venezolano hizo nada o poco por frenar el ocaso de la oligarquía venezolana. Completamente diferente al caso colombiano en el que el pacto Estado-capital siguió intacto desde la colonia. Este representa el primer atentado contra la blanquitud como cuerpo/habitus representativo del pacto Estado-capital. Este desplazamiento explicará, en mi opinión, el porvenir de la democracia venezolana. Al socavar a la oligarquía venezolana, queda desplazado el centro de gravitación de la colonialidad. La blanquitud tradicional, se verá amenazada por una nueva burguesía emergente auspiciada por el Estado y por el inmenso caudal importador. Esto conlleva a que el Estado como institución se convierta en una forma de obtener cuotas de prestigio sin necesidad de tradición, linaje o abolengo. Con respecto al capital, la sobrevaluación de la moneda permite abaratar importaciones y otorga un acceso mucho menos restringido que en otros países, además permite generar grandes riquezas a través de las importaciones. Para formar parte del sector importador no necesitas ser heredero de miles de hectáreas sino usar el mecanismo de inversión y reinversión. El convenio Tinoco no socializó el capital, lo democratizó superficialmente, mediante subvenciones a las importaciones de los ciudadanos y con ello depauperó la oligarquía y a su blanquitud. Estos dos eventos simultáneos abren espacios para sectores de la población que por su *signo racial* no hubiesen tenido la oportunidad de ostentar esos espacios y también cambiará para siempre *el semblante* de la política venezolana que se mantendrá alejado de países en que esa estructura no fue erosionada. Con el convenio Tinoco no acaba con el racismo en Venezuela, es decir, las personas que encarnan la blanquitud siguen teniendo prestigio, pero el vínculo entre ese *signo blanco* y el

poder político/económico es inestabilizado. No opera como totalidad. La caída del agro, destituye a la oligarquía, que se vendrá a menos y la *blancura* seguirá como condicionante pero no como determinante del poder. Cuando llega la dictadura, va a restaurar una nueva blanquitud, pero en este caso desde las Fuerzas Armadas.

En el caso argentino, el encare *popular* va a diferenciarlo del venezolano, que no contaba con la participación de los ciudadanos salvo como pasivos espectadores. Porque en Venezuela la situación de *atraso* que denunciaba el dictador sirvió para justificar la falta de legitimidad en la participación de un pueblo no preparado, de igual forma, lo que si era insalvable para la dictadura y su líder:

Sobre todo, hemos de conseguir la erradicación de la mediocridad. Quizá la miseria, el atraso y la ignorancia de nuestro pueblo no impidieron tanto el desarrollo de Venezuela como el hecho lamentablemente de la entronización de los mediocres. Ellos creyeron y aún creen, que con el conocimiento improvisado, la falta de escrúpulos y la incapacidad organizativa podrían sustituir ventajosamente el estudio, la honestidad y la técnica.⁶⁴ (Castillo 1990, 107)

Pérez Jiménez cree que la clase política venezolana es peor que la miseria, la ignorancia y el atraso de nuestro pueblo (se refería a Acción Democrática) Esto implica indirectamente un desprecio por lo popular, pero sobre todo, un desprecio por el partido que representaba lo no blanco. Eso inevitablemente derivará en la representación de un conjunto mayoritario de la población en condición de no desarrollado. Se llevará a cabo, por ende, un conjunto de medidas en pro de *contemporaneizar* a esa población que vive en otro espacio temporal. La dictadura tutelaría estas transformaciones y decidiría según su propia racionalidad técnica la construcción de estas nuevas cotidianidades.

El mejoramiento de las condiciones de vida del país, patentizado en la protección a los sectores laborantes y en el aumento a las oportunidades de trabajo; en viviendas higiénicas y confortables para gente mejor nutrida y vestida; en escuelas suficientemente dotadas y con ambiente propicio para formar venezolanos cada vez más aptos; en centro sanitarios y hospitales que fomentan, preservan y restituyen la salud a la colectividad.⁶⁵ (Castillo 1990, 198)

Si uno lo lee ingenuamente pareciera no tener nada de perverso, es decir: ¿quién pudiera estar en contra de las viviendas higiénicas, de la nutrición y el calzado o de formar venezolanos más aptos? porque planteado así, si fuese realizable, no tendría ninguna validez la crítica al desarrollo. El problema radica, en que este objetivo viene siendo planteado desde hace casi 70 años sin haberse cumplido. No habría que ignorar tampoco, que este proyecto se circunscribe en el proceso más violento de homogenización de formas de vidas, hábitos y costumbres que

⁶⁴ Pérez Jiménez, Marcos. "Discurso de clausura de la semana de la Patria 1955". *En Venezuela bajo el Nuevo Ideal Nacional*. 2 de diciembre de 1953 al 19 de abril de 1956. P 26.

⁶⁵ Pérez Jiménez, Marcos. "Alocución dirigida a los venezolanos en el Círculo de las Fuerzas Armadas". *En Venezuela bajo el Nuevo Ideal Nacional*. 2 de diciembre de 1953 al 19 de abril de 1956. P 23.

viviéramos en nuestros espacios del Sur. Pérez Jiménez maneja el ideal de la blanquitud. La inmigración europea es entonces una práctica de blanqueamiento indispensable para llevar a cabo el modelo de desarrollo. Porque habrían muchas formas de rastrear prácticas de blanqueamiento que se dan en la cotidianidad y que se usan como mecanismos para adquirir cuotas de prestigio en las sociedades racializadas, pero no será el objetivo de este trabajo. Lo que interesa aquí y fue seleccionado por motivos de una propuesta académica, es pensar desde las instituciones y desde el poder las formas de representación de la raza dentro del programa de desarrollo. A pesar de que la blanquitud operaría más allá de la esfera de gobierno hacia por ejemplo la construcción de una hiperrealidad blanqueadora a través de la publicidad. Allí tomaré la construcción de lo *hiperreal* del filósofo francés Jean Baudrillard:

Cuando lo real ya no es lo que era, la nostalgia cobra todo su sentido. Pujanza de los mitos del origen y de los signos de realidad. Pujanza de la verdad, la objetividad y la autenticidad segundas. Escalada de lo verdadero, de lo vivido, resurrección de lo figurativo allí donde el objeto y la sustancia han desaparecido. Producción enloquecida de lo real y lo referencial, paralela y superior al enloquecimiento de la producción material: así aparece la simulación en la fase que nos concierne —una estrategia de lo real, de neo-real y de hiperreal, doblando por doquier una estrategia de disuasión. (Baudrillard 1978, 15)

La blanquitud que veremos representada en la publicidad, es una blanquitud hiperreal, que será una “producción enloquecida de lo real y lo referencial” nuestra blanca referencial, nuestro modelo a seguir, una blanca que no es de nuestros paisajes ni de nuestros horizontes, con la que incluso el blanco de nuestras tierras, entraría en tensión. Esa es la que aparecerá en la publicidad, la única que reúne el verdadero prestigio. En una entrevista que cito a lo largo de este trabajo, el dictador Pérez Jiménez y su entrevistador hablan de la inmigración europea y la latinoamericana a la que éste llama “inmigración de occidente” refiriéndose a la colombiana. En ella el dictador vuelve a hablar de la cultura como algo *natural*, comparando la disposición al trabajo de los europeos en contra de nuestra disposición a la fiesta y al derroche:

Los inmigrantes que nos vienen de otro lado, los que nos entran clandestinamente por el occidente, eso sí que no vienen a enseñarnos a trabajar...Exactamente buscábamos una inmigración seleccionada, en palabras más simples, buscábamos lo mejorcito que pudiéramos encontrar...Porque saben trabajar más que nosotros. Porque uno monta un negocio y a la primera ganancia llega y la derrocha uno en la primera ocasión. El italiano, el portugués, como ha vivido en medios más duros, donde hay más competitividad saben que hay que luchar mucho, para sacar la cabeza con el esfuerzo. Entonces lógicamente ese esfuerzo les produce beneficios. Por eso han podido llegar a ser propietarios de esos pequeños comercios, esas pequeñas empresas. Eso es natural. (Blanco 1983, 70-71)

Laureano Vallenilla Lanz es aún más recalcitrante en su racismo que Pérez Jiménez, quizás por haberse formado en Europa y haber sido hijo de uno de los intelectuales más influyentes del continente. Vallenilla recurre al darwinismo social que parecía ya superado:

“Venezuela debe homogeneizar el pigmento de sus pobladores. No cuenta tanto el número como la calidad del habitante. Españoles, italianos, portugués y alemanes colaboran y seguirán colaborando en la construcción de ciudades y el desarrollo de la producción”⁶⁶ (Castillo 1990, 109-110).

Aquí Vallenilla Planchart incluso adolece de la rigurosidad que sí tenía el padre, para bien o para mal, en el que tenía claro que españoles eran diferente a los italianos y los italianos diferentes a los portugueses y estos a su vez, distintos a los alemanes. Pensar en Europa como una unidad, no obedece de ninguna forma a patrones culturales, ni siquiera a su propia historia. Obedece a una hiperrealidad como explicaba antes, fruto de la *colonialidad* que mezcla raza y cultura. Es la *blancura* del europeo, lo que hace a Europa según Vallenilla. Si uno hiciera un ejercicio de hermenéutica rigurosa de esa frase, encontraría que el desarrollo, depende de la *homogenización del pigmento*. Incluso planteado así es mentiroso, porque no es una homogenización hacia lo afrodescendiente o lo indígena, es decir, el problema no es la diversidad que hay que sintetizar. Ese proyecto de *homogenización del pigmento*, es un claro proyecto de blanqueamiento. El vínculo pues entre *desarrollo y blanqueamiento* es clarísimo de acuerdo a los ejecutores de las políticas públicas. El tirano y su ministro e ideólogo lo dicen públicamente sin tapujos. La cita a continuación es aún más reveladora: “Nosotros no somos anti-indigenistas, pero nos felicitamos de que en Venezuela no haya indios y nos oponemos al mantenimiento de tradiciones que son fruto de la miseria, la ignorancia y el atraso”⁶⁷ (Castillo 1990, 110). Por esa razón, esas formas de *vida otras*, tenían que ser aniquiladas mediante prácticas de blanqueamiento. Uno no creería que ya bien entrados los años 50, en un país como Venezuela, discursos así fuesen posibles. El mismo desprecio que el ideólogo sentía hacia lo indígena, lo sentían hacia lo *popular* y por ende solo una élite dirigidos por un gendarme, podía decidir cuál era el bienestar común para toda la nación y tomar las decisiones al respecto. Extraño nacionalismo el de Pérez Jiménez y Vallenilla, donde lo indio queda condenado a lo miserable y atrasado y lo afrodescendiente ni siquiera es mencionado. Parecen legar sobre la élite blanqueada y un pueblo por blanquear, la dirección del proyecto histórico. Una editorial de Vallenilla Planchart es bastante ilustrativa al respecto:

“...Nada perdemos arrojando al cesto cuanto se escribió y se edificó durante el régimen colonial, el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Tampoco existe un arte precolombino porque desde el punto de vista estético son insignificantes los cacharros de arcilla y los ídolos que improvisados etnólogos y arqueólogos vernáculos presentan como pruebas de pretéritas civilizaciones. Bien está pues, que el tractor orientado con criterio revolucionario eche por tierra

⁶⁶ R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. El Heraldo. 17/9/55.

⁶⁷ R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. El Heraldo. 28/3/57.

toda esa tradición de bahareque, de telaraña y de literatura mohosa, penetrando también en la selva para crear verdaderas ciudades y un verdadero agro y sustituir el araguato y otros simios, con hombres que piensen, trabajen y produzcan conforme a las necesidades de lo que es, por fin, una nueva Venezuela. Nadie ha de oponerse a esa acción redentora”⁶⁸ (Castillo 1990, 11)

Este extracto es sin lugar a dudas un tributo a la *colonialidad* y al eurocentrismo. Despreciando cualquier manifestación previa a la colonial, pero también desestimando el régimen colonial. No cree que esos pueblos hayan tenido conocimiento ni arte. El tractor sería para Vallenilla Planchart el gran civilizador. Luego habla de sustituir el araguato y otros simios por hombres que piensen, es decir destruir la naturaleza por el hombre y su materialidad. Pero como decía antes, el desprecio del ministro, no es solo contra lo indígena, lo tradicional o nuestro pasado colonial También arremete contra nuestras expresiones populares. Incluso aquellas que organizaba el dictador, en el famoso y recordado día de la patria, con la participación protagónica el folklorista Juan Liscano. El folklore intenta mostrar prácticas culturales que *no forman* parte del presente. Plantea las fuerzas creadoras de lo popular como algo espectral, sin materialidad, museístico casi arqueológico, nos coloca como espectadores de otro tiempo. Allí radica la paradoja de este proyecto nacional como lo explica Ocarina Castillo:

Sospechosa y extraña forma de consolidar la “Conciencia Nacional”, de reforzar el espíritu afirmativo del venezolano y el patrimonio histórico, al que tanto se alude en el discurso oficial del Nuevo Ideal Nacional y al cual Vallenilla parece pasar por alto, al desestimar todo lo que tenga que ver con lo popular. (Castillo 1990, 11)

Esa paradoja será también tensa con respecto al peronismo que si tendrá mayores expresiones de lo popular, porque allí radicará su mayor apuesta, sin embargo y a mi parecer, una propuesta nacional y popular, termina convirtiéndose en un oxímoron como lo he venido repitiendo. Una *comunidad imaginada* a modo de Benedict Anderson (1993), por los blancos derivará irremediabilmente en una síntesis. La propuesta entonces del Estado-nación y por ende de lo nacional como matriz fundante de un proyecto, termina haciendo colapsar la diversidad y jugando a desaparecer lo popular, que tiende a ser heterogéneo y diverso. El mismo Vallenilla cae en una trampa, cuando después de haber menospreciado lo afrodescendiente y lo indígena, lo coloca como parte fundante de la nacionalidad venezolana, siguiendo el mito del mestizaje o la democracia racial venezolana: “En breve no tendremos ni negros, ni blancos, ni indios. De esta mezcla maravillosa de hombres surgirá un venezolano que tendrá a la vez de Guaicaipuro. Diego de Lozada, Garibaldi y el negro Miguel”⁶⁹(Castillo

⁶⁸ R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. El Heraldo. 08/02/57.

⁶⁹ R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. El Heraldo. “A propósito de un cable” del 11 de junio de 1956.

1990, 110) Allí pudiera estar servida la diferencia entre lo nacional y lo popular. Lo nacional tiende a esa homogenización anodina, supuestamente armónica que demuestra el discurso romántico de Vallenilla. Guaicaipuro en la historiografía venezolana es un héroe indígena del pueblo Caribe que luchó contra la conquista española, igual el negro Miguel fue el esclavo que protagonizó la primera revuelta cimarrona de la historiografía venezolana y Diego de Lozada el conquistador y expedicionario que fundó Caracas, con Garibaldi imagino que se refiere a Giuseppe Garibaldi uno de los principales artífices de la unificación italiana. Este personaje sería para Vallenilla el referente de la nueva inmigración. Lo que parece irrisorio es que un conocedor de la historia como Laureano Vallenilla Planchart, pueda creer que personajes que ocuparon un rol de antagonistas en la historia se complementen en una “mezcla maravillosa”. Allí se entiende que para Vallenilla no hay conflicto entre lo nacional y lo popular, porque lo popular debe ser superado para llegar a la mezcla maravillosa de lo nacional. Por supuesto, debe ser superado a través de la unificación racial, en el que los componentes a desaparecer son evidentemente los que están representados en Guaicaipuro y el negro Miguel. Es la cartilla clásica del mito del mestizaje planteado como blanqueamiento. Vallenilla será más claro en el párrafo siguiente:

En síntesis, la calidad de un país se mide por la de sus habitantes. De ahí la urgencia de que nos tecnifiquemos y nos volvamos cada vez más científicos, más preparados, con nuestros propios medios y la colaboración de inmigrantes europeos que trasplantan aquí usos y experiencias de gentes evolucionadas. El problema más que jurídico, es de cultura y uniformidad racial obtenida a través de una mezcla incesante con aquellos pueblos que han contribuido al progreso del mundo, al florecimiento de las Ciencias y las Artes.⁷⁰ (Castillo 1990, 112)

Vallenilla con este párrafo despeja las dudas que nos pudo haber causado el anterior. Es decir, sí, somos mestizos, tendremos a Guaicaipuro y el negro Miguel en nuestra “mezcla”, porque somos mundos mestizos, pero solamente se volverá “maravillosa” si agregamos a Garibaldi y reforzamos la tez de Alonso de Ojeda. Eso explica que el mestizaje no es una mezcla armoniosa. Como proyecto político, tampoco asume el conflicto, simplemente planifica eliminar lo *atávico* con la “incesante” migración de los pueblos que llevan el desarrollo en sus genes.

Con la crisis de las ideologías, con la caída del fascismo, del nazismo, y la lucha contra el comunismo, el nuevo metarrelato que irrumpe es el del mundo técnico. La pregunta por la cultura y la identidad tan recurrente en los años 40, se vuelve obscena visto lo ocurrido en los campos de concentración y se tiende un manto neopositivista sobre los proyectos de desarrollo

⁷⁰ R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. El Heraldo del 13 de febrero de 1957.

industrializadores. Es decir, el mundo del logos-técnico, el mundo de la Ciencia, que era capaz de producir la bomba atómica con la misma energía con la que surtía electricidad a ciudades de millones de habitantes. La cultura que propondría este nuevo dispositivo desarrollista, sería la de la técnica, la de la ciencia, lo demás era añadido, folklore así lo explica el filósofo venezolano Ernesto Mayz Vallenilla:

Se insinúa ya en nuestro tiempo, y con creciente pujanza, el dominio planetario de una nueva concepción del mundo: la concepción tecno-lógica del universo (...) me permitiré afirmar ante ustedes que el máximo valor que persigue semejante logos técnico es el creciente dominio del mundo por el hombre, en forma tal que ya éste no vislumbra los límites en que su voluntad, disparada hacia aquella misión, deba detenerse. Es más: la suprema meta del hombre es convertirse en dueño y señor del universo...Actuar y proceder como si fuera un verdadero demiurgo, valga decir, un ser capaz de crear y transformar los entes, la realidad, la totalidad del universo. (Mayz Vallenilla 1984, 16-17)

Esta concepción no es más que una reactualización del modelo positivista que anteriormente relaté. Por esa razón me demoré en explicarlo e intenté tomar los dos autores más representativos de ambos países para analizar tensiones y coincidencias. Sin lugar a dudas pasamos en esta época a la construcción de cultura del consumo. La nueva teleología será tecno-lógica y allí apunta el Nuevo Ideal Nacional, a pesar de que en uno de sus puntos hable de la cultura y de lo positivo de la venezolanidad. No solo hay una negación de lo popular, también de lo ideológico, por ende, asistimos a un gobierno tecnócrata-militar. Solo el logos técnico y la ausencia de conflicto reunirán las condiciones para el desarrollo como está planteado por el perezjimenismo. Así lo expresa Vallenilla:

“Nuestra generación reclama obras y desdeña de las palabras (...) Nuestra generación cree en la cultura como condición del éxito y del progreso. Somos, en cierto modo, saint-simonistas y tecnócratas. Consideramos que para construir un país se requieren ingenieros, médicos, laboristas y obreros especializados. Que sean godos, liberales, comunistas o fascistas, la cuestión adjetiva es muy secundaria. Interesa que conozcan su oficio y estén dispuestos a ejercerlo con honradez y entusiasmo. Las necesidades de Venezuela no caben dentro de un programa político. El problema no es político sino técnico”⁷¹. (Castillo 1990, 112)

Una cultura despolitizada es a la que hace referencia Vallenilla, que no cuestione las relaciones de producción o la estructura social y que entienda la ideología como algo “adjetivo”. Un mundo gobernado por el *logos* técnico. Incluso más adelante irá más lejos cuando reconozca que la tarea de gobierno no es tarea de políticos y por ende la tecnocracia es previa a la democracia. Pero esta tecnocracia oculta una geocultura que la propicia, se plantea como neutra, como despolitizada y obedece a un orden racial, enunciado por el mismo Vallenilla expresando que: “una tecnocracia es etapa previa e indispensable para el

⁷¹ R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. *El Heraldo* del 27 de junio de 1955.

mejoramiento democrático. La condición de ciudadano es incompatible con la de analfabeto, no se puede fundar una república sobre conucos y ranchos de bahareque”⁷² (Castillo 1990, 114). Básicamente está describiendo al *sujeto popular* que según él no está apto para la democracia. Pareciera olvidar que si es analfabeto, es porque ha sido excluido históricamente de la República y por ende de sus espacios institucionales. Hace del excluido el cuerpo deficitario del sistema, de la víctima el victimario. En Venezuela, ese sujeto popular que cultiva el conuco y vive en ranchos de bahareque y que para la época era analfabeto, era no blanco, por ende denigrar lo popular y adular lo tecnocrático es una de las fórmulas encubiertas de racismo. Sin embargo, no es el caso para nada de la dictadura venezolana, que a través de sus dos máximos exponentes, testimonian sin tapujos, la necesidad de blanquitud para desarrollarse:

La Democracia es incompatible con la miseria física e intelectual de los pueblos subdesarrollados. Si la Dictadura es un mal endémico en Venezuela, urge destruir las causas que lo provocan...Voy a resumir mi idea en una fórmula: Democracia y justicia social como meta. Dictadura esclarecida como instrumento para alcanzar ese objetivo.⁷³ (Castillo 1990, 116)

Se planteaban como meta los mismos objetivos que el peronismo, e inclusive los mismos desafíos que Acción Democrática, el gobierno al que ellos derrocaron anteriormente, sin embargo los métodos eran distintos. De hecho, hablarán de una fórmula un poco enmarañada que tendrá el Nuevo Ideal Nacional de hacer la transformación y llevar a cabo esa justicia social, insinuando todo el tiempo que la anterior democracia pretendía igualar hacia abajo en lugar de hacerlo de forma ascendente.

La Nueva República, consecuente con el igualitarismo tradicional de los venezolanos, es eminentemente niveladora. Uno de los principales objetivos consiste en proporcionar a todos los venezolanos los elementos básicos de una vida decente. Estos elementos no pueden ser privilegio de una clase o de una casta y como la ha dicho repetidamente el Presidente Pérez Jiménez en conversaciones informales, se trata de aburguesar el proletariado y no de proletarizar la burguesía. Pero igualdad no significa confusión o subversión de valores. Dentro de la filosofía del régimen, la igualdad es la de oportunidades. Luego de venir, forzosamente, la selección que coloca a cada quién en su sitio, conforme a la propia capacidad. La ubicación ha de correr pareja con el mérito, sin consideraciones de tipo político o personal”⁷⁴. (Castillo 1990, 117)

Había una querrela profunda contra lo tradicional, por esa razón se habla de “vida decente” y de aburguesar el proletariado. En lugar de otorgarles tierra a los campesinos como se plantea a lo largo del continente, lo que se desea es acabar con la noción de campesino. Con

⁷² R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. *El Heraldo* del 22 de septiembre de 1955.

⁷³ Vallenilla Lanz. Escrito de Memoria. Pp 302-303.

⁷⁴ R.H. Vallenilla Lanz, Laureano. *El Heraldo* del 30 de junio de 1955.

su forma de vida, con sus maneras, ya que desde la visión de la dictadura eran arcaizantes y atrasadas. Ahora bien, es innegable en el campo venezolano viven mayoritariamente no blancos. Es decir, al menos en un consenso general, aunque no tengamos cifras pormenorizadas al respecto, salvo sobre los pueblos indígenas, la constitución social histórica de Venezuela, nos arrojaría esta impresión de inmediato. Hablar de campesino o de lo popular en Venezuela, se convierte en una forma de señalar lo afrodescendiente, lo mulato, lo indígena, lo pardo, lo *trigueño*⁷⁵. En todo caso, hay una tendencia a la *no blanca* en el mundo rural venezolano y en el mundo campesino. Salvo en algunos estados andinos y no con esta apreciación quisiera ser arbitrario o poco riguroso, pero es que precisamente la demanda de rigurosidad y de datos, es una trampa para seguir ocultando el racismo hegemónico. No hay otra explicación para que no se haya problematizado de tal forma, cuando la lectura del signo racial lo hace evidente. El desprecio de Pérez Jiménez y Vallenilla Lanz por lo campesino y lo popular es un ejercicio de racismo, que ellos mismo confiesan al vincularlo con la inmigración blanca, pero que se diluye o se transparenta cuando usan las categorías como: atraso, miseria, campesino, popular. Es la negación total del otro como aporte concreto al presente, la imposibilidad de reconocimiento como parte fundante del proyecto de país presente. Solo forma parte a través de la asimilación, de ser transformado en civilizado, contemporáneo, en fin, desarrollado. Así se refiere Pérez Jiménez a su proyecto de reforma agrícola antes citado:

En el campo nosotros buscábamos, ante todo, una racional producción agraria. Ahora para que eso sea posible hay que lograrlo con gente que sepa. Y luego con gente que esté cómoda en el campo. Es decir, nuestro propósito era lograr una clase de campesino que tuviera su parcela cultivada racionalmente, con los medios adecuados, de gran rendimiento, tractores y no simples palas. Que tuviesen una casa con servicios higiénicos, televisión, vehículos apropiados y que pudieran mandar a sus hijos, como lo hacen los granjeros norteamericanos a las escuelas y universidades...lograr una clase campesina similar, al menos un poco parecida a la de los Estados Unidos, donde encuentra usted un montón de granjeros y donde está la verdadera fortaleza del país. Granjeros que tienen una buena casa dentro de su granja, que trabajan la tierra con tractores. (Blanco 1983, 170-171)

Una vez más el paradigma productivista se asume cómo la única forma de “racionalidad” válida. La hegemonía del logos técnico blanco como explicaba antes, presume de ser la única vía para el progreso, de hecho, el que maneja esa técnica es la gente que “sabe”, el otro “no sabe”. Para el dictador el modelo era el campesino norteamericano y el vínculo que tenía este con la tierra y con la manera de cosecharla y hacerla productiva, era el que se tenía que imponer en Venezuela. Por esa razón, una reforma agraria era impensable para él, porque no iba a otorgar título de propiedad de las tierras a gente que “no sabían” cómo usarla. El

⁷⁵ Después de toda una vida en Venezuela no he sabido muy bien cómo diferenciar un mulato de un trigueño, salvo porque aparentemente es un poco más blanco que el anterior.

proyecto de desarrollo como continuación del proyecto ilustrado y modernizador es totalizante y homogeneizador. El interés nacional se promoverá por encima de cualquier otro y los garantes y definidores de ese interés y de su cumplimiento serán los militares. Allí usaremos el concepto de Anderson, sobre la comunidad imaginada, porque evidentemente nos servirá para pensar la dictadura:

Una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es *imaginada*, porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno de ellos vive la imagen de su comunión...La nación se imagina *limitada* porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones...Se imagina *soberana* porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado...se imagina como *comunidad* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. (Anderson 1993, 23-25)

En este sentido, el régimen intentará imponer una narrativa propia sobre esa *comunidad imaginada* recreada por Pérez Jiménez y Vallenilla Planchart. Un proyecto de transformación necesita de la identificación de todos, por eso, al margen de que no tenía la legitimidad democrática, la idea era persuadir a la ciudadanía a través de las obras materiales para que se asumieran dentro de esta nueva doctrina y se vincularan espiritualmente con esta idea de país. Los esfuerzos a nivel comunicacional de la dictadura militar no fueron escasos: la filmación y distribución en cine, prensa y televisión de la *Semana de la Patria*, la inauguración de grandes obras los días 2 de diciembre de cada año, los esfuerzos de Vallenilla como hemos visto en la extensa cantidad de editoriales publicados en *El Herald* para explicar el proyecto en el que estaba enmarcada la dictadura. También fueron permanentes la celebración de las gestas patrióticas y el culto a los héroes de independencia. Dentro de la narrativa venezolana, como en la argentina, se quería hacer ver este momento como el de la *segunda independencia*. En el caso venezolano se pretendía crear una narrativa con la que el país se sintiera identificado. Se pretendía generar un *sentido* a la dictadura, que cohesionara la voluntad de gobernados y gobernantes. Recordemos que como decía Vallenilla, la idea era preparar el camino hacia la democracia y para que el pueblo madurara, era necesario tener lo que ellos llamarían conciencia nacional:

La consolidación de nuestra conciencia nacional requiere también el desarrollo de un sano Nacionalismo, traducido en hechos beneficiosos para la Nación y no en teorías negativas e irrealizables. Además el verdadero nacionalismo debe ejercerse sólo en función de los verdaderos intereses de la patria. Nuestro nacionalismo ha de implicar la defensa de las tradiciones que expresen lo afirmativo del espíritu venezolano; pero a la vez ha de robustecerse

con el aporte de nuevas energías que ayuden a mejorar la calidad de lo venezolano, con ideas positivas y obras concretas, en armonía con nuestra realidad.⁷⁶ (Castillo 1990, 122)

En la construcción de esta narrativa fusionarán el relato del gobierno y su proyecto de país con la narrativa nacional lo que es un sello de esta época. Es decir, tener consciencia nacional sería apostar al crecimiento económico, pero también construir un culto a los próceres que vendría siendo lo “afirmativo del espíritu venezolano”, así como “rescatar las costumbres” desde una mirada folklorizadora. Tenemos por un lado un proyecto militarista tecnocrático que se plantea desarrollar el país desde una perspectiva homogeneizadora (como es la *colonialidad* en sí) y para ello recurre a los ingresos petroleros en materia económica. En materia política justifica al cercenamiento del sistema democrático como única forma de conseguir los objetivos anteriores y en lo cultural a la construcción de un relato nacional, cuyo sujeto histórico son las Fuerzas Armadas y cuya aproximación al pueblo es meramente “espiritual”, éste se encuentra participando como mero espectador a las decisiones políticas y económicas. A los pueblos que constituyen Venezuela, los autorizan para bailar y cantar pero no para que participen en la esfera pública o en las disputas del capital. Lo popular se transforma en folklórico. A pesar de ello y como la realidad no es monolítica, se generan espacios interesantes para estudiar estas manifestaciones y se hace una tarea encomiable de investigación en esta Venezuela profunda. Por un lado entonces, la Semana de la Patria tendría un lado militar, que deja claro dónde se encuentra el poder político, un lado histórico, en la que se enaltece la supuesta gloria independentista y un lado cultural, en la que lo popular es espectacularizado. Como nos explica Ocarina Castillo:

La Semana de la Patria entre otras cosas, intentaba fomentar la familiaridad de la población civil con los militares, lo cual era importante para legitimar su dominación, manejando una noción de acuerdo a la cual, “marchando” se lograba cohesión. De esta manera, se trataba de extender a la población civil los patrones militares, trasladando el orden y la disciplina propia de los cuarteles a la sociedad... Pero también el nacionalismo se expresó en la intención de rescatar las tradiciones y las costumbres expresiones de lo venezolano utilizando el folklore como elemento propagandístico. En este sentido, se hicieron intentos a través de la educación formal y de otras instituciones de indagar y definir lo vernáculo. En relación con la educación formal, en 1950 se inició la introducción de experiencias folklóricas en los currícula de educación primaria... Así mismo, resulta interesante anotar cómo al rastrear la prensa de la época, se aprecia la publicación de numerosos artículos de intelectuales venezolanos (Juan Liscano, Miguel Acosta Saignes, Luis Felipe Ramón y Rivera, Manuel Felipe Rugeles, Isabel Aretz, entre otros) sobre manifestaciones folklóricas y distintos aspectos histórico-sociales relacionados con ellas, al igual que invitaciones a espectáculos y actividades orientadas en esa línea, tales como las Audiciones de música Folklórica que patrocinaba el Instituto Nacional de Folklore. (Castillo 1990, 125-127)

⁷⁶ Pérez Jiménez, Marcos. Discurso de Clausura de la Semana de la Patria 1955” en *Venezuela bajo el Nuevo Ideal Nacional*. 2 de diciembre de 1954. 19 de abril de 1956. p 26.

Hay por ende una búsqueda de la venezolanidad que permitiría darle espiritualidad a la obra material. El peronismo no está exento de esta búsqueda como muchos movimientos en esta época. El desarrollo es totalmente inconveniente a la no blancura. Esto no se trata de ver de manera romántica el campo, la vida rural o la frugalidad, mucho menos de un esencialismo comunitario, es asumir críticamente el hecho innegable del desgarramiento de esas comunidades y su destierro (mal llamado éxodo rural). En el caso venezolano, la magnitud con la que crece la capital y lo opulenta de sus obras aún forman parte del imaginario venezolano. De hecho muchas de las obras aún forman parte del paisaje urbano de la ciudad. Lo que arriba mencionábamos de la consciencia nacional fue también materializado en la ciudad que comenzó a estar habitada por toda la narrativa patriótica, en la que se ensalzaba la guerra contra España. Incluso construyeron algo que llamaron el “Sistema de la Nacionalidad”:

En Caracas se hicieron, además, una serie de obras de ornato y embellecimiento, tales como el “Sistema de Nacionalidad”, las cuales aparte de su funcionalidad reflejaban la onda nacionalista del régimen, a través de la exaltación de las figuras históricas y de la epopeya independentista. Ese espíritu se expresó a través de un estilo de ornamentación característico que el que reconoce la presencia de uno de los arquitectos más importantes de la década, Luis Malaussena, y se consiguen las obras de algunos artistas como Pedro Centeno Vallenilla (con sus pinturas en las que los indígenas aparecen estereotipados a través de una imagen característica) y algunos murales de César Rengifo. (Castillo 1990, 162-163)

Las esculturas de Pedro Centeno Vallenilla se hicieron famosas porque representan unos cuerpos indígenas que nada tienen que ver con la realidad. Altos, fornidos y musculosos, con estirpe de hombre renacentista, como el David de Miguel Ángel pero indígena. El culto al héroe se ve clarísimamente expuesto. Centeno Vallenilla habría encontrado una manera de darnos un origen, en una especie de Florencia amazónica, pintaba cuerpos afrodescendientes y aborígenes blanqueados en muchas de sus formas, con lo que podía vincularse con los propósitos del régimen. La dictadura y su proyecto político trastocaron las bases de todo como se conocía en la ciudad. Hay un consenso general en que Pérez Jiménez se dedicó a Caracas y eso es una evidencia innegable. De hecho hay muchos esfuerzos comunicacionales (documentales, revistas, artículos publicados en prensa extranjera) para mostrar Caracas como un centro financiero y de negocios. De igual manera se pensaba en Caracas como la Capital de ese gran país que la dictadura prometía construir. Quería concebirse como un motivo de orgullo a nivel nacional. Se fue construyendo una atmósfera nacionalista muy potente, que también va a tener su correlato en la Argentina de Perón. El desarrollo era posible porque la nación tenía todos los atributos para llegar a ese estadio. Este nacionalismo estuvo representado en la arquitectura, pero no solo del Estado, también en la búsqueda de un sello propio en todos los ámbitos de la cultura. En la misma arquitectura con el auge de la burguesía caraqueña se dio

un movimiento arquitectónico de casas, situadas en las periferias adineradas del valle de caracas al que le llamaban “quintas”:

Las primeras de esas quintas se corresponden con un esquema funcional y confortable y en sus elementos decorativos se aprecia la tendencia a lo que podíamos calificar como la búsqueda de un lenguaje autóctono, a través del rescate de lo popular y lo nacional generando un estilo que ha sido calificado como “arquitectura populista” en esta tendencia influyó la búsqueda de un lenguaje propio y el rescate de ciertas formas constructivas populares, que venían desarrollando ciertos arquitectos, pero también debió operar el clima de nacionalismo que privaba en el ambiente y que era fomentado desde la cúpula del régimen. La necesidad de información de esa burguesía en ascenso y de consustanciación con un Proyecto Nacional, se expresó en la generalización de un estilo, que fue perdiendo su autenticidad y calidad inicial y al banalizarse terminó por homogeneizar las urbanizaciones del este de Caracas. (Castillo 1990, 163)

Hay un caso de racismo en un periódico venezolano de la época que no quise dejar fuera por lo representativo que es de la colonialidad durante la dictadura. El artículo relata la historia de un letrado para contratar personal y a un anuncio para llevar a cabo la posibilidad de conseguir trabajo en un canal de televisión. En los dos se hace referencia al color de la piel de la persona, pero para el articulista eso no representa ningún tipo de racismo. De hecho la citaré extensamente, porque no solo representa el sentido común de una época, sino que además fundamente todos los lugares comunes de la ideología racista. Es una noticia del 15 de diciembre de 1956 redactada por Alejandro García Maldonado:

Recientemente una empresa de televisión hubo de solicitar, para menesteres propios de esa modalidad, un cierto número de mujeres jóvenes y bien parecidas que debían ser “blancas o morenas claras”. A nadie se le ocurrió, al menos públicamente, que tal requerimiento entrañara resquicio alguno de discriminación racial. Meses antes, sin embargo, un extranjero radicado en nuestro país-dueño de un restaurante o cosa parecida- había sido acusado de tal y presunto delito y reducido a prisión por haber colocado un cartel al frente de su negocio solicitando una camarera de “color blanco”. Ha de resultar obvio, aún para el más lerdo observador, que en ninguno de los casos se ha violado ley alguna, expresa o tácita la discriminación racial que hemos condenado repetidamente al referirnos a las restricciones existente en el sur de los Estados Unidos, nada tiene que ver con el derecho ciudadano, en el radio de sus actividades particulares, a alternar o no con otro ciudadano. Existe una esfera de acción donde cada cual puede sustentar el prejuicio o la preferencia que a bien tenga...En el supuesto caso que dicho extranjero hubiese solicitado expresamente una camarera negra- lo cual lógicamente, dentro del criterio que impugnamos debería constituir un acto discriminatorio contra la raza blanca o india- nadie se habría dado por ofendido.⁷⁷

Me extendí con el artículo porque es todo un artefacto. Como toda buena ideología, parte de la doxa, es decir, una premisa que no se puede sostener y que no tiene relación con ninguna experiencia empírica. “Si hubiese pedido una camarera negra...nadie se habría ofendido” el problema es que ese supuesto es insostenible, porque no se piden camareras negras, como no se piden modelos negras en el anuncio de televisión, sino “morenas claras” o

⁷⁷García Maldonado Alejandro, “Discriminación racial” *El Nacional* del sábado 15 de septiembre de 1956, 4.

“blancas” y con respecto a esa labor, nadie se sorprendería, porque *la belleza es blanca*, es normal que pidan modelos *no negras*. Pero los camareros si tienden a ser *no blancos*, eso sí disparó las alertas. Quise colocar este ejemplo porque en la construcción del *archivo racial*, estas noticias adquieren importancia, además venía vinculado a una anécdota que me había contado una chica afrovenezolana que era actriz y estaba cansada de hacer papeles de esclava y doméstica en todos los lugares en la que las solicitaban. Continuando con el artículo, habría que decir, que hay otra perogrullada racista. La idea de que el racismo sea una cuestión de prejuicios, como si no obedeciera a una estructura, a la economía política, al patrón que poder que organiza la sociedad sino a la mezquindad de alguien en particular.

La influencia de nuestros pueblos no blancos en la historia ha sido tan determinante, que incluso la geografía está condicionada por la organización territorial que tenían los indígenas antes de la llegada de los conquistadores españoles, y eso fue así a lo largo y ancho del continente. Por esa razón no solo hablábamos antes de los repertorios históricos de lucha, organización y resistencia de los pueblos indígenas y afrovenezolanos, sino también, de cómo vencieron cierta hostilidad del paisaje y lograron conciliar sus intereses con los del medio ambiente en el que se desenvolvían:

Quando analizamos de esta manera el proceso territorial nacional desde el punto de vista de la geohistoria, observamos cómo aquel conjunto de regiones y subregiones originarias constituyó la traza espacial de la formación nacional venezolana. La nación sería, en consecuencia, el proceso histórico construido por los hombres y mujeres integrantes de una sociedad, organizados territorialmente en el tiempo y en el espacio, para desarrollar e imponer la fuerza de su trabajo social sobre las condiciones externas, para humanizar la naturaleza y crear, de esta manera, condiciones materiales y espirituales de vida que garanticen la pervivencia y continuidad temporal de aquella comunidad social de mujeres y hombres. (Vargas y Sanoja 2015, 95)

Esas comunidades fueron desgarradas por los procesos concentración del capital del Estado en las zonas urbanas y por el paradigma de la productividad que acompaña al crecimiento económico. En realidad, la temporalidad de nuestro proceso de desarrollo la marca el mercado internacional. Al ser estados cautivos, no dependemos de nosotros mismos de ninguna manera y por ende la planificación será todo el tiempo una planificación secuestrada por el consumo del Norte Global. Aquellas regiones en la que los cuerpos y las formas de vida eran disfuncionales al capital, quedarían abandonadas por un Estado que buscaba construir polos de productividad para vender a los mercados internacionales, lo que originaba el destierro rural, al desarrollar unos polos productivos en detrimento de otros polos que no lo eran tanto. Eso es consecuencia del dispositivo del desarrollo, pero condicionado previamente por el racismo estructural que he venido explicando. También es cierto que en el caso venezolano fue

el subsuelo el que determinó la ubicación del polo industrial de desarrollo, pero evidentemente se priorizará una mano de obra sobre otra.

El carácter plenamente capitalista de la economía que surgió de la mano con el negocio petrolero hizo que las inversiones sociales del Estado se concentrasen en las regiones geoeconómicas donde aquellas producían mayor rentabilidad política: el eje Caracas- La Guaira- Valencia- Puerto Cabello, Maracaibo y el resto del territorio centro-norte lo cual agravó, como veremos posteriormente, el estancamiento socioeconómico generalizado que ya existía en prácticamente todo el territorio venezolano desde 1830 hasta finales del siglo XX...Las tendencias demográficas de población reseñadas en páginas anteriores son indicadoras del pobre nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de la nación durante el período mencionado. Con base en dichas tendencias, podemos apreciar que a partir del inicio del boom petrolero, el año 1920, grandes contingentes campesinos comenzaron a engrosar el ejército de reserva de las zonas urbanas en busca de mejores condiciones de vida, particularmente salubridad ambiental, higiene, cuidados médicos y educación, de manera que para 1941 Venezuela no podía calificarse como un país agrícola. La industria petrolera y sus derivados ya representaban 93,9% de la producción y la explotación, aunque todo el capital de esta producción se quedaba en las casas matrices de las compañías localizadas en Estados Unidos, Inglaterra y Holanda, a quienes correspondían los beneficios de la explotación. Los productos agropecuarios, el azúcar, el café, el cacao y los derivados de la ganadería que formaban todavía el bloque principal (6%) de la producción verdaderamente nacional, constituían la mayor fuente de empleo de la producción rural del país, aunque la mayor parte de las necesidades de consumo se abastecía mediante mercancías importadas. Las fuentes de ingreso del Fisco Nacional derivaban de los impuestos sobre las importaciones y los impuestos petroleros, lo cual contribuyó a fortalecer a la burguesía comercial, sin conciencia nacional, que se nuclearía posteriormente en Fedecámaras, para apropiarse posteriormente del Estado venezolano y su renta petrolera nacional.

No quisiera hacer un estudio aquí del *destierro rural* en Venezuela, sin embargo un cambio tan abrupto no lo vivió otra país en el continente. Ya durante el inicio de la dictadura, en 1950 la población urbana representaba el 54% y para el final, el 70% de la población venezolana ya estaba distribuida en el norte, entre la región montañosa y la costa. (Vargas y Sanoja 2015, 138-139) Esto que yo he llamado el *destierro rural*, el geógrafo Cunill Grau lo llamó “la geografía de la penuria” pero ya para bien entrado el siglo XXI, cuando la reorganización geopolítica de la sociedad venezolana estaba bastante cimentada. Sin embargo citaré el párrafo en el que Vargas y Sanoja lo toman por ser inspirador y bastante ilustrativo.

La “geografía de la penuria” de la cual nos habla Cunill Grau, se manifiesta objetivamente en la Venezuela de inicios del siglo XXI, en la existencia de regiones enteras que han pasado siglos y décadas excluidas de los procesos de transformación nacional a causa de políticas desarrollistas centralistas que no respetaban los equilibrios territoriales ni la demanda de políticas tendientes a la desconcentración de la población mediante el estímulo a la creación de nuevas regiones geoeconómicas aspectadas bajo la ideología de la justicia social. (Vargas y Sanoja 2015, 140)

La creación de nuevas zonas geoeconómicas no vendrá como iniciativas del Estado Nación, porque no depende de Venezuela o Argentina, la apreciación sobre sus productos que tenga el mercado mundial y sí de los países del norte global que los demandan. Es por esa razón

que no se respetan los “equilibrios territoriales” ni la desconcentración del capital. Esto ejerce un tipo de violencia que emerge del Estado nación, por dos variables fundamentales. La primera es una Economía Política racista, ya que los sedimentos sobre los cuales se origina esta manera de pensar el vínculo entre mercado y Estado, no son neutros, son eurocéntricos y blancos, ya que obedecen a una manera colonial de vincularse con la propiedad de la tierra, con lo público, con el medio ambiente, con el entorno. La segunda, es la coyuntura del programa de desarrollo industrial que como hemos explicado debido al boom del consumo de materia prima durante la postguerra, hubo un auge en la exportación de materias primas. Argentina y Venezuela vivieron la *ilusión* de que con entrada de recursos bien dirigidos, podríamos ingresar al acaudalado grupo del primer mundo. Eso hizo que priorizáramos la producción en los sectores y rubros que el mercado internacional demandaba con angustia. Así vimos cómo ocurre una debacle generalizada de lo agrícola en toda la región. Es decir, reorganizábamos nuestros mundos en virtud de lo que el norte global requería. El *economicismo* de la época reduciría todo al concepto de Economías de Escala, a la inercia del aumento de la producción y de la especialización que realiza el país, asegurándose el mercado cuando un producto es escaso, pero si descentramos la economía estaremos entrando en otras consideraciones, que develan la violencia del modelo de desarrollo. Es importante dejar de observar la violencia como un acto, que involucra el uso de la fuerza de un cuerpo sobre otro, lo que lo haría un hecho individual y coyuntural. De la misma manera, es nocivo para la comprensión del racismo, partir de la idea de que este lo ejerce una minoría de inadaptados e intolerantes, que son la excepción a la regla. Como si la violencia fuese actitudes de sujetos fuera de la norma y el racismo fuese patrimonio única y exclusivamente de sectas con ideas anacrónicas (grupos neonazis, ku klux klan, etc), para poder explicar la violencia del desarrollo, habría que integrar la grilla de lectura que nos lega Rita Segato en su libro sobre *las estructuras elementales de la violencia*:

De improviso, un acto violento sin sentido atraviesa a un sujeto y sale a la superficie de la vida social como revelación de una latencia, una tensión que late en el sustrato de la ordenación jerárquica de la sociedad...No podemos conformarnos ni por un instante con lo literal o lo que parece evidente por sí mismo, si lo hiciéramos, nos alejaríamos cada vez más de las estructuras subyacentes a los comportamientos que observamos (Segato 2010, 23)

Lo que yo he venido sosteniendo es que el programa de *desarrollo industrial* tanto de Perón como de Pérez Jiménez está atravesado las estructuras racistas que constituyen la *colonialidad*. Es decir, no pasa por explicar la *violencia del desarrollo* únicamente a través de actos específicos como el que ejerció el gobierno de Perón sobre el *Malón de la Paz* (Valko

2008)⁷⁸ o la que Pérez Jiménez elaboraba su proyecto para atraer inmigración blanca (Castillo 1990) Si nos quedamos con estas prácticas evidentes, nos estaríamos alejando de las estructuras subyacentes como nos dice Rita Segato. Alejándonos de esas estructuras, personalizaríamos el racismo y depositaríamos en Perón y en Pérez Jiménez toda la responsabilidad. Si la raza es un concepto relacional y el Estado es el que norma y rige las relaciones entre las personas que habitan ese territorio, el Estado no sería solo garante de los derechos de cada uno de los ciudadanos (cumplimiento de derechos y deberes) sino que además sería el encargado de administrar el racismo. Igual pasa con el género, no existe una correlación directa entre el otorgamiento de derechos ciudadanos y la ruptura con el pacto de blancura o el pacto patriarcal. Así como tener derecho votar y a ocupar algunos espacios en la esfera pública no ha impedido que se incremente la violencia contra la mujer, tampoco ha impedido que el racismo siga operando como forma de instrumentalizar la dominación. Justamente en estos gobiernos la mujer tiene derecho al voto y comienza a ocupar espacios en la esfera pública, pero el régimen visual creado a partir de la publicidad sigue restringiendo el accionar de la mujer a lo doméstico.

Peronismo, raza y representación

Cuando hablamos de Peronismo y representación, me refiero al código racializador de la época. La *raza* es algo muy difícil de narrar y en un país como Argentina más aún, con lo que generalmente el archivo al que recurrimos no es un archivo ortodoxo. Al contrario, hay que hacer un esfuerzo de imaginación teórica para diagramar un archivo en el que pueda hacer emerger la raza. Es por esta razón, que al revisar minuciosamente el archivo peronista (discursos y obra escrita del general) la raza aparece obliterada, salvo en alguna que otra mención que se hace sobre el indio. Sin embargo, cuando Perón toca el nervio económico de la oligarquía, como lo vimos anteriormente, estudiando las medidas de su gobierno, libera unas fuerzas sociales que estaban contenidas en la Argentina profunda y que van a ir construyendo sus propias formas de *autorepresentación*. Allí radicarán sus principales fórmulas para amenazarle el prestigio y el poder a la *blanquitud* criolla y desestabilizar su status. Como lo describe el historiador Daniel James con el concepto de *iconoclasia laica*, haciendo referencia con este concepto, a la supresión de toda fidelidad a los símbolos que son sagrados e

⁷⁸ Por *Malón de la Paz* se conoce al grupo de indígenas fundamentalmente Kollas que en 1946 recorrieron 2000 kilómetros durante tres meses desde la Puna hasta la Casa Rosada en Buenos Aires, para reclamar por el maltrato y la usurpación de sus tierras en el norte argentino. Juan Domingo Perón los recibió entre vítores y promesas de cumplir sus reivindicaciones. Por supuesto, no fueron atendidos sus reclamos y Perón usó la represión de la Fuerzas Armadas para montarlos a la fuerza en un tren y expulsarlos de Buenos Aires.

institucionales para los poderosos (James 1987, 112-113). El sentido de caos y anarquía que sacudió Buenos Aires y que horrorizaría a la clase alta porteña, los días 17 y 18 de octubre de 1945, en palabras de James:

Esta iconoclasia laica pudo expresarse también de manera muy directa, en los ataques perpetrados contra los centros sociales y lugares de diversión de la élite. En La Plata, Córdoba, y Buenos Aires, el Jockey Club fue uno de los blancos favoritos, así como determinados cafés y confiterías. En la Plata hubo atentados asimismo contra los centros sociales vinculados con los clubes deportivos de Estudiantes y de Gimnasia y Esgrima. Sin embargo, el saqueo y el atentado directo fueron las excepciones. La violencia descargada en muchos de estos episodios parece haber tenido un fuerte carácter ritualista. En lugar de infringirla en forma individual sobre las personas, su objetivo era la destrucción pública del prestigio y la inviolabilidad, una expresión pública humillante que permitía violar la santidad y el privilegio inherentes a tales instituciones. Y con frecuencia esa iconoclasia laica se manifestó en formas relativamente triviales, en gran parte estuvo ligada a la burla y al ridículo. (James 1987, 115-116).

Esta iconoclasia laica, es precisamente la forma de disputar la blanquitud que permite el peronismo. Esas acciones no son órdenes de Perón, pero su gestión y su liderazgo, abrirán las brechas para que lo popular (lo no blanco) se exprese y construya una narrativa de autoreconocimiento por fuera de la blanquitud. El espacio de la élite, que es el de la blanquitud, será a la vez el espacio del antiperonismo. Por eso este proyecto político, no es solo una forma alternativa de democracia que prioriza la justicia social, es también la emergencia de un conflicto racial. Con el peronismo, he decidido incluir una *arqueología de lo popular*, ya no una etnografía del poder, para mirar lo racial. Porque desde lo meramente institucional, me daría unos resultados muy parecidos a los de la dictadura venezolana como ya he dicho anteriormente: un proyecto blanqueador, eurocéntrico, que prioriza el crecimiento económico y la construcción de una sociedad de consumo, pero, al ser el pueblo el sujeto de este proceso, obreros y campesinos asumirán el protagonismo en la construcción de una nueva sensibilidad. En Argentina como en toda América Latina, la clase y la raza colapsan, son inextricables, por eso los obreros y campesinos son la matriz generadora de la *no* blanquitud. Ahora bien, a diferencia de la *doctrina justicialista* que es un conjunto de premisas escritas por Perón, en el que no encontramos la raza nombrada (salvo el indio, en pírricas excepciones) en la narración de los acontecimientos del 17 y 18 de octubre de 1945 sí la podremos encontrar. Allí aparecerá de manifiesto el *desborde de lo popular* a modo del sociólogo peruano Matos Mar (1984). El espacio en lo que lo real emerge, y rompe con el *encubrimiento del otro* (Dussel 1992) con aquellas presencias ausentes en la historia, con lo *no narrado* pero vivo. Digamos que para poder narrar la raza durante el peronismo, tuve que plantear una gramática del antipoder y entonces invertir el archivo, en lugar de buscar en las instituciones políticas, buscarlo en las manifestaciones de la gente, en lugar de buscarlo en la esfera pública que blanquea y coopta la

no blanca me fui a otros espacios. Allí la raza emerge, como surgió en el discurso antiperonista de la oligarquía. Los eventos de octubre de 1945 cuando el pueblo busca al coronel Perón, son elusivos de esta amenaza a la blanquitud, como es el caso narrado por el periódico *La Vanguardia*: “Particularmente indignante fue el pintarrajeo de un buen número de monumentos de los próceres nacionales, cubiertos con leyendas en favor de Perón”⁷⁹ (James 1987, 116), este es un ejemplo muy potente de cómo la pugna contra la blanquitud no viene por parte de Perón, sino que es producto de una inteligencia popular liberada gracias al proyecto peronista, que permite profanar el criollaje. En este caso, se difama a los próceres en tanto que representantes fundadores del modelo racista de democracia excluyente hasta ahora existente. No solo el criollaje será interpelado, para esa fecha el resto de las instituciones en las que se ampara la blanquitud también lo serán:

Los blancos elegidos para el ataque directo, la mofa o el ridículo no fueron casuales. No hubo ningún atentado contras las fábricas, a pesar de que la movilización fue programada por los sindicatos...En La Plata, desde las primeras horas del día 17, grupos de trabajadores tuvieron enfrentamientos con aquellos a quienes identificaban como estudiantes. Las pensiones estudiantiles fueron asaltadas, ocasionando daños en su interior y golpeando a sus moradores. La marcha de la tarde cruzó deliberadamente la zona de la universidad, entonando eslóganes como “¡alpargatas sí, libros no!”⁸⁰ (James 1987,117)

Debemos recordar que estos eventos forman parte del peronismo en su primera fase. La claridad con la que se ataca los símbolos de la blanquitud no es de ninguna manera prevista por Perón. Cuando uno lee sus discursos aparece un San Martín exaltado, jamás expuesto a la profanación. La inteligencia popular, no blanca, también atacará la cultura letrada, sin autorización de Perón, al grito de “alpargatas, sí, libros no” pasearán por las universidades. Esto representaría para la oligarquía argentina, “negros sí, blancos no” o “barbarie sí, civilización no”. Ahora bien, obviamente que las universidades eran antiperonistas, porque estaban en contra de la dictadura que se inicia en 1943, de la que Perón formó parte protagónica, pero el eslogan de “alpargatas sí, libros no” no es contra esos estudiantes, es contra toda una estructura. Este es un reclamo más profundo, entre una forma de vida y otra, un reclamo semiótico, una pugna sistémica. Esta diferencia, quiero resaltarla de una vez por todas: ¡la relación de Perón con la blanquitud es una, y la relación de los peronistas con la blanquitud es otra! Perón, en su calidad de militar y como lo sostengo a lo largo de mi análisis sobre la dictadura venezolana, ostenta una blanquitud honoraria. Que es cierto que está en pugna con la

⁷⁹ *La Vanguardia* del 23 de octubre de 1945.

⁸⁰ *La Nación* del 18 de octubre de 1945.

oligarquía de ambos países, pero que representa la transición entre ese mundo del sistema tradicional de castas criollas y el mundo técnico/*desarrollado*.

En la época de la que estamos hablando la *corporalidad* de Perón es *blanqueada* y por esa razón tiene acceso a la educación universitaria, a un viaje a Europa, a la palabra escrita, a un ministerio, al capital, etc. Aunque mucho se ha hablado de sus formas discursivas y sus ademanes, así como de su pasado mapuche, *el reparto de los sentidos* lo delata. Basta leer su prosa. La postura, la vestimenta, el vocabulario, está atravesado por la *blanquitud*. Por esa razón puede tener acceso a la esfera pública. Sin embargo, alguna tensión genera su imagen y sus formas, que puede administrar las fuerzas no blancas y al mismo tiempo tener acceso al mundo blanco, al poder y al prestigio. Perón, que ostenta esta blanquitud honoraria la disponibiliza, para que esas fuerzas creadoras que estaban reprimidas, esas sensibilidades otras negadas, se expresen. Este es un momento crucial en la tesis, porque fue el momento de elegir, si dedicarme a la figura de Perón, es decir, al líder, a la persona Perón y a su vida y hacer uno de los tantos estudios que se hacen sobre el liderazgo carismático o buscar dónde está narrada la raza y de qué manera. Políticamente la elección fue fácil, las fuerzas populares siguen vivas y tienen una historia larga, son las fuerzas de la no blancura, de la resistencia, de los 500 años de descolonización que esos otros mundos han practicado desde que comenzó la conquista. Son los ríos profundos de Arguedas, los muertos que hablan de Rulfo, la créolisación de Édouard Glissant. Restringirme a Perón, era excluir ese otro archivo. Perón posibilitó una fuerza que no empezó ni acabó con él. Pero Perón no era fuerza no blanca, solo crea las condiciones para que eso ocurra. Por eso hay una tensión permanente en mi trabajo de campo, entre la obra escrita de Perón y los peronistas. Aquellos obreros y campesinos que marcharon diciendo “alpargatas sí y libros no” no hubiesen tenido acceso a estos espacios sin Perón, pero Perón no es como ellos. Es decir, Perón es parte de la blanquitud y por eso ingresa en el poder durante la dictadura militar y se gana la confianza del GOU y de los presidentes de la Junta. Una indígena del norte, un migrante pobre de los suburbios porteños arrobado por la corporalidad no blanca, no hubiese podido jamás tener el espacio en la esfera pública que tuvo el coronel Perón y eso se debe, que aunque para algunos argentinos este sea no blanco, ostenta una blanquitud honoraria, que va desde el cabello engominado, hasta la escritura producto de su formación intelectual. Su manejo de la retórica y lo que implicaba ser un militar en América Latina para ese momento. Pasa con Pérez Jiménez, al que la oligarquía venezolana despreciaba. Le pasa a Perón por su origen carente de abolengo y su pareja con Eva Duarte que viene del mundo artístico. Pero debo sostener aquí que no puedo asumir la tesis de que Perón era un no

blanco, ya que la esfera pública ni en aquel momento, ni en el actual está disponible para que accedan los mundos *no machos y no blancos*. Porque cuando estos acceden, son blanqueados. Escribo esta tesis mientras se asesinan afroamericanos en los Estados Unidos con un Presidente negro en Washington lo que le da una profunda rotundidad a esa aseveración. La blanquitud honoraria de las Fuerzas Armadas y los mecanismos mediante los cuales Perón disponibiliza su prestigio a este conjunto de fuerzas autónomas no blancas, me permite entender la tensión permanente entre el peronismo y el propio Perón. Cuando uno lee los escritos de Perón, no hay esa pugna visceral contra la blanquitud, que sí generan los movimientos populares que lideraron los eventos de octubre de 1945:

Más que reflejar un filisteísmo plebeyo, eran la reafirmación por la clase obrera de que, pese a estar excluida del sistema elitista de educación que, como ella bien sabía, brindaba bienes muchos más preciados que los simples conocimientos y habilidades-, su experiencia tenía un valor y un mérito cultural propio. Mientras los obreros marchaban frente a la Universidad de La Plata, desde los altoparlantes de un automóvil que los acompañaba se los exhortaba a mostrar que “los obreros no necesitan ir a la universidad para tener educación”...La Plata, con singular concentración de muchas de las instituciones claves de la cultura legítima museos, bibliotecas, teatros, establecimientos universitarios, recordaba en forma particularmente intensa a los obreros la desigual distribución del poder cultural. (James 1987, 120)

Aquí James es muy claro y coincide completamente con mi propuesta, solo que por su visión marxista, no racializa la clase obrera. Cuando hablamos de clase obrera estamos hablando de no blancura, y es ese mundo no blanco, excluido del sistema, que no va a buscar incluirse, sino redimir su existencia en tanto que exterioridad. Cuando dicen “los obreros no necesitan ir a la Universidad para tener educación” o “alpargatas sí, libros no”, están diciendo “los mundos no blancos, tenemos conocimiento”, existimos, somos, tenemos y nos tenemos. Esta fuerza social, esta iniciativa es del peronismo, no de Perón. La deriva de Perón es otra, la de la inclusión, la de los derechos, la de la homologación. Cuando habla de “poder cultural” se está refiriendo al *prestigio* y evidentemente a los monumentos de *la* blanquitud (museos, bibliotecas, teatros, etc.) allí van y les pugnan con irreverencia su estatus, esos cuerpos no blancos que toman la ciudad el 17 de octubre. Pero como quiero insistir, esto es una deriva del peronismo y no de Perón, que más bien va a optar por institucionalizar lo popular. Digamos que esta narración pertenece al momento de lo popular como fuerza viva. De la misma forma amenazarán otras ciudades, otros espacios negados a esas *corporalidades*, como aparece descrito en el diario La Crítica: “las muchedumbres agraviaron el buen gusto y la estética de la ciudad, afeada por su presencia en nuestras calles”⁸¹...El corolario parece ser que los intrusos, aquellos que afean con su presencia las calles de la ciudad, vienen de otra Argentina. La idea

⁸¹ La Crítica del 18 de octubre de 1945

de invasión será muy potente en la narrativa antiperonista, lo que llama James el “no pueblo” serían entonces los que en la gramática racista de la oligarquía argentina, aparecen nombrados como negros o cabecitas negras, que es sencillamente todo lo no blanco, lo popular. Ahora bien, surgió siempre como pregunta durante mi tesis, si no habría diferencias y relaciones de poder entre el indígena y el inmigrante pobre europeo, es decir, entre lo que llaman el inmigrante interno y el inmigrante europeo, entre un kolla por ejemplo o un campesino pobre del sur de Italia. Para mí es una evidencia que sí las hay, y lo explica por ejemplo el trato nefasto que tuvo Perón con el *malón de la paz* ya mencionado anteriormente. Ese país, se debe a sí mismo una profunda etnografía sobre la no blancura, una genealogía sobre el *negro argentino*, en mi caso el momento histórico que elegí difumina esa diferencia, la hace ilegible en los archivos a los que recurrí, porque el discurso peronista y antiperonista crea una pantalla homogeneizadora, una capilaridad que impide ver las relaciones de poder a lo interno del peronismo, porque lo que te pide el archivo que estudies, es precisamente la tensión entre blancura y no blancura. Una querrela acerca de las diferencias entre las *no blancuras*, parece excesiva. Pero a mí, observador ajeno, me lo demandaban todos los textos. Lo que sí se nota a leguas es la huella afrodescendiente, cuando la oligarquía narra la protesta desde sus periódicos. Pero no solo la oligarquía, también la izquierda sostiene la ideología racista y acuden al *tropos negro* para instrumentalizar la deshumanización de esas *corporalidades* y la legitimidad de sus luchas. Según La Vanguardia:

Era inconcebible que esa clase obrera diera el espectáculo de “una horda, de una mascarada, de una balumba, que a veces degeneraba en murga”. Y terminaba preguntándose: “¿Qué obrero argentino actúa en una manifestación en demanda de sus derechos como lo haría en un desfile de carnaval?” Frente a esta pregunta retórica, la respuesta de las organizaciones obreras era simple: no se trataba de genuinos trabajadores, sino más bien de elementos marginales, “lumpen.”⁸² (James 1987, 112)

Es increíble como la derecha y la izquierda comparten la misma discriminación y el mismo racismo. También es sorprendente como la *colonialidad*, posibilita que en países tan distintos como Venezuela y Argentina, la idea de “carnaval” y del baile (la murga) sea usada como marca de subalternidad. Evidentemente, allí lo que hay es un rechazo claro a la negritud, es una expresión de la negrofobia continental. Serían las mismas críticas, utilizando los mismos símiles lo que usaría Vallenilla Planchart (Ministro de Interior de Venezuela e ideólogo del Nuevo Ideal Nacional) contra la fiesta de la patria. Que en este caso no fungía como una manifestación política, porque estábamos en plena dictadura, pero que tenían marca afrodescendiente muy importante. Desde el poder, “el caos” de lo popular traducido en los

⁸² *La Vanguardia* del 23 de octubre de 1945.

bailes afrodescendiente siempre los inestabiliza, para la izquierda, esa gran irrupción de la Argentina profunda no era digno de pensarse como hecho político:

No sólo los incidentes violentos denunciados sino también el tono y el estilo mismo de las manifestaciones fue para ellos una afrenta. Esos proletarios no cantaban los himnos típicos de los mítines obreros, como los del 1 de mayo, no marchaban bien encolumnados ni obedecían las reglas tácitas de la decencia y la contención cívicas. En lugar de ello, entonaban canciones populares, bailaban en medio de la calle, silbaban y vociferaban, y eran a menudo dirigidos por hombres a caballo vestido de gauchos. El acompañamiento musical constante de sus marchas era el insistente retumbar de enormes bombos. Además, cubrían a su paso todo lo que veían con leyendas inscriptas en tiza-hecho que, teniendo en cuenta las reiteradas oportunidades en que fue comentado por la prensa, aparentemente era otro apartamiento de la tradición- En suma, las multitudes del 17 de octubre carecían del tono de solemnidad y dignidad característica que impresionaba como la decorosa encarnación de la razón y de los principios. (James 1987, 110-11)

Cité extensamente a James porque una vez más aparece el baile, el tambor (bombo) y el canto. Aparecen como formas no políticas y premodernas de actuar. La ceguera de la izquierda para la forma de politicidad y la construcción del poder de nuestros mundos no blancos, es definitivamente histórica. Sin querer insistir más en esta idea, es precisamente a través de eventos como éste, que yo diferencio entre Perón y el peronismo. Cuando uno lee a Perón, esto no está narrado, para buscar la raza, tuve que irme a los periódicos o a estudios sobre los periódicos, y de inmediato surgió. El carnaval, la murga, el bombo, allí está el patrimonio afrodescendiente develado, desnudo ante nosotros y se detona el *reflejo racista*. No necesita que aparezca la categoría negro o cabecita negra para que el racismo se muestre. El racismo será muy exacerbado con la llegada de Perón, personajes tan importantes para la historia literaria argentina como Borges, Bioy Casares y el mismo Cortázar, reaccionarían visceralmente a la emergencia de lo no blanco (lo popular), en la década peronista, Cortázar llamará a Buenos Aires, *Horribles Aires*:

Es la propia vida cotidiana, su dimensión ominosa, la que es interdicta e interpelada por las fuerzas (ya no extrañas, recordemos a Lugones) de un peronismo invasivo, censor, que asalta con los altoparlantes, con su omnipresencia paternal sobre los sujetos que se constituyen así mismo desde esa valoración filial de las masas y que le motiva a nombrar en 1946 a la ciudad como “horribles Aires”, en una carta Sergio Sergi. (Gómez 2015, 73)

La idea de “invasión” está muy presente esos días de octubre de 1945 pero también, lo estará a lo largo del peronismo, el famoso cuento de Cortázar *Casa Tomada*, es alusivo a esa sensación de asedio a la blanquitud, que siente la oligarquía o los que se sienten parte de ella sin serlo. El pavor a la contaminación ocasionada por los mundos no blancos, afectando la esa asepsia cultural que posee Buenos Aires y que fue tan escrupulosamente cuidada por la oligarquía argentina. Así como Cortázar, defensor de la alta cultura y tardío militante de izquierda, Victoria y Silvina Ocampo, Bioy Casares y por su puesto Borges, ejercerán un

clarísimo antiperonismo. Significativo el caso de Borges, amante del lunfardo y del tango que despreciase tanto a los cuerpos no blancos. Siendo estos el acervo vivo de ese mundo al que él le rendía tributo desde la palabra escrita. Nos dice Martín Kohan:

Existe un peronismo clásico, muy claro y reconocible; no menos claro, no menos reconocible, existe un antiperonismo clásico también. Borges lo practicó de manera vitalicia... Conocida es la versión que tramó, junto a Adolfo Bioy Casares, en clave de monstruosidad; entendiendo por monstruosidad la violencia artera de todos contra el letrado (igual que en "El matadero"), violencia de los feroces contra el letrado (igual que en "El matadero"), más el escándalo de cobrar un inaudito aire de fiesta (igual que en "El matadero"). (Kohan 2015, 25)

Una vez más aparece "la fiesta" como hecho indigno para la alta cultura, la idea de monstruosidad, en tanto que deformidad y anomalía, que "afea" como decía más arriba el mundo en el que vivimos. Otra vez se repite "El matadero", ese monumento del cuento argentino escrito por Esteban Echeverría, en el que se critica al gobierno de Rosas usando un matadero como metáfora de la barbarie que el cuadillo *representaba*. Un gobierno antioligárquico, en el que las clases populares (racializadas), tuvieron un protagonismo importante y al que constantemente se le vincula con Perón. Lo que quiero mostrar con esto, es que en nuestros países tienen problemas para narrar la raza y en especial la Argentina). Por esa razón, si la búsqueda se circunscribe a encontrar en el archivo un racismo literal, en donde se les diga a los peronistas *negros* o *cabecitas negras* o *negros de mierda*, sería una investigación deficitaria, porque el racismo estructuralmente no opera así. Opera a través de diferentes tropos y metáforas, como el matadero, o la alusión a la violencia, a la fealdad, a la barbarie. Es solo allí que comienza a comprenderse, que se refieren a mundos no blancos sin decirlo, porque no se ve o porque sencillamente es políticamente incorrecto.

¿Qué es lo que invade? ¿Qué es lo que asedia? ¿Qué es lo que tanto perturba a la élite blanca-criolla? ¿Es solo la disputa del capital, es acaso una crítica económica al gobierno de Perón? No. Es una crítica a las corporalidades no blancas que ocupan espacio porque Perón disponibilizó su poder y prestigio para que eso ocurriera. Sin la raza, no se puede entender el peronismo. Por esa razón es el antiperonismo el que construye al *cabecita negra*, al *negro*, para situar a esas corporalidades no blancas en su supuesto lugar histórico, condenados por la mancha de algún tipo de esclavización previa, para recordarles que la derrota que sufrieron sus pueblos no iba a ser revertida por un gobierno que les dispute el capital. Así lo explicará el antropólogo Hugo Ratier:

Ser "negro" era ser peronista y viceversa. Y los "negros" pisaban fuerte. La reacción porteña inventó nombres: "raviol de fonda", cuadrados y sin seso, "jeeps", porque eran cuadrados y los mandaba el gobierno (en esa época que el gobierno importaba y distribuía esos vehículos (rezago de guerra) y muchos más. Pero el que ganó el favor popular, el que chicoteaba como

insulto previo a la pelea, era el de “cabecita negra”. El rechazo asumía a veces el tono de una “guerra de color”: peleas callejeras donde un grupo de “blancos” se unía para castigar a un “cabecita” para no dejarse “llevar por delante”. Altercados violentos con la gente del interior que recién se iniciaba en puestos tales como guardas de tranvía o mozos de café...La industrialización los ubicó luego en las fábricas nacientes. Allí podían ganar más que un empleado, pero no gozaban del prestigio que la ciudad otorgaba a éstos. No olvidemos las invocaciones a la “cultura” de quienes enfrentaron al peronismo. Y esa cultura no se concebía sin un saco y una corbata, sin una tarea donde no se ajaran las manos, donde no se cansara el cuerpo por el esfuerzo físico...Los que no se pudieron o no quisieron incorporarse al proletariado fabril, ocuparon puestos en los llamados servicios, mozos, porteros, transportistas. (Ratier 1975, 12)

Cuando Ratier está diciendo “ser negro era ser peronista y viceversa”, está yendo al nervio del planteamiento que atraviesa mi tesis. Raza y poder. El peronismo fue un proyecto político, una narrativa construida por un militar que seduce a las mayorías y gana las elecciones. Este liderazgo trastoca la distribución del capital y atenta contra la vieja oligarquía. De inmediato sectores excluidos del reparto de la renta del Estado comienzan a tener acceso a ella y emerge el color. Emerge el inconsciente de *la colonialidad*, el *reflejo* inmediato de ver un cuerpo no blanco en un espacio blanco, el antiperonista debe pues: señalarlo, hacerlo *negro*, convertirlo en indigno, desvirtuarlo. El peronismo no sería pues únicamente, la doctrina peronista, o un movimiento político, o un conjunto de medidas económicas, sería un conflicto racial, porque cada vez que en América Latina que se produce una redistribución del capital hacia los sectores excluidos y desclasados se está atentando contra la blanquitud. Ahora bien, esto no es una invención del antiperonismo, forma parte de la historia del país desde su fundación, lo que nos recuerda que el racismo es estructural y que está siempre presente en nuestras sociedades. No son excepciones de minorías con prejuicios ajenos a la mayoría de la sociedad, es un *patrón de organización de la sociedad* (Quijano 2014) es político, es económico, es social y cultural. De hecho, en la Argentina del siglo XIX se vivió un proceso parecido, del que el peronismo mismo se reconoce como deudor y que la historiografía los usa como símiles. Ese proceso se llevó a cabo durante el gobierno de Rosas, que Ratier usa como ejemplo:

Siempre el racismo fue político. Entre los unitarios, una de las cosas más chocantes del gobierno de Rosas era el apoyo que le brindaban los negros esclavos y libertos. Que los antiguos siervos fueran ahora sus enemigos políticos los aterriza. Cuando vestidos de fiesta éstos irrumpían en colorido desfile en plena Plaza de la Victoria, celebrando a puro parche y danza el 25 de mayo, temblaban los unitarios...sólo cuando la “barbarie popular” era dominada, se comenzaba a mirar con mayor simpatía a quienes otrora producían terror. Tal es el caso de los negros. (Ratier 1975,20)

En el racismo, el miedo a perder el estatus de prestigio de la blanquitud es fundante, como también del poder económico y político al que le son constitutivos. Eso que he llamado

antes *reflejo* de la colonialidad, entendiendo *reflejo* como una respuesta automatizada, casi inadvertida por aquellos mismos que la ejercen para defender su estatus y evitar la igualación. Eso explica por qué en algunos momentos de la historia el racismo, es más recalcitrante que en otros. Como durante el gobierno de Rosas en el XIX o durante el gobierno de Perón en el XX. Esta ruptura del peronismo tiene evidentemente que ver con que Perón no hacía el mismo tipo de política que las oligarquías, ni a nivel de políticas públicas ni a nivel performativo. Algo tenía el Coronel Perón diferente que los trabajadores irían a pedir que los soltaran cuando fue apresado en 1945, luego de que dirigiera los primeros meses la Secretaría de Previsión y Trabajo. Si bien, yo sostengo que ostentaba una blanquitud honoraria, al mismo tiempo inauguró nuevas formas discursivas, que según los testimonios (no así su escritura) revelaban una forma más llana y concisa de decir las cosas. En este momento también surge la categoría *descamisado*, que será usada por Evita Perón para homogeneizar la lucha de los obreros, los campesinos y las mujeres, pero que surgirá a partir de este momento. Como decía anteriormente, no hace falta decir negro para que exista una carga racial en la categoría. Ratier nos dice:

A pesar de que Perón proponía un esquema policlasista de conciliación, no tuvo igual suerte con el sector industrial al que apoyó, y mucho menos con la oligarquía agroganadera. Demasiadas leyes-vacaciones pagas, estabilidad en el empleo, tribunales de trabajadores, estatuto del peón- para el gusto patronal. De un lado la oligarquía y todos los partidos tradicionales; del otro, el incomprensible movimiento nacional. Los conservadores lo repudian por obrerista, los partidos de izquierda por nazi-facista, porque sienten que el poder sindical se les escapa. Todos juntos conseguirán la efímera victoria del 13 de octubre, con la detención de Perón y su traslado a Martín García. Todos contemplarán atónitos la victoria popular del 17. Saliéndose del libreto, de la clase obrera salió a la calle sin esperar el llamado de sus “vanguardias” ¿clase obrera? Cierta izquierda se resiste a admitirlo. “Descamisados” los bautizará la prensa “seria”, y ellos recogerán con orgullo la supuesta ofensa, enarbolando sus camisas junto a la bandera nacional en esta nueva montonera. (Ratier 1975, 34)

Ahora bien, habría mucho rubio y mucho blanco en esas manifestaciones, pero eran igualmente *descamisados*, no poseían blanquitud a pesar de su blancura racial como lo hemos dicho antes y lo repite el antropólogo argentino: “el 1 de mayo y el 17 de octubre, en Plaza de Mayo, no había solo “cabecitas”. Pero no importa: la denominación social los engloba. Podían haber “blancos” peronistas, pero no se admitía que un “negro” no lo fuera” (Ratier 1975, 43). Este es el código de la blanquitud que ya hemos visto con Bolívar Echeverría, la blancura como significante anatómico puede convertirse en blanquitud pero debe estar acompañada de un conjunto de demandas simbólicas, culturales, corporales, etc. Un negro o un indígena están inhabilitado para ser blanco, se puede blanquear, pero como ya hemos repetido, siempre será deficitario. Lo otro importante de Ratier, es que resalta que Perón no evitó pacto Estado capital,

al recordarnos que éste apoyó al sector industrial. Igualmente al sector ganadero al que le faltaron cabezas de ganado para asumir el aumento masivo del consumo en los sectores populares. Sin embargo, al llevar a cabo políticas sociales, desplazaba la *blanquitud* con lo que erosionaba la base del pacto, la bisagra entre el capital y el Estado. Se puede notar en la maravillosa etnografía que nos lega el antropólogo: “El traje y la corbata en el hombre, por ejemplo. Comienza a murmurarse: “ya uno no sabe cuál es el obrero y cuál es el patrón” (Ratier 1975, 39). Pasaba también con las mujeres. Una crítica que se le rebotará a Evita Perón pero que se hacía con cualquiera que a través del consumo aspiraba a la blanquitud, “respecto a las sirvientas: “estas chinas se visten igual que las señoras” (Ratier 1975, 39). Por esa razón como esgrimire más adelante, el consumo será una forma de blanqueamiento inevitable que generará ese tipo de reacciones. Ahora bien, dentro de una *tectónica de la estatalidad*, desplazar la blanquitud, desestabiliza el sistema. Aquellos quienes se asumían los dueños de ese pacto, comienzan a generar mecanismos para boicotear económicamente el proceso de transformación. Todo esto tiene sin lugar a dudas una relación directa con el desafío que Perón les hizo al distribuir el capital de una forma más justa e incluyente y por ende desafiar la blanquitud. Además, Perón le disputa a su vez la *patrimonialidad* del estado, pero única y exclusivamente cuando las materias primas se lo permiten, porque la *cautividad* hace que Argentina dependa de la crisis Europa y por ende de la competencia de Estados Unidos a través del Plan Marshall. La *patriarcalidad*, a través de la fuerza telúrica del liderazgo de Evita se desplazaría, pero sin embargo, todas esas placas volverán a sus sitio con la muerte de ella y el golpe de Estado a Perón en 1955 producto de la crisis económica del sistema y del complot de la oligarquía en complicidad con un sector conservador de las Fuerzas Armadas. Veamos algunas medidas del gobierno peronista:

El poder sindical creciente y el apoyo gubernamental permiten el fomento del turismo social. Así, los *negros* pasean su estampa americana por las exclusivas arenas marplatenses, asombran a los habitué llegando al lejano Bariloche, la “Suiza Argentina”, cabalgar divertidos los burritos cordobeses. Son multitud. Los transportes no alcanzan, los negocios rebosan, las salas de diversiones se llenan. Hay un déficit real que no puedo cubrirse: el de la vivienda. Rebajados los alquileres en 1944 ya no se construyen tantas casas de renta. En 1946, “el obrero apenas salido de una situación económica de angustia sigue condenado a vivir en un conventillo... Antes y ahora viven en una sola pieza. Si ese obrero ha conseguido un apreciable aumento de salario o si el trabajo de la mujer y de alguno de los hijos han ampliado las entradas, sigue condenado a vivir en el conventillo porque no encuentra vivienda”. En los espacios libres aparece la villa miseria, que entonces no se llamaba así. La iniciativa privada se revela incapaz de cubrir ese déficit, frenada al principio por la ley de Alquileres, prefiriendo luego construir departamentos de lujo para venderlos en propiedad horizontal. (Ratier 1975, 40-41)

A través de un ejemplo podemos ver cómo opera esta *tectónica de la estatalidad* que establece las claras limitaciones estructurales del estado moderno en América Latina. Si tú

desafías la blanquitud, el pacto Estado capital será conflictivo. Evidentemente el gobierno de Perón los necesita pero al no haber logrado la famosa reconciliación de las clases, la burguesía inmobiliaria decide invertir en el lujo, en lugar de en lo popular. Cualquier analista reduccionista podría simplificar el razonamiento a una relación economicista. Es decir, el empresario no invierte porque pierde. Pero esa suposición podría revertirse si un empresario se compromete con el proyecto social y prefiere ganancias a largo plazo y en lugar de construir quince viviendas de lujo, las divide en 50 viviendas populares. Lo que es plausible en el mismo espacio y con la misma inversión. Es decir, el déficit de viviendas es un tema no solo económico. Es político y también racial. El estado pues, sale a asumir ese déficit y se encuentra con que se tiene que endeudar, sea con capital foráneo o nacional. Allí comienza un espiral que colapsa cuando las materias primas bajan de precio en el mercado internacional. Esa *tectónica de la estatalidad* causó la conmoción del peronismo, pero también lo hizo con los proyectos de Velasco Alvarado en el Perú, con Allende en Chile, y con el chavismo en Venezuela, cada uno con sus profundas diferencias. Porque el camino del Estado tiene profundas limitaciones demostradas históricamente. Si no se crean proyectos alternativos, autogestionarios, híbridos, que crean en la convivencia de distintas temporalidades, que trabajen con la urgencia de hacer salir de la pobreza y la miseria a millones de personas. Pero a la vez, que piensen a largo plazo la transformación de la matriz productiva y las formas de vida, que respeten la soberanía de los pueblos sobre sus territorios y que lo plurinacional apunte hacia lo pluriestatal. Si no se reflexiona sobre estas limitaciones, seremos secuestrados para siempre por la *colonialidad*.

El peronismo inauguró una nueva época en la Argentina, a través de la transformación de la estructura de la sociedad. Eso es una realidad aceptada, un consenso en los textos analizados y en el sentido común de ese país. Lo que está en disputa son las maneras de nombrar, los mecanismos, los agentes, los roles y actores que participaron en esa época. Lo que me interesa a mí es reflejar las tensiones que representa para la colonialidad el proyecto peronista. Si bien anteriormente, hemos mostrado la estructura material y la arquitectura en la que se cimentó el peronismo, ahora quisiera ir al tema de la disputa sobre la blanquitud de este movimiento nacional y popular que se da en el terreno de las representaciones. Durante el peronismo, se llevó un proceso de una mayor redistribución de la renta y por ende una mejora ostensible en la calidad de vida de la inmensa mayoría. Sin embargo, de la misma forma, este proyecto de crecimiento económico y de reorganización del capital, continuó reproduciendo el despojo y el desarraigo del éxodo rural y la visión patriarcal/religiosa del género y la familia. Es cierto que muchos pudieran juzgar de anacrónica y antihistórica esta lectura de los años 50,

pero pecarían de crédulos al creer que el peronismo y el pérezjimenismo pertenecen a un pasado superado y no son las grandes matrices de la que surgen los proyectos históricos que inauguraron el siglo XXI.

En la lectura que voy a proponer, se encuentran como en un péndulo, entre la representación que tiene el peronismo sobre sí misma y la representación que le endilgan desde la férrea oposición. Y es que el siendo un movimiento nacional y popular, las bases no pueden todas tomar las decisiones más importantes y aunque Perón funda el Partido Justicialista en 1946, sabemos que no era como los partidos tradicionales. Perón la organizó más bien como una corporación de sindicatos. ¿Esto era un capricho autoritario? O una necesidad estructural debido a que la heterogeneidad de lo popular (mujeres, afrodescendientes, indios e inmigrantes europeos pobres). Aquellos representados por la oligarquía como bárbaros, subalternos, incivilizados, deshonorosos. Lo popular es *irrepresentable* porque se constituye en múltiples formas de alterización y exclusión generada por el pacto blanquitud/Estado-capital y no tuvieron otra salida que mediar con un líder que pudiera *representarlos*, sintetizando en él esa representación heterogénea. Esa es la principal tensión a explorar en las próximas páginas. Lo que sí es cierto, es que a pesar del personalismo que caracterizó a Perón en el ejercicio del poder, las transformaciones sociales no fueron únicamente en la disputa del capital y de la renta:

Que los aspectos autoritarios o represivos del régimen fuesen muy evidentes para no-peronistas y antiperonistas es otra verdad indiscutible, pero ella no altera lo anterior. Entre 1946 y 1955 unos 3.000 sindicalistas ocuparon diversos puestos del gobierno, en la calidad de ministros, secretarios de Estado, diputados, agregados obreros en el servicio exterior, concejales, etc. El porcentaje de diputados nacionales pertenecientes a los estratos más altos de la sociedad disminuyó, entre 1942 y 1952 del 30% al 5%, y casi la mitad de los parlamentarios peronistas constituyeron el bloque de origen gremial. Los sindicatos, que tuvieron cierta participación consultiva en el Segundo Plan Quinquenal, crecieron, de 500.000 miembros en 1945, a 3.000.000 en 1951 y cerca de 6.000.000 en 1955⁸³. Fue también durante el decenio en cuestión cuando se introdujeron el sufragio femenino y la elección directa del presidente y de los senadores en el sistema institucional argentino. (Buchrucker 1999, 376)

Que trabajadores del campo y de la industria ocuparan cargos burocráticos y tomaran decisiones, representa algo más que una inclusión material. Aunado a ello, se disputaría el mausoleo de la República que había sido diseñada por los blancos criollos, la oligarquía agroexportadora para ellos mismos como una extensión de su forma de vida. Así como se había sentido la manifestación del 17 de octubre de 1945 como una *invasión*, así se sentirá que los *irrepresentados*, no solo estén *representados* sino que tengan capacidad de acción y ejerzan el

⁸³ Pavón Pereyra, Enrique. 1973. *Perón, El hombre del destino*. Vol. II. Páginas 41-60. Buenos Aires. Abril.

poder político. Sin embargo, las instituciones no están hechas para que la integren los estratos sociales explotados y subalternizados (campesinos, indios, afroargentinos). Esta es una brecha abierta por Juan Domingo Perón y a la que posteriormente se sumará Eva Duarte. Con lo que el ejercicio de estos cargos, está vinculado con una especie de apostolado de los líderes, nacida de una traición al pacto de blanquitud /Estado-capital. Pero traición al pacto, no genera ausencia de blancura, o pérdida de prestigio, sino que entra en una disputa del *prestigio* que antes era monopolio de la oligarquía agroexportadora y ahora es de un militar y una actriz:

En los últimos años del decenio peronista, los ámbitos burocráticos fomentaron sistemáticamente una atmósfera de servilismo bizantino, conectada con el culto personalista que había surgido en torno del Presidente (el “líder” o “conductor”) y de su esposa (“Evita capitana” y luego “Jefa Espiritual de la Nación”) Esta especie de veneración, expresión máxima del vínculo carismático, tenía raíces muy auténticas en las multitudes peronistas, pero el resto de la sociedad veía con desagrado un ritual que le era impuesto con métodos autoritarios. Algunas personalidades del movimiento peronista, incluyendo ocasionalmente al mismo Perón, han reconocido en años posteriores, que la “intolerancia” caracterizó la política oficialista en los años cincuenta. (Buchrucker 1999, 371)

Esto evidentemente contaba con el voluntarioso ánimo de Perón y Evita que la trágica muerte de ella radicalizó. Sin embargo, habría que decir que también se trataba una demanda de afectos, que desde la exterioridad se había generado subjetividades nuevas con su *representación*. La ruptura del pacto de la *blanquitud* inauguraba otra estructura que solo se sostenía con estos nuevos referentes que daban acceso a las grandes mayorías. No se recrearon de ninguna manera nuevas instituciones, ni nuevas relaciones, pero si se amenazó y se disputó el capital, se erosionó una hegemonía y se distribuyó renta. Pero no cambió lo que llamé *la tectónica de la Estatalidad*. Antes quisiera decir que para mí el Estado representa la *esfera pública* que Rita Segato desarrolla en su obra, para este texto, cada vez que hable de la *tectónica del Estado*, estaré hablando de la *tectónica de la esfera pública*, la que ocupará precisamente el peronismo y que en palabras de Rita Segato tiene ciertas determinaciones:

De acuerdo con el patrón colonial moderno y binario, cualquier elemento, para alcanzar la plenitud ontológica, plenitud de ser, deberá ser ecualizado, es decir, conmensurabilizado a partir de una grilla de referencia o equivalente universal. Esto produce el efecto de que cualquier manifestación de otredad constituirá un problema, y solo dejará de hacerlo cuando tamizado por la grilla ecualizadora, neutralizadora de particularidades, de idiosincrasias. El otro-indio, el otro-no-blanco, la mujer, a menos que depurados de su diferencia o exhibiendo una diferencia conmensurabilizada en términos de identidad reconocible dentro del patrón global, no se adaptan con precisión a este ambiente neutro, aséptico, del equivalente universal, es decir, de lo que puede ser generalizado y atribuido de valor e interés universal. Solo adquieren politicidad y son dotados de capacidad política, en el mundo de la modernidad, los sujetos-individuales y colectivos- y cuestiones que puedan, de alguna forma procesarse, reconvertirse, transportarse y reformular sus problemas de forma en que puedan ser enunciados en términos universales, en el espacios “neutro” del sujeto republicano, donde supuestamente habla el ciudadano universal...este ámbito, esta ágora moderna, tiene un sujeto nativo de su espacio, único capaz

de transitarlo con naturalidad porque de él es oriundo. Y ese sujeto, que ha formulado la regla de la ciudadanía a su imagen y semejanza, porque la originó a partir de una exterioridad que se plasmó en el proceso primero bélico e inmediatamente ideológico que instaló la episteme colonial y moderna, tiene las siguientes características: es hombre, es blanco, es *pater familiae*-por lo tanto, al menos funcionalmente, heterosexual-es propietario y es letrado-. (Segato 2015,89)

Esta “ágora moderna” tiene su “sujeto nativo” que nada tiene que ver con las *corporalidades* y las formas de vida que se vinculaban con el peronismo, al menos, con la mayoría de los que formaban parte de este proyecto político. Es por esa razón, que yo propongo analizarlo desde dos perspectivas vinculadas. La primera, es que el sujeto no blanco y no macho como explica Segato, deberá “ecualizarse” si quiere ingresar a esta esfera y la segunda, es que necesitará siempre de un cuerpo que ostente *la blanquitud* para poder ingresar en esta esfera a participar (caso Perón y Evita). Primero, porque hay limitaciones que tiene el estado nación latinoamericano para endilgarle todas las esperanzas de cambio y segundo, porque la *esfera pública es blanca* y los *cuerpos no blancos* son cooptados por estas formas de ejercicios de poder, por el anhelo de prestigio, por la racionalidad estatal, etc. Es indiscutible que el peronismo causó un cataclismo como lo veremos más adelante en torno a la pugna del *prestigio* a la vieja oligarquía y sus *representaciones*, también originó mecanismos de inclusión social y repartición de la renta como nunca antes en la historia argentina, pero eso no implica que la racionalidad eurocéntrica que permite la operatividad del Estado se transforme. El pacto Estado capital no se rompió, se reconfiguró y se agotó el proyecto *popular* en lo nacional, lo hizo colapsar *la tectónica de la estatalidad*. Mi mayor argumento, no es solo la larga década peronista, sino todos los gobiernos peronistas posteriores que desde 1946 hasta nuestros días no han logrado quebrantar totalmente el pacto blanquitud/Estado-capital ni *la tectónica de la estatalidad*. La *esfera pública* en América Latina tiene una logística propia, una arquitectura que fue edificada por el blanco criollo para sí mismo, es una esfera de la que él es nativo (Segato 2010) y por esa razón, aunque el sujeto histórico es el *pueblo no blanco*, ese pueblo tiene una *representación* que si no es *blanca* se *blanquea* para poder operar en ese habitat, Perón y su proyecto no están para nada exentos de esta dinámica, de hecho Evita Perón es plenamente consciente de esto y se resiste a ocupar algún cargo burocrático, constituyendo un espacio *no blanco* y *no macho* de acción en su fundación. Nos dice Evita en 1951:

Cuando un pibe me nombra “Evita” me siento madre de todos los pibes y de todos los débiles y humildes de mi tierra. Cuando un obrero me llama “Evita” me siento con gusto “compañera” de todos los hombres que trabajan en mi país y aún en el mundo entero. Cuando una mujer de mi patria me dice “Evita” yo me imagino ser hermana de ella y de todas las mujeres de la humanidad. Y así, sin darme cuenta, he clasificado con tres ejemplos, las actividades principales de “Evita” en relación con los humildes, los trabajadores y la mujer. Reconozco, eso sí, que en el fondo lo que me gusta es estar con el pueblo, mezclada en sus formas más puras: los obreros,

los humildes, la mujer. Con ellos no necesito adoptar ninguna pose de las que me veo obligada a tomar en cuenta a veces, cuando hago de “Eva Perón”. Hablo y siento como ellos, con sencillez y con franqueza llana y a veces dura, pero siempre real. Nunca dejamos de entendernos. En cambio, a veces, “Eva Perón” no suele entenderse con la gente que asiste a las funciones que debe representar (Perón Eva 2012,50)

Es trascendental este testimonio porque la representación en las funciones de estado en la que Eva Duarte dice ser “Eva Perón” (en lugar de Evita) es el *performance criollo* de primera dama que debe asumir en la esfera pública, al contrario de ese lugar paraestatal *no blanco, no patriarcal* y profundamente político que es su fundación. Por esa razón no hay que confundirse. La blanquitud de la esfera pública es la que permite el pacto Estado capital, porque es la que constituye el entronque entre la burguesía foránea que compra las materias primas e invierte en el país y el criollaje que importa bienes, servicios e industria pesada. El pacto entre burocracia y empresariado internacional, es un pacto de *deseo de blancura*, de anhelo de reconocimiento, no está mediado sólo por una lógica económica, es un deseo de ser reconocido como iguales. Ahora bien, esto no ocurre de forma monolítica y sin contradicciones. Durante el gobierno de Perón la oligarquía se sentirá profundamente invadida por la *no blancura* y expulsada del espacio que asumía suyo. Con respecto a la cultura tenemos un ejemplo importante en el que el Estado hará esfuerzos enormes por dignificar el folklore, pero eso no va a contrarrestar la *mimesis estatal* que opera en aquellos sujetos no blancos que ahora se incorporan a la esfera pública. Por supuesto, hay que añadir que la cultura popular concebida como folklore se vuelva problemática, en el caso venezolano es clarísimo debido a que el folklore pareciera ser el acervo cultural del pueblo pero nunca se plantea que desde ese cultura popular pueda salir nuestro modelo propio de desarrollo, ese folklore planteado más bien como pintoresquismo o como un pasado del cual sentirnos orgulloso como acervo espiritual, está inhabilitado para ser fuente de materialidad, ciencia o técnica. Se diferencia el poder y el capital de la cultura popular, definida como folklore y espectáculo. Así va a ser representado durante todo el gobierno de Pérez Jiménez en las fiestas de la patria, vaciada de contenido y despolitizada. Sin embargo, aún aparecían como necesarios. Porque el pueblo era importante, como *entidad a transformar*, se le rendía tributo para a partir de ese *pasado glorioso* prometer un futuro mejor como nos explica Ocarina Castillo: Esa redefinición de las bases de la sociedad pasaba por dos supuestos: el mejoramiento físico, mental y moral de los venezolanos, y el desarrollo científico y técnico y aplicación tanto en la esfera material y en la producción de conocimientos, como en la dirección de la sociedad. (Castillo 1990, 106). Con respecto a la blanquitud del poder, a la blanquitud honoraria, solo bastan estas tres fotos de Perón y Eva elegidas al azar:



84



85



86

La *Doctrina Justicialista* y del *Nuevo Ideal Nacional* construirán una narrativa en la que ubicarán un destino, un objetivo, en el que los dos coincidirán en la misma gesta: “la segunda independencia” (Castillo 1990, 107; Perón 2006) inmediatamente esto tendrá como función principal, relatar la historia en la que los Partidos Políticos anteriores quedan representados como traidores a ese destino y por ende totalmente prescindibles, porque la transformación de la realidad social era un imperativo para ambos proyectos, el problema era quién tenía el rol de protagonista, más allá de los líderes, que eran ambos *benefactores*, el debate era acerca de los mecanismos de participación y la legitimidad del pueblo para decidir su propio destino. Durante este capítulo he intentado vincular la dependencia económica de nuestros países con el Norte Global. Al mismo tiempo, tratar de explicar cómo, esa dependencia económica, ha determinado nuestros sistemas políticos, y cómo, éste ha consolidado o no la *blanquitud*.

Lo que debe quedar claro, es que a nivel institucional, el Estado pérezjimenista y el Estado peronista, son iguales. Tanto Perón como Pérez Jiménez, ostentaban una blanquitud honoraria. Tenían un pensamiento nacionalista y eurocéntrico, en el que priorizaban lo nacional sobre lo comunitario, lo homogéneo sobre lo heterogéneo, la asimilación de la diferencia y no su respeto, obliteraban al afrodescendiente y creían en el crecimiento económico y la sociedad de consumo. Sin embargo, el peronismo desató en la gente, al margen de la burocracia y lo institucional (pero gracias a ello) nuevas prácticas de resignificación y sentido. No es Perón, es el peronismo, que en lugar de tener una apuesta a blanquearse, reconoce sus fórmulas propias, critica al sistema y se desatan nuevas formas de vivir lo público, como el grito tan citado de “alpargatas sí, libros no”. El desarrollo es un proyecto blanqueador, el peronismo no. Esa es una contradicción clara, que no se logra resolver.

⁸⁴ *La Democracia*, Lunes 10/07/1950.

⁸⁵ *La Democracia*. Jueves 20/07/1950.

⁸⁶ *La Democracia*. Jueves 20/07/1950.

A nivel metodológico el capítulo es heterodoxo. Al no ser una tesis de historia, me permito hacer una genealogía flexible, sobre las representaciones raciales en ambos países. Para mostrar que lo que ocurre, en ocasiones, no es una particularidad de los años 50. Intenté huir de hacer una mimesis de la colonialidad y hablar de los años 50, como si hubiese sido el único lugar en la historia. Necesitaba ir al pasado brevemente, para mostrar que es lo que cambia y que es lo que continúa.

Las comparaciones como en capítulos anteriores, también son organizadas de forma heterodoxa. Hay una posible sensación de desequilibrio, porque en Argentina no se narra la raza como en Venezuela. Porque Perón no la menciona y Pérez Jiménez sí. Por ende, el archivo, la metodología y el enfoque, es distinto. También la magnitud de las reflexiones acerca de uno y otro. Por esa razón, me era imposible usar el mismo esquema y la misma metodología para ambos y que ocuparan el mismo espacio de reflexión.

Durante el trabajo de campo y el levantamiento del archivo racial, tuve acceso a una evidencia irrefutable. El aluvión de publicidad en ambos países era impresionante, más de la mitad de los periódicos tanto de Venezuela como de Argentina, se encontraban atiborrados de autos, perfumes, lociones para el cabello, tópicos capilares, lavadoras, secadoras, radios, televisores y bebidas alcohólicas. En no pocas oportunidades, he mencionado el rol protagónico del consumo en estos años. El aumento en la tasa de natalidad, el crecimiento económico, el aumento de las importaciones de bienes y servicios de consumo, revelan la materialización de una sociedad de consumo en nuestros países.

Sobre esa materialidad se cierne un régimen visual, debido a que todos esos objetos que intentan ser vendidos desde la publicidad y buscan seducir a un posible consumidor estarán acompañados de una corporalidad blanca y femenina. Nuestros pueblos no blancos, encontraron en el consumo una ilusión de acceso a la blancura. Un auto de marca, un perfume francés, unos zapatos deportivos norteamericanos son elementos que marcan una *distinción*. Durante este apartado exploro fundamentalmente la relación entre raza y sociedad de consumo. Sin embargo, es imposible hablar de raza y sociedad de consumo en los años 50, sin hablar de la mujer, expuesta cada vez más.

Raza y sociedad de consumo

En la etapa estudiada asistimos a un momento histórico para las luchas sufragistas de las mujeres en la región. Tanto el gobierno de Perón como el gobierno previo al de la dictadura venezolana (el del trienio adeco) le otorgaron el voto a la mujer en 1947 y 1945 respectivamente. Esta reivindicación vino acompañada de otras como aumento de la tasa de ingreso en la universidad, de los niveles de escolaridad, puestos de trabajo, etc. A simple vista parece un proceso que garantizaría acabar con el patriarcado de forma irremediable. Sin embargo hay dos factores que atentan contra la idea de que con mayores derechos ciudadanos adquiridos, menor es la violencia que ejerce el patriarcado. El primer factor es el evidente aumento de la violencia sobre la mujer desde la etapa *desarrollista* hasta nuestros días. El segundo factor es que nunca se dejó de asociar la mujer con el espacio doméstico (tareas del hogar) y como objeto del deseo, *falo* apropiable al decir de Lacan (Segato 2010). La salida de la mujer al espacio público como sujeto de pleno en derechos civiles, inaugura un nuevo espacio de autonomía pero también de vulnerabilidad, en el marco de una sociedad que ha dejado indemne la estructura patriarcal en esa esfera. Es decir, sale del espacio privado regentado por algún *Pater* o figura masculina (padre, esposo o cualquiera que lo ejerza) que tutelaba ese cuerpo con el que otra figura masculina debía mediar de forma contenciosa, a un espacio público en el que el Estado iría a cumplir esa función. El *Pater* en este caso vendría siendo la ficción jurídica que le otorga los derechos y deberes. Ahora bien, siendo la esfera pública una esfera masculina y el Estado habiendo erigido sobre cimientos patriarcales, la situación de los sujetos femeninos vive una paradoja: si anteriormente el que asumía el rol de *Pater* secuestraba la autonomía y a cambio otorgaba protección ahora el Estado otorgará autonomía sin garantías de protección. Eso aunado al momento histórico en el que se está imponiendo la construcción de una sociedad de consumo que origina la necesidad de adquirir bienes y servicios (sobre todo en el paisaje urbano) y en consecuencia la mujer se ve obligada a compartir la jornada laboral, con la jornada doméstica/maternal, lo que se convierte en un momento de doble explotación.

En la arqueología que realicé en los periódicos de esta época, tanto en Argentina como Venezuela, surgió un sujeto femenino prototípico: Una mujer blanca, dispuesta a satisfacer el deseo del hombre. Una mujer consumidora/consumida (Baudrillard 2007) que además vinculará higiene y blanqueamiento (Ross 2006) como explicaré más adelante. Rita Segato es una de las autoras de la perspectiva decolonial que está consciente en todos sus trabajos de que a mayor modernización, hay mayor intervención del Estado y por ende mayor violencia sobre

los cuerpos otrificados y femenizados. Aquí Segato nos muestra el impacto del tránsito de la mujer del espacio privado al espacio público y cómo opera la violación en esa estructura:

En realidad, sólo en la sociedad contractual la mujer queda protegida por la misma ley que rige las relaciones entre hombres en tanto sujetos de derecho. Sin embargo, afirma Pateman, la estructura de género nunca adquiere un carácter completamente contractual, y su régimen permanente es el estatus. En el caso particular de la violación como agresión a otro hombre a través de la apropiación de un cuerpo femenino, como conquista territorial o como delito contra la sociedad y contra la persona, comprobamos una vez más el afloramiento del régimen de estatus característico de la estructura jerárquica de género, a pesar del contexto moderno y supuestamente contractual. (Segato 2010, 29)

Si leemos de forma recíproca género y raza, encontraremos que entre la dicotomía *blancura/no blancura* y masculino/femenino existen obvias relaciones de denominación establecidas por una estructura histórica que las produjeron, por esa razón el esquema contractualista convive con ellas, es decir, esta estructura *la colonialidad* y el patriarcado trascienden y saturan al régimen de derechos civiles. La jerarquía la define en ese sentido, no unos códigos escritos en alguna constitución o ley orgánica, sino unos códigos históricos inscritos en el imaginario y las *representaciones* de la gente. Esas representaciones mantienen un estatus masculino con respecto al género, que ostenta poder, y es *blanco* con respecto a la raza que ostenta *prestigio*. Los dos son formas de status que operan al margen de cualquier contractualismo jurídico. El régimen racial, no es de status sino de *prestigio*, ya que la *blancura* inmediatamente es asociada con un rol en la sociedad, sea este estético: concierne a lo bello/sublime; sea ético: cuerpos que portan la bondad y la virtud; sea político: cuerpos asociados a las altas esferas del poder y de gestión del capital. La *no blancura* opera al contrario, por esa razón aunque se haya abolido la esclavitud y los indígenas y afrodescendientes sean iguales ante la ley, aunque no se enuncie el *signo racial* y no se declare esa otredad como *atavismo*, siempre estará esa estructura latiendo, porque es ese status el que garantiza el sostenimiento del sistema funcional al capital.

Al igual que en el género, el régimen racial se constituye al margen del contractual, y si dije que era una latencia es porque efectivamente su intensidad varía. El racismo es permanente a nivel estructural, pero solo se vuelve virulento cuando los llamados a ocupar ciertos roles en la sociedad se desplazan y erosionan el estatus del otro. Allí para defender el *prestigio* de la *blancura* que es amenazado, surge el significante *negro* para descalificar y señalar un lugar en la sociedad que es el que corresponde históricamente. Pasó en Argentina con Irigoyen y Perón, y también ocurrió en Venezuela a principios de siglo con Cipriano Castro

y posteriormente con Acción Democrática frente a la dictadura. No es coincidencia que todos estos gobiernos hayan terminados en sendos golpes de Estados (el de Cipriano Castro, el segundo de Yrigoyen, el de Gallegos y el de Perón,) que son golpes de Estado para restaurar el prestigio de la blanquitud y su funcionalidad al pacto Estado-capital. En momentos de menor tensión, pareciera que el estrato contractualista de las relaciones humanas arbitra y controla el conflicto latente. Esa impresión da en Venezuela los periodos de mayor bonanza petrolera, las marcas raciales se difuminan y los signos se dilatan hacia una especie de igualación sostenida por el consumo y la adquisición de capital racial a través de los objetos que se pueden portar. Esta aparente igualdad, elimina la posibilidad de trastocar el régimen racista de la *colonialidad*. El proyecto del *desarrollo industrial* perezjimenista genera esta sensación de armonía por igualación consumista, que aunado al destierro rural produce una ruptura del tejido comunitario que inhibe el agenciamiento de las comunidades afrodescendientes. El tema racial no se puede resolver de forma individual, a través del contractualismo republicano, cuando es precisamente la comunidad el asidero para potenciar el posible cambio. Al atacar la comunidad y desarraigar a los sujetos *racializados*, ellos quedan presa del contractualismo, es decir, totalmente vulnerados. En el caso del género Rita Segato nos da pistas para leer en esta clave:

Cuanto más repentino y abarcativo es el proceso de modernización y más brusca es la ruptura de los lazos comunitarios, menos discursivamente elaborado será el retroceso del sistema de estatus y su capacidad de regular el comportamiento social. Las consecuencias consisten tanto en las brechas de descontrol social abiertas por este proceso de implantación de una modernidad poco reflexiva, como en la desregulación del sistema de status tradicional, que deja expuesto su lado perverso, a través del cual resurge el derecho natural de apropiación del cuerpo femenino cuando se lo percibe en condiciones de desprotección, vale decir, el afloramiento de un estado de naturaleza...Con la modernidad y la consiguiente exacerbación de la autonomía de las mujeres, esa tensión, naturalmente, se agudiza. (Segato 2010, 30-31)

La mujer cuando desafía mediante su nueva autonomía a la masculinidad también recibe una respuesta violenta, así como los sectores *no blancos*. Ese orden restaurador del patriarcado y de la blanquitud convive perfectamente con el orden contractual, de hecho la situación que vivimos en la región y en los Estados Unidos durante mi proceso de escritura, así lo demuestra. Ese orden restaurador tiende a aparecer con radicalidad cuando las placas de la *tectónica del Estado* que expliqué al principio se han deslizado. Ahora bien, la mujer que recibe esa violencia es una metáfora del sistema, un instrumento para la recuperación de un status perdido o venido a menos. La idea de mujer genérica que usa Rita Segato funcionaría para la *raza*, por ejemplo en un país como Argentina, lo *negro* viene siendo una categoría genérica para explicar la *no blancura*, que en este caso es la *no riqueza, no civilización*. Ahora bien, la violencia opera en ese sentido bajo una lógica de ocultamiento, El desarrollo muestra un

conjunto de variables económicas, crecimiento económico, aumento del consumo, mayor productividad, todos ítems *neutrales*, sin embargo, esto es imposible de deslindar del *paisaje mental* (Segato 2010) en el que tanto el afrodescendiente como el indígena y la mujer son representados como subalternos y ese estrato jamás se verá trastocado por la modernización desarrollista.

La pregunta vendría siendo si el desarrollo entonces impone o no un nuevo orden. Lo que he venido sosteniendo es que el desarrollo es una continuación del modelo del progreso del siglo XIX, por ende de la misma colonialidad. Sin embargo, hay un nivel material en el que ocurre un conjunto transformaciones a nivel geopolítico que generan un nuevo vínculo de las materias primas de nuestros países con los mercados internacionales, en el que el rol de los Estados Unidos como nuevo polo hegemónico contra la Unión Soviética es clave. También ocurren cambios drásticos a lo interno de los países, en la salud, la higiene la educación, las comunicaciones, en la arquitectura, en la urbanidad, se construye todo lo que llamé el *paisaje de la dependencia*, que no es más que un *paisaje del desarrollo* pero en la periferia. Todo esto lo digo porque mientras los ingresos productos de las exportaciones siguen incrementándose y el *paisaje de la dependencia* sigue imponiéndose en nuestras ciudades, hay un *paisaje mental* que es machista y racista que convive con ese nuevo paisaje que se está imponiendo. Esos dos paisajes no colapsan entre sí, confluyen, son dos temporalidades distintas, una impuesta por un gobierno militar o democrático/populista y la otra el tiempo de la colonialidad/descolonialidad en el que muchos mundos con diversas formas de vida siguen en tensión permanente, pugnando por un espacio que les permita su propia existencia, asediados constantemente por el poder que desea eliminarlos, controlarlos, homogeneizarlos y/o disciplinarlos para hacerlos funcionales al capital. Este tiempo de la colonialidad es el que explica Rita Segato a través de su largo estudio sobre la violencia de género donde manifiesta que la violación se lleva a cabo con la presencia y anuencia de otros interlocutores permanentes. Estos interlocutores forman parte de una estructura de larga historia que atraviesa a los sujetos independientemente de los procesos de modernización en los que hayan estado inmersos. Este razonamiento, continúa Segato:

Apunta a un violador a quien, aun cuando actúa solo, podríamos describir como “acompañado” por su conciencia como un paisaje mental “con otras presencias”, y a un acto íntimamente ligado al mandato de interlocutores presentes en el horizonte mental, el ámbito discursiva en que se realiza. Por consiguiente, mi modelo presupone una estructura dialógica, en el sentido bajtiniano, entre el violador y *otros* genéricos, pobladores del imaginario, en la cual encuentra su sentido la violación, entendida como un acto expresivo revelador de significados. (Segato 2010, 35)

La autora estaría describiendo un estrato de la realidad que no está determinado por las transformaciones del medio físico y que funciona al margen de los procesos de modernización, sea esta la etapa progresista de finales del XIX, desarrollista de mediados del XX o neoliberal de la década de los 90. Allí es donde opera la violencia sobre la mujer y sobre la *no blanca*, en ese estrato que describe Segato, de *estructuras elementales* que son exacerbadas por ciertos *avances sociales* en el que los procesos de modernización le van otorgando a la mujer mayor autonomía y en la gestión del capital a la *no blanca*. Con respecto a la *raza*, *capital* y *prestigio* tienen una unión indisoluble, cuando hay cambios en la organización y disposición del capital, el *prestigio* comienza a ser amenazado, la violencia que emerge en defensa de la *superioridad racial*, inferiorizando a los cuerpos *no blancos* y marcándoles un lugar en la historia ha sido recurrente en el continente. Cualquier cuerpo *racializado* ha sentido la violencia de alguna mirada castigadora, por la ocupación de un espacio (para la *blanca* sería una invasión) que no es el que corresponde con su signo racial, o vigilándolo por estar acusado de antemano como un peligro incluso físico para los demás. Con esto me refiero a no solo ocupar la Plaza de Mayo y la Casa Rosada o el Palacio de Miraflores, me refiero a la Universidad, a los centros comerciales, clubes sociales, etc. Esta estructura rige las relaciones sociales, gobierna a través del estatus y el prestigio, pero lo hace desde un orden previo a la República y su contractualismo jurídico. Gobierna desde el orden de la colonialidad en el que raza y género son solo formas de instrumentalizar esa dominación necesaria para que opere ese orden civilizatorio y la acumulación originaria. Esa fue la intención del capítulo anterior y es por esta razón que ni la violencia racista, ni la violencia de género son actos individuales, son *intersubjetivos*, en el que un individuo está atravesado por este orden previo:

La galería de “acompañantes” o interlocutores en la sombra que participan de ese acto se incorpora a la vida del sujeto desde un primer momento y a partir de allí siempre es confirmada...Esas “compañías” silenciosas, que presionan, están incorporadas al sujeto y ya forman parte de él. Puede decirse, por lo tanto, que su acto, su delito, más que subjetivo, es intersubjetivo: participan otros imaginados. (Segato 2010, 35-36)

Yo quisiera destacar aquí una propuesta para conversar con Rita Segato que sería la instauración de dos órdenes. Por un lado, el *orden del estatus* que ella explica en el texto citado y por otro lado el *orden del prestigio* que es el de la *blanquitud*. El *desarrollo* trabaja sin trastocar estos órdenes de ninguna manera, al operar desde la esfera de lo público, relega estratégicamente e intencionadamente al machismo y al racismo a un plano individual, por ende una violación o la violencia racista son siempre tildadas de asuntos fuera de norma, delitos comunes, excepciones. La gran diferencia entre el *prestigio* y el estatus, es que el estatus representa un poder que se ejerce a través de la violencia material sobre otros cuerpos el

prestigio se ejerce solo en el campo de lo simbólico, a través del *aura* del que están dotados los *cuerpos blancos*. El *prestigio* es la posibilidad de Poder, pero no lo garantiza, por esa razón, se puede perder poder económico o político y seguir manteniendo el *prestigio* que otorga vivir bajo el régimen de la *blanquitud*. Para seguir leyendo en forma recíproca raza y género, propongo leer la “masculinidad” desde el texto de Rita Segato ya ampliamente citado:

“Masculinidad” representa aquí una identidad dependiente de un estatus que engloba, sintetiza y confunde poder sexual, poder social y poder de muerte. “Los hombres, dice Ken Plummer en un interesante análisis de las relaciones entre masculinidad, poder y violación “se autodefinen a partir de su cultura como personas con necesidad de estar en control, un proceso que comienzan a aprender en la primera infancia. Si este núcleo de control desaparece o se pone en duda, puede producirse una reacción a esa vulnerabilidad (...) Esta crisis en el rol masculino puede ser la dinámica central que es preciso analizar para tener acceso a las distintas facetas de la violación (...) los miembros de los grupos sociales más bajos parecen ser especialmente vulnerables. En la clase trabajadora y las minorías raciales esa crisis alcanza su máxima magnitud: en el fondo de la escala social, su sentido de la masculinidad es absolutamente fundamental” (Plummer, 1984, p 49)...De tal modo, la violación puede comprenderse como una forma de restaurar el estatus masculino dañado, aflorando aquí la sospecha de una afrenta y la ganancia (fácil) en un desafío a los otros hombres y a la mujer que cortó los lazos de dependencia del orden del estatus. (Segato 2010, 37)

Al suscribir a plenitud lo dicho por Segato (con respecto a la violación como una de las formas de restauración del estatus masculino) debo decir que desde mi apreciación el *prestigio* no se pierde de esa forma. El *prestigio* lo que contiene es una convicción por el poder, un *mandato de posición* que otorga una especie de *consciencia del privilegio* de ser blanco. Por esa razón se puede renunciar al poder (pudiendo retomararlo en cualquier momento) y conservar el *prestigio*, ya que el signo blanco es un *signo dispuesto* a ocupar los roles de dominación en la estructura que regula las relaciones sociales. El filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría, para describir la blanquitud habla de cuerpos que poseen la *dignidad* humana que para mí es sinónimo del *orden del prestigio* que vengo explicando. No uso *dignidad* por lo polisémico del concepto que podría prestarse a confusión (puede significar desde: decoro, empleo honorífico y de autoridad, órdenes de caballería, excelencia, etc.)⁸⁷ *Prestigio* sin embargo, es la condición óptima para ejercer el lugar de la civilización, el lugar del poder. De hecho, aquellos que desean ostentar el poder desde sus cuerpos racializados deben buscar *blanquearse* y acumular cuotas de *prestigio* a lo que Rita Segato llama *capital racial* (Segato 2010). Para Bolívar Echeverría la *blancura* no es un destino manifiesto, fue un accidente histórico que ubicó a esos *cuerpos blancos* del norte de Europa como los fundadores de un sistema que comenzó a expandirse posteriormente, pero no había nada preconcebido en ellos. Al contrario su génesis se origina

⁸⁷ Diccionario digital de la Real Academia Española visitado el 6 de julio del 2016: <http://dle.rae.es/?id=DIX5ZXZ>.

en la periferia de los viejos imperios europeos. Como el filósofo ecuatoriano expresa, la *blanquitud* es mucho más amplia que la *blancura* como categoría, porque incluye el *signo* racial pero también los rasgos y costumbres que desarrollaron los portadores del *signo blanco*, en esos rasgos está la clave del modelo civilizatorio. Convengamos que es una evidencia muy contundente que el sistema no funciona únicamente con la élite blanca y que el traslado de sus hábitos, sus costumbres y la cesión de *cuotas de prestigio*, han sido indispensable para sostener el sistema de dominación colonial. El *blanqueamiento* es la posibilidad de adquirir esos rasgos y costumbres sin ser *blanco*, buscando el *prestigio* sin jamás poder obtenerlo. El sistema de cesión de cuotas de poder/*blancura* administrada por los que tienen el *prestigio* y definen las fórmulas para obtenerlo es la clave del sistema de dominación. El *blanqueamiento* es el dispositivo cruel y violento que tiene la blanquitud para disciplinar a los *cuerpos no blancos* y garantizar la reproducción del sistema, como opera la violación para el género. La blanquitud inaugura lo que propongo llamar el *mandato de blanqueamiento*, trasladando el *mandato de violación* que Rita Segato (2010) describe para la ejecución del patriarcado.

Ese *mandato* se cumple siendo funcional al capital pero también al consumo. Tiene que ser un sujeto que consuma objetos y bienes, devenidos signos y discursos. Con este propósito se crearon un conjunto de técnicas y dispositivos de la imagen para construir un *régimen visual* que asediara al sujeto en sus horas de *no productividad*. Lo que quiero hacer es presentar la propuesta del filósofo venezolano Ludovico Silva, en la que explica que con la llegada del desarrollo hace falta una sociedad de consumo que lo incite a adquirir objetos para seguir produciendo bienes y esa incitación se logra solo en las horas de ocio (no productividad) que para Ludovico Silva siguen siendo de producción y que incluso es más importante, a este proceso lo llama *plusvalía ideológica*:

Pero lo más importante: es un “tiempo libre” en el que trabajamos para la preservación del sistema, es el tiempo de producción de la plusvalía ideológica. La energía psíquica permanece concentrada en los múltiples mensajes que el sistema distribuye; permanecemos atados a la ideología capitalista, y se trata de un tiempo de nuestra jornada que no es indiferente a la producción capitalista, sino al contrario: es utilizado como el tiempo óptimo para el condicionamiento ideológico. Es el tiempo de la radio, la televisión, los diarios, el cine, las revistas y, si tan sólo se va de paseo, el tiempo de los anuncios luminosos, las tiendas, las mercancías...El tiempo libre de la sociedad capitalista-imperial no es un tiempo libre: es el tiempo de producción de la plusvalía ideológica. (Silva 2011, 237)

Ahora bien, más allá de concentrarme en la crítica marxista a la explotación a mí me gustaría leerlo en clave racial. Este tiempo del que habla Silva, es un tiempo dedicado a la blanquitud y a la reproducción del deseo de *ser blanco*. Pero como el mercado necesita de consumidores, no venderá ni la eugenesia ni el genocidio como mecanismos para eliminar la

no blancura, al contrario, incitará al *blanqueamiento*. Creará mediante un *régimen visual* la sensación de que con un conjunto de objetos alrededor y mediante su obtención, se podría adquirir una *corporalidad blanca*. Es de esa forma que se vincula la *plusvalía ideológica* con la *modernidad (norte) americana*, al ser una forma de vida súper productiva, necesitas generar un hiperconsumo y por ende hilvanar dispositivos sofisticados de producción de deseo y de *plusvalía ideológica*. Eso también se importará de los Estados Unidos. Esa construcción de necesidades y de *valores de uso* será permanente y es el motor elemental del desarrollo industrial:

El valor de uso de la ciudad del siglo XX, del campo del siglo XX, de las vías de comunicación del siglo XX, es un valor de uso deformado, invertido de sentido por un diseño del mismo en el que el *telos* de la valorización parece haber sustituido definitivamente al *telos* que la sociedad moderna puede plantearse a sí misma democráticamente. El valor de uso del automóvil individual (del Ford- T y el Volkswagen en adelante) no responde a necesidades de transportación “naturales”, es decir, socialmente concretas, que el ser humano decidiera tener sobradamente; por el contrario, es un valor de uso que “se adelanta a sus deseos” e infunde en él una necesidad que no es de él sino del capital, que satisface la suya, la de acumularse, a través de ella. Con el valor de uso del hogar y los utensilios domésticos aparentemente “indispensable para el ama de casa moderna” sucede lo mismo; también con el valor de uso del cuerpo propio (como instrumento de trabajo y consumo) y los productos e implementos de su alimentación y salud, de su higiene y cuidado; con el valor de uso de los medios de diversión y entretenimiento, etcétera. (Echeverría 2010, 103-104)

Los proyectos de *desarrollo* van a estar al servicio del capital, sean los de Perón o los de Pérez Jiménez, y al estar al servicio del capital están al servicio de la blanquitud, a pesar de que el sujeto histórico del proyecto peronista sea *no blanco*. Eso será una tensión, una contradicción irresoluble, presente de forma permanente. Como vimos antes en la descripción del *cabecita negra* que debe su acceso al consumo a las reformas de Perón, lo entenderá como un mecanismo de igualación, pero será una igualación tutelada por un Estado que es además *cautivo*. Un tutor tutorado. Si el Estado entra en crisis económica o política, este sujeto *no blanco* perderá la tutela y por ende su capacidad de mantenerse igualado a través de la distribución más justa del capital. La historia no es monolítica ni marcha hacia un solo lugar, puede que hayan fuerzas internas en el peronismo que en lugar de usar el consumo como forma de *blanqueamiento*, hayan decidido reafirmar su condición de *no blancura*. En todo caso las limitaciones del trabajo de archivo dejan esos puntos de fuga para indagar ya sincrónicamente en los legados de esos procesos.

Por el momento lo que planteo es que con el desarrollo se constituye un código de blanquitud, que llega con la necesidad de crecimiento económico y aumento del consumo, lo que consolida este régimen visual. En ese código quedará el *cuerpo blanco* fijado alrededor de

los objetos que representan el prestigio y el éxito. Un *cuerpo blanco* al lado de un perfume, un auto, una lavadora, una cocina, todo parte de ese *American way of life* que es el simulacro de la *modernidad (norte) americana* . Eso dará por un lado la sensación de que aunque no seas blanco, con esos objetos puedes acercarte a la realización de ese deseo y por el otro, fijará no ya en el *reflejo colonial* , sino en un código explícito a la blanquitud como *corporalidad desarrollada* . Así el estereotipo del *cuerpo del blanco* será el del *cuerpo del desarrollo* . Nos dice Stuart Hall:

Dentro de la estereotipación, entonces, hemos establecido una conexión entre representación, diferencia y poder. Sin embargo, necesitamos sondear la naturaleza de este poder más profundamente. A menudo pensamos en el poder en términos de coerción o restricción física directa. Sin embargo, también hemos hablado, por ejemplo, del poder en la representación: poder de marcar, asignar y clasificar; del poder simbólico, el de la expulsión ritualizada. El poder, parece, tiene que entenderse aquí no sólo en términos de explotación económica y de coerción física sino también en términos culturales o simbólicos más amplios, incluyendo el poder de representar a alguien o algo de cierta forma dentro de cierto “régimen de representación”. Incluye el ejercicio de poder simbólico a través de las prácticas representacionales. La estereotipación es un elemento clave en este ejercicio de violencia simbólica. (Hall 2013,431)

A lo que Stuart Hall le llama “régimen de representación” yo le llamo el *código* de blanquitud porque evidentemente las *representaciones* no aparecen solas, las imágenes solo al relacionarse construyen y constituyen un discurso, un régimen. Pero yo planteo la categoría de código, porque habría un condicionamiento de ese régimen y es que está determinado por el paradigma del desarrollo. La sociedad de consumo y el desarrollo organizará en ese código el conjunto de objetos que le crearán la atmósfera productora de deseo.

El *mandato de blanqueamiento* implica que cualquier forma de vida *no blanca* (entendida ésta como el ejercicio de la corporalidad, la experiencia del tiempo y del espacio, los vínculos parentales, el ejercicio de la sexualidad, etc.) debe ser inhibida, retenida, reprimida. La represión incluye asediar permanentemente en la búsqueda del exterminio, sus voces, sus epistemes, sus formas de pensar el poder, la sexualidad, lo estético, lo ético. Habiendo dicho todo lo anterior, tengo que acotar que la adquisición de cuotas de *prestigio* que otorga la *blancura* para un *no blanco* nunca es completa, se convierte en un *devenir permanentemente deficitario* , porque el signo es privativo, y el *prestigio del signo* solo lo da el cuerpo. Los hábitos, las costumbres sirven para obtener cuotas de poder y espacios de legitimación. Pero hay gente que nace con el *prestigio* que otros por más que se transformen nunca lo van a conseguir. Eso precisamente es lo que explica la situación de blanquitud que genera la colonialidad. Evidentemente la *blancura* y la *no blancura* son relacionales, por ende son dos espacios que no son monolíticos y no se pueden convertir en entidades esenciales. Un cuerpo

blanco en un país puede no serlo en otro, eso dependerá de cada *formación nacional de alteridad* y del ojo construido nacional e históricamente (Segato 2007) sin embargo la blanquitud de la misma manera que la colonialidad, atraviesan la región, operan como ya se ha dicho antes con el dispositivo del desarrollo pero con diferente léxico. Es decir, la relacionalidad determinará el lugar de *la no blancura* pero la blancura será siempre privilegiada en cualquier lugar del continente. Pongo mi ejemplo personal, en Venezuela no sería nunca reconocido como afrodescendiente, a pesar de serlo, estaría anclado en el mito del mestizaje porque es imposible ubicarme como negro o como blanco. Cuando viví en España me identificaban como sudaca que es una marca racial de *no blancura* y aunque esta marca se desprenda del cuerpo como concreción física, la categoría inferioriza, subalterniza, barbariza. Al cruzar los pirineos para cursar estudios en París, dejé de ser mestizo/caribeño o sudaca para ser directamente magrebí (argelino o marroquí). Puede existir *blancura/no blanca* como en el caso argentino, pero nunca *negrura/no negra*. Fanon lo explica mucho mejor, cuando habla sobre los antillanos y por ello lo citaré extensamente:

El antillano se conoce entonces como negro, pero, por un deslizamiento ético, se da cuenta (inconsciente colectivo) de que es negro en la medida en que se es malo, flojo e instintivo. Todo lo que se opone a estas maneras de ser negro es blanco. Aquí reside el origen de la negrofobia del antillano. En el inconsciente colectivo, negro es igual a feo, pecado, tinieblas, inmoral. O dicho de otra manera: es negro aquel que es inmoral. Si en mi vida me comporto como un hombre moral, no soy en absoluto negro. De aquí que en Martinica, la costumbre de decir de un blanco que tiene el alma negra. El color no es nada, ni siquiera lo veo, sólo conozco una cosa y es la pureza de mi consciencia y la blancura de mi alma... La imposición cultural se ejerce fácilmente en Martinica. El deslizamiento ético no halla obstáculos. Pero el verdadero blanco me espera. Me dirá a la primera ocasión que no basta con que la intención sea blanca, sino que es necesario realizar una totalidad blanca. Sólo en este momento tomo conciencia eventualmente de la traición. Concluamos. Un antillano es blanco por el inconsciente colectivo, por una gran parte del inconsciente personal y por casi todo el proceso de su individuación... En un círculo de blancos, en Francia, se presenta un hermoso negro. Si es un círculo de intelectuales, estemos seguros de que el negro intentará imponerse. Pedirá que no se repare en su piel, sino solamente en su capacidad intelectual. En Martinica son muchos los que, a los veinte o treinta años se ponen a trabajar a Montesquieu o a Claudel con el único fin de citarlos. Porque gracias al conocimiento de estos autores aspiran a que se pase por alto su negrura. (Fanon 1966, 239-240)

Este ejemplo es maravilloso para mostrar de qué se trata la blanquitud que plantea Bolívar Echeverría, dice Fanon que negro es igual a “feo, pecado, tinieblas, inmoral” es decir, la *blancura* representa todo lo *digno*, como decía antes Echeverría la blancura es la “nueva dignidad humana”. “Feo, inmoral” o “flojo o instintivo” como dice Fanon, son marcas de *desprestigio*, es decir, de *no blancura*. Pero como la sociedad se rige bajo el *mandato de blanqueamiento*, exige al *negro* a acumular cuotas de prestigio que lo obligan a negar su condición históricamente construida de *otro*, para reproducir el (des)igualitarismo *blanco*. El

escollo es que su condición de *negro* no tiene nada que ver con la barbarie, la irracionalidad o la bestialidad que se le adjudica y si tiene que ver con una construcción de unas formas de vida *otras* y de vínculo con el mundo diferente. El haber sido expulsado de la esfera pública, de la gestión del capital y del reconocimiento genera otra episteme. Sin embargo, como decía Fanon, el sistema exige una “totalidad blanca” y por ende conduce a la inhumana autonegación del negro. El *mandato de blanqueamiento* es supremamente violento porque implica el despojo de toda una historicidad propia. Si partimos de la premisa de que la *raza* es una construcción histórica y que además es relacional, es imposible esencializarla. Sin embargo, tal construcción crea una realidad sociohistórica que sitúa a los marcados con este signo en una posición deficitaria, sumiéndolos en la explotación económica, la exclusión política y en ocasiones la misma negación de la existencia. En ese espacio al que fueron condenados (por esta construcción histórica llamada raza) los muchos mundos que habitan nuestro territorio se constituyeron formas *otras* de existencia. Nuevas formas de solidaridad, de imaginación política, de agenciamiento, de espiritualidad residen en ese mundo marcado y construido precisamente como *no blanco* y que *el mandato de blanqueamiento* exige eliminar. El problema de la “totalidad blanca” del que habla Fanon, es que el negro debe negarse a sí mismo, a su comunidad, al modo en que se reproduce su sociabilidad, a su otra forma de vivir y expresarse, para poder entrar al mundo de la *blancura* que el *blanco* ha construido como el único mundo de la vida, convirtiendo en ocasiones al mundo *otro*, en el mundo de la muerte. No es solamente citar a Montesquieu, es indispensable la autonegación de la historicidad propia, de la ancestralidad, escupir el panteón de sus dioses y su muertos.

Habría que decir que al igual que el *mandato de violación* el *mandato de blanqueamiento*, es una cuestión que trasciende la subjetividad. Es decir, no es un negro o indígena que se acomplejó y por algún deseo extravagante decidió *blanquearse*. Tampoco es un blanco que obliga a un negro a negarse a sí mismo. El ejemplo más claro de que incluso irrumpe en la política de estado como en el caso de la inmigración *blanca* en Venezuela, allí opera el *mandato de blanqueamiento* cuando Pérez Jiménez decía que uno de los objetivos de su gobierno era *blanquear* al venezolano y eso no quiere decir de ninguna manera que el dictador venezolano era una excepcionalidad en la región. El mismo Perón que depositaba el ejercicio de la soberanía en las grandes mayorías, le negó a los indígenas Kolla en 1946 sus títulos de propiedad e ignoró sus demandas, a pesar de que sí defendió las demandas de los conglomerados *no blancos* en la periferia de las urbes porque eran funcionales al proyecto del

desarrollo industrial. Había algo del mandato de blanqueamiento que ellos cumplían y los kollas, no.

La blanquitud es un pacto tácito entre el poder y el prestigio para garantizar el funcionamiento de la colonialidad, es la matriz del pacto Estado-capital. El *prestigio* de la raza no se pierde como el *estatus* masculino, porque no existe un acto mediante el cual te vuelvas *blanco*, el *blanqueamiento* es una batalla perdida de antemano. No hay una víctima para sacrificar, ni tampoco un ritual en el que “la entrega de la dádiva de lo femenino es la condición que hace posible el surgimiento de lo masculino y su reconocimiento como sujeto así posicionado” (Segato 2010, 38) Un cuerpo *leído* como blanco ya es prestigioso desde el momento de esa lectura (salvo en Argentina, que puede no serlo), es un *régimen visual*, por esa razón la *raza satura* la clase porque es más que un simple lugar en las relaciones de producción, es un lugar en la historia, es la cicatriz de una derrota. La masculinidad en cambio se define por la posesión sobre la mujer. Lo que Segato llama la “dádiva de lo femenino”, es aquello que se puede suministrar del cuerpo de la mujer como práctica iniciática en la construcción de la masculinidad, así se gana o se restaura el *estatus*. La masculinidad se construye a través de la expropiación de lo femenino, la *blancura* a través de la emanación del aura que da el *signo blanco*. Con respecto a la masculinidad nos dice Segato:

Este abuso estructuralmente previsto, esta usurpación del ser, acto vampírico perpetrado para *ser hombre*, rehacerse como hombre en detrimento del otro, a expensas de la mujer, en un horizonte de pares, tiene lugar dentro de un doble vínculo: el doble vínculo de los mensajes contradictorios del orden del estatus y el orden contractual, y el doble vínculo inherente a la naturaleza del patriarca, que debe ser autoridad moral y poder al mismo tiempo... Como este estatus se adquiere, se conquista, existe el riesgo constante de perderlo, por lo tanto, es preciso asegurarlo y restaurarlo diariamente. Si el lenguaje de la femineidad es un lenguaje performativo, dramático, el de la masculinidad es un lenguaje violento de conquista y preservación activa de un valor. La violación debe comprenderse en el marco de esta diferencia y como movimiento de restauración de un estatus siempre a punto de perderse e instaurado, a su vez, a expensas y en desmedro de otro, femenino, de cuya subordinación se vuelve dependiente. (Segato 2010, 38)

Quisiera continuar diciendo que hay muchas maneras de cometer el acto de la violación. Una de ella es a través de la mirada despojadora, o *male gaze*, la mirada usurpadora que cosifica el cuerpo de la mujer y la incomunica (Segato 2010). Para mí, esa violencia se exagera a niveles inusitados en la etapa que yo estudié durante este trabajo. No olvidemos que esa mirada se vuelve lenguaje cinematográfico con el nacimiento de la industria pornográfica que tendrá su apogeo en el año 1953 cuando sale el primer ejemplar de la revista para adultos *Playboy* (Preciado 2010). Ahora bien, si algo caracteriza a la etapa que yo estudio en el presente texto, es la emergencia de la mujer en el espacio público, en ese momento ocurre una exposición del

cuerpo femenino a esta mirada expropiadora con mayor frecuencia e intensidad que antes. El desplazamiento del cuerpo femenino sin tutela a espacios históricamente monopolizado por lo masculino establece una *tensión*, que la masculinidad la *resolverá* únicamente a través del aumento en el ejercicio de la violencia patriarcal. A esta mirada cruenta, Rita Segato le da la condición de violación alegórica:

No obstante, la alegoría por excelencia es, a mi juicio, la constituida por la *male gaze* o mirada masculina fija, en oposición al mirar, fue teorizada por Lacan y examinada de manera esclarecedora en su mecánica por Kaja Silverman (1996). Este tipo de intervención visual procede al escrutinio de su objetivo sin que pueda deducirse la conmutabilidad de posiciones entre observador y observado, y en esta característica se diferencia del mirar: éste se intercambia, mientras que la mirada fija es imperativa, sobrevuela la escena y captura su presa. La cámara fotográfica incorpora este tipo de intervención visual en el mundo: “cuando sentimos la mirada de la sociedad fija en nosotros, nos sentimos fotográficamente encuadrados (...) cuando una cámara real se vuelve hacia nosotros, nos sentimos constituidos subjetivamente, como si la fotografía resultante pudiese de algún modo determinar “quiénes somos” (Silverman, 1996, p. 135). La mirada fija, como la violación, captura y encierra a su blanco, forzándolo a ubicarse en un lugar que se convierte en destino, un lugar del cual no hay escapatoria, una subjetividad obligatoria. Recuerdo el comentario de Frantz Fanon, en *Piel negra, máscaras blancas*, sobre la alegoría del amo y el esclavo en Hegel: en la versión colonial de esta dialéctica, dice Fanon, el amo imperial niega al colonizado su necesidad, sofoca la relación. La *gaze* es ese mirar abusivo, rapaz, que está al margen del deseo y, sobre todo, fuera del alcance del deseo del otro. Como tal, constituye la forma más despojada de violación. (Segato 2010, 41-42)

Durante mi trabajo de campo en ambos países noté la sobreexposición del cuerpo de la mujer en la publicidad. Cada página era atiborrada con cuerpos femeninos, en su totalidad blancos (el porcentaje de otras corporalidades es realmente ínfimo) y daba la sensación de que al mismo ritmo que aumentaba el consumo de bienes y servicios, aumentaba la cantidad de cuerpos femeninos disponibles a emplearse al goce y a la mirada masculina. La publicidad actúa entonces como una pedagogía reiterada para construir la mirada pornográfica de la que habla Segato. Un cuerpo desmembrado en objetos de deseo: labios, glúteos, piernas, senos, cabello, ojos. Así opera la *male gaze*, que ahora tendrá un nuevo formato construido desde la publicidad. La pedagogía incesante de la *male gaze* será iterada en los periódicos, en el cine y en la incipiente televisión. No se puede ser dócil frente a este tipo de violencia impuesta por la publicidad. El hecho de que al lado de objetos sin alma reproducidos hasta el cansancio este siempre el cuerpo de una mujer, propone un régimen visual ineludiblemente patriarcal y racista. Una lavadora sirve para lavar, pero una lavadora al lado de una modelo blanca, no solo es útil, no solo es un objeto que tiene una tarea específica, es una cuota de *prestigio*. Es un poco de *blancura*, es la posibilidad de que la mujer blanca que está al lado de la lavadora, o del auto, o del perfume, esté disponible al goce del comprador. Al lado de una mujer blanca, un cuerpo

inanimado adquiere blancura y erotismo. Seduce. Sea una lavadora, un carro o un televisor. Un objeto se convierte en *signo* gracias a la presencia del cuerpo de la mujer que lo acompaña.

Además como lo hemos visto a lo largo del trabajo, la mujer que acompaña los objetos es *blanca*, propietaria de la matriz ;simbólica y biológica! que reproduce el *desarrollo*. El *mandato de blanqueamiento* cultiva un deseo por la mujer blanca y por su acceso que la publicidad supo cooptar bien. Ya Frantz Fanon se había adelantado a este vínculo, entre el hombre negro y la mujer blanca mediante el análisis de la novela autobiográfica de René Maran, *Un homme pareil aux autres*, donde explica las vicisitudes de Jean Veneuse un estudiante negro en Francia que sabe que su deseo por la mujer blanca está mediado por la *colonialidad*:

Él sabe que “rabioso por este humillante ostracismo, mulatos del pueblo bajo y negro solo piensan en una cosa en cuanto pisan Europa: saciar su apetito sexual con una mujer blanca. La mayoría de ellos, sobre todo los que, de tez más clara, reniegan de su país y hasta de su madre, se casan menos por inclinación que por satisfacción de dominar a la europea, satisfacción pigmentada de un cierto regusto de orgullosa revancha. Entonces me pregunto si no me ocurre a mí lo mismo y si, casándome con usted, que es una europea, no me daré aires de proclamar que, no solo desdén de las mujeres de mi raza, sino que, atraído por el deseo de la carne blanca, que nos está prohibida a nosotros los negros desde que los blancos reinan sobre el mundo, me vengo oscuramente de una europea de todo lo que sus antepasados han hecho sufrir a los míos durante siglos”(p.185) (Fanon 1966, 100)

Fanon transcribe íntegra la disquisición de Jean Veneuse porque sabe la importancia de cada adjetivo. Habla allí el protagonista de “saciar un apetito” es decir, un deseo, la búsqueda del placer mediante el consumo de algo en particular, en este caso una mujer, o mejor dicho, su cuerpo, su aura, su blancura. Luego el protagonista duda si su deseo es auténtico o simplemente es producto de la *colonialidad*. Fanon a través de este personaje nos está revelando el conflicto que surge contra el *mandato de blanqueamiento* que planteó anteriormente. Es realmente relevante que el escritor coloque en voz de su protagonista el deseo por la “carne blanca” y no hable de la mujer blanca, o el amor blanco. Debido a que sólo deshumanizando a la mujer blanca puede tomarla como dádiva para *blanquearse*. Esta vez no solo es el status masculino, sino el *prestigio* de la blancura. Por último, cuando el protagonista habla de la prohibición de esa “carne blanca” que le ha sido impuesta, revela la frustración de un deseo impuesto, de la alineación de una subjetividad que produce la imposición de la *colonialidad*. La misma operación funciona para el consumo. Es decir, todos *deberíamos* poder desear ciertos objetos de consumo (estilo de vida) como todos *deberían* desear a una mujer blanca, pero ninguno *no blanco* podrá obtenerla:

Si el abuso y la exacción de lo femenino son, como dijimos, parte constitutiva de la estructura de género, y la fantasía difusa del abuso del otro es omnipresente, ya que supera el imaginario social y estructura las relaciones sociales, ¿en qué momento y por medio de qué proceso la apropiación del otro que alimenta la identidad masculina sale de su confinamiento en la imaginación colectiva y se instala en las relaciones concretas entre las personas con la forma de acto violento? ¿En qué circunstancias cae la barrera que contiene la fantasía y se desencadena el acto cruento? ¿Por qué y cuándo se abre la caja negra de la fantasía para que el acto violento se instale en las relaciones interpersonales?... Pese a que tradicionalmente la reflexión sobre género ha sido dejada a cargo de las mujeres, en verdad trata de una estructura de relaciones, por lo cual habla de todos, mientras provee una gran metáfora de todas las formas de subordinación voluntaria, además de que nos permite referirnos a otras disposiciones jerárquicas en la sociedad, otras formas de sujeción, sean ellas étnicas, raciales, regionales o las que se instalan entre los imperios y las naciones periféricas (Segato 2010, 47-54)

El peronismo generó un vínculo con las fuerzas populares y con los muchos mundos que habitan Argentina que no había logrado ningún proyecto político previo. En un país en el que gran porcentaje de su población derivó de la inmigración europea y en el que la migración interna (que es otro tipo de destierro) ocasiona que lleguemos al proyecto del *desarrollo industrial* no solo con un conjunto de *demandas insatisfechas* (Laclau 2013) sino también con una heterogeneidad cultural llamada *pueblo* que era esencialmente *irrepresentable*. El peronismo brinda un referente en el General Perón para construir unicidad, les otorga una *representación* y un proyecto político del cuál esas diversidades podrían constituirse en un sujeto histórico. Desde una mirada extranjera, académica y luego del extenso levantamiento hemerográfico y bibliográfico realizado en Buenos Aires uno tiene la sensación de que el peronismo no tiene nada de extraordinario en comparación con los proyectos nacionalistas de los partidos policlasistas latinoamericanos: APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) en Perú, el PRI (Partido Revolucionario Institucional) en México y AD (Acción Democrática) en Venezuela. De hecho, el porvenir de estos partidos revela sus similitudes, por algo, luego de haber tenido un origen *revolucionario*, todos en conjunto y al unísono aplicaron el paquete neoliberal del consenso de Washington (Carlos Saúl Menem, Alan García, Carlos Salinas de Gortari y Carlos Andrés Pérez). Al revisar la extensa obra de Perón, uno se topa con un discurso católico amparado en la familia como núcleo de la sociedad, un discurso militarista en el que las Fuerzas Armadas tienen un papel protagónico en la historia, un discurso populista, en el que los trabajadores y las clases más vulnerables son los protagonistas del proyecto histórico y un discurso nacionalista, en el que la soberanía sobre los recursos y sobre la economía era innegociables para el proyecto político. La matriz de Perón es eurocéntrica, todo el tiempo apela a Europa para buscar un referente histórico, citando a la Revolución Francesa y el principio del fascismo. Poquíssimas menciones a los pueblos indígenas de Argentina y ninguna mención a los pueblos afrodescendientes, ni siquiera al aporte afrodescendientes a las

luchas por la independencia. Además Perón necesito del pacto Estado-capital para poderlo realizar, es decir, el capital internacional estaba en pleno proceso de reorganización y con la reconstrucción europea consecuencia de la postguerra los productos argentinos presentaron una sobredemanda. Esa coyuntura le permitió a Perón llevar a cabo sus planes sociales y es que no se puede salir de la estructura de *la tectónica de la estatalidad* moderno latinoamericano, que es *cautivo* de los mercados internacionales y en el que todos sus proyectos de cambio han dependido de los avatares del comercio internacional. Además, y como lo expliqué anteriormente, el camino del Estado es un camino patriarcal y *blanco*. Porque si bien es cierto tanto el peronismo como el gobierno anterior al pérezjimenismo le dieron el voto a la mujer, el dispositivo de desarrollo y su forma de organizar y normar las relaciones en la sociedad no cambió. Con la blanquitud pasa lo mismo, en el caso argentino lo popular que es esencialmente lo *no blanco* tuvo amplísimos espacios de participación ciudadana e incluso de participación en la gestión capital nacional, pero la estructura política con un jefe formado en las Fuerzas Armadas como líder, con grandes dotes de oratoria y admirador de la historia de las ideas europeas, sería lo que describe Rita Segato con respecto al patriarcado:

Con el advenimiento de las sociedades regidas por un Estado moderno y la emergencia de la esfera pública como una esfera totalmente separada, especializada en la administración de la sociedad, su tradicional control por los hombres desembocaría en la concentración del dominio de todos los ámbitos de la vida social en manos de éstos. Análisis más recientes muestran que la esfera de lo público moderna no sólo se constituye como un territorio exclusivamente masculino y no neutro, sino también como un dominio del hombre blanco, con poses y “moral”, o sea “normal”, desde el punto de vista de su sexualidad (Warner, 1990, 1992).(Segato 2010, 61)

Volviendo al tema del consumo, yo quisiera relatar algo que me sorprendió y que ha marcado mi escritura durante este proyecto. En todos los meses que viví en Argentina desde noviembre de 2015 hasta julio del 2016 cuando contaba que estaba haciendo mi tesis sobre peronismo la mayoría de la gente no solo los trasladaba directamente al gobierno de Cristina y Nestor Kichnner sino que además reconocían que durante esos gobiernos, todo el mundo “podía comer, comprarse un autito, irse de vacaciones, hacer turismo, etc.” todo ello para mí representaba una sola cosa y era que la gente aumentó su poder adquisitivo. Evidentemente el consumo genera *prácticas de sentido* en la gente y una escucha honesta, debería valorar estos testimonios. Aprendí a respetar la subjetividad política, que genera afectos y sensibilidades. De ninguna manera intentaré despreciar el hecho de que los sujetos se sienten identificados con un proyecto político en la medida en que este le permite acceder a ese mundo de bienes y servicios que se va erigiendo desde los años cincuenta. Sin embargo, hay una reflexión que no pude dejar de hacer y es que nuestros estados latinoamericanos *cautivos* del capital internacional dependen

de buenos precios de las materias primas para subvencionar este acceso de las grandes mayorías a este estilo de vida y cualquier crisis podría socavar esta forma de generar *sentido*. Ese sería el primer escollo que habría que plantearle a cualquier líder de la región. El segundo, es que a través del consumo se homogeneizan los hábitos y por ende se *blanquea* la sensibilidad, atentando con otras formas de vida. Esa forma de adquirir productos y desecharlos, esa manera de concebir el tiempo y el espacio está totalmente vinculada a la productividad industrializada, la obsolescencia programada de los productos y la preponderancia de lo urbano sobre lo rural. Este proyecto le resta protagonismo a nuestros mundos profundos a favor de los mundos en los que domina el mercado (con presencia regulada del Estado o sin ella) por eso voy a remitirme a un párrafo en el que Jean Baudrillard esboza ciertas ideas claves:

El consumo no homogeneiza más el cuerpo social de lo que lo hace la escuela en lo tocante a las oportunidades culturales. En realidad, acusa aún más la disparidad. Uno hasta siente la tentación de plantear el consumo, la participación creciente a los mismos (?) bienes y a los mismos (?) productos, materiales y culturales, como un correctivo de la disparidad social, de la jerarquía y de la discriminación cada vez mayor del poder y de las responsabilidades. En realidad, la ideología del consumo, como la de la escuela, cumple precisamente esa función (es decir, la representación que se tiene de una igualdad total frente a la maquinilla de afeitar eléctrica o el automóvil, como la que se tiene de una igualdad total frente a la lectura o la escritura). Por supuesto, hoy prácticamente todo el mundo sabe leer y escribir, todo el mundo tiene (o tendrá) la misma lavadora y compra los mismos libros de bolsillo. Pero esta igualdad es sólo formal: al referirse únicamente a lo más concreto, es, en realidad, abstracta. Y es precisamente a la inversa, sobre esta base homogénea abstracta, sobre esta democracia abstracta de la ortografía y del aparato de televisión, donde podrá operar, y mucho mejor, el verdadero sistema de discriminación. En realidad, ni siquiera es verdad que los productos de consumo, los signos de esta institución social, instauren esta plataforma democrática primaria, pues, en sí mismos y uno por uno (el coche, la maquinilla, etc.) no tienen sentido. Sólo adquiere un sentido su constelación, su configuración, la relación que se establece con esos objetos y su «perspectiva» social de conjunto. Y siempre con un sentido distintivo. Los objetos mismos se hacen eco, en su materialidad de signos (en sus diferencias sutiles), de esta determinación estructural. (Baudrillard 2007, 52-53)

Esto no quiere decir que el peronismo falló en plantearse la redistribución del capital ni mucho menos, pero no puede ser esto el único pilar del proyecto. Además el párrafo anterior tiene la poca virtud de hablar desde Francia en la que “todo el mundo sabe leer y escribir” o como dice Baudrillard “todo el mundo tiene la misma lavadora”, en los países latinoamericanos esa no era la realidad en la etapa estudiada y no la es tampoco en estas primeras décadas del siglo XXI. Sin embargo, hay muchas demandas que continúan en vigencia medio siglo después. La misma fe que se tiene en la inserción en la lógica del consumo de la mayoría de la población, se tiene en los derechos civiles y la igualdad republicana. Es decir, en la legislación cada vez más abundante y en aumento sobre los derechos de la mujer y los pueblos *racializados* no tiene un correlato con la disminución de la violencia. Por eso la sociedad de consumo produce lo que llamé *(des)igualdad* porque mientras el discurso se mantiene en el registro de la igualdad que

los sujetos generan cuando tienen un nivel similar de acceso al consumo, el mercado a su vez va a estar siempre en expansión permanente, va a profundizar sin descanso la producción de signos (productos) de distinción y de *prestigio*, en palabras de Baudrillard:

Al pretender alcanzar lo que está un poco más allá de sus oportunidades objetivas, interiorizan las normas oficiales de una sociedad de crecimiento. Al aspirar un poco más allá, interiorizan las normas reales de expansión de esta sociedad (maltusiana en su expansión misma) que siempre están más acá de lo posible. Cuanto menos tiene uno, a menos aspira (al menos hasta cierto umbral en el cual el irrealismo total compensa la privación). Así, el proceso mismo de producción de las aspiraciones profundiza las desigualdades. Sobre este punto, véase más adelante: «El consumo entendido como emergencia de nuevas fuerzas productivas.» porque la resignación en lo bajo de la escala y la aspiración más libre en lo alto son un reflejo de las posibilidades objetivas de satisfacción. (Baudrillard 2007, 58-59)

Esta reflexión nos podría llevar a conclusiones irresponsables que no espero dar. La primera, es que siendo así, el Estado no debería subvencionar el consumo, ni redistribuir la riqueza para que los estratos de la población más vulnerables tengan acceso a un mercado que estaba prohibido para ellos. No se trata de eso, mi postura no es abandonar el plano de los derechos, esa lucha es indispensable, ni tampoco tener un Estado que no subvencione el consumo por ser homogeneizante y *blanqueador*. En países con tasas tan altas de pobreza y exclusión el Estado debe tener un rol preponderante, pero el proyecto futuro no debe ser únicamente la funcionalidad al capital porque ya sabemos que cualquier proyecto que se plantee ese recorrido tiene fecha de caducidad. La segunda es la de la sempiterna *alienación* de nuestros pueblos o la supuesta falta de consciencia de la masa, que no es tal y que no apoyaré con mi argumentación. Porque la gente genera prácticas de sentido y afectos de acuerdo a los proyectos que se le presenten, y si hay uno que le propone mayor poder adquisitivo e inclusión en el mercado laboral, aunque no vaya a derivar en una mayor igualdad, va a preferir ese proyecto que otro que no le garantice esos espacios. Porque los sujetos votan por realidades concretas, materiales, no por abstracciones o discursos de futurólogos utopistas. Con esto no quiero romantizar a las grandes mayorías de electores de nuestros países, pero sí dejar claro que si hay una crisis de consciencia o de politización esa se encuentra en la clase política, que por ser electoralista/cortoplacista (sirve para la izquierda y los neoliberales), no le conviene politizar el consumo. Incluso poner en tela de juicio el *prestigio* y la distinción que esa clase misma ostenta para construir formas de vidas más frugales. Eso no significa volver a las cavernas o (el que antipáticamente es nombrando en algunos medios académicos) pachamamismo, haciendo referencia a tomar como ejemplo a nuestros pueblos indígenas. De lo que se trata es de quebrantar la idea de distinción y de *prestigio*, para que no sea la única

opción el mundo *blanco*. Por esta razón es fundamental construir un proyecto que politice el consumo y lo deslinde del goce:

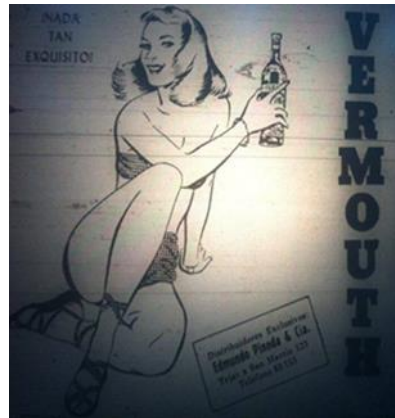
La verdad del consumo es que éste es, no una función del goce, sino una función de producción y, por lo tanto, como la producción material, una función, no individual, sino inmediata y totalmente colectiva. Sin esta inversión de los datos tradicionales no es posible hacer ningún análisis teórico: de cualquier manera que trate uno de hacerlo, recae en la fenomenología del goce. El consumo es un sistema que asegura el orden de los signos y la integración del grupo: es pues una moral (un sistema de valores ideológicos) y, a la vez, un sistema de comunicación, una estructura de intercambio. Sólo sobre esta base y partiendo del hecho de que esa función social y esa organización social sobrepasan con mucho a los individuos y se les imponen según una obligación social inconsciente, puede uno fundar una hipótesis teórica que no sea ni un recitado de cifras ni una metafísica descriptiva. (Baudrillard 2007, 80)

A pesar de lo trasgresor que aparenta ser el planteamiento de Baudrillard, sería muy sencillo plantearlo de esa forma si la sociedad de consumo no fuese el sujeto indispensable para el crecimiento económico. A menor consumo, menor demanda, y a menor demanda menor producción y menor oferta de trabajo. O al menos así está planteado desde la *gramática del poder* que se instaura en los años 50 y sigue vigente hasta nuestros días, con algunos matices de léxico, pero la misma estructura.

Durante una pesquisa realizada en la Hemeroteca Nacional de Venezuela y en la Hemeroteca Nacional de Argentina encontré que la mayoría de los cuerpos que aparecían en la publicidad en los medios impresos, eran cuerpos femeninos blancos. Eso nos permitiría pensar que la mujer blanca es la *mujer deseada*, porque es la matriz que reproduce (biológica y simbólicamente) la *blancura* necesaria para el *desarrollo*. Esta relación entre mujer y consumo, mujer y deseo (Baudrillard 2010) refuerza también el rol de la mujer heteronormativo y doméstico de la mujer. Pero lo que me gustaría resaltar es cómo la mujer pasa a ser un objeto de consumo en sí mismo. Un cuerpo devorado por el ojo masculino. Esto da la sensación de que consumiendo estos objetos se adquieren *cuotas de blanqueamiento*, cuando por el contrario, lo que haces es reforzar el *prestigio* de la minoría blanca. Encontré muchísimos elementos que comprueban cómo actuaba el *código* de blanquitud en ambos países colocando el cuerpo blanco, al lado de los nuevos objetos dadores de prestigio:



[1]⁸⁸



[2]⁸⁹

La blanquitud y el goce. Uno no sabe a quién se debe consumir, si al cigarrillo o a la mujer blanca, al fin y al cabo la imagen central de la foto es la mujer blanca y además aparece escrito: [2] *nada tan exquisito* ¿quién? ¿El Vermouth o la mujer? Lo *exquisito* es el cuerpo semidesnudo de mujer o la pequeña botella que se muestra en su mano, se le gira la botella de la misma forma en que se le gira el cabello. Un cuerpo blanco que le cede prestigio a una botella, a una marca. A partir de los ademanes de la fumadora [1] parece que adquiere finura, y que el humo construye una silueta tan estilizada como la de su blanquitud. Formaría parte de este *código* de la blanquitud ¿una mujer afrovenezolana, una mujer mapuche? El deseo de *blanqueamiento* se construye también a través de la *plusvalía ideológica*, de esa forma, la mujer blanca es la que ostenta los objetos que deseas adquirir pero ella misma se cosifica, es la matriz reproductora del desarrollo, de la blanquitud. La publicidad nos cultiva la mirada rapiñadora del cuerpo de la mujer, se nos insinúan los senos, las piernas, las caderas, la boca pintada y al lado los productos. El aluvión de productos y de imágenes que llegarán a ambos países se perderá de vista. Mujeres imposibles que no son parte de nuestro paisaje, mujeres *hiperreales*.

⁸⁸ *El Heraldo* del sábado 9 de febrero de 1953, 3.

⁸⁹ *El Nacional* del jueves 11 de agosto de 1949, 19.

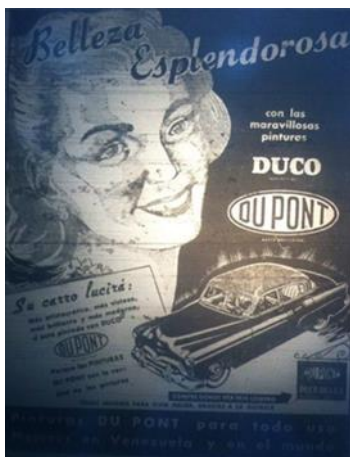


[3]



90

[4]⁹¹



[5]⁹²



[6]⁹³

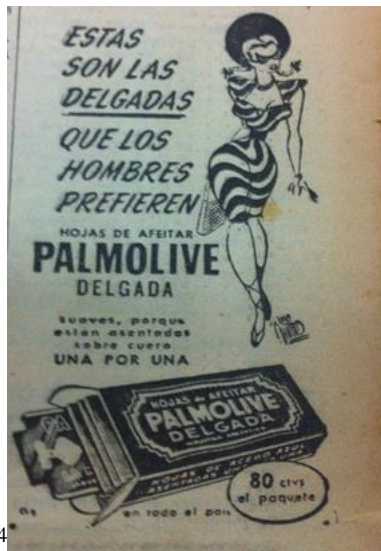
⁹⁰ *El Nacional* del miércoles del 18 de mayo de 1949, 5.

⁹¹ *El Heraldo* del Jueves 24 de enero de 1952, 5.

⁹² *El Heraldo* del Jueves 21 de abril de 1955, 3.

⁹³ *La Democracia* del 5 de julio de 1948, 12.

Una clarísima división sexual del trabajo. Pero otra vez la mujer blanca, la casa deseada con la cocina deseada, el refrigerador deseado, la pareja deseada, el auto deseado: La promesa de blancura, con toda esa modernidad de objetos, la mujer feliz con el delantal puesto [3] o a punto de preparar la salsa [6]



[9]⁹⁶

Higiene y blanquitud también irán de la mano. Esos cuerpos blancos, son cuerpos que representan pureza, limpieza, salud, pulcritud, en fin, de blancura. *El código* de la blanquitud abarcará entonces eso, modernización, objetos, higienes y en el centro, la mujer blanca, la reproductora biológica y simbólica del deseo de blanqueamiento.

Ahora bien, como lo explica Jean Baudrillard, el consumo no es solo de objetos materiales sino de signos que permiten a través de su adquisición acumular cuotas de prestigio (Baudrillard 2010). De esa forma el consumo no es para satisfacer las necesidades sino para *diferenciarse*. Con lo que inaugurando la entrada de la sociedad de consumo, se le da la bienvenida al aluvión de objetos/signos, que al igual que la inmigración en Venezuela funciona también como *práctica blanqueadora*. Si desde las instituciones que se disputan el capital, poder político y poder económico se genera un discurso que considera eliminar la *diferencia* a través del genocidio o la asimilación, la sociedad de consumo opera desde el plano simbólico para gestionar el *prestigio* y el *mandato de blanqueamiento*. Debido a que ese *prestigio*, en sociedades con historia colonial, es ostentado irrevocablemente por la *blancura*. Es decir, el

⁹⁴ *El Nacional* del viernes 4 de febrero de 1949, 18.

⁹⁵ *La Democracia* del 1 de julio de 1948, 9.

⁹⁶ *La Democracia* del 9 de Agosto 1948, 8.

cuerpo blanco goza del *prestigio*, que le da privilegio racial, mientras que los cuerpos *no blancos*, necesitan *blanquearse* (siempre deficitariamente) a través del consumo de estos nuevos signos, que vendrían a complementar las viejas formas de *blanqueamiento* simbólico que existían durante otras etapas del colonialismo, pero con mejores dispositivos y tecnologías de distribución.

CAPÍTULO CUATRO

Estados Unidos y la norteamericanización de América del Sur

Introducción

El gran desafío de esta investigación, ha sido poder vincular la geopolítica con la construcción de la subjetividad y las formas de representación de la raza. Este capítulo intenta ser la reconstrucción de un sendero que me lleve a explicar cómo el imperialismo norteamericano a partir de los años 50 comienza a modelar el reparto de lo sensible en nuestras sociedades. Lo primero que intento plantear es la dependencia de nuestro proyecto de desarrollo frente a los Estados Unidos. Es decir, cuando uno revisa cifras se da cuenta que el planteamiento centro-periferia es inexacto, en realidad la relación es Estados Unidos-periferia, por lo menos hacia América Latina. Habría que recordar que Europa venía de su guerra más sanguinaria y Estados Unidos no luchó dentro de su país, con lo cual, su parque productivo quedó ileso, así logrará que para esa fecha la mitad de las importaciones del mundo provenían de los Estados Unidos (Rapoport y Spiguel, 2009).

Con la sociedad de consumo descubriremos que no solo llegan productos y bienes que radicalizan la dependencia de Argentina y Venezuela con respecto a Estados Unidos. También llegan discursos *blanqueadores* porque en esta época se construirá lo que yo propongo llamar el *código de blanqueamiento*, que no es más que un *régimen visual* en el que todo el tiempo se estará reproduciendo el discurso y la estética de la blanquitud. A partir de allí tomaré prestadas la de herramientas de Rita Segato para leer la violencia y el género y propondré el *mandato de blanqueamiento* como una extrapolación de los estudios de género a la raza, haciendo referencia al *mandato de violación* del que habla la antropóloga.

Insistiré en la idea de que la *modernidad (norte) americana*, es un estadio de la colonialidad que tiene sus especificidades y particularidades como lo explica Bolívar Echeverría. Si no se narra este tránsito, se difumina el lugar que ocupa el imperialismo norteamericano para la época estudiada y en el mundo actual. Además, se perdería de toda una corriente crítica al imperialismo que surgió en la filosofía y las ciencias sociales que nos dan coordenadas para pensar el Sur Global y la periferia.

Sería inexacto decir que el imperialismo norteamericano comienza con la emergencia del dispositivo del desarrollo, de hecho, existe desde el siglo XIX, con la creación de las conferencias panamericanas y con las disputas de Cuba y Puerto Rico al imperio español. Sin

embargo, solo a partir de la postguerra es que se extiende al mundo entero y se vuelve legítimo y hegemónico a través de las Naciones Unidas y sus organismos subsidiarios. Lo que si ocurre en este momento, es la invasión de las importaciones y con ello del modo de vida norteamericano. El desarrollo sería entonces, la imposición del modo de vida norteamericano. De su ethos. No hay posibilidad para América Latina en este momento, de desarrollarse sin norteamericanizarse.

Estados Unidos, Argentina y Venezuela

Cronológicamente el gobierno de Perón coincidiría con el de Acción Democrática, lo que la historiografía venezolana ha decidido denominar el *Trienio Adecó* comienza en 1945 con la revolución de octubre y dura hasta 1948 con el golpe a Rómulo Gallegos. Incluso ideológicamente Acción Democrática se origina como un proyecto nacional y popular, que de hecho declaró el *fifty fifty*, una ley que le cobraba a las empresas trasnacionales el 50% de las ganancias sobre la producción petrolera:

En la gestión económica del Trienio a través de las reformas a la Ley de Impuestos sobre la Renta, la creación del Impuesto Extraordinario y las Leyes Petroleras de 1947 y 1948 se buscó favorecer la capacidad de negociación del Estado venezolano logrando buscar una mayor contribución al Ingreso Nacional. Así mismo se estimó el proceso industrial con la creación de la Corporación Venezolana de Fomento y la puesta en práctica de una política crediticia orientada no solo a la industria sino también al fomento agrícola y pecuario, ello en el marco de una importante apertura a la inversión del capital extranjero. Así mismo se advierten progresos en materia educacional, sanitaria, laboral y vial... la apertura política implicó el acceso a ciertas esferas de poder de militantes del partido procedentes de los sectores populares, lo cual fue muy mal visto por los grupos dominantes que hasta ahora habían venido ocupando esas posiciones, el “tono popular” de AD fue catalogado como ordinario, producto de los sin cultura, del populacho, críticas que recogían en la expresión “el gobierno de los alpargatudos”. (Castillo 1990, 18-19)

Acción Democrática también le otorgó el voto a la mujer, creó el Ministerio del Trabajo y la Confederación de Trabajadores de Venezuela entre otras reformas que pudieran tranquilamente ser reivindicaciones *justicialistas*, incluso en el gobierno anterior de Medina Angarita se había eliminado la jornada nocturna de trabajo, se habían legalizado los partidos, los sindicatos y se había iniciado una tímida reforma agraria. Con respecto al *trienio adecó* y por su corta duración y trascendencia en la transformación material y económica del país, no podría compararse con la administración de Perón. Pérez Jiménez por su parte también se instala en un momento histórico que vive todo el continente y que encuentra a la región con militares en la jefatura del gobierno, sin embargo, Perón no optó por gobernar a través de una dictadura militar como sí lo hizo Pérez Jiménez y es allí donde las característica de cada país va a condicionar el modelo de gestión del poder, Perón con unas Fuerzas Armadas

fragmentadas en contingentes filofascistas, pronorteamericanos y simpatizantes de la vieja oligarquía asume que la conexión con las bases populares, la construcción de un partido y el sufragio serán el pilar fundamental sobre el cual sostener el modelo. Esta fórmula forzada o no por las circunstancias, hace de estos modelos por momentos, completamente divergentes. A pesar de esto, la idea motriz de ambos es el *desarrollo industrial* de la nación y por ende la continuidad de la *colonialidad*.

Venezuela es un país con una incursión muy particular en el mercado mundial, sobre todo para la época que vamos a estudiar. Su vínculo comercial durante la existencia del sistema colonial estaba mediado fundamentalmente por la producción de café y cacao. Es a partir de 1914 y de la explotación del primer pozo productor de Petróleo, el *Zumaque 1* que la historia económica de Venezuela cambiará radicalmente. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue el primer exportador de Petróleo de los aliados, lo que le permitió generar un proceso de *desarrollo y modernización* vertiginosos durante la dictadura. La época elegida como veremos también en el caso argentino, está determinada por grandes cambios en la reorganización del sistema mundo. La caída del fascismo y el nazismo, la emergencia de Estados Unidos como actor hegemónico en el panorama internacional y el surgimiento de la guerra fría contra la Unión Soviética. Al mismo tiempo emerge el proyecto de desarrollo industrial lanzado como un programa global con el Presidente Harry Truman en 1949 (Escobar 1998), lo que inauguraría la dicotomía desarrollo/subdesarrollo de la que todavía somos rehenes. El desarrollo permutará la dependencia que teníamos con los viejos imperios europeos hacia los Estados Unidos. El caso de Argentina es claro:

Para la Argentina y para el avance del plan de industrialización impulsado por el gobierno peronista- que exigía la importación de bienes de capital, insumos esenciales y petróleo- se conjugaban varios factores adversos: a) la “escasez de dólares”, debido a que el grueso de las exportaciones argentina era pagado con libras y otras monedas inconvertibles y al déficit estructural de la balanza con los Estados Unidos; b) las importaciones de Gran Bretaña y Europa de esos bienes, eran más caras y difíciles de conseguir (de allí las exigencias argentinas de obtener bienes “esenciales” a cambio de la carne en las negociaciones argentino-británicas y c) también las importaciones que la Argentina efectuaba desde el país del norte, más escasas y costosas⁹⁷. Esto último se debía a la inflación internacional y a la intensa demanda mundial, de los bienes norteamericanos, por lo que Washington había conducido al gobierno estadounidense a implantar controles de exportación para no desabastecer su propio mercado. Esta tendencia

⁹⁷ “Las dos terceras partes de las exportaciones argentinas se destinan a países con convenio, en tanto el grueso de nuestras compras debe realizarse en Estados Unidos de Norteamérica, a causa de la lentitud con que opera la reconversión de los países europeos, la intensa demanda de productos de toda índole que soporta aquel Mercado (...) ha provocado nuevos aumentos de precios de productos y determine la reimplantación de sistema de racionamiento por las autoridades norteamericanas” Banco Central de la República Argentina, Memoria Anual, 1947, página 9, citado en Rapoport, Mario, y Spiguel, Claudio. 2009. *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires: Emecé Editores, 256.

se profundizaría con el Plan Marshall que canalizaría las ventas de EEUU hacia Europa occidental, afectando el abastecimiento de terceros países (Rapoport y Spiguel 2009, 256).

En ese contexto, Venezuela vivirá procesos de transformación radical en términos de industrialización, urbanización y *modernización* del país. Una cifra que ilustra estos cambios es que la población de Caracas, pasó de ser en 1950 un 9% de la población total del país, a un 20% del total de la población nacional en 1958 (Matos Mar 1968). Comenzará de esta forma un proceso tímido y tardío de industrialización en Venezuela, como sabemos la mecanización del trabajo construirá también un espacio de *tiempo libre u ocioso*, en el que el cine, la prensa, la publicidad jugará un rol fundamental en la construcción de la nueva sensibilidad consumista.

La relación con el Norte es diferente en Argentina y Venezuela. En el país caribeño la relación con Estados Unidos es inextricable en esta época, no solo es su primer socio comercial hasta nuestros días, sino que a partir de 1936 solamente la Standard Oil tenía el control del 50% de la producción del petróleo venezolano. Otro dato interesante, que no quisiera dejar de lado es que Venezuela “suplió el 80% del petróleo consumido por Gran Bretaña, durante la segunda guerra” (Rapoport y Spiguel 2009, 183). Lo que si compartiremos ambos países, es el crecimiento de la productividad sin precedentes, que ocurrió a lo largo de toda la región en la década peronista: “Incitado por la demanda externa, el sector agrario es el primero en reactivarse. Entre 1942 y 1962 el volumen de su producción aumenta en un 80%, con un ritmo promedio anual del 2,6%, superior al de cualquier otra región del mundo.” (Prebisch 1971, 427).

Sin embargo este crecimiento económico estará mermado por la explosión demográfica en la región, con lo que reducirá esa 2,6% a solamente “0,2% de crecimiento per cápita” (Cueva 1981,184). La dependencia con respecto a los Estados Unidos a nivel comercial, aumentará en toda la región, desde lo textil hasta lo tecnológico y militar dependiendo de la matriz productiva de cada país. De 1945 a 1955 las empresas de manufactura norteamericana en la región, aumentarán de 259 empresas a 357, cifra que llegará a 672 en 1960 y no cesará de aumentar (Cueva 1981). Por análisis muy parecidos, Raúl Prebisch sostendrá al final de su vida, una tesis que contradice sus trabajos previos, en la que asegura que dentro del sistema mundo actual, en la periferia no es posible el desarrollo (Prebisch 1981). Sin embargo el caso argentino fue uno de los más relevantes procesos de industrialización y crecimiento del mercado interno, gracias a las políticas peronistas:

Esta distinción conceptual se articulaba con las características del proyecto económico implementado por el peronismo. Este se fundamentaba en la extensión de la industrialización sustitutiva en general, sobre la base de la protección del Estado y de la expansión del mercado

interno a través de una pronunciada redistribución del ingreso a favor de los asalariados y del sector industrial. Esa política buscaba lograr la protección y el desarrollo de la industria existente hasta convertirla en el núcleo hegemónico de la economía, con un rol protagónico del capital nacional y del Estado, compatibilizando las conquistas obtenidas por los asalariados y el conjunto de reformas sociales implementadas por el gobierno. Para lograrlo, el gobierno peronista heredó los instrumentos del intervencionismo de Estado conservador de los años 30: control de cambio, aranceles, juntas reguladoras, tratados bilaterales de comercio que modificó y utilizó ahora en función de los nuevos objetivos nacional-industrialista de su proyecto. A la vez, se apoyó en medidas adoptadas durante el régimen militar, impulsadas en su mayoría por el propio Perón.: reforma de las relaciones laborales, sistemas de jubilaciones y seguridad social, congelamiento de arrendamientos rurales. En marzo de 1946, se produjo la nacionalización del Banco Central y el control estatal de todos los depósitos bancarios, restringiendo las operatorias tradicionales del capital financiero internacional y obteniendo la Facultad para orientar decisivamente el crédito y la fijación de las tasas de intereses favorables, o de subsidio, a la actividad industrial. En esa dirección jugó un papel importante y significativo la nacionalización parcial del comercio exterior a través de la gestión de la IAPI (Rapoport y Spiguel 2009, 221-222)

El desarrollo industrial tiene una fuerte impronta del mundo militar, porque no habrá lugar donde se piense y se cuestione más la industrialización que en las Fuerzas Armadas. Algunos partidos tradicionales ven incluso a la industrialización como enemiga de sus intereses de clase (terratenientes y agroexportadores), otros lo consideran mayor dependencia de la inversión extranjera, y algunos que lo incluyen en sus agendas tienen otros objetivos que se encuentran en tensión. Por el contrario, la doctrina de guerra y la formación militar demostrará que la construcción de vías de comunicación a lo largo del país, la creación de una industria de acero y metalurgia propia procurará el espacio indispensable para la defensa del territorio y la soberanía nacional. En el caso venezolano la dependencia del petróleo era total durante la dictadura, lo que le daba un poderío enorme al Estado que era el propietario (en nombre de la ciudadanía) de esa renta:

Este primer momento tuvo como marco el aumento de la exportación petrolera, la cual para el año 1951 constituía el 90% del total de nuestras exportaciones. Ello permitió una importante entrada de divisas al país, reforzada con los ingresos producto de la legislación petrolera aprobada y puesta en práctica por el régimen inmediatamente anterior, y el inicio de las exportaciones de hierro a gran escala a partir de 1950 (Castillo 1990, 37).

La histórica relación tensa entre Estados Unidos y América Latina vivirá su punto culminante en la época estudiada. En el momento en que Europa sucumbe en la guerra y con ella los viejos imperios, emergen dos grandes fuerzas que reconfigurarían el mapa global. La Unión Soviética y los Estados Unidos. Por cercanía geopolítica Estados Unidos será de mayor influencia para el continente que la URSS. La relación de Argentina y Venezuela será completamente distinta, ya que a nivel comercial, la economía venezolana es complementaria a la de los Estados Unidos, mientras la Argentina es competidora. Pero más allá de estas diferencias estructurales de su economía, tendremos al Embajador de los Estados Unidos en

Argentina interviniendo directamente y sin escrúpulos en la política nacional. Spruille Braden se convertirá en el principal aliado de la oligarquía antiperonista inaugurando a mi parecer una época aciaga en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, en la que la embajada norteamericana se convirtió en el principal factor de intervención en la región:

Perón y su fuerza en gestación logró la adhesión de amplias masas para las cuales en la figura del coronel se articulaban depositaban la defensa de las reformas económicas y sociales realizadas hasta entonces, con sentimientos y posicionamientos anti-oligárquicos y antiimperialistas que Perón capitalizó y encauzó. En este sentido, el lema “Braden o Perón” fue un caballito de batalla. En aquella aguda polarización política y social del 45 que jugó un papel de primer orden en el desarrollo del conflicto bilateral con los Estados Unidos y la “cruzada” del embajador estadounidense. Fue el comienzo de una nueva etapa en la política y la sociedad argentinas. De los hechos extraerán conclusiones tanto Perón como el aparato diplomático norteamericano: el sustento militar del que surgió el nuevo líder popular era inseguro y voluble, y su base de apoyo más firme la constituía el movimiento obrero, al que buscará consolidar, subordinar y mantener bajo su control (Rapoport y Spiguel 2009, 143-144).

Esta situación será diametralmente opuesta a la que vivirá Pérez Jiménez al principio de su gobierno, en el que recibió todo el respaldo del gobierno de los Estados Unidos, aunque lo pierda al final de la dictadura. Braden usó la embajada norteamericana como centro de operaciones políticas, la principal acusación contra Perón era acerca de su supuesto nazifascismo, por la neutralidad que mantuvo en la Segunda Guerra, que mantuvieron muchas otras naciones latinoamericanas hasta muy poco antes por cierto (Rapoport y Spiguel 2009). Con lo que la verdadera razón era establecer un control sobre el mercado argentino de importación y exportación, para desplazarlos del mercado inglés y a su vez, lograr que Rockefeller consiguiera seguir manteniendo su monopolio como inversionista en la región. A pesar de que los Estados Unidos promovían el libre cambio, seguirían siendo proteccionistas con respecto a sus productos y sobre todo a los productos agronegocio. De hecho usarán las instituciones de la recién creadas Naciones Unidas y el Plan Marshall para presionar a los europeos a que favorecieran sus productos en lugar de los que resultaran más competitivos, develando el doble rasero geopolítico con respecto al supuesto libre comercio. Por esta razón, Argentina con Perón al frente era más incómoda para los intereses norteamericanos que un país petrolero como Venezuela y un régimen tecnocrático militar como el de Pérez Jiménez:

En cuanto al plano económico, hacia fines de los años 40 el mundo se encontraba muy lejos de las previsiones de los planificadores de Bretton Woods. Desde la etapa final de la guerra, Washington había impulsado a fondo el diseño de un “único mundo” bajo su liderazgo. La consecución y mantenimiento de la paz universal se vinculaban a una expansión del comercio internacional sin restricciones, que pusiera fin a las barreras nacionales y al bilateralismo imperante desde la preguerra. Tales objetivos que orientaban la política económica exterior norteamericana desde la depresión, requerían imperiosamente un acceso irrestricto a los mercados extranjeros-indispensable para una economía exportadora de productos industriales masivos y cuya supremacía aparecía ahora incontestada- a fin de sortear el fantasma de una

recesión que el fin de la guerra hacía prever (...) la estrategia de un rápido retorno al multilateralismo, asociada ideológicamente con la intención de garantizar la paz mundial bajo la hegemonía norteamericana, era considerada también clave para la prosperidad de los Estados Unidos. Estos eran el mayor proveedor de bienes en el mercado mundial (un tercio de las exportaciones totales en 1947, un cuarto en 1948 y un quinto en 1949). Pese a la importancia de su mercado interno, las exportaciones norteamericanas resultaban fundamentales para mantener el nivel de empleo doméstico y aventar el fantasma de una depresión económica en la posguerra. (Rapoport y Spiguel 2009, 173-175).

Por esa razón el supuesto *nazifacismo* de Perón no era la razón principal por la que los norteamericanos querían impedir su victoria y su posterior gobierno. Sin embargo, a pesar del triunfo de Perón y la aparente derrota del embajador Branden que fue enviado a Colombia, los Estados Unidos irán logrando poco a poco ejercer su poderío económico sobre Argentina. El control de la economía mundial que iba a lograr EEUU hacía que cuestiones tan particulares como la industria cinematográfica argentina a la que afectó bloqueándole el material fílmico, es una muestra de la capacidad de intervención que tenían los Estados Unidos (Rapoport y Spiguel 2009, 215-216) todo eso porque anteriormente el gobierno argentino había llevado a cabo medidas para proteger su cine nacional. A pesar de todo ello, el gobierno de Perón no podrá evitar la dependencia con los Estados Unidos. Esto no es un dato anecdótico, si habíamos hablado de *la tectónica de la estatalidad*, en esta época *desarrollo* derivaría en una necesaria *norteamericanización*:

A través de la red de convenios bilaterales de comercio (con Gran Bretaña, en libras, y con otros países europeos en monedas inconvertibles) se procuró canalizar una parte del abastecimiento de los bienes necesarios para la expansión industrial. Pero el elemento decisivo lo constituyeron las importaciones en dólares desde los Estados Unidos- cuya economía abarcaba en esos años el 50% del Producto Bruto Industrial del Mundo, que se convirtió en el principal proveedor de la Argentina. Esas importaciones pasaron de 41,4 millones de dólares en 1945 a cerca de 600 millones de dólares en 1947 y 1948, un nivel de compras jamás alcanzado hasta entonces con el país del Norte (Rapoport y Spiguel 2009, 219).

Que el gobierno de Perón haya sido el que más le compró bienes para la expansión industrial a los Estados Unidos refuerza lo que acabo de plantear, no es posible *desarrollo industrial* en América Latina sin dependencia técnica, comercial y cultural con el país del Norte. Desde las agencias de inteligencia norteamericanas estaban conscientes de ello y por eso las presiones constantes y la planificación de una agenda históricamente sigilosa y quirúrgica en contra de cualquier proyecto que buscara proteger la industria propia, o desarrollar industrias estatales. Digamos que estructuralmente hay todo el tiempo unas limitaciones que darán al traste cualquier proyecto político que se plantea el camino del estado y del personalismo como el horizonte histórico de la transformación social. De hecho cuando yo quise describir *la tectónica de la estatalidad*, en una época como la que he indagado, la *cautividad* tiene que ver necesariamente con la independencia de los Estados Unidos. El

desarrollo industrial hará de nuestros países economías *cautivas* de los Estados Unidos. Esta situación variará un poco cuando se recuperen las economías europeas pero ya el peronismo habrá vivido esa dependencia y una posterior crisis económica que afectará sus programas de inclusión social. Con lo que el olvido de estos proyectos y sus limitaciones se han pagado muy caro para el momento en el que escribo esta tesis.

En materia de política exterior muy contrario de lo que se puede pensar y opuesto a lo que mayoría de bibliografía argentina consultada opina sobre Venezuela, durante esta época el gobierno en política exterior defendió cierto nacionalismo y no estaba alineado a los Estados Unidos como se dice. De hecho tuvo varias polémicas y se tomaron medidas que seguramente propiciaron el apoyo del imperialismo norteamericano a Betancourt y al golpe de Estado dirigido por Wolfgang Larrazábal:

Esta concepción explica las actitudes que privaron en las relaciones de gobierno con USA, ya que, mientras por una parte se le abría posibilidades a los capitales norteamericanos garantizándole su reproducción, por otra se mantenía una actitud de reserva frente a algunas de sus aspiraciones en Venezuela, tratando en realidad de romper con el exclusivismo en lo que se refiere al suministro de armamentos, tecnologías y maquinaria para Venezuela. Un ejemplo de esa actitud, fue la posición asumida por el gobierno venezolano, cuando el de EEUU anunció la restricción de compras de nuestro petróleo. En ese momento Venezuela respondió que si se cerraban el mercado para el crudo venezolano, se suspendería de inmediato la venta de mineral de hierro. Así mismo, el Gobierno trató de no mostrarse como incondicional frente a EEUU al recurrir a Europa a negociar con otros países material bélico, por considerarlo más conveniente para Venezuela, tal como ocurrió en la ocasión de la adquisición de los barcos para la marina de guerra. Se trataba de abrir posibilidades de relación con ese continente, buscando de esa manera un equilibrio frente a los EEUU. Ello estuvo asociado a la política inmigratoria realizada en el período y por medio de la cual se abrieron las puertas principalmente a italianos, portugueses, españoles y franceses. (Castillo 1990, 159)

Mientras el precio del petróleo lo permitía, la dictadura venezolana tenía capacidad de maniobra para negociar y tratar de mantener una cierta capacidad de acción y de autonomía frente a los designios de los Estados Unidos. De hecho, propició espacios para la integración latinoamericana, que hasta ese momento eran inéditos y que no fueron del agrado de los Estados Unidos. No solo la famosa “Internacional de las Espadas” (Castillo 1990, 130) en las que dependiendo del autor colocan a Perú, Venezuela y Argentina, o a Perú, Venezuela y República Dominicana. Con esta agrupación hacían no solo referencia a los gobiernos liderados por militares, sino también a la cooperación a nivel económico, intercambio comercial y búsqueda del desarrollo regional. Es para todos conocidos el exilio de Perón en Venezuela y luego en República Dominicana cuando el golpe en Caracas que los llevó a los dos a la misma isla. Es el año 1956 cuando Pérez Jiménez plantea construir un fondo para América Latina y ofrece una cantidad estimable de dinero para el desarrollo de la región. Todo esto amparado

efectivamente en la narrativa bolivariana de la integración. Los Estados Unidos como no podía ser de otra forma, frenaron estas iniciativas y el fondo de reservas que se propuso en la conferencia de 1956 no fue llevado a cabo. A partir de allí curiosamente la ruptura entre los Estados Unidos y el gobierno venezolano es radical. Como nos explica Castillo:

El Gobierno Venezolano en la Conferencia de Jefes de Estado en 1956, cuando Pérez Jiménez hizo la proposición de construir un Fondo Común panamericano para el desarrollo de los Países Latinoamericanos y en el cual cada uno de los miembros de la Organización de Estados Americanos debía construir con una proporción del 4% de sus presupuestos respectivos. Venezuela estaba dispuesta a aportar cien millones de dólares...la proposición no logró el consenso necesario de parte de los asistentes a la reunión y en parte propició la susceptibilidad del gobierno de los Estados Unidos en la medida en que, por una parte planteaba un desembolso importante de dinero (cerca a los 3.000 millones de dólares), pero por otra, y esta es la más importante-ponía el fondo en manos de los países latinoamericanos y por ende, fuera de su control y orientación en la medida en que su papel era el de un contribuyente más. (Castillo 1990, 130)

Este dato no es irrelevante porque para el tiempo en el que vivimos de resurgimiento del latinoamericanismo sería útil recordar que gobiernos anteriores en Venezuela ya habían demostrado una actitud parecida. Esa solidaridad regional está fundada en el culto a Bolívar que se instauró en la segunda mitad del siglo XIX y que tiene como principio fundante la emancipación del país pero también del continente. No olvidemos que estos militares que ahora son gobierno ya habían participado en el golpe contra la vieja clase militar caudillista Esta nueva oficialidad tendrá una profunda vocación tecnocrática, por ello participaron en todo el continente de desarrollo industrial. Esto es una constante en todo el continente:

En ese momento se planteaba un nuevo equilibrio del mundo, la existencia de diferentes recursos para la paz y para la guerra, el desarrollo de la cuestión atómica, el surgimiento de diferentes concepciones acerca del rumbo y del destino de la humanidad. El hecho de estar al día en estos cambios y de plantearse la situación de Venezuela a la luz de estos procesos, los diferenciaba notablemente de la antigua jerarquía militar y los colocaba en una posición en la que realmente se sentían responsables de cumplir el destino de llevar a este país a ocupar un “digno puesto entre las naciones”, y generó una particular forma de relacionamiento tanto al interior del grupo, como entre él y el resto de la institución armada. (Castillo 1990, 134)

Pérez Jiménez también habla de las relaciones que tiene con Argentina y con Perón. Evidentemente luego de otorgarle el asilo, el gobierno argentino rompe relaciones con el venezolano. No era cualquier asilado y Pérez Jiménez lo sabía, con esa acción siguió desafiando a los Estados Unidos como ya lo había hecho con las compras de armas a otras potencias como dije anteriormente y con la amenaza por la suspensión de la venta de hierro si éste dejaba de comprarle petróleo. Luego este asilo se convertía en otro escollo para los norteamericanos, sin embargo, es cierto que Pérez Jiménez siempre tuvo postulados muy latinoamericanistas, por otra parte, sentía simpatía por el General Perón. Durante mi trabajo de campo intenté encontrar

alguna referencia al GOU (Grupo de Oficiales Unidos) de Argentina por parte de Pérez Jiménez y no la encontré. Tampoco en Argentina acerca la Escuela de Chorrillos en Perú, ni el CAEM. Por ende son dos recorridos yuxtapuestos pero que van en la misma dirección. Con respecto al General Perón el dictador dice lo siguiente:

En el caso de Argentina no se puede decir que Perón no fue producto de la voluntad popular. Quien lo diga no quiere saber la verdad o miente descaradamente. Perón fue electo con una mayoría abrumadora. Tenía una popularidad tremenda. Perón fue derrocado por las Fuerzas Armadas. No por el pueblo argentino. De modo que se mantuvieron buenas relaciones con el gobierno del General Perón. Y ¿Qué razones había para impedir que hubiese esas buenas relaciones? Ninguna. Por otra parte- y también está dicho- dentro de nuestra orientación de política internacional, procurábamos tener las mejores relaciones con todos los países latinoamericanos. (Blanco 1983, 185)

Estas declaraciones de Pérez Jiménez no son ningún gesto principista, de hecho habían varios proyectos importantes en el que Venezuela aspiraba a cooperar con la región de forma solidaria. Recordemos que Pérez Jiménez fue formado en la Academia Militar bajo el paradigma bolivariano que se había instaurado desde finales del siglo XIX y además fue formado en Perú, en los que algunos asumían que era una logia de militares latinoamericanista, por ende estaba determinado por ambas experiencias. De allí surgirá al menos a nivel de principios el nacionalismo antiimperialista de Pérez Jiménez. Además, tenía planes ambiciosos para toda la región, llegó a decir que si Venezuela seguía desarrollándose como lo estaba haciendo, podría anexarse a ciertas islas del Caribe e incluso aspiraba negociar con la actual República Cooperativa de Guyana una figura como la de Puerto Rico con EEUU (Blanco 1983, Castillo 1990) Para el dictador estaba claro que la independencia económica era fundamental para el desarrollo de Venezuela y consideraba que si estaba acompañado de la independencia de cada uno de los países de la región, podían evitar que el imperialismo norteamericano destruyera su iniciativa. Los proyectos comprendían desde aeropuertos hasta viviendas populares y carreteras:

Y teníamos al efecto un conjunto de planes de ayuda de Venezuela a esos países. Teníamos el proyecto de construir un aeropuerto para Haití, construirles unas cuantas escuelas y dispensarios. Teníamos planes para construir viviendas populares en Ecuador, tipo superbloques. Teníamos proyectos concretos para la construcción del Canal de Panamá. En el Paraguay teníamos la idea de construir la carretera hacia El Chaco. Tales eran los medios de que disponíamos que no nos podíamos permitir el lujo de planificar y proyectar obras en determinados países. Y esto tampoco le podía gustar a los Estados Unidos. Estas fueron las verdaderas causas de la enemistad del yanqui para conmigo. No les convenía un gobernante tan independiente que ya se estaba metiendo en sus propios terrenos. (Blanco 1983, 369)

Quiero decir que la visión de Pérez Jiménez no obedecía a un bolivarianismo anodino, sino precisamente a una praxis anti hegemónica que surge del discurso bolivariano. Si algo caracteriza al dictador venezolano era su acérrimo pragmatismo. Sin embargo en plena guerra

fría, estas tendencias se pagarían muy caro. Es decir, el imperialismo en este periodo histórico no toleraba que un gobierno socializara o estatizara los medios de producción, mucho menos que se hablara de reforma agraria. Simplemente cualquier decisión en contra de sus intereses ya generaba las condiciones indispensables para una invasión. También tenían la vía del complot interno que les rindiendo mejores frutos durante la década de los 50. El primero fue Perón en 1955 y el posteriormente Pérez Jiménez en 1958. Pérez Jiménez pasó años de su vida esgrimiendo como una letanía que los norteamericanos habían participado en el golpe, sencillamente porque él apostaba no solo por la independencia económica de Venezuela sino por la liberación de todos los países de la región:

Le repito que no soy dogmático, ni soy teórico, ni en ese momento me convenía declarar que ese era un estado comunista. ¿Para qué? ¿Para qué se me vinieran encima en ese momento los Estados Unidos? Cuando yo comienzo a realizar obras que no están inscritas dentro de la cuestión capitalista, ni la comunista, sino dentro de cuestiones de mayor jerarquía, como fue la proposición de ayuda a los países latinoamericanos para la liberación económica, se me vino encima los Estados Unidos. (Blanco 1983, 329).

Si bien el imperialismo norteamericano azotó toda la región habría que decir que Venezuela ocupó un lugar privilegiado la zona de influencia de los Estados Unidos por sus ingentes reservas petroleras. La intervención durante el golpe a Gallegos en 1948 (Coronil 2002) fue evidente, al igual que durante al golpe a Pérez Jiménez en 1958, auspiciado por Rockefeller en New York donde se dio el encuentro entre los fundadores de la democracia venezolana, Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba (Blanco 1983). A diferencia de los países agroexportadores, los países que exportan hidrocarburos necesitan cuantiosas inversiones de las trasnacionales, esas instalaciones costosísimas que son construidas por estas empresas extranjeras para la explotación petrolera, quedan en el país que las recibe, no las puedes trasladar, eso hace que las potencias se relacionen de forma diferente que con los países agroexportadores, por eso la virulencia del imperialismo en Medio Oriente o el trato privilegiado y complaciente con tiranías como la de Arabia Saudita. Esta realidad material ha condicionado a Venezuela a lo largo de su historia y también ha marcado el horizonte de sus gobiernos, en palabras de Bautista Urbaneja:

La actividad económica petrolera representa una característica propicia para esa evolución futura...el que supone por parte de las compañías cuantiosas inversiones que luego no pueden salir corriendo, pues se trata de costosas instalaciones fijas. Una vez que han sido hechas, no pueden trasladarse para otro país y son a modo de potenciales rehenes que el Estado tiene a su alcance. Esa situación debilita a la larga la posición de las compañías, sea cual sea el tiempo que se lleve el Estado para ponerse en condiciones de sacar provecho de esa ventaja. (Urbaneja 2013, 32).

La modernidad (norte) americana y el American way of life

Argentina será uno de los países de la región que tendrá una transición más lenta con respecto a la dependencia hacia los Estados Unidos, sin embargo terminará por construirla. Durante el periodo de 1935 a 1939 las exportaciones a Inglaterra eran de 33,4%, a Alemania de 7,4%, a Estados Unidos de 11,5% y a otros 39, 3%, mientras que para el periodo 1950- 1953 serán de 17, 2% a Inglaterra, 5,1% a Alemania y 20, 6% Estados Unidos, observando un descenso drástico de las exportaciones a Europa y un aumento igual de drástico de las exportaciones a los Estados Unidos, las diversificadas también subieron a 45,6% , que incluyen a varios países latinoamericanos.

Con respecto a las importaciones en el primer periodo mencionado (1935-1939) tienen la misma tendencia, 22,2% Inglaterra, 9,6% Alemania, 15,6% Estados Unidos y 43,4% otros. Para el segundo periodo antes mencionado (1950-1953) una vez más disminuye Inglaterra a un 7,9%, Alemania a un 7,6%, aumentan las importaciones de Estados Unidos a un 18, 2% y el 53,4% de importaciones vienen de otros países, en su mayoría latinoamericanos. De todas formas asistimos en mayor o menor medida al posicionamiento de Estados Unidos como el primer socio comercial de Argentina, lo que será una constante en toda la región (Buchrucker 1999). Además tenía incidencia sobre los mercados europeos, ya que a través del Plan Marshall y todo su programa para la recuperación de Europa, limitaba la importación de esos países a productos estadounidenses, desde sus bienes manufacturados, alimentos, hasta el cine de Hollywood. En este contexto internacional el peronismo buscó mayor inclusión social y defendió los derechos de los trabajadores. Las cifras de crecimiento del mercado interno son claras al respecto, a pesar de que no logró las metas en términos de industrialización que se había planteado.

Esa dominación económica tiene un correlato cultural y es la imposición del *American way of life*. Este tipo de modernidad se diferenciaría de la europea inaugurando una nueva etapa de la colonialidad amparada por el imperialismo norteamericano. Al sistema que intentaría imponer Estados Unidos, Bolívar Echeverría lo denominará la *modernidad americana* (Echeverría, 2010) que yo identificaré como *(norte) americana*, por ubicarse en ese lugar geográfico y porque justo en este momento histórico lleva a cabo un proyecto de expansión imperial a la totalidad del planeta. Es una *modernidad* que en palabras de Bolívar Echeverría:

La “americana” es así una modernidad que promueve necesariamente el fenómeno del “consumismo”, es decir, de una compensación cuantitativa por la imposibilidad de alcanzar un disfrute cualitativo en medio de la satisfacción; consumismo ejemplificado claramente en el

“*give me more!*” de la industria de la pornografía, en la precariedad del disfrute sexual en medio de la sobreproducción de orgasmos... El “americanismo” no es una característica identitaria de la nación “americana” que haya sido impuesta por Estados Unidos en el planeta, sino un modo peculiar de vida civilizada que “se sirvió” casualmente de la historia estadounidense para alcanzar su universalización, impregnándose al hacerlo de ciertos rasgos del comportamiento “natural” de la población de ese país. En efecto, puede decirse que el siglo XX el siglo de la “modernidad americana”, ha sido sobre todo el siglo de la contrarrevolución, de la restauración de la dictadura del capital, después del desfallecimiento al que la llevó la “modernidad europea” y su “desviación socialista” (Echeverría, 2010: 104-106).

La tesis de Echeverría, que yo suscribo, develaría la existencia de 4 formas occidentales de *modernidad* simultáneas que estarían amparadas en cuatro *ethe modernos*. Estos *ethe* no son más que *formas naturales* (histórico sociales) que entrarían en pugna y/o cohabitación con la *forma de valor* que impone el proyecto histórico del capital (Echeverría 2010). Ellos serían el *ethos clásico*, el *ethos realista*, el *ethos romántico* y el *ethos barroco*. La *modernidad (norte) americana* que describe Echeverría sería el modo de vida civilizada que emergió como resultado de la *forma natural*⁹⁸ (puritana y calvinista) y la *forma de valor*, ubicado en lo que conocemos ahora como el norte de Europa y que se trasladó a territorio norteamericano, que hoy llamamos Estados Unidos. A ese *ethos* constituido en esta zona *geocultural* (El norte de Europa/ética protestante) Bolívar Echeverría lo denominó el *ethos realista*, por esa razón, en el párrafo citado, aclara que no es “americano” sino que éste *ethos se sirvió* de los Estados Unidos (condiciones geográficas, climáticas, geopolíticas) para expandirse. No es “americano” pero *deviene* norte (americano).

Este *ethos* generado por la *modernidad (norte) americana*, intentará ser impuesto a través de un proyecto geopolítico mundial en los años estudiados, encubierto en el dispositivo del desarrollo. Los instrumentos serán diversos: en Europa, a través de inversiones y préstamos mediante el Plan Marshall; en América Latina, alianzas estratégicas con los gobiernos militares; en el Medio Oriente y Asia, invasiones armadas; pero más allá de estas modalidades del mismo proyecto imperial, lo particular de esta época es que este proyecto se inscribirá en la narrativa de toda las ciencias sociales y humanas. La idea de desarrollo será el nuevo *telos* de nuestras sociedades. Pero desarrollar implicaría *norteamericanizar*, será desde un locus de enunciación geopolítica y militarmente privilegiado para la época, el presidente de EEUU

⁹⁸ Esta categoría tiende a ser problemático para las ciencias sociales porque aparentemente implica asumir la existencia de una *naturaleza humana*, pero Bolívar Echeverría lo toma directamente de la *Crítica de la Economía Política* de Marx, en la que no se hace referencia a una sustancia o a una forma esencial de la vida. En sus propias palabras: “La “forma natural” de la vida humana-del proceso de reproducción de sí misma y del mundo en el que se desenvuelve- es propiamente una forma social e histórica; es el modo que tiene el ser humano de autoafirmarse es identificarse mientras se define o se determina en referencia a lo otro, a la “naturaleza”. Es la forma “metafísica” que adoptan las funciones “físicas” o vitales del animal humano cuando éste comienza a ejercer una subjetividad” (Echeverría 2010, 11)

decidirá *desarrollar* los países *subdesarrollados* y con ello, aspirar a propiciar un cambio total en la *forma de vida* de nuestros mundos del Sur. En palabras de Bolívar Echeverría:

Distintos elementos determinantes de los modos de vida, tradicionales, distintas subcodificaciones de los sistemas semióticos y lingüísticos heredados, distintos usos y costumbres pre-modernos o simplemente no-modernos, en pocas palabras, distintas determinaciones de “la forma natural” de los individuos (singulares o colectivos) son oprimidos y reprimidos sistemática e implacablemente en la dinámica del mercado a lo largo de la historia...son precisamente aquellas determinaciones identitarias que estorban en la construcción del nuevo tipo de ser humano requerido para el mejor funcionamiento de la producción capitalista de mercancías y que deben ser sustituidas o reconstruidas de acuerdo a la versión realista, puritana o protestante calvinista del *ethos* histórico capitalista. (Echeverría 2010, 58-59)

La norteamericanización del mundo implica un estadio más de la colonialidad. La imposición de este nuevo imperialismo estadounidense derivará en la conquista del deseo y del imaginario de nuestras sociedades por el mundo puritano/calvinista norteamericano arrobado por el consumismo. La arquitectura internacional que se fundamenta a nivel geopolítico a partir de la postguerra, le va a permitir tener a los Estados Unidos en su propio territorio, a la sede de la Organización de Naciones Unidas será ubicada en New York, la sede de la Organización de Estados Américas en la ciudad de Washington D.C, el Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y posteriormente el Banco Interamericano de Desarrollo, todas las organizaciones que fomentan y hacen circular el dispositivo de desarrollo serán instrumentos del imperialismo norteamericano. Nunca antes, un imperio colonial y *ethos*, tuvo tanto poder de alcance, imposición y expansión. Pensar pues, una modernidad (norte) americana se nos hace obligatorio para identificar la nueva fase de la colonialidad que nos aborda.

CONCLUSIONES

Comencé este trabajo de investigación con la intención de preguntarme por la debacle de los proyectos progresistas en la región. Elegí dos momentos en la historia del siglo XX que me parecieron fundacionales para entender las limitaciones epistemológicas y políticas que dieron al traste con los proyectos históricos antineoliberales que comenzaron en Venezuela en 1999, incluso pensando en que tanto aquellos proyectos que fueron derrotados, como aquellos que se traicionaron a sí mismos, comparten la misma condena: Haber creído intencionadamente sin sospecha en el camino de la toma del Estado como el único para frenar la historia de occidente y construir una propia.

La postguerra significó un quiebre para la historia universal, debido a que se instaura un nuevo sistema civilizatorio en el que se desplaza la centralidad de Europa por la de Estados Unidos. En este contexto preciso surge el desarrollo como paradigma, que será lanzado al mundo por el mismo presidente que dejó caer las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. En América Latina, las Fuerzas Armadas asumen el poder en casi la totalidad de la región, desplazando a las viejas oligarquías tradicionales. Sea por vía autoritaria o electoral, sea el pacto militarismo tecnocrático venezolano o el populismo peronista, el horizonte será el *desarrollo industrial* de los países.

El *desarrollo* va a instaurar un *dispositivo*, es decir, va a construir una estructura discursiva y de prácticas en la que un conjunto de imperativos sociales, económicos, políticos y culturales fungirán como matriz epistémica de la que surgirá una nueva *razón de Estado*. Industrialización, urbanización, tecnificación, profesionalización, higienización, formarán el paradigma que guiará las medidas a tomar por los gobiernos autoritarios o democráticos, desde estos años hasta nuestros días. Sin embargo, previa a esta nueva racionalidad estatal estará presente la colonialidad en nuestros mundos del Sur con su racismo y patriarcado constitutivo. Por ende, industrialización se convertirá en despojo, urbanización en *ecocidio*, tecnificación se traducirá en *epistemicidio*, profesionalización en exclusión, higienización significará eugenesia, es decir, en la nueva conquista del *mundo blanco* sobre nuestros *mundos no blancos* del Sur.

Allí aparecerá el *Nuevo Ideal Nacional* que concebirá su programa en los mismos términos que el paradigma del *desarrollo* mencionado en el párrafo anterior. Así, por ejemplo, industrialización se convertirá *inmigración blanca* y urbanización se traducirá en destierro rural. El dictador asume sin tapujos que desarrollar es *blanquear* y al negar la posibilidad de

que el pueblo mayoritariamente *no blanco* sea el sujeto histórico de este proyecto, le endilga a las Fuerzas Armadas, esta responsabilidad, relegando a los ciudadanos a la condición de observadores pasivos.

El proceso en Venezuela no será tampoco monolítico y sin tensiones. Al ser un momento de transición histórica entre la vieja clase política heredera del país agroexportador y la nueva clase política de militares técnicos herederos del boom petrolero, la *blanquitud* estará en disputa. Por esa razón propuse el concepto de *blanquitud honoraria*, que ostentan tanto los militares venezolanos como los militares argentinos, educados para el poder, la guerra, la ciencia, la técnica, la burocracia, es decir para la *esfera pública*, no pueden ser concebidos jamás desde una *no blancura*. El uniforme, la retórica, el porte y los ademanes los delatan. La academia militar *blanquea* y tanto Perón como Pérez Jiménez se formaron en ella. Así que, aunque Pérez Jiménez le dispute el prestigio a la élite económica venezolana, a las viejas oligarquías del café y del cacao venidas a menos, no es una alternativa *no blanca* del poder.

En Argentina la tensión será aún mayor, debido a que este era un modelo democrático donde el pueblo (la *no blancura*) era el sujeto histórico. Me costó mucho saber que no podía sintetizar al peronismo, que tenía que pensar en una dialéctica dilatada, compleja, debido a que Perón y su modelo de *desarrollo industrial* era *blanqueador* porque la *gramática del poder* así lo reflejaba, pero las fuerzas que desató el liderazgo de Perón eran *no blancas* y que tenía que usar una *arqueología de lo popular* para revelarlo. Así comprendí que una cosa era Perón y otra el peronismo, aunque estuvieran inextricablemente vinculados estaba obligado a construir un doble archivo y a diseccionar el oxímoron nacional y *popular*. Por un lado lo nacional, que es la *comunidad imaginada blanca*, que piensa en construir un *desarrollo* con justicia social, inclusión, mayores derechos, en fin, el camino del Estado, y por otro las fuerzas populares *no blancas*, insurgentes, urdidas por otras historias, con otras *corporalidades* y con prácticas decoloniales realmente existentes. Tuve que tensar el archivo con precaución para que no se desbordara, porque como demuestran las páginas anteriores, mi propuesta es una etnografía institucional y a partir de esa interpelación, hacer emerger la *raza*. Al investigar, me di cuenta que la *raza* estaba nombrada por la oligarquía antiperonista y pude entender al fin, cómo el tropos negro surge en el momento en que cualquier proyecto político decide distribuir el capital a los sectores más vulnerables. Las élites al perder el poder político hacen del racismo el único instrumento de defensa de su propio estatus. La *colonialidad* crea en los sujetos que habitamos estos mundos del Sur, un *reflejo racista* que la mayoría de las veces es automático e involuntario en defensa del privilegio que otorga la *blanquitud* cuando *corporalidades no*

blancas amenazan espacios históricamente negados para ellas. Sea el palacio de gobierno, las universidades o los museos.

En definitiva, los dos proyectos se encuentran atrapados en la *tectónica de la estatalidad* que impide salir del laberinto de la *colonialidad*. El Estado latinoamericano es *cautivo, patriarcal y blanco*, por ende, cualquier proyecto que solo apueste por la toma del Estado para transformar la realidad será cooptado por esta *tectónica* y su modelo estará condenado a languidecer, sea porque caen el precio de las materias primas y pierdes la posibilidad de seguir redistribuyendo el capital o porque un golpe militar toma por la fuerza el Estado y desmantela todo. El camino habría que pensarlo híbrido, múltiple, medianoplacista, visibilizando otras formas de poder, creando narrativas para lo comunitario, lo filial, lo autogestionario, lo *barroco*. La ilusión del *crecimiento económico* permanente para generar una sociedad de propietarios es ahora más que una panacea, este mito creó una fórmula nociva que enquistó la sociedad de consumo en todos nuestros proyectos. Aumentar el consumo, para aumentar la demanda y así mismo el empleo, como si el consumo fuese solo cuestión de matemáticas y no un orden discursivo racista, machista y *blanqueador*, que *osifica* la diferencia y *cosifica* a la mujer. Esa tensión está muy presente en Argentina, que a diferencia del proyecto venezolano apostó por la *no blancura*. El peronismo colapsa cuando el consumo construye un *código de blanquitud* en el que la mujer blanca aparece como la matriz reproductora a nivel biológico y simbólico del proyecto de *desarrollo*. Al fin y al cabo es la *blanquitud* la que sella el pacto Estado capital.

Esta tesis está pensada dentro de la tradición de los Estudios Culturales Latinoamericanos y la corriente decolonial. Por esa razón, sus aportes serán proclives a enriquecer esta perspectiva. En ese sentido, una de las principales motivaciones durante este ejercicio reflexivo fue colocar a Bolívar Echeverría en el centro de los Estudios Culturales. Sus reflexiones sobre la cultura, son de primerísima importancia para leer la relación entre cultura y poder. Este pensador ecuatoriano radicado en México, nos permitió depurar al marxismo de cualquier cientificismo economicista para rescatar la tensión permanente entre el valor de uso y la forma de valor. Además, con la idea de *ethos barroco* abre una brecha para pensar los lugares borde, los pliegues, las fronteras del estado, los lugares de resistencia y reexistencias de los mundos no blancos. La tesis es un tributo a su legado.

Uno de los principales desafíos al elegir dos proyectos políticos, fue una tendencia a ser desautorizado por el lugar de enunciación (in)disciplinar que sostuve. El peronismo y el

pérezjimenismo son fundamentalmente estudiados desde las ciencias políticas, la historia o incluso los Estudios Latinoamericanos. Mientras que el desarrollo, es sobre todo estudiado desde la economía. Por ende, disputarle la agenda a los Estudios Latinoamericanos y otras disciplinas de las ciencias sociales, se convirtió en un desafío teórico-político de envergadura. El aporte de esta tesis en este sentido, es comenzar a pensar los proyectos políticos desde la raza, el género, las representaciones y la cultura en general.

Por último, continuar aportando a la reflexiones sobre el racismo en América Latina. La propuesta de la arqueología fanoniana espera ser liberadora desde el punto de vista metodológico y epistemológico. Además, plantea un nuevo reto para las nuevas generaciones de investigadores. El de seguir construyendo desde y con los movimientos indígenas y afrodescendientes narrativas para la superación de este perverso flagelo que implica el racismo para nuestros pueblos. La arqueología fanoniana plantearía pues, la superación de la arqueología propuesta por Michel Foucault, que con todos sus aportes, tiene vicios eurocéntricos que encubren el racismo. El protagonismo de la categoría raza sobre la clase a lo largo de mi tesis, es una postura epistémica y política que asumí a lo largo de este conjunto de reflexiones. De ninguna manera pretendí esencializar y colocar a la raza como el motor de la historia. Plenamente consciente de la existencia de otras formas de alterización y otrificación, la tesis busca posicionar los procesos de racialización como mirador en el cual situarme para interpelar los proyectos desarrollistas, inaugurando una nueva coordenada en los Estudios Culturales. Una que imbricaría a la economía política, la raza y las corporalidades.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arboleda, Santiago. 2011. *Le han florecido nuevas estrellas al cielo: suficiencias íntimas y clandestinización del pensamiento afrocolombiano*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Althusser, Louis. 2005. *Ideología y aparatos ideológicos de estado: Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Álvarez Peláez, Raquel. 2005. “Evolucionismo y eugenismo en las políticas sociales latinoamericanas” (777-820) en *Relatos de Nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Volumen II, Francisco Colom González (editor) España: Iberoamericana.
- Barriandos, Joaquín. “La colonialidad del ver, hacia un nuevo diálogo interepistémico.” *Nómadas*. Bogotá-Colombia, Nº. 35: 13-29, octubre 2011.
- Baudrillard Jean. 1978. *Cultura y simulacro*. Barcelona: Editorial Kariós.
- _____.2007. *La sociedad de consumo, sus mitos, sus estructuras*. España: Siglo XXI.
- Buchrucker, Cristián. 1999. *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Blanco Muñoz, Agustín. 1983. *Habla el General Marcos Pérez Jiménez*. Caracas: UCV/CDCH/Editorial José Martí.
- Bourdieu, Pierre. 1991. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Castells, Manuel. 1972. *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Barcelona: Gustavo G.
- Castillo D'imperio, Ocarina. 1990. *Los años del buldozer: ideología y política 1948-1958*. Caracas: Editorial Tropykos.
- Castro Gómez, Santiago. 2010a. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre editores; Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar; Universidad Santo Tomás de Aquino.

- _____. 2010b. *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar.
- Carrera Damas, Germán. 1980. *Una nación llamada Venezuela*. Caracas: Ediciones UCV.
- Cartay, Rafael. 2003. *Fábrica de Ciudadanos. La construcción de la sensibilidad urbana (Caracas 1870-1980)*. Caracas: Fundación Bigott.
- Coronil, Fernando. 2002. *El Estado mágico: Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva Sociedad/CDCH-UCV.
- Comte, Auguste. 2000. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cueva, Agustín. 1981. *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI editores.
- Dussel, Enrique. 1992. *1492 hacia el encubrimiento del otro. El origen del "mito de la modernidad"*. La Paz: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Mayor de San Andrés.
- De Oto, Alejandro. "Aimé Césaire y Frantz Fanon. Variaciones sobre el archivo colonial/descolonial." *Tabula Rasa*. Bogotá - Colombia, N°15: 149-169, julio-diciembre 2011.
- Escobar, Arturo. 1999. *La invención del tercer mundo, Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Grupo Editorial Norma.
- _____. 2014. *Sentipensar con la tierra, nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. UNAULA: Medellín.
- Echeverría, Bolívar. 2010. *Modernidad y blanquitud*. México: Ediciones ERA.
- Fanon, Frantz. 1952. *Peau noire, masques blancs*. Paris: Édition du Seuil.
- _____. 1966. *Escucha blanco*. Barcelona: Editorial Nova Terra.
- Faleto, Enzo., Henrique Cardoso, Fernando. 1974. *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Foucault, Michel. 1975. *Surveiller et punir. Naissance de la prison*. Paris : Gallimard.
- _____. 1991. *Saber y Verdad*. Madrid: La Piqueta.

- _____.1994. *Dits et écrits (1980-1988)*. Paris: Gallimard.
- Gabriele Alejandra.2011. “José Ingenieros: la tensión entre “integración” y “segregación”. *Diversidad e integración en Nuestra América*. (77-100) Volumen II. *De la modernización a la liberación (1880-1960)*. Marcos Olalla Coordinador. Buenos Aires: Editorial biblios.
- Glissant, Édouard. 2006. *Tratado del Todo-Mundo*. Barcelona: El cobre.
- Gómez, Susana. “Un ejercicio de imaginación: crítica, peronismo y Cortázar” en Carina González, comp., *Peronismo y representación. Escritura, imágenes y políticas del pueblo*: 90-57. Buenos Aires: Final Abierto, 2015.
- Grosfoguel, Ramón. 2011. “Racismo epistémico, islamofobia epistémica y ciencias sociales coloniales”. *Tábula Rasa*. (341-355) Bogotá-Colombia. Enero a junio.
- Hall, Stuart. 2013. “El espectáculo del otro”, en Hall S, Restrepo E, Walsh C, Vich V, (eds) *Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Quito: UASB/Corporación Editora, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, segunda edición, pp 431-458.
- Herrera Salas, Jesús María. 2009. *Economía política del racismo en Venezuela*. Caracas: Editorial Mihail Bajtin.
- Ingenieros, José. 1980. “Educación, escuela, maestro” (163-176) en *Pensamiento positivista latinoamericano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- James, Daniel. 1987. “17 y 18 de octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera Argentina” en *Desarrollo Económico*, nº 107, vol 27, octubre y diciembre. 129-83.
- Kohan, Martín. “La cara de Perón” en Carina González, comp., *Peronismo y representación. Escritura, imágenes y políticas del pueblo*: 31-25. Buenos Aires: Final Abierto, 2015.
- Laclau, Ernesto. 2013. *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica: Argentina.
- Matos Mar, José. 1968. *Urbanización y barriadas en América del Sur*. Lima: Instituto de Altos Estudios Peruanos.
- _____. 1984. *Desborde Popular y Crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Masullo Jiménez, Juan. 2010. *El desarrollo como discurso y el crecimiento como mito: Repensando el desarrollo, explorando el postdesarrollo*. Pontificia Universidad Javeriana, 2010: Bogotá. Página web: <http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/csociales/tesis152.pdf> (visto el 12 de enero de 2013.)
- Mayz Vallenilla, Ernesto. *El sueño del futuro*. 1984. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.
- Mbembe, Achille. 2012. “Necropolítica, una revisión crítica” en *Estética y Violencia: necropolítica, militarización y vidas lloradas*. México: Museo Universitario Arte Contemporáneo/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Molina, Alfonso. 2001. *Cine, democracia y melodrama. El país de Román Chalbaud*. Caracas: Editorial planeta venezolana.
- Noboa, Patricio. 2011. *Lucha de sentidos en torno a la naturaleza y la cultura: representaciones desde el turismo comunitario*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Perón, Eva. 2012 (1951). *La razón de mi vida*. Buenos Aires: Ediciones Fabro.
- Perón, Juan Domingo. 2006 (1947). *Doctrina peronista. Filosófica, política y social*. Buenos Aires: Instituto Nacional Juan Domingo Perón.
- Prebisch, Raúl. 1971. *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, Raúl. 1981. *Capitalismo periférico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Preciado, Beatriz. 2010. *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama.
- Pietri, Uslar. 2007. *Ajuste de cuentas, conversaciones con Rafael Arráiz Lucca*. Caracas: Editorial CEC.
- Quijano, Aníbal. 2014. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórica estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

- Rapoport, Mario, y Spiguel, Claudio. 2009. *Relaciones tumultuosas: Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Ratier, Hugo. 1975. *El cabecita negra*. Argentina: Centro Editorial de América Latina.
- Roig, Arturo. 2005. “El positivismo en Hispanoamérica y el problema de la construcción nacional. Consideraciones histórico-críticas y proyecto identitario” (663-677). En *Relatos de Nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Volumen II, Francisco Colom González (editor) España: iberoamericana.
- Ross, Kristin. 2006. *Rouler plus vite, laver plus blanc : modernisation de la France et décolonisation au tournant des années 60*. Paris : Flammarion.
- Salessi, Jorge. 2000. *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina*. (Buenos Aires: 1871-1914). Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Saignes Acosta, Miguel. 1984. *Vida de los esclavos negros en Venezuela*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.
- Segato, Rita Laura. 2007. *La Nación y sus Otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- _____. 2010. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- _____. 2010. Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje. *Crítica y Emancipación*, (3): 11-44, primer semestre.
- _____. 1991. Uma vocação de Minoria: A expansão dos Cultos Afro-Brasileiros na Argentina comme Processo de Re-etnização. *Dados-Revista de Ciências Sociais*,: 2-34, Rio de Janeiro.
- _____. 2014. *L'Édipe noir. Des nourrices et des mères*. Paris: Payot.
- _____. 2015. *La crítica a la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- _____. 2016. *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Silva, Ludovico. 2011. *La plusvalía ideológica*. Caracas: Fundación para la Cultura y las Artes.

Solomianski Alejandro. 2003. *Identidades secretas: la negritud argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

Terán, Oscar. 1987. *Positivismo y Nación en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.

Urbaneja, Diego Bautista. 2013. *La renta y el reclamo: ensayo sobre petróleo y economía política en Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa.

Vallenilla Lanz, Laureano. 1991. *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Valko, Marcelo. 2008. *Los indios invisibles del Malón de la Paz. De la apoteosis al confinamiento, secuestro y destierro*. Buenos Aires: Ediciones Plaza de Mayo.

Vargas Arenas, Iraida; Sanoja Obediente, Mario. 2015. *La larga marcha hacia la sociedad comunal*. Caracas: El perro y la rana.

Viñas, David. 1982. *Indios, Ejército y Frontera*. México, Siglo Veintiuno Editores.

Walsh, Catherine. “Notas pedagógicas desde las grietas decoloniales”. *Clivajes*. Revista de Ciencias Sociales– Año II, Núm. 4, julio-diciembre 2015.

Williams, Raymond. 1988. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.

Zea, Leopoldo. 1980. *Pensamiento positivista latinoamericano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Periódicos venezolanos.

El Nacional.

El Heraldo.

Periódicos argentinos.

La Democracia.

La Crítica.

La Nación.

La Vanguardia.